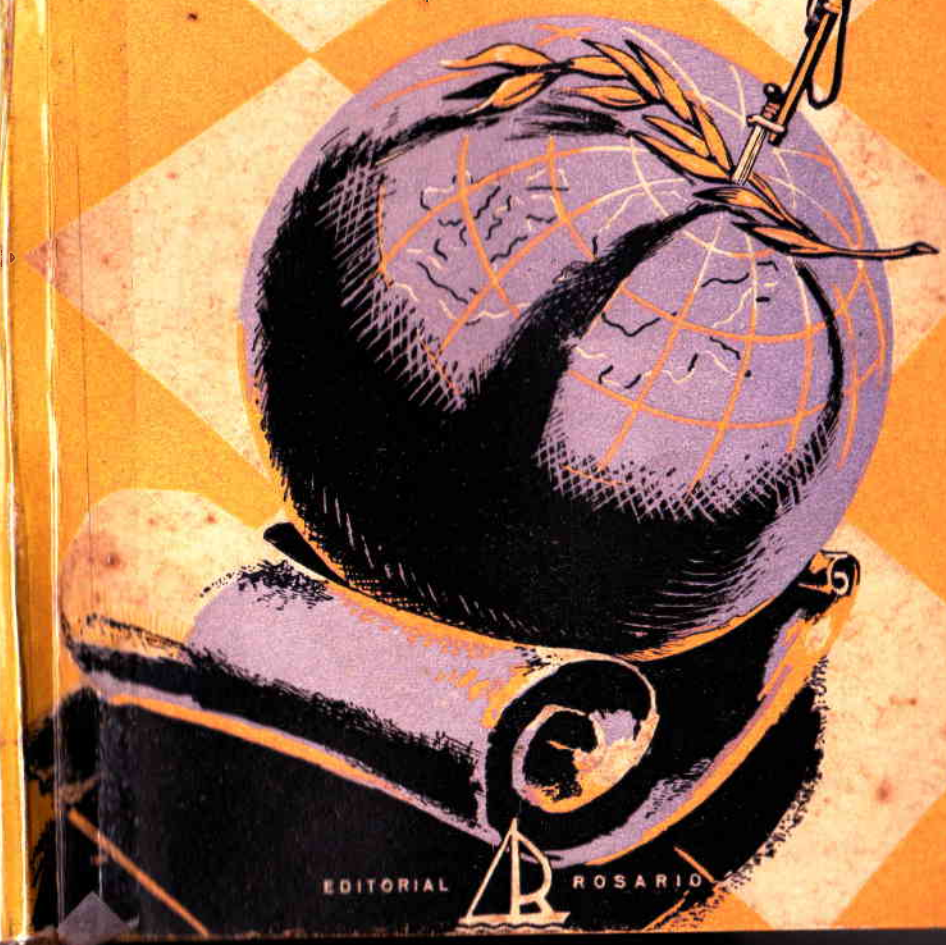
PRECIO $ 6.- m/argentinos

AUGUSTO BARCIA TRELLES

Mosaico Internacional

Antes y después de la Guerra



EDITORIAL ROSARIO

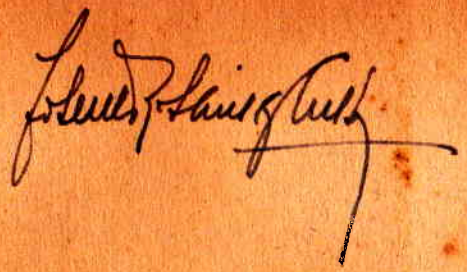
AUGUSTO BARCIA TRELLES

Jurista, escritor, catedrático, periodista, parlamentario, este insigne representante de la España Imperial, nació en Vegadeo (Asturias) el 6 de marzo de 1881. En su poliédrica acción dejó siempre el curso hondo de su inteligencia, su capacidad, su hombría de bien y su acendrado amor por la libertad y la dignidad humana.

Su devoción por ellas, lo llevó a defender en memorable proceso a Marco Miranda, jefe republicano español, implicado en los sucesos de la noche de San Juan, produciendo con tal motivo un alegato que perdurará como expresión de repudio a toda dictadura. Devoto de la educación, quiso llevarla a las masas populares, concretando su anhelo en la fundación de la Universidad Popular de Madrid.

Sus obras y escritos, de los cuales sólo recordaremos "Francisco de Victoria y su obra", "Nuestra plaza colonizadora en América", "El Tratado de Locarno", "San Martín", "La política de no intervención", "Un golpe de estado internacional", "El genio político de Inglaterra", le dieron nombradía bien justificada de estudioso profundo y de escritor de excepción, aparte de distinciones como la de Oficial de la Legión de Honor de Francia y, hace pocos meses, de miembro correspondiente en España — a él, un exiliado — de la Academia Nacional de la Historia.

"MOSAICO INTERNACIONAL", que ofrecemos al lector, constituye un estudio acerca del origen y desarrollo del pangermanismo hasta su exaltación hitlerista, la transformación de Rusia en el régimen soviético, la responsabilidad americana como representante actual de la tradición hispánica, las intrigas de los totalitarismos, la vergüenza de Munich, el martirio polaco, los manejos tortuosos de las cancillerías, que rubrica finalmente, con sus diálogos entre gente de [illegible] documentada y serenamente expone Barcia en su lenguaje sencillo y atrayente, el panorama de estos años sombríos [illegible] con firmeza y claridad [illegible] sobre personas y hechos.



MOSAICO INTERNACIONAL

AUGUSTO BARCIA TRELLES

•

MOSAICO INTERNACIONAL

ANTES Y DESPUES DE LA GUERRA

EDITORIAL ROSARIO

IMPRESO EN LA ARGENTINA

Queda hecho el depósito de ley. Copyright by Editorial Rosario, Sociedad Anónima. — Calle Córdoba 1432, Rosario. 1945

Se terminó de imprimir el día 31 de agosto de 1945, en el Establecimiento Gráfico Molachino y Scarabino, Rosario

A MODO DE PROLOGO

Estamos pasando por el trance peligroso y terrible de una crisis histórica, dando a este concepto el valor esencial y profundo que filosóficamente tiene: cambio radical de convicciones, estado vital en que el hombre se siente falto de convicciones.

Se derrumba un mundo, el que nos cobijaba y amparaba, con las ideas y normas que le daban vida, ahora inadmisibles, vacuas e inoperantes.

Las generaciones nuevas por razón de los años que cuentan, la que está en plena acción y la que se asoma a los linderos de la vida, que sentían un profundo desprecio por todos los valores consagrados en la práctica de una mantenida experiencia, creyeron que el culto de la fuerza y la idolatría de la violencia eran los nuevos y definitivos ideales, verdaderos e invencibles.

Han aprendido, a costa de la experiencia humana más cruel y feroz que conocieron los siglos, todo lo que tiene de irreparable su tremendo error. Andan ahora, enloquecidos o sonambulizados, sin concierto ni orden, de allí para acá y de aquí para allá, sin saber lo que quieren ni lo que deben querer.

Estas generaciones de un dinamismo brutal, frenéticas de poder, descontaban entrar soberana y definitivamente en posesión del mando y gobierno de la sociedad futura y de pronto se ven sumidas en el fracaso, en plena desesperanza.

Tan grande y radical es su derrota que andan ya falsificándose; es decir, comprometiéndose o participando en empeños sociales y políticos en los que no creen. Se deforman y se inutilizan, llevando sus tareas en pura pérdida, provocando dificultades de todo género en la vida normal de los pueblos libres.

La crisis histórica, que en la obra de la paz busca un camino para las soluciones de los graves y grandes problemas humanos, tropieza por de pronto con esta seria dificultad: Tiene que operar con unas fuerzas fracasadas y desorbitadas. Expliquémosnos.

La cultura, al decir de un gran escritor español, no es sino la interpretación que el hombre da a su vida, la serie de soluciones más o menos satisfactorias que inventa para obviar sus problemas y necesidades vitales. Tanto los de orden material como los llamados espirituales. Con su cultura, con el repertorio de principios, con sus estilos, esas generaciones impotentes y fracasadas, tienen que participar en las soluciones que se buscan para la instauración o reinstauración de los nuevos regímenes. Y como no es dable prescindir de ellas ni aislarlas en el mundo aparte, surje el grave problema.

Este inexorable proceso plantea la máxima cuestión entre todas las que llenan esta gran crisis histórica, la más profunda y extensa que conoció el mundo y que afecta a la continuidad misma de la civilización, al punto que son muchos los hombres de alto pensar y grande experiencia que no ocultan el temor de que se produzca una quiebra en las fuerzas humanas llamadas a vencer los obstáculos que encuentra en su ruta el progreso del mundo.

Más que el presentimiento hay la seguridad de que las cosas van a cambiar y que el cambio es inevitable, que asistimos a una gran mutación social que trae consigo innovaciones notorias, pero reafirmando la vigencia de principios básicos que inútilmente han querido remover esos hombres de acción, hoy en pleno vencimiento.

Entre los postulados insustituibles de la teoría social — la libertad y la democracia — que nos trajo la civilización cristiana, donde se afirma el valor hombre como fin esencial humano, proliferaron esas pasiones por la violencia organizada, creadoras de la mística de la crueldad, negando toda estimación a lo individual y deificando lo colectivo. Todo por el Estado y todo para el Estado. Este fanatismo ahora se derrumba, aplastado bajo el peso de una derrota sin precedentes.

¿Se comprende lo que tiene de dramática esta crisis histórica a que estamos asistiendo y de cuya solución pende nuestro patrimonio moral, cuanto la cristiandad viene reputando como anhelo de libertad y de ordenación eficaz para la convivencia humana?

Este "Mosaico Internacional" quiere recoger datos que parecen ser indispensables para el estudio del magno problema de la paz. Creemos que hay, en lo aquí escrito, experiencias aprovechables para el estudio de los negocios internacionales que están en marcha.

A. Barcia Trelles.

INTRODUCCION

EN AQUEL RECONDITO LUGAR...

En un rincón de Asturias, plácido, callado y recogido, allá en los aledaños de Oviedo — Santa Ana de Abulí — y emplazada en la vertiente oriental de un montículo, que recibía las caricias de los primeros rayos de sol, existía una amplia casa solariega, oculta entre grandes palmeras, cedros gigantescos, soberbios magnolios, wellingtonias enormes, araucarias espléndidas, robustas tullas, eucaliptos esbeltos, enhiestos cipreses, acacias delicadas, que en julio se vestían de oro, lustrosos laureles y rododendros, sáuces flexibles y corpulentos álamos.

A un lado y a otro lado de este bosque abigarrado, tupidas matas de ocubas, de camelios, de geranios, de gardenias, de gladiolos, de margaritas, de claveles y una poliromada rosaleda, formaban un gran mosaico, orlado por bojes y por mirtos, que rígidos y compactos, como soldados en formación, iban hasta un prado muy extenso. Aquí, por cientos se contaban los manzanos, los perales, las higueras, los nogales, los avellanos, los cerezos, los membrillos y las moreras. Una fuerte y alta pared, coronada de tupida yedra, que caía en verde catarata, como un enor-

me tapiz colgado, detrás del cual, como gigantescos vigías, se elevaban una hilera de plátanos centenarios, que proyectaban intensa sombra sobre el río "Vieyu" cuyas aguas corrían bordeando los viejos muros de la cerca.

Millares y millares de pájaros, mirlos y malvises, pinzones y jilgueros, pardillos y gorriones, verderines y ferreruelos, tórtolas y urracas, buscaban en aquella arboleda refugio tranquilo y seguro, y de crepúsculo a crepúsculo, con sus cantos y chillidos, en constante algarabía, daban una nota perenne de vida y regocijo al maravilloso rincón en que estaba emplazado el "palacio" de Santa Ana de Abulí.

La casa fué residencia de verano, durante más de sesenta años, de aquel hombre insigne, modelo de caballeros, de porte señorial, gran jurista, escritor fecundo, político pulquérrimo, liberal de buena cepa, patriota insigne, que por su saber y por su hacer conquistó respetos y admiraciones en el mundo entero, el gran repúblico que en vida se llamó don Rafael María de Labra.

Por aquella casa, durante muchos años desfilaron los Salmerón, los Pi y Margall, los Pedregal, los Giner de los Ríos, los Hostos, los Guevara, los Giberga, los Alas, los Buylla, los Aramburu, los Sela, los Canella, los Alegre, los Corujedo, los Altamira, los de la Torre, los García Koly, los Mario Avellaneda, los Pichardo, los Moya y cuantos en el campo de la política, de la diplomacia, de las letras y de la Universidad daban prestigio y brillo a la vida de España y de sus colonias.

En la morada del gran patricio existían una biblioteca y un archivo de inapreciable mérito, acaso los mejores de España en su clase, donde se encontraban documentos y cartas inéditas de Martí, de Máximo Gómez, de Maceo, de Estrada Palma, de Fiori, de Lombroso, de Lorimer, de Weis, de Bourgeois. Y se conservaban también en carpetas, numeradas unas, encuadernadas otras, los materiales de aquellas campañas que dieron fama universal a Labra, contra la esclavitud, en pro de la autonomía de Puerto Rico, de Cuba y de Filipinas.

Quedaban también curiosos ejemplares de tratados sobre el noble ejercicio de las armas, porque don Rafael, un habilísimo esgrimidor, que había vencido en el juego de la espada al marqués de Heredia y en el del florete al propio Pini, era consultado por los que sobre tales materias escribían.

De todo ello no queda hoy más que el hecho triste y cruel de haber sido quemado, durante la trágica guerra de invasión, por las fuerzas tudescas, fascistas, marroquíes, legionarias y requetés que allí operaron. Con inmenso dolor para mí, (tanto más grande cuanto que tengo la evidencia de que los deudos de Labra sufrieron estos daños irreparables por ser yo esposo de una de las hijas del ilustre patricio y porque aquella era nuestra residencia de verano), todo fué destruído, todo se perdió para siempre.

En la magnífica biblioteca ¡donde pasé tantas horas de bienestar y de dicha! entre otras colecciones de las mejores revistas de Europa y de América, se encontraba la "Revue des Deux Mondes", compuesta en aquella fecha de 340 volúmenes. Era uno de los escasísimos ejemplares, de la colección completa, que había en España y acaso en Europa.

Venía yo preocupado por el carácter sangriento y cruel de la gran guerra, y en el estío del año de 1918 me dediqué a buscar y repasar cuanto sobre la de 1870 habían pensado, escrito y juzgado los hombres de aquellos tiempos. No se olvide que la "Revue des Deux Mondes", si cuidó siempre su colaboración, eligiendo los hombres más cultos y mejores escritores, de 1860 a 1890, logró que sus publicaciones fuesen consultadas por cuantos escribían sobre Arte, Literatura, Historia, y Política internacional.

En páginas maravillosamente escritas por grandes pensadores y literatos, inmortalizados hoy por la fama que ganaron en vida, fuí sorprendiendo hechos, relatos,

episodios y sucesos que parecían relación fidelísima de lo que sucedía en 1914-1918, tan análogo a cuanto ahora acontece. Todo lo entonces sucedido en 1870 se reproducía en 1914, como hoy se renueva, aunque con caracteres más terribles, con rasgos más inhumanos, más crueles y más feroces, lo ocurrido en 1914-1918.

De pronto, en el transcurso de la lectura, encontré una frase, por mí ignorada, reveladora, reproducida de un texto del Dante, cuando pintó la "tedesca rabia", la furia germánica. ¿Qué era esta furia, esta rabia? Un modo de guerrear horriblemente cruel, inspirado en la convicción de que por el temor se puede conseguir la victoria, a veces no alcanzable por medio de las armas.

Estos hechos se presentan con un abolengo milenario, dando origen a lo que los teóricos alemanes de la guerra, tanto militares como juristas, han dado en llamar "Kriegsmanier" y "Kriegsraison". ¿Esto que parece ser perenne en la textura más íntima del pueblo alemán, nacerá de una falsa educación política? ¿Será, por el contrario, algo que surge de su temperamento, del ambiente, de la tradición, de la historia, de razones geográficas, étnicas, de eso que los sociólogos estiman determinantes de la fisonomía propia de cada pueblo?

Recordemos lo que sobre el caso nos cuenta y enseña la historia.

ORIGEN DEL PANGERMANISMO

El pangermanismo es una religión política, de carácter internacional, que tiene por dogma la creencia de que Dios designó a un pueblo para realizar la labor redentora de organizar el mundo según el genio de su raza. Y este divino encargo, esta comisión providencial, al decir de los pangermanistas, sólo puede ser confiado a un pueblo dotado de excepcionales aptitudes políticas. No hay que decirlo, según ellos, Alemania es la elegida.

El programa pangermanista, tal como actúa en los momentos presentes, es la sistematización de doctrinas diseminadas, fragmentarias y dispersas que se fueron ordenando y depurando en un esfuerzo plurisecular.

La idea y el concepto de Nación y de Estado fueron sobrepasados en el derecho público moderno, no sólo en el campo de las teorías y doctrinas, sino también en la zona de las necesidades tangibles y positivas de la vida internacional, muy principalmente en la esfera económica.

La evolución política de los Estados modernos que se orienta hacia formaciones supernacionales, busca en los lazos económicos, aduaneros, comerciales, bursátiles e industriales, la fuerza para alcanzar esa transformación de los grupos políticos ya existentes.

El pangermanismo sueña y lucha por la formación de su inmenso imperio que ha de regir y gobernar al mundo, buscando la ruta a que han de confluir los intereses económicos y raciales entre los diversos estados germanos, medio el más seguro y eficiente para el logro de sus magnos empeños.

El pangermanismo consideró siempre que sus enemigos irreconciliables eran, por este orden, Inglaterra, Rusia y Estados Unidos, siendo el último de ellos el más temible de todos.

Para el pueblo alemán, para todos los germanos que viven desparramados por Europa y por América, en una convivencia íntima e indisoluble, que no rompe ni siquiera amengua la separación ni la distancia, no ofrece dudas el hecho de que el mundo marcha por sus derroteros de concentración y jerarquización, acaso respetando la independencia formal y externa de los pueblos, pero sumándose necesariamente en agrupaciones supernacionales.

Estas nuevas maneras de la organización internacional responden a la necesidad esencial del progreso humano. A los pueblos que por su mayor cultura, por su mayor autoridad, por su mayor poder, por haber demostrado una vocación decidida para ser guías y directores de los otros, les corresponde el derecho de convertirse en maestros de la vida internacional en las venideras etapas de ese mundo futuro.

Las razas que han demostrado poseer esta privilegiada capacidad política, son la sajona — Inglaterra y los Estados Unidos — la eslava — con Rusia a la cabeza — y la germana.

Para los pangermanistas este modo futuro de la vida internacional puede adoptar dos tipos diferentes: la organización liberal y la organización jerárquica. El tipo liberal, que es la concepción anglolatina, se basa en la cooperación espontánea entre los Estados libres e independientes para formar esa confederación supernacional. El tipo jerárquico, que es preconizado por los germanos,

establece una graduación de categorías, entre la nación directora — Estado maestro — y los demás Estados que colaborarán en la obra que el primero concibe y diseña.

Los pangermanistas dan por totalmente fracasados a los pueblos latinos. Este fracaso, en nuestro tiempo, incapacitó a Francia que fué la directora del mundo latino. Francia, como Italia, carece de aptitudes y de vocación para la obra de la cultura y del progreso. Y no hablamos de España, porque, entre los definidores del pangermanismo nada cuenta, representa ni significa.

Así como la actividad individual libremente se concierta para fines determinados llegando a la cooperación, internacionalmente hay naciones que van con espontaneidad a realizar ideales comunes. Pero también se da en pueblos que, por el conocimiento perfecto que de la vida y de las realidades históricas tienen, imponen a los demás la necesidad de cooperar en un plan, que es toda su política en el orden internacional, estableciendo de modo imprescindible diferencias necesarias entre el pueblo dirigente y los pueblos dirigidos. Así se establece el obligado orden jerárquico internacional.

Este segundo tipo es el preconizado por las doctrinas pangermanistas, y no hay que decir que dentro de ese plan de jerarquías es Alemania la llamada a dirigir y gobernar en el mundo.

Por dentro del propio pangermanismo hay dos tendencias primordiales: la de los que entienden que, para realizar esta obra de dominio y dirección universales, Alemania marchará de acuerdo con Austria: la otra tendencia llamada "fediriquiana" — por alusión a Federico el Grande — tiene como supremo adalid a Hitler que, afirmando la hegemonía de Prusia dentro de la misma Alemania, quiere la completa sumisión y desaparición de los austriacos, para fijar como cabeza del nuevo imperio a Berlín.

Estas ideas y estas doctrinas no surgen al azar en la historia; tienen una tradición dilatadísima, que se des-

cubre tan pronto como se aborda el estudio del pangermanismo.

Estas esperanzas de futuras grandezas, de inmenso poder en el porvenir, de máxima autoridad en el mañana internacional, arranca de vagos recuerdos, tienen viejas y hondas raíces, con añoranzas de un pasado venturoso. La obra de la Orden Teutónica, la grandeza ilimitada de Prusia, el poderío admirable del Hansa, por unos o por otros motivos están palpitando siempre en las palabras y en los escritos de los más grandes apóstoles del pangermanismo.

PRUSIA, CUNA DE LA "GRAN ALEMANIA"

Afirman y reiteran constantemente los pangermanistas, proclamándolo en cuantos tonos conocen y ocasiones se les presentan, que es tal la vocación militar de Prusia y su ímpetu bélico llega a tales niveles, que en ella está la fuerza indispensable e insustituible para la dirección internacional del mundo. Es, según ellos, la elegida de Dios para cumplir este mandato, misión que la eleva al supremo rango entre los más grandes pueblos de la Tierra.

Y dicen que basta conocer su nacimiento y estudiar con algún esmero su historia para llegar a la certidumbre de que a Prusia y sólo a Prusia le corresponde estar en el ápice jerárquico de los grandes Estados. Es su puesto el más elevado y el de máximo poder.

Describen los pangermanistas la tradición guerrera de Prusia como un fenómeno que data de siglos y siglos, iniciado en la lucha contra los eslavos. Allá en los albores de la XI centuria, dicen, obispos y monjes cristianos lograron que desde Holanda y la Baja Sajonia acudiesen gentes a colonizar los inmensos terrenos, las dilatadas extensiones que limitan Italia y Turgau y la Silesia. Para dominar estos parajes, habitados por tribus indómitas,

gentes de la más ruda y fiera independencia, que a nada ni a nadie se sometían, aquellos pueblos colonizadores emprendieron una labor ímproba, lenta, tenaz y dificilísima.

Entre esas gentes aguerridas, con bien ganados prestigios de ser las de mayor temple bélico, figuraban las designadas indistintamente con los nombres de "borusianas" o "prusianas". Berlín y la Marca de Brandeburgo se fundaron a expensas de los pueblos "borusianos" o "prusianos".

Fué tal el valor desplegado y la resistencia opuesta por los prusianos, cuya bravura se hizo legendaria, que el Sumo Pontífice hubo de apelar a la creación de la Orden de los Caballeros Teutónicos, consagrada a una obra guerrera y religiosa a la vez, para conseguir la evangelización de aquellas tierras, dilatadas y extensas, que en el Báltico llegan hasta Koenigsberg.

La Orden Teutónica, genuinamente alemana, se fundó en Jerusalén hacia el año 1128, caracterizándose por la fuerza creciente de su organización, la rigidez extraordinaria de su disciplina y el hondo sentimiento jerárquico entre sus componentes. Sufrió un irreparable quebranto en la famosa batalla de Tannenberg, librada el año 1410.

Perdura la Orden Teutónica, en Alemania, hasta 1525, año en el cual Alberto de Hohenzollern-Anspach, vasallo del rey de Polonia, que había sido elevado por sus grandes merecimientos, al rango de Príncipe de Prusia, asumió la misión de los Caballeros teutones, trasmitiéndola después a los Hohenzollern de Brandeburgo cuya rama directa ciñó la corona real de Prusia y luego la corona imperial de Alemania, hasta 1918 en que fué destronado Guillermo II y se implantó la República de Weimar.

Los antecesores de estos Hohenzollern se dieron arte y desplegaron habilidad suficiente para ir pactando, unas veces con Suecia y otras con Rusia, hasta conseguir el rompimiento de los lazos que los venían secularmente li-

gando a Polonia, aumentando la fuerza prusiana a expensas del territorio y del poderío del reino polaco.

Federico Guillermo I hizo crear un ejército poderoso para afirmar el dominio y ampliar el área territorial de su reino. El gran consolidador del prestigio militar prusiano, desde entonces no sólo respetado sino muy temido, fué Federico II el Grande, que imprimió caracteres imborrables e inconfundibles a su ejército e implantó maneras políticas en Prusia que echaron allí raíces inextirpables.

Federico II el gran realizador de "la asombrosa e imposible quimera" derrota a Francia y vence a los austriacos. Eran éstas las dos potencias temidas y temibles en aquel tiempo; pero en Rossbach y en Leuten son destrozadas por el magnífico ejército de Federico el Grande. Brillan desde entonces, con esplendor incomparable y destellos deslumbradores, el poder y la autoridad de las armas prusianas, que adquieren la categoría de las mejores entre todas las de Europa.

Nace el nuevo Estado prusiano con rasgos típicos que tienen su origen en lo sucedido en Pirna, el año de 1756. Este histórico suceso se produjo así: Cuando Federico emprende la campaña de Silesia, un cuerpo de ejército sajón, por guardar las leyes de neutralidad, se retira a Pirna, dejando el paso libre a las tropas prusianas.

Sin que procediese declaración de guerra, estas fuerzas sajonas se ven sitiadas por las de Federico. Las obliga a capitular y las incorpora al ejército prusiano.

De entonces data la teoría clásica en la política bélica teutona de que "la necesidad no admite ley" — Not kennt kein Gebot — proclamando que el derecho de gentes es letra muerta en la guerra, porque la única ley es la que imponen las exigencias bélicas. El general y el político pueden tomar cualquiera ruta, la que más les acomode, para alcanzar el triunfo. Conseguida la victoria los medios están por ella justificados, "porque al vencido

sólo le quedan ojos para llorar" y el vencedor, por su propio triunfo, se impone sin ser discutido.

La guerra de Silesia trajo como frutos de los grandes triunfos de Federico el Grande, la incorporación de tierras y gentes polacas a Prusia. Después vinieron las iniquidades de 1772, 1790 y 1795, los tres repartos de Polonia.

Las fronteras de Prusia en aquel tiempo llegaron a Kowno y Grodno dejando dentro de los dominios del reino de los Hohenzollern, Bialistock, Varsovia y Czentoschowa. Cuando en 1914, como ahora, se dice que Prusia sólo quiere recuperar la herencia de Federico II, se formula la pretensión de consolidar un tremendo despojo histórico.

La paz de Tilsit, que puso fin a una de las etapas de las guerras napoleónicas, desposeyó a Prusia de Kowno, Grodno y Varsovia, alterando lo que los pangermanistas llaman fronteras estratégicas de Alemania.

GERMANIZACION DE POLONIA

Una de las mayores iniquidades que se registran en la historia de los dos últimos siglos fué la del reparto de Polonia. Un día nefasto del año 1792, Federico el Grande decía: "Hoy el emperador de Rusia, la emperatriz de Austria y yo hemos comulgado con un mismo cuerpo eucarístico". Aludía a Polonia. La frase de Federico el Grande acusaba una falsedad terrible, profanadora; no habían comulgado con Polonia, quisieron devorarla. Que no es precisamente lo mismo.

Sometida férreamente Polonia a los tres grandes despotismos, el ruso, el prusiano y el austriaco, quiso vencerlos y preparó dos movimientos revolucionarios en el siglo XIX. Las armas prusianas pronto dieron buena cuenta de los revolucionarios y de las revoluciones. En-

tonces se modifican los rumbos de los patriotas polacos, al percatarse de que la lucha que han de sostener consiste en saber ganar las almas y las conciencias. No será la fuerza material la que decida la gran contienda: obra ha de ser del espíritu.

Así surgió y se planteó para Alemania la "Polenfrage" — "cuestión polaca" — que Bismarck ahondó y quiso resolver con las leyes escolares de 1872 y 1873, que obligaban a los hijos de los polacos a hablar alemán, a estudiar en alemán y a escribir en alemán. Tampoco esto era eficaz, porque los polacos y sus hijos seguían pensando y sintiendo en polaco.

Como tales medidas no daban los frutos que se querían cosechar, el Canciller de Hierro, apeló a otros procedimientos. También hay que obligar a los polacos que sientan y piensen en alemán. Para ello es indispensable orientar y conformar su conciencia. Todo lo hondo de la "Kulturkampf", el gran problema de emancipar el alma de los católicos alemanes de las influencias de Roma — "loss vom Rom" — afectaba directa y esencialmente a Polonia. Nuevo fracaso.

Fué entonces cuando Bismarck se planteó el tremendo interrogante: ¿No será lo mejor germanizar las tierras de Polonia? Y hace que se vote la ley de 1886. Se substraerán las tierras de las manos de los polacos y lentamente pasarán a ser propiedad de Prusia. Así quedará colonizada Polonia por los germanos.

Se hace el ensayo, unos tres años, votando el Landtag prusiano millones y millones para comprar las propiedades rústicas de los polacos. Mas, pronto la realidad denuncia el fracaso del sistema. Los pobladores lejos de vender sus propiedades, habían adquirido otras nuevas. ¿Podía tolerarse esto?

Los alemanes y singularmente los prusianos, cuando tienen que resolver una gran cuestión o encontrar salida para una grave dificultad, cuidan muchísimo de saber lo que hay de antecedentes en su historia sobre el caso, pero

más aún vuelven los ojos a sus pretéritas autoridades y escrutan sus ideas, pensamientos, doctrinas, principios, tácticas y resoluciones. ¿Qué hubiera pensado Bismarck? Se revuelven los archivos y se desatan los empolvados legajos, hasta dar con el antecedente oportuno, salvador: "Ya en 1886 había ideado Bismarck la forma de realizar una germanización definitiva de Polonia". ¿Cómo? ¿En qué forma? ¿Con qué medios?

Dictando "la ley de expropiación forzosa por creerse de utilidad pública". El problema estaba resuelto: ¿No era Polonia un pueblo decadente y retardado? Prusia ¿no estaba en progresiva culminación de poder, pletórica de vida? ¿Cabía para Polonia una mayor y más pública utilidad que ser absorbida por un pueblo de los prestigios y de la fuerza de Prusia? El Landtag prusiano, en 1898, vota la famosa ley y así se incrementa y acentúa la germanización de Polonia.

Pasan veinte años y en 1918, al firmarse la paz que ha de trasladarse al Tratado de Versalles, los grandes estadistas del Reich, sus eminentes sociólogos, sus sabios profesores en economía, sus ilustres biólogos, sus renombrados especialistas en psicología, sus formidables políticos, todos, sin excepción, se encuentran con lo inesperado. ¡Polonia subsiste! ¡El alma del pueblo vive aferrada a sus tradiciones! ¡Las fuerzas ancestrales de aquel país milenario tienen mayor poder que las de sus opresores! ¡La conciencia nacional está enhiesta, vibrátil, viviendo con energías de perennidad!

Vuelve a la vida Polonia; el hecho es el gran fracaso y la gran acusación contra Prusia, que intentó inútilmente despedazar un ser vivo. Todas las monstruosidades jurídicas y diplomáticas que fueron ensayadas por los técnicos prusianos se frustan radicalmente. Eso podían admitirlo todos los mortales; todos, menos los prusianos.

Y como Polonia se resistía de una manera definitiva a recibir el enorme honor, la suprema dignidad de ser absorbida por Prusia, era evidente que no merecía vivir.

Así, desde 1939, todas las medidas de germanización en Polonia se orientan a dar con ella en tierra, hacerla desaparecer porque no tiene derecho a vivir quien se aferra a la ignorancia y a la miseria, cuando, como Alemania a Polonia, se la quiere hacer beneficiaria del saber y de la riqueza. Al menos el doctor Goebbels así nos lo explicó, en uno de sus inefables discursos, cuando dió al mundo las razones de porqué Varsovia había sido "purificada".

LAS DOCTRINAS POLITICAS DE TREITSCHKE

Durkheim, el sabio profesor de la Universidad de París, en los días finales de 1916, escribió: "Hay en Alemania todo un sistema mental y moral que, constituído sobre todo para la guerra, permanecía durante la paz en segundo término en las conciencias. Se conocía su existencia y no se dejaba de sospechar su peligro; pero únicamente durante la guerra ha sido posible apreciar la amplitud de su influencia por lo extenso de su acción". Este sistema está resumido en la fórmula famosa de: "Deutschland über alles".

Durkheim, buscando un hombre representativo, que simbolizara y expresase este estado de conciencia, que se exterioriza en los momentos solemnes o en los trances decisivos de la vida del pueblo alemán, fué a dar con Heinrich von Treitschke, y, entre las obras del gran profesor alemán, con su tratado: "Politik".

La vida de Treitschke se desenvuelve en los años que median desde 1834 a 1896. De origen sajón, aunque su apellido es checo, fué uno de los más entusiastas y fervorosos admiradores de Prusia. Su exaltada devoción por la tradición federiquiana, influyó esencialmente en los ideales y objetivos de toda la política de Bismarck.

Treitschke había nacido en Dresde el año de 1834, y en su juventud asiste a la empeñadísima lucha que en

Alemania riñen las dos tendencias doctrinales e históricas inspiradoras del movimiento germanista. Pronto se distingue por su amor arrebatado a la causa prusiana "La unidad del imperio tiene que cimentarse sobre una piedra angular: la hegemonía de Prusia".

En 1859 es "Privat docent" de la Universidad de Leipzig, pasa en 1863 a la de Friburgo, en 1867 a la de Heidelberg, y en 1874 llega a la de Berlín, donde profesa durante veintidós años explicando lecciones de Derecho público. Muere en 1896.

Adquirieron universal renombre sus obras "Deutsche Geschichte" — cinco volúmenes sobre la génesis de la Confederación Germánica de 1815 a 1848 — y "Bundesstaat und Einheitsstat". Tanto en la "Historia Alemana" como en "Estado federativo y Estado unitario" palpitan constantemente estos dos pensamientos: la grandeza de Alemania es incompatible con la existencia de sus pequeños Estados: Prusia debe dirigir todo el movimiento germano a favor del cual se formará el imperio. Con este insustituíble supuesto: "Prusia tiene el derecho de despreciar profundamente todas las explosiones de la política sentimental teutónica, si sus jefes viven en la tranquila certidumbre de que todo acto razonado, tendiendo al acrecentamiento de Prusia, aumentará indefectiblemente el poder de Alemania".

La personalidad de Treistschke llega a la cumbre en Heidelberg, una vez elegido diputado, y adquiere máximos prestigios internacionales por su labor en el Reichstag, donde brilló su elocuencia diáfana, transparente, profunda, apasionada y sarcástica. Fué uno de los grandes oradores de su tiempo.

Amigo íntimo y fiel consejero de Bismarck, que lo oía siempre y siempre lo consultaba, les unía, además del afecto, coincidencias esenciales de pensamiento y de acción. Al morir Treistschke, Bismarck presidió un comité instituído "para glorificar el nombre y honrar la memoria del profesor de Berlín, del orador de Heidelberg, del histo-

riador de Leipzig, defensor de la unidad del imperio alemán, levantado sobre la indiscutible hegemonía de Prusia".

Fué Treitschke uno de esos hombres que tienen la rara virtud de reflejar con toda pureza los ideales de un estado de conciencia del pueblo en que viven, y que a la vez logran vigorizarlos y darles mayor plasticidad. Su pensamiento y su conciencia fueron lentes que concentraron los rasgos dispersos de muchas mentes, las emociones difusas de multitud de corazones, haciéndolos converger en un haz luminoso más brillante y más intenso.

Von Bernhardi, que tanta celebridad adquirió con sus doctrinas político-militares no es más que un discípulo de Treitschke, que se limitó a copiar las teorías del maestro, sin añadirles nada esencial. Las exagera al vulgarizarlas.

Leyendo "Politik" — la obra elegida por Durkheim para caracterizar el pensamiento de Treitschke — se ve que todos sus razonamientos van a fortalecer su afirmación medular: "Der Staat ist macht", "El Estado es fuerza". Lo característico y esencial en el Estado es la fuerza. ¿Cuál es la idea del Estado, cuáles sus funciones y qué es el Estado dentro de la sociedad y de la Humanidad?

"El Estado es fuerza". ¿Qué clase de fuerza? ¿Moral, ideal, sentimental? ¿Son de índole espiritual las fuerzas que constantemente impulsan el progreso en el mundo? No: son de fuerza física, material, según Treitschke. "La esencia del poder del Estado es fuerza y poder material". Por eso la suprema y más alta institución del Estado, proclama Treitschke, es el ejército. "El ejército es el Estado hecho carne. Después del Estado, en rango y jerarquía está la Política. "La guerra es la forma más violenta de la política".

Todo el sistema dialéctico de Treitschke coagula en estas conclusiones cerradas, férreas: Si el Estado es el órgano por excelencia para constituir la grandeza de un pueblo, si el ejército es a su vez la institución fundamental del Estado para realizar sus funciones, si en lo más alto de la organización político-social está el elemento militar, la concepción de Treitschke es fundamentalmente el militarismo, concebido del modo que Prusia lo practica.

"El Estado es fuerza y fuerza material". ¿Para qué es esta fuerza?, se pregunta Treitschke. Para hacer que el Estado cumpla su misión, efectivando su finalidad, imponiendo su voluntad. La fuerza es la que funda, establece y asegura la soberanía.

Un Estado es soberano cuando sobre sí no admite ni tolera fuerza superior alguna. No es propiamente soberano sin que practique el dogma de "el poder por encima de todo". Si el poder del Estado está limitado, deja de ser soberano. Por eso los pequeños Estados no son propiamente Estados. Bélgica, Suiza, son Estados llamados a desaparecer, tan pronto como cesen las conveniencias momentáneas, causa de su existencia. Los tratados internacionales que garantizan su existencia, son pactos, transacciones históricas entre los intereses de los pueblos poderosos. Holanda tiene que volver al seno de su antigua madre; está fatalmente condenada a reincorporarse al gran pueblo alemán, de cuyo tronco se desgajó.

Treitschke es un exaltado hegeliano, proclamando que el Estado tiene como esencial característica la idea del poder absoluto, ya que la soberanía es lo absoluto del poder.

Treitschke es el inventor de la palabra "Kleinstaaterei". No se intente verter su traducción al castellano, al francés, al italiano. Es imposible. "Estadería pequeña". "Estadería minúscula". "Estadería despreciable". Estados que no cuentan, no pesan, no influyen en la esfera internacional.

La idea del Estado tiene, según Treitschke, la virtud inmensa de hacer brotar en el alma de sus súbditos la idea del poder y de la dominación. Sienten éstos el orgullo de la grandeza del Estado a que pertenecen y surge

entonces en el pueblo la fuerza moral más grande de que puede disponer: la soberbia de sus destinos, la idea del dominio universal, el "Weltsinn".

II

ESTADO Y MORAL. SEGUN TREITSCHKE

Como de las raíces el tronco, del tronco la rama y de la rama el fruto, sale de las doctrinas de Treitschke el "Deutschland über alles", confundido con la idea del poder absoluto.

Ahora bien; si el soberano absoluto, el Estado, no puede tolerar sobre sí poder alguno, ¿no hay sobre él ley, ni norma, ni principio, ni idea alguna? El concepto que de la soberanía tiene Treitschke no soporta la posibilidad de sufrir la limitación de ninguna fuerza natural. ¿Alcanza la conclusión a las de carácter moral?

La moral no es una fuerza coercitiva físicamente; es una fuerza invisible, impalpable, simples ideas, principios, convicciones que engendran normas y preceptos reguladores de la vida individual y colectiva. Su poder es de tal condición que, por no ser nada, lo es todo.

La ley moral está sobre el Estado, porque si no dejaría de ser tal ley moral. Pero el Estado que hiciese compatible su poder con la sumisión al poder de la ley moral, dejaría de ser soberano, porque entonces su poder no sería absoluto. ¿Cómo resuelve este grave problema Treitschke?

La moral, dice, es un medio para el Estado. ¿Por qué? Porque la moral en el orden privado impone al hombre severas reglas de conducta, le traza caminos y

orientaciones en la vida, obligándole a proceder conforme a un determinado ideal. Es decir, actúa como aglutinante y coherente en el orden de las cosas individuales dispersas, fragmentarias, diseminadas, contradictorias, que pugnan entre sí, y que por razón y virtud de la ley moral se armonizan y ordenan. El Estado tiene que utilizar como medio, para sus fines, la ley moral.

Admitido este principio se derrumba la teoría del poder absoluto del Estado, base fundamental de las doctrinas de Treitschke. La ley moral aparecería limitándolo y condicionándolo y desaparecería la soberanía — lo absoluto del poder — al verse condicionada y limitada por algo exterior.

Treitschke lo advierte y nos recuerda que un pensador del siglo XVI sostuvo que el Estado no puede ser juzgado por la conciencia moral y no debe reconocer otra ley que la de su interés. Maquiavelo es el mentor de Treitschke. Es necesario advertir que la motivación de las teorías políticas del "Príncipe", separadas del medio en que nacieron y del momento histórico en que se produjeron, llevan al amoralismo político. Y Maquiavelo, aunque Treitschke diga otra cosa, no puede representar esta tendencia histórica en la filosofía del derecho público.

Maquiavelo, sostiene Treitschke, "fué quien expresó la idea de que cuando se trata de la salvación del Estado no hay que preocuparse de la pureza de los medios empleados". "Lo primero es salvar al Estado; después todo el mundo aprobará los medios que se han empleado". Además, Maquiavelo, emancipador del Estado, substrayéndolo del poder soberano de la Iglesia, fué el primero en proclamar el principio básico de toda la vida política moderna: "Der Staat ist macht", el Estado es fuerza.

Así cuando la ley moral dificulta la libertad de movimientos del Estado o cuando es contraria a los fines esenciales de él, no debe respetarse. El Estado no puede admitir sobre sí ley alguna que lo coarte o limite, porque

sería una ley extraña y no dependiente de su voluntad, que al negarle la soberanía lo niega y destruye.

Una grave dificultad surge al proclamar la superioridad del Estado sobre la ley moral. Los ciudadanos son creyentes, comulgan en determinados dogmas, pertenecen a una iglesia y practican los preceptos y normas que éstas estatuyen.

"El amar a Dios sobre todas las cosas" es el primer deber del cristiano. Según el Decálogo, hay imperativos ineludibles y absolutos para el creyente: "No matarás", "No robarás". Según Treitschke, el supremo amor es el amor al Estado. En determinados momentos, el crimen y el despojo del enemigo — caso de guerra — es deber que impone el Estado como medio para el triunfo. ¿Qué debe hacer el creyente, súbdito de un Estado: obedecer a Dios u obedecer al César, aunque Dios ordene el bien y César estatuya el mal?

Treitschke elude un planteamiento tan desnudo y crudo del problema, pero lo aboca, de un modo general, y discurre así: "La moral cristiana no es un código fijo, de leyes inmutables y permanentes, con preceptos eternos e inexorables: "si duo facient idem, non est idem". Interpretando la moral cristiana en la forma más aguda y radical del protestantismo, razona así: "Tú lo que tienes que hacer es descubrir en tu conciencia cuáles son los medios de que Dios te ha dotado para realizar una misión en la vida. Si sientes en ti vocación de poeta, de artista, de profesor, de industrial, de comerciante, de militar, tienes que cultivar esa vocación que Dios te ha concedido y trazarte tu ley y tu norma, de modo que todos tus deberes pasen a un segundo término. Lo que importa es saber si todos han reconocido bien cuál sea su verdadera naturaleza y si la llevan al grado máximo de perfección".

Es decir; libertad en el orden de la moral individual, exaltación de la personalidad y desaparición absoluta de los verdaderos deberes que impone la moral cristiana.

La moral cristiana es lo contrario. Desaparecer hasta la anulación del interés egoísta, amor al prójimo, sacrificio, abnegación, fraternidad. Religión que ha escrito el Decálogo, dictando normas para discernir en todo momento lo que es el bien y lo que es el mal, no puede nutrirse de una moral circunstancial, histórica y mutable.

La religión cristiana, recogiéndolo de la filosofía postsocrática, afirmó que hay manera de orientarse siempre en la vida, sabiendo a cada instante cuál es lo bueno y cuál lo justo, y que no es dable transformar lo substancialmente malo en bueno; que hay una justicia objetiva que no tolera que los medios estén justificados por el fin, como quiere Treistchke, de servir antes que nada y sobre todo al Estado.

III

EL ESTADO POR ENCIMA DE TODO

En el sistema doctrinal de Treitschke no cabe situar la ley moral sobre el Estado. ¿Podrá hacerse con otras leyes? ¿Tendrá el Estado alguna otra finalidad que la de la fuerza para imponer su voluntad? ¿Estará esa finalidad en el Arte, en la Ciencia, en la Industria, en la Agricultura? ¿En el Comercio?

No; el fin del Estado radica exclusivamente en el poder. Pueblos existieron que buscaron la misión del Estado en realizar fines artísticos, religiosos, científicos. Mas véase lo que, según Treitschke, aconteció: "En este aspecto, la Historia universal ofrece al pensador que reflexiona un espectáculo de justicia implacable. El soñador puede deplorar que Atenas, con su refinada cultura,

haya sucumbido ante Esparta, y Grecia ante Roma, y que Florencia, a pesar de su elevada moralidad, no haya podido resistir en las luchas con Venecia. Pero el pensador serio reconoce que tenía que ser así".

Todo ello es producto de una necesidad interna; que el Estado no es una academia de artes, y cuando sacrifica su poder — son palabras de Treitschke — a las aspiraciones ideales de la humanidad, se contradice y va a la ruina.

¿Dónde, ni cuándo, preguntaríamos nosotros a Treitschke, la fuerza ha vencido definitivamente a los pueblos que han puesto sus aspiraciones y sus anhelos en la realización de ideales de belleza, de justicia y de humanidad? Atenas ha sido vencida y destruída por Esparta, como Grecia lo fué por Roma. Roma por los bárbaros y Florencia llegó a ser sojuzgada por Venecia. ¿Pero esto qué significa? ¿Qué valor tiene esta afirmación? ¿Quién sobrevivió y perdura a través de los siglos: la cultura ateniense o las artes guerreras espartanas; la obra de Roma o los usos y costumbres de los bárbaros?

Se admira y se estudia a Grecia: su civilización, sus ideas, su cultura, su filosofía. Se analiza y se penetra, cada día con mayor interés, en las empresas de Roma, como educadora de pueblos, maestra en política, madre inmortal de la "suprema ratio", como se llamó a su derecho.

Es más: todo el movimiento redentor de los siglos XVIII y XIX, ¿es otra cosa que el florecer del Renacimiento y de la Reforma, corrientes espirituales transformadoras del mundo que manan de Grecia y de Roma? ¿Acaso aquellas inquietudes sociales que agitaron a Europa y prepararon la Revolución, son o no el ímpetu de un ansia sublime, que triunfó sobreponiéndose a las ideas de fuerza, que luchó con la fuerza misma de todos los poderes constituídos, dando vida a una nueva sociedad?

¿Es, en opinión de Treitschke, el hombre fin del Estado? Tampoco. El individuo vive para el Estado exclusivamente y al Estado ha de supeditarse y sacrificarse

siempre. Erraría lamentablemente quien interpretase esta aseveración en el sentido de que el pensador germano pone por encima de todo la sociedad civil, la colectividad jurídica.

Cuando entre nosotros se habla de sociedad civil ponemos nuestro pensamiento sin quererlo y acaso sin saberlo, en el Estado. Tanto es así, que para nosotros el Estado es el órgano jurídico de la sociedad civil. Esto es, el Estado, en la sociedad, es el instrumento para definir y hacer efectivo el derecho.

Las ideas teutonas siguen en el caso, rumbo muy distinto. La sociedad civil — "die bürgerliche Gesellschaft" — es para los alemanes, y esto lo hace resaltar con gran vigor Treitschke, algo que está fuera del Estado y en cierto modo en oposición con el Estado. La sociedad civil para Treitschke, es el conjunto de todas las agrupaciones, resultado espontáneo de las tendencias naturales en el individuo a unirse y asociarse con sus semejantes para fines que no dependen de una manera directa y única del Estado. Tales son la familia el comercio, la industria, etcétera.

Las instituciones dependientes del Estado, conforme a las doctrinas de Treitschke, son el Ejército, la Política, la Justicia, etc. ¿Habrá posibilidad de que en el orden jerárquico de las ideas o de los principios doctrinales la sociedad civil esté sobre el Estado? No; en forma alguna.

Treitschke afirma rotundamente que muchas veces los intereses de la sociedad civil pueden estar en contradicción con los del Estado, y, en este caso, la sociedad civil tiene que sucumbir. Mas aún; los intereses sociales son entre sí contrarios, están en pugna y se destruyen. El "homo hominis lupus", de Hobbes, "el hombre del hombre lobo" es la ley de la comunidad civil y si por encima de ella no estuviera el Estado con su fuerza moderadora y reguladora, sería totalmente imposible la existencia de la sociedad.

¿Es que, según Treitschke, no hay nada sobre el Estado? ¿Ni tampoco la Humanidad? Tampoco. De la Humanidad no hay que hablar; no nos entenderíamos, que en la obra de Treitschke, "Política", no se escribe ni una sola vez tal palabra. ¡Como que para un teutón auténtico la palabra Humanidad está vacía de sentido, carece de todo valor!

LA PAZ ES INMORAL, SEGUN TREITSCHKE

En resumen el pensamiento de Treitschke es el del Estado dictador. Si el Estado es el poder absoluto, si la esencia del Estado se realiza en la fuerza y en la fuerza material encuentra el Estado el medio para hacer efectiva su voluntad, el Estado es soberano y dictador a la vez. Soberano, en cuanto sobre sí no admite ni tolera ningún otro poder su fuerza; dictador en cuanto regula y legisla; establece las normas y las leyes conforme a las cuales se ha de ordenar y regir la sociedad sometida al Estado.

Pero si el Estado está sobre todo, si es absolutamente soberano, ¿cómo es posible la coexistencia de los Estados entre sí? Desde el momento en que se admite la posible existencia de dos fuerzas iguales, que tienen que convivir y relacionarse, dejan de ser soberanas. Se limitan y condicionan recíprocamente; se mueven en su propia esfera, pero no pueden traspasar los linderos de sus respectivos dominios. ¿Cómo se puede coordinar el poder absoluto de un Estado con el poder absoluto de otro Estado?

El conflicto existe — confiesa Treitschke —, pero es transitorio. Los tratados y los convenios son el "modus vivendi", el recurso circunstancial para remediar estas dificultades. Llegan los Estados poderosos a esas transaciones momentáneas, por ser imposible una situación de guerra permanente. Por eso todos los tratados llevan consigo la cláusula "rebus sic stantibus" es decir, valen en tanto duran las circunstancias o condiciones que los engendran.

Otra cosa, postula Treitschke, equivaldría a que los Estados dejasen de ser Estados, porque si enajenasen su voluntad para el futuro dejarían de ser soberanos. Por ello, cuando un Estado se siente suficientemente poderoso o entiende que las condiciones de su vida han variado, por sí y ante sí, desprecia el tratado.

"Rebus sic stantibus", habían escrito las potencias signatarias del tratado de 1839, que aseguraba la independencia de Bélgica. Las condiciones internacionales de Europa habían cambiado y... cuando Bethmann Hollweg, ante el Reichstag, gritó: "¡El tratado de 1839 es un pedazo de papel", aplausos frenéticos acogieron las palabras del canciller de Guillermo II.

Las doctrinas de Treitschke, elevadas a credo político, dogma jurídico de Alemania, traen otras consecuencias. Si la esencia final del Estado radica esencialmente en poder realizar su fuerza haciendo efectiva su voluntad, si sobre el Estado no hay ley moral alguna, la conclusión es fatal, se llega a lo proclamado también por Bethmann — Hollweg en el Reichstag: "La necesidad no admite ley". Y Alemania entera aplaudió, como Prusia delirante aclamaba a Federico El Grande cuando dijo: "Not kennt kein Gebot".

Por eso Treitschke, dice que la guerra es saludable, necesaria y santa. Más, mucho más que eso: "Der Gedanke des ewigen Friedens ein unsitliches Ideal ist". — Está en la página 559 del tomo II de "Politik" —. "¡El pensamiento de la paz perpetua es un ideal inmoral!"

¡Un ideal inmoral la paz!

¿Por qué? Leedlo. "Siendo el Estado la fuerza, es medio y es fin; y en el supremo instante en que las diferencias entre los pueblos surgen irreconciliables, la contienda tiene que ser resuelta por la fuerza. La guerra, entonces es necesaria".

La guerra es necesaria y es dolorosa, reconoce Treitschke; pero ver sólo lo doloroso de la guerra es una visión de la realidad humana tan simplista y tan infantil como la del niño que se estremece de terror cuando ve que un médico corta la mano dañada de un enfermo.

Sólo en los pueblos poseídos de una gran atonía o dominados por una extrema debilidad, surge y arraiga la idea de la paz. La grandeza y la santidad del ejército está en ser el instrumento de la guerra, que a su vez es santa y vivificadora porque produce en las actividades esas corrientes de generosidad plena en que va desapareciendo el individuo, ahogándose sus apetitos y sus egoísmos, fundiendo todos los ciudadanos en una aspiración única, en un solo anhelo, que es la aspiración y el anhelo del Estado. En ese instante todos sus deseos y todas las ambiciones privadas mueren, desaparecen todas las diferencias y se borran las categorías, uniéndose el pueblo entero en el cumplimiento de un deber sagrado: el ideal del Estado.

La guerra es entonces hogar de energías morales y campo de excelsas virtudes, es ennoblecedora, eleva y dignifica. Por eso, arguye con épicos acentos Treitschke, en la guerra no puede existir derecho alguno. La guerra es el medio para el triunfo y el triunfo hay que obtenerlo mediante la violencia. Todos los medios están santificados por la finalidad: conseguir la victoria a cualquier precio.

Este pensamiento fundamental de Treitschke, en la pasada contienda se formuló oficialmente: Ante la guerra no hay derecho y el llamado derecho de gentes nunca puede estorbar la acción militar. Fué el general von Hartmann en la "Deutsche Rundschan", en un artículo titulado "Militarische Notwendigkeit und Humanität", y Ahora, en nuestros días, lo escribió y, lo que es más terrible, lo llevó a la realidad Hitler.

LA POLITICA EXTERIOR EUROPEA EN EL SIGLO XIX

La vida internacional del Viejo Continente, que en los reinados de Carlos I y Felipe II obedecía a los designios y conveniencias de los monarcas españoles, desde los años finales del siglo XVII está orientada y condicionada por la política de la Downing Street. Se ha dicho que a partir del desastre de la Invencible, donde el poderío naval de los españoles había sido totalmente abatido, data la hegemonía marítima de Inglaterra. No hay tal.

Ocurrido el desastre de la Invencible, España continuó siendo el país más fuerte de Europa; Inglaterra una isla inerme. Recuérdese que años después de aquel desastre en los mares, Felipe II construyó una nueva escuadra, invadió Irlanda y derrotó a los ingleses y ocupó los puertos de la Mancha. Andrés Maurois, en "La Historia de Inglaterra", advierte como la exaltación de triunfo patriótico que dominaba en la corte de Isabel en 1588 y se reflejó en el teatro histórico de Shakespeare, en sus últimos dramas, retratando las pasiones de los espectadores y la melancolía de Hamlet, recoge el estado espiritual de los ingleses en los años finales del reinado de Isabel.

Tanto es así que la política inglesa, por ley imperiosa de la necesidad, sigue una línea tortuosa y quebrada, sin

responder a otro principio que satisfacer las necesidades que su condición insular le crea.

A fines del siglo XVII y comienzos del XVIII, al frente del Foreign Office está Bolingbroke, el más cuidadoso fomentador del "insularismo" y de la política de la "Balance of Powers"; mantenimiento del equilibrio entre los países poderosos del Continente, de tal manera que no pueda consolidarse la hegemonía de uno de ellos. Aquella famosa aseveración de Bolingbroke, al firmar el tratado de Utrech: "No podemos olvidar nunca que Inglaterra es un país insular y no continental", encierra el credo de la política exterior de Saint James, que se aisla de Europa cuando le acomoda y se mezcla de lleno en los asuntos continentales cuando le conviene. A tal punto que un siglo después, el viejo Pitt, para mantener y aplicar las ideas de Bolingbroke, combatiendo el poder de Napoleón, exclama. "Insulares, si, aislados, no". Era el mismo insularismo de Bolingbroke, el que había llevado a destrozar el poder de España primero, la fuerza naval de Holanda después, para mantener libre el océano y abatir el poder de Luis XIV más tarde.

Por eso Inglaterra, a través de toda su historia, desde fines del siglo XVII hasta hoy, aparece siempre como protectora de los débiles, frente al abuso de los fuertes, identificando el interés británico con los intereses de los oprimidos. Esta labor tradicional y perseverante de la diplomacia, de sus estadistas, tan sagaz y tan perfecta, unos la califican de "magnífica intuición liberal" otros la adjetivan de "terrible perfidia".

La abstención cuidadosa de Inglaterra en los asuntos continentales mientras no vé surgir la amenaza de un poder decisivo en Europa, su decisión irrevocable y siempre practicada de acudir a derrumbar al Estado que logra ascender con los peldaños de la hegemonía continental, tiene una expresión más sutil — faena de continuidad diplomática — una forma más cautelosa, una manera de mayores disimulos, crear frente a un Estado poderoso

otro de tanta fortaleza, cuidando, por manejos cancillerescos, que sus intereses sean contradictorios, para mantenerlas en perenne rivalidad. Aquí reside todo el pensamiento y toda la eficacia de la política de la "Balance of Powers", que el historiador Grant Robertson llamó "The greast secret".

Entramos a delinear los rasgos de la política exterior europea, sus perfiles esenciales, en el siglo XIX.

Los grandes Estados europeos, las naciones más poderosas del Viejo Continente, en los albores del siglo décimo-nono, dominados por una terrible obsesión común, sólo persiguen un designio: Destruir la obra política de la Revolución y la militar de Napoleón.

La Revolución, jurídica y políticamente, había creado un mundo nuevo, aquel mundo que la mirada diáfana de Goethe descubrió en Valmy al ver, en 1792, los ejércitos prusianos destrozados por los voluntarios que capitaneaban Dumouriez y Kellermann, por los "sans cullottes" que, entonando la Marsellesa, ebrios de un ideal renovador de una sociedad caduca, llevan en su alma y en su sangre los gérmenes de libertad que iban sembrando por todos los campos de Europa. El poeta alemán dijo, hablando de la batalla de Valmy: "Y aquel día vi nacer en los campos de la lucha un nuevo mundo". Cual era el mundo que Goethe vió en aquella hora de albores y nacimientos? Intentemos describirlo con sobriedad.

En Francia las ansias de transformación tomaron una fuerza arrolladora en el último tercio del siglo XVIII. El culto de la razón y de la humanidad llevaron al pueblo, alentado por las enseñanzas de los grandes pensadores, a poner fin al despotismo, a combatir la intolerancia, a vencer la desigualdad. Todo esto lo representaba el poder absoluto del príncipe, que mantenía la religión obligatoria, la desigualdad en los impuestos, los derechos señoriales, las gabelas eclesiásticas — diezmos y primicias — los abusos burocráticos, la venalidad de los funcionarios, la servidumbre del pueblo. La emoción popular, sublimada

por las ideas de Libertad y de Igualdad, fué el arriete terrible que derrumba el pasado. Si en 1789 destroza el antiguo régimen conservando la monarquía y quiere transformarla, cuando advierte la inutilidad de su intento y ve a Luis XVI manteniendo relaciones con todos los enemigos del pueblo, con los países extranjeros y con los emigrados que vienen a combatir la Revolución, en 1792, derrumba la monarquía, decapita al Rey y proclama la República, obra de la voluntad del pueblo, fundada sobre "los derechos del Hombre". Es el mundo nuevo en pugna con el mundo viejo.

Las monarquías descansaban sobre los derechos dinásticos y sobre los principios de la nobleza, sobre las exenciones tributarias, sobre el ejército al servicio del rey, sobre una burocracia fiel al monarca, sobre una Iglesia que se apoya en el trono para mantener el poder del altar. Los reyes lo son por su origen, por su sangre, por su familia; el pueblo les debe sumisión plena.

El choque entre el viejo y el mundo nuevo tuvo momentos en que culmina el drama internacional, que la espada victoriosa de un soldado, elegido por el destino, genio de la guerra, va a desenlazar. Napoleón trastorna con sus conquistas toda la Europa de diez y ocho siglos y destroza o conmueve en sus cimientos el sistema monárquico, modificando el orden geográfico-político del Viejo Continente.

Contra la Revolución y su instrumento político se levanta la coalición de las potencias aliadas (Rusia, Austria, Prusia e Inglaterra), que en Viena (1814 y 1815) se preparan a restaurar las viejas monarquías, las dinastías tradicionales y legítimas. El verbo y el artífice principal de este empeño es Metternich, sostenido por Alejandro I de Rusia, desde que el Zar rectifica sus primeros impulsos liberales. La Restauración se hace con un tan acusado frenesí de odio, que las viejas repúblicas de Venecia, de Génova y de las Provincias Unidas, (para borrar del mundo político hasta la noción del nombre República) desaparecen: Venecia entra bajo el dominio de Austria, Génova se incorpora a Cerdeña, las de Holanda se transforman en el reino de los Países-Bajos. Y quedan restablecidos los Borbones en el trono de San Luis, como dinastía única legítima. Europa parece respirar; se han acabado las guerras; se ha extirpado el espíritu revolucionario; la legalidad dinástica restaurada y "el orden" restablecido. Inglaterra suscribe estas medidas y accede a restablecer el Consejo de los Embajadores en París, la ocupación militar en Francia, que capitanea Wellington, el vencedor de Waterloo, para asegurar el vencimiento definitivo del Corso.

Transcurren algunos años, apenas dos, y comienzan a agitarse las nuevas ideas. Nápoles, Cerdeña, Lombardía, España y Portugal son campos de acción para muchos caudillos liberales. Estos impulsos de emancipación política, estas ansias de libertad toman cuerpo y vigor, hasta el punto de llevar la alarma al espíritu de Metternich, que en 1818, invocando como pretexto ciertas peticiones de Francia, prepara la reunión de un Gran Congreso. El objeto de él era discutir la demanda formulada al Zar Alejandro, por el ministro Richelieu, de activar la evacuación del territorio francés, medida apoyada por Wellington que declaró que "las fuerzas de ocupación podían ser retiradas sin peligro para la paz de Europa".

Para llevar acabo la evacuación definitiva, Alejandro propuso la reunión de un Congreso al que debían ser convocados todos los Estados de Europa. Metternich, recordando las dificultades y sobresaltos producidos en el de Viena, hizo que la reunión se limitase a una Conferencia entre los aliados. Triunfó el criterio de Metternich y en noviembre de 1818 se reunieron los tres soberanos de Prusia, Austria y Rusia y los cinco primeros ministros de las cinco grandes potencias.

Metternich comenzó por hacer una propuesta para obtener un acuerdo secreto entre Rusia, Inglaterra, Austria y Prusia, comprometiéndose a reunir sus fuerzas en

el caso de que en Francia se produjese cualquier trastorno y amenazase la paz o la tranquilidad de sus vecinos.

El propósito o el pensamiento de Metternich lo tradujo el Zar Alejandro proponiendo "la unión fraternal de los aliados para la garantía de todos los derechos". Metternich suscribió en el acto la propuesta, que también apoyó Prusia, Castlereagh, jefe del Gobierno Inglés, se opuso diciendo: "El objeto de la Conferencia es otro. Los Tratados de 1815 no contienen más compromisos que los de las cláusulas de los mismos tratados".

Y añadió: "No es admisible que un Estado tenga derecho a intervenir en los asuntos de otros impidiendo los cambios legales o ilegales, porque un Estado extranjero no puede ser juez de la legalidad". "Una alianza solidaria que obligara a cada Estado a sostener la sucesión, el gobierno y los poderes de todos los Estados, contra la violencia y los ataques, supondría un gobierno general capaz de imponer a todos los reyes y a todas las naciones una regla de paz y de justicia interiores".

Metternich, aunque no pudo hacer suscribir a Inglaterra sus ideas, logró que Rusia, Prusia y Francia — que había sido admitida a la Conferencia — se sumasen a la manifestación solemne de la alianza contra los revolucionarios. Así pudo ufanarse Alejandro de que: "El Congreso había animado a los amigos del orden y de la paz en todos los países, alarmando en todas partes a los innovadores y a los facciosos".

Las reservas de Castlereagh tenían un gran valor. Los gérmenes sembrados por la Revolución comenzaban a florecer en varios pueblos, a pesar de Metternich y de las presiones de las grandes potencias. Así en un año (nos referimos al de 1820) se producían y triunfaban cuatro movimientos liberales y renovadores, en España, Portugal, Nápoles y Cerdeña. Para detener el peligro de la Revolución las grandes potencias celebran en Austria, siempre bajo la influencia incontratable de Metternich, tres

Congresos: El de Troppau, en Silesia (1820); el de Laybach, en Carniola (1821); el de Verona (1822).

El Congreso de Troppau acordó la intervención en Nápoles, donde el rey Fernando, cediendo a la presión del pueblo, acababa de hacer concesiones de tipo liberal "al nuevo espíritu", promulgando una Constitución. Inglaterra se niega a contraer compromisos como los que preconiza Metternich y protesta contra un sistema general de garantías políticas.

De Troppau sale la declaración de principios, que habían de suscribir, Rusia, Austria y Prusia, según la cual "todo miembro de la alianza europea donde se produjese una revolución interior, por este solo hecho dejaba de formar parte de ella", comprometiéndose a "no reconocer las reformas ilegales" y — entra como pieza esencial en el derecho público europeo el principio de la intervención — "emplear si fuese necesario, contra ellas las medidas de coacción oportunas". Como primera aplicación de este principio, está el Congreso de Laybach, donde Fernando de Nápoles, que salió de su país jurando defender la Constitución, pidió a las potencias que restableciesen el régimen absolutista.

Acceden Austria, Rusia y Prusia a la inmediata intervención — Francia la condiciona a negociaciones previas — y en esos instantes llegan las noticias de la revolución que estallaba en el Piamonte y poco después el levantamiento de Ipsilanti contra los turcos, que había de abrir la cuestión de Oriente, cuya cronicidad y peligros perturbarán la vida de Europa durante todo el siglo XIX.

En España el movimiento constitucional capitaneado por Riego, (pronunciamiento de Cabezas de San Juan), continuaba triunfante. Fernando VII había escrito personalmente a Luis XVIII en demanda de fuerzas contra sus súbditos, y Metternich, azuzando al Zar Alejandro y anunciando fieros males para Europa si la Revolución en España no era combatida por la potencias, logra de estas la declaración de intervenir. Inglaterra se niega. A todo

esto se reúne el Congreso de Verona (diciembre de 1823) donde Chateaubriand, Ministro de Negocios de Francia ofrece enviar a España un ejército — "los 100.000 hijos de San Luis" — y aplastar la Revolución.

En este Congreso la representación de Inglaterra la ostentaba Canning, que insiste "en el derecho de las naciones para decidir por ellas mismas cual forma de gobierno estiman mejor" y llega, contra las ideas y procedimientos de Metternich, a proclamar "el derecho de impedir la intervención" de una potencia en los asuntos interiores de otro país.

Durante la invasión napoleónica en España, por causas y finalidades que no es el momento de aclarar, algunas colonias españolas habían pronunciado el grito de independencia. En Méjico, llegaban los días de Santa Ana; Bolívar continuaba victorioso en Venezuela, Nueva-Granada y Colombia, como San Martín en Chile y Perú. A Chateaubriand, en Verona, se le ocurre proponer que el principio de intervención se extienda a las colonias españolas y Canning pronuncia en el Parlamento inglés su famoso discurso, al propio tiempo que hace saber al enviado de Francia, al Duque de Polignac, que "todo intento de restaurar el dominio de España o de establecer la autoridad de Francia en las colonias de América sería considerado como un "casus belli".

Los Estados Unidos gestionan diplomáticamente hacer una declaración conjunta de reconocimiento de la independencia de las colonias españolas sublevadas, Canning se niega, pero sugiere al embajador norteamericano en Londres que el presidente Monroe declare de aplicación a este Continente los principios de la "no intervención", naciendo así la llamada "doctrina de Monroe", que no es una doctrina ni es de Monroe.

Inglaterra, por la acción diplomática de Canning, con su conducta en Verona, da el primer golpe de maza contra la política de Metternich, que hiere de muerte, enviando la

escuadra a Lisboa en 1824 y sosteniendo al rey D. Juan contra D. Miguel (1826).

Pese al poder de todos los monarcas y a la fuerza imponente de sus ejércitos coaligados, que emplean en matar y enterrar "el espíritu nuevo", las ideas de libertad venciendo todos los obstáculos, van abriéndose paso. Mientras tanto, en un corto período de tiempo, 1823-1829, la opinión europea empieza a interesarse, por las cuestiones de Oriente, especialmente en favor de los griegos a los que Canning apoya — 1823 — contra la opresión de Turquía. Alejandro de Rusia, siempre dispuesto a enfrentarse con el Sultán, por temor a conculcar los acuerdos de Aix-la-Chapelle y de Troppau, después de reunir la Conferencia de San Petesburgo para restablecer la paz, se limita (1825) a recomendar al Sultán, que admita la intervención de las potencias. Esto ocurría en el mes de abril y en aquel mismo año de 1825, en el mes de noviembre, muere Alejandro I y lo sucede Nicolás I que va a intervenir de una manera activa en los asuntos de Turquía, teniendo que luchar, aunque a veces simulan estar de acuerdo, con la política de Inglaterra, escribiéndose entonces las páginas curiosísimas de la paz de Akkermann (octubre de 1826) y la de Andrinópolis (1828), que preludian la muerte del régimen de Metternich, predominante en la política exterior de las grandes potencias europeas.

En efecto; en 1830 en Francia las fuerzas revolucionarias destrozan a los Borbones y elevan al trono a Luis Felipe de Orleans, "rey de las barricadas". A la vez "el espíritu de los tiempos" se abre paso en los Países Bajos. Bélgica se separa de Holanda y nace un nuevo reino de tipo liberal y constitucional.

En estos momentos habían vuelto al poder los "wigs" unidos a los amigos de Canning; Francia tiene una monarquía parlamentaria; Bélgica, emancipada del poder de Guillermo de Holanda, se erije independiente y adopta también la forma constitucional. Europa se divide en dos grandes zonas, una liberal en occidente; y otra absolutista

en oriente. Vamos a presenciar un gran duelo entre Rusia e Inglaterra, mejor diríamos entre sus dos grandes figuras representativas, el Zar Nicolás y Palmerston. Este forcejeo entre el absolutismo (Rusia con Austria y Prusia) y el liberalismo (Inglaterra con Francia y Bélgica) va desde 1830 a 1850.

Luis Felipe era, según los tratados de Viena, un usurpador. La legitimidad monárquica la representaban los Borbones. A pesar de ello, la propia Austria, Metternich en persona, se vieron obligados a reconocerlo como rey. Rusia por la acción personal de Nicolás, desplegó una acción diplomática intensísima contra "el rey de las barricadas", pero fracasa en todos sus propósitos, que ni Prusia ni Austria secundaron.

En Bélgica, por la reclamación de Guillermo de Holanda, se planteaba el mismo problema. Inglaterra protegía el movimiento de independencia de los walones y flamencos frente a Holanda, convocó la Conferencia de Londres donde empieza a sentirse el peso de la diplomacia de Palmerston, que respetuoso con los principios liberales y de la voluntad popular, logró imponer maniobrando de acuerdo con Talleyrand, la separación de Bélgica del reino de los Países Bajos, disputando con él después en forma violentísima, llegando casi a la ruptura, pero triunfando en toda extensión con sus planes de libertad e imponiendo como rey a Leopoldo de Coburgo.

Como dentro de los límites de estos ensayos no se puede entrar en el examen de los sucesos que no sean indispensables para nuestros fines, tenemos que pasar por alto el de la cuestión de Polonia (1830-1832), donde Rusia salió triunfadora, por la abstención de Austria, Prusia y Francia, a pesar de todos los esfuerzos que Palmerston hizo en defensa de Polonia.

Pero esta derrota diplomática del ministro inglés, lejos de disminuir sus prestigios los agranda. Es el único que quiso enfrentarse con el coloso ruso para defender la libertad de un pueblo oprimido.

En España y en Portugal, donde hay dos reinas menores de edad y cuyos regentes se apoyan en los elementos liberales del país, quieren las potencias orientales defensoras del absolutismo, mantener a los pretendientes, Carlos de Borbón y Miguel de Braganza. No vacila Palmerston, defiende a las reinas, alienta a los liberales, cuida de que el principio de derecho de gentes "de asistencia y respeto al gobierno de un país legalmente constituído" sea respetado, asocia a su empresa a Francia y con Talleyrand pacta la cuadruple alianza (1834).

Toda la política de Viena y Aix-la-Chapelle, de Troppau, de Laybach y de Verona, se derrumba estrepitosamente. La voluntad de los pueblos y la legitimidad de los regímenes que instauran, son respetados; la "no intervención" se mantiene como base angular del derecho de gentes. ¡Esto pasaba en Europa hace un siglo! ¡Qué diferencias y qué contrastes con la que hemos visto y lamentado en estos tiempos de desenfreno furioso de la fuerza y del cinismo diplomático! Las mismas diferencias y los mismos contrastes que hay entre un Palmerston y un Chamberlain, entre un León Blum y un Talleyrand "Sic transit".

A medida que los pueblos se sienten amparados en sus derechos por la ruina de la política de "intervención", que los poderes absolutistas habían instaurado por medio de las coaliciones de violencia; en el mismo grado y nivel que va triunfando la política liberal de Palmerston, surgen por todas partes, pujantes y lozanos, los frutos del espíritu democrático. Las potencias del Este: Rusia, Austria y Prusia, multiplican sus esfuerzos para contener, dominar y vencer las inquietudes diplomáticas. Así se suceden las entrevistas de Munchen-Greatz (septiembre de 1833), la de Berlín, (octubre 1833), donde se firma "el tratado secreto" para defender y reafirmar el "sistema de conservación", basado estrictamente en los tratados de 1815, comprometiéndose a mantener por las armas las doctrinas de "la intervención"; las de Kalisch y Teoplitz

(1835) que reiteran en todos sus detalles la doctrina y los principios de Viena, Aix-la-Chapelle, Troppau y Verona, siendo el Zar Nicolás el que aparece como campeón del tradicionalismo, frente al sentido liberal de la política de Palmerston.

La corriente arrolladora de "las nuevas ideas" se hace tan vigorosa y potente que, destruyendo todos los obstáculos y rompiendo todas las compuertas, va inundando las tierras de Suiza, de Prusia, de Italia y de Francia, preparando los grandes conmociones de 1848.

En Oriente se complican los problemas y se agrandan las complicaciones. La política de las potencias parecen coincidentes en mantener la unidad y la integridad del imperio otomano, siendo Palmerston el que más se afana por borrar el tratado de 1833 que había dejado a Turquía sometida a Rusia. No se puede seguir al detalle, ni aun a grandes pasos, la evolución de estos acontecimientos, que desembocan en la "Convención de los Estrechos" (julio de 1841), declarándolos cerrados a todas las fuerzas navales.

Mientras tanto Palmerston, siguiendo su política de apoyo a las corrientes liberales, interviene en Portugal, donde pone fin a la guerra civil. El Parlamento inglés, como protesta contra un acto que violaba los principios de "no intervención", estuvo a punto de derribar a Palmerston por un voto de censura. En Italia, el Primero inglés, consecuente con su política liberal, anima cuando no excita a los príncipes a instaurar reformas que satisfagan los legítimos deseos del pueblo. Metternich, inquieto y alarmado por este movimiento que estima hostil a Austria envía (7 de agosto de 1847) "la nota a las cuatro potencias", con su implacable dicho: "Italia es una expresión geográfica", y exigiendo que se mantengan los tratados de 1815. En Suiza, pese a los esfuerzos conjugados de Francia, Austria y Prusia, para mantener la "sonderbund", Palmerston, con una destreza y una serenidad diplomática invencibles, da todo su apoyo a los republicanos

y consigue que el propio Canton de Neuchatel entre a formar parte de la Confederación (1848).

La Revolución no se detiene en Suiza, brota en Sicilia, en Francia y en Prusia. Estamos en el año de 1848. En estos momentos es cuando se ve que de todas las grandes potencias sólo dos pueden permanecer apartadas del movimiento y en calidad de árbitros, Inglaterra y Rusia.

De aquellos hechos que de tal modo desarticularon la política de las grandes potencias, quebrantando el poder de Austria y poniendo en trance de guerra a las eternas aliadas (Viena y Berlín) hasta que Schwarzenberg, que reemplazara a Metternich, influye en los asuntos de Prusia. Después de las horas dramáticas que París vive, lleva al poder a Luis Napoleón, elegido presidente de la República en 1848. Cuatro años más tarde, por un golpe de Estado de carácter militar, Napoleón suprimió la Asamblea, restaurando la monarquía y con ella el Imperio.

Si nos pudiéramos detener en la contemplación del agitadísimo panorama de Europa en aquellos dos años (1848 a 1850) veríamos desfilar las grandes cabalgatas revolucionarias, alguna tan brillante como la acaudillada por Fernando Lasalle en Prusia; otras tan sorprendentes como las contrarrevolucionarias formadas por los ejércitos de Austria, España y Nápoles, que acuden en socorro del Papa, amenazado por el movimiento agitador del irredentismo italiano.

Más que todo esto retengamos los siguientes datos: En Europa comienzan a formarse dos grandes partidos internacionales, uno obrero y otro católico, que han de influir de modo esencial en la política europea a partir de aquella fecha. Los socialistas, dando vigor y contenido a los partidos radicales; los católicos inspirando y nutriendo a los de tipo conservador. Por la llamada política social, pasa al primer plano de las preocupaciones de gobierno la cuestión económica.

Entramos en un gran período histórico — 1850 a 1870 — simbolizado por las figuras de Napoleón III, Bis-

marck y Cavour. Durante él se acrecienta el prestigio de Francia, que a expensas de Austria recobra sus pretéritas glorias militares al punto de llegar a inquietar a Rusia y a Alemania. Napoleón, que parece el árbitro de Europa, es un condenado a fracasar. Bismarck, el genio diplomático de aquel tiempo, sagaz y certero, hábil y férreo, diestro y sereno, realiza una obra fabulosa, venciendo peligros y obstáculos inverosímiles y marchando de cumbre en cumbre, con su vuelo de águila, desde Sadowa a Sedán, constituye el "Reich", logrando dar unidad a la Gran Alemania. Es el primero de los errores de Inglaterra que en su miopía, que llega a la ceguera, llevada de su obsesión de destruir todo gran poder que se forje en el Continente, por combatir a Francia, después de la guerra que aquélla mantiene con Rusia en defensa de Turquía y de la que Nápoles declara a Austria, no vacila en favorecer, unas veces por acción, otras por omisión, los designios de Bismarck, buscando el contrapeso al poder de Napoleón, que adquirió su máximo prestigio en el Congreso de París (abril de 1856), en el acto de Villafranca "entrevista personal de los dos emperadores", (noviembre de 1858), y en el Tratado de Zurich del mismo mes y año.

Tenemos que dejar a un lado todo lo que, aun siendo de tanto interés histórico, afecta a Polonia (1863) y a la guerra de los Ducados del Schleswig y del Holstein (1864) para hacer un resumen de la obra bismarkiana, a partir del apoteosis de las armas prusianas en el Tratado de Francfort (1871).

Bismarck, el genio de la "Real Politik" (política realista) fundador del Imperio alemán y consolidador de la prepotencia de Berlín en Europa, era hombre que comulgaba en las ideas del "poder absoluto", entendiendo la soberanía de los monarcas al modo de Bodin que la concebía así: "Los gobiernos, en relación con los otros no reconocen ni limitación ni mediatización". "El soberano es el solo juez de sus acciones y no debe cuentas a sus súbditos, con los que está unido por lazos de interés y

de grandeza del pueblo mismo". "En los tratos con otros Estados no hay solidaridad ni común interés superior al del Estado mismo, sin más norma que "la razón del Estado". "Y el interés de cada Estado radica en crecer y aumentar materialmente, empleando para ello sin escrúpulos ni vacilaciones, los medios que le conduzcan al triunfo: la fuerza de las armas, la amenaza, la intimidación, el engaño, la mentira, cuanto sea menester para el buen éxito". "Se firman los Tratados con el pensamiento de romperlos, tan pronto como las conveniencias lo aconsejen, sin que el Estado pueda nunca sentirse ligado por los compromisos que contrae". Bodin y Maquiavelo son los maestros de Bismarck, que penetra y domina sus ideas, doctrinas y consejos con una maestría insuperable, tanto que, de la Prusia vencida por Austria en 1850, hizo la Alemania que se impone a Europa en 1871 y mantiene su hegemonía hasta 1914.

Bismarck tiene como suprema ambición consolidar su magna obra militar y diplomática. Lucha contra la Iglesia católica (1872-1880) período de forcejeo con Roma — "kulturkampf" —, busca como pretexto para unir las potencias en una política interior uniforme contra la Revolución, la persecución socialista (1878), inicia la política colonial mediante la creación de las compañías de comercio 1880, que adquieren tierras extensas en Africa y Oceanía y gradualmente refuerza el poderío militar, construyendo el instrumento guerrero más eficiente de Europa, asegurando su maravillosa empresa política y diplomática mediante las alianzas, con Austria primero, con Italia después, para fundar la "Triplice", cuidando de tener separadas a Francia, Rusia e Inglaterra, "cuya inteligencia — según Bismarck — sería mortal para Alemania".

Bismarck con su grandes virtudes y sus terribles defectos, con sus audacias y con sus torpezas, es — después de Casimiro Benso, el conde de Cavour — la figura más grande y la personalidad más fuerte que Europa conoce

desde el Tratado de Viena hasta el de Versalles. La Alemania actual, con su espíritu y sus afanes, el Führer, frenético y dominador, son, como Bismarck, productos auténticos del prusianismo.

Conviene recordar, hoy más que nunca, como el Canciller de Hierro fué tejiendo esta gran obra diplomática, que es un modelo de cálculo y de precisión, si se prescinde del tremendo error en que incurre, por falta de perspectiva histórica, al impulsar a Francia a los grandes empeños coloniales en Africa. Bismarck siempre creyó que la política colonial no era un buen negocio. Al Canciller le preocupa, por encima de todo, la política continental, de la que el Reich es protagonista. La diplomacia alemana, sometida a Bismarck, es la que traza supremas normas de acción a los pueblos. La Wilhelmestrasse en aquellos tiempos es la más temida de las cancillerías; la Downing-Street, el Quai d'Orsay, la Consulta, al igual que los hombres de Viena y de San Petesburgo, viven siempre pendientes de Berlín.

Bismarck logra que Inglaterra se mantenga en su posición insular, vacilante y perpleja, sin otra política que la de oponerse al predominio de Rusia en Turquía, mientras él elige libremente sus amistades, que en definitiva se inclinan a Viena y más tarde a Italia.

Como contra todo lo calculado y previsto, Francia, después de Sedán se repone y rehace vertiginosamente, a pesar del cercenamiento de Alsacia y Lorena y del pago de la indemnización — que entonces era fabulosa — de los cinco mil millones de francos, Bismarck que conoce mejor que nadie el aforismo: "no hay buena diplomacia si no está sostenida por un ejército poderoso", atiende a las necesidades bélicas y hace votar las leyes militares, llamadas del "Septenado" (1888), aumenta las fuerzas del Reich en proporciones nunca conocidas, perseverando al propio tiempo en su resolución de empujar a los franceses a las empresas colonizadoras "para que en ellas calmen sus nervios y agoten sus energías". Por todos los

medios y formas hace saber al mundo que Alemania "es una nación satisfecha" y que "sólo aspira a mantener la paz", "que toda la cuestión de Oriente no vale los huesos de un soldado pomeriano".

Para asegurar todas las ventajas conseguidas desde 1871 comienza por preparar las entrevistas de Gastein y de Salzburgo, ésta entre los emperadores de Alemania y Austria, y la visita del príncipe heredero Humberto en Berlín con el emperador (mayo de 1872) atrayendo a Italia a su férula. Bismarck por una repugnancia de tipo personal contra el primer ministro ruso Kortschacoff, que se convierte en una enemistad creciente, llega a perder el control de sus planes y rompe el acuerdo con el zar en las horas críticas de 1875, que parecían ser precursoras de una nueva guerra con Francia y que aun se agravan en 1877 al estallar el conflicto ruso-turco.

El Tratado de San Estéfano y el Congreso de Berlín (1878) al propio tiempo que disipan la tormenta que se cernía sobre Europa, dan ocasión a Bismarck para comprobar que Alemania está en plena preponderancia y que él, el Canciller de hierro, sigue siendo el árbitro de toda la diplomacia. Pero con toda su maestría no pudo evitar que Austria, por las ventajas sacadas del Congreso transformándola en un gran poder balcánico a expensas del prestigio de Rusia, ésta se aleje de Alemania y que su rival Kortschacoff se imponga al zar haciéndole romper definitivamente la unidad entre las monarquías del Este. De entonces data la aproximación — "alianza secreta defensiva" — pactada entre Bismarck y Andrassy, primer ministro austriaco.

Francia por el gran impulso de su expansión en Africa despertaba en Roma recelos, rencores y envidias, preparando la posibilidad de un acercamiento de ésta con Berlín, empeño que obsesiona a Crispi que se une a la "alianza defensiva de Alemania y Austria" mediante el Tratado secreto de 20 de mayo de 1882 valedero por cinco años, quedando constituída la "triple" que había de durar

hasta 1914. Al renovarse aquel Tratado en 1887 entre Alemania, Austria e Italia, se produjo un hecho insólito: Inglaterra firmó un acuerdo con Italia respecto del Mediterráneo que en definitiva es la expresión del temor que en Londres produce el crecimiento de Francia en Africa.

Bismarck, vigilante y atento siempre, contribuyó a este hecho aprovechando las disposiciones del jefe del gobierno conservador inglés, Salisbury, que se inclinaba de una manera decidida en favor de la "Triple Alianza". Francia y Rusia, sintiéndose aisladas, comenzaron a buscar bases para un acuerdo que tuvo su iniciación en el histórico telegrama que Alejandro III envió desde Cronstand, al Presidente de la República — julio de 1891 — hablando de "las profundas simpatías que unen a Francia y Rusia" y culminó con la visita de la escuadra rusa a Tolón (27 de octubre de 1893), provocando aquélla inusitada reacción por parte de Inglaterra, que hizo que una de sus grandes divisiones fuese a los puertos italianos a hacer una ostentosa manifestación de amistad.

Estamos ya en fechas en que Bismarck no rige la política de Alemania. Había cesado de ser Canciller en marzo de 1890, por la pugna latente con el nuevo emperador Guillermo II.

Bismarck, que tantos servicios había prestado a su país, ve un día ocupar el trono imperial al joven Guillermo II, que trae ideas y proyectos propios, que necesita apartar de su camino la figura ingente de su Canciller, demasiado respetado en Europa y en exceso admirado en Alemania, Bismarck, que sacrificado lo sustituye Caprivi. Después de una etapa que se llamó de "política al dictado" viene el lapso de "la nueva ruta" — "der neue Kurs" — que se inicia con la renovación del tratado con Rusia y sentando las bases del plan colonial. Son los días de la reunión de Berlín (1890) para la protección a los obreros, adonde va como delegado de Francia Jules Simón, con quien Guillermo entabla un diálogo para llegar

a una aproximación con Francia, intento frustado al nacer. Guillermo secundado por Caprivi, Hohenlohe, por von Bülow, por Bethman-Holweg, es el director, no supremo, sino único de su política.

Comienza entonces a desarrollar la política naval de acuerdo con el almirante von Tirpitz y pronuncia "en su famoso discurso de Stettin — 1898 —, que había de repetir en el de Hamburgo — 1911 —, la famosa frase de — "unsere zukunf liegt in der See" — "nuestro porvenir está en el mar". Se despliegan las enormes actividades del pueblo y del genio germano y se trazan las líneas de la "Weltpolitik" y desde entonces no deja de hablarse de la "Mittel-Europa", del "Drang nach Osten" y de las doctrinas del "Lebensraum". Ya que hemos hablado del "espacio vital", de esa necesidad de tierra y de campo que las naciones de gran densidad de población dicen sentir para su expansión, piedra angular o pretexto constante de la política imperialista, dejemos aquí expuestos unos datos que descubre la gran falacia de estos afanes colonizadores. Nos dice L. Wolf: En 1914 las cuatro colonias africano alemanas, con un área de más de 930.000 millas cuadradas y doce millones de indígenas, tiene una población blanca de 20.000. Las posesiones británicas del Africa oriental, Nygasilandia, Nigeria y Costa de Oro, con setecientas mil millas cuadradas de extensión y veintidós millones de habitantes, tiene solamente once mil europeos. ¡Así se daba salida a tierras coloniales a la población sobrante de los pueblos que invocan como razón de necesidad para su política de conquistas "el espacio vital"! Por mi cuenta agrego que en ese año había más de siete millones de alemanes en Norteamérica — los "Deutscher-americaner" — y pasaban de seiscientos mil los establecidos en el Brasil. Por lo pintoresca que es la noticia, recojo ésta que nos da Norman Angell: "En 1914 hay más alemanes ganándose la vida en la ciudad de París que en todas las colonias alemanas del mundo entero, en tanto que en la Eritrea italiana, después de cincuenta

años de colonización, en las dos mil millas cuadradas de aquella zona de Africa hay cuatrocientos italianos".

Temiendo apurar la capacidad de atención del lector, aun resumiendo los hechos, vamos a llegar al final trazando a grandes rasgos la política de Guillermo II, que anuncia "la nueva ruta" — "der neue Kurs" —, tratando primero de acercarse a Francia, 1890, que después busca a Rusia, aprovechando su amistad con el zar Nicolás — ahí está la famosa correspondencia privada entre "Willy" y "Niky" —, queriendo utilizar, en fin, las tendencias germanistas de Chamberlain, que en el comentadísimo discurso de Leicester (noviembre de 1899) habla de construir una nueva "Triplice" — Inglaterra, Alemania y los Estados Unidos —, "el Gran Imperio de la misma raza". Proyecto que fracasará por la oposición violentísima que el pueblo alemán demuestra ante estos designios, atacando a Inglaterra con motivo de la guerra contra los Boers, y por las exigencias del Barón de Holstein, inclinando a Inglaterra a buscar fuera de Europa otro gran aliado, el Japón, enero de 1902, simultaneándolo con la política de acercamiento a Francia — mayo de 1901 — que Eduardo y Delcassé habían de llevar a feliz término, al propio tiempo que con Italia pacta el acuerdo secreto de 1900, que le concedía libertad de acción en Tripolitania. El Tratado de alianza franco-inglesa, aunque en forma de convención, se solemnizó el 18 de abril de 1904, solventando todas las diferencias en el Sudán, Egipto y Marruecos. En menos de 15 años Guillermo había derribado por su base la política de Bismarck cuyos pilares eran: Aislamiento de Francia, insularismo de Inglaterra, antagonismo entre Francia e Italia.

No fué más feliz Guillermo en su política de expansión colonial que en la europea, ya que en su campaña de Extremo Oriente, queriendo dividir a China en zonas de influencia entre las distintas potencias provoca la insurrección de los "boxers".

En América sufre también grave quebranto su prestigio por la funestísima demostración en Venezuela para obtener el pago de las deudas por medios compulsorios. Las repercusiones en todo el Continente, desde Wáshington a Buenos Aires, tuvieron iguales caracteres e idéntica significación.

En el próximo Oriente, a pesar de sus ostentosos y espectaculares viajes a Damasco, donde puso su espada a disposición del Islam y proclamándose su protector fracasa en todos sus proyectos, pese a la efímera concesión de la línea férrea de Bagdad.

Iguales frutos recoge en sus intentos de revisar el "Statu quo" mediterráneo y la política de Marruecos, mediante aquel teatralísimo y fulminante desembarco en Tánger, saludando al Sultán "como soberano independiente", provocando la Conferencia de Algeciras (enero-abril de 1906). Gran triunfo diplomático y político de Francia, que logra verse apoyada por Inglaterra e Italia.

Habiendo querido Guillermo intervenir en los asuntos de Asia Menor, precipita los acuerdos entre Inglaterra y Rusia a propósito de las diferencias en Persia, Afghanistán y Tibet, dando lugar a la formación de la "Triple Entente" (agosto de 1907). Y entonces se lanza al mundo en propaganda frenética, la noticia de que Inglaterra busca el cercamiento de Alemania, — "Einkreisung" — para hacer imposible su desarrollo legítimo, su vida. ¡Cómo hoy! A que seguir las peripecias de la guerra de los Balcanes, la política de agresión que con el Príncipe Fernando de Austria va montando Guillermo, las persecuciones en Bosnia y Herczgovina, el atentado de Saravejo y la provocación de la gran guerra.

Los acontecimientos posteriores están aún a la vista. Una guerra de pueblos, que aspiran a que sea la última, movidos por hermosos ideales de justicia internacional, de la que quieren que sea instrumento la Sociedad de Naciones. Una paz de gobiernos que llevan al Tratado de Versalles el espíritu de sus preocupaciones políticas, que-

riendo resolver aislada y unilateralmente las querellas tradicionales de los Balcanes, del próximo Oriente, de Africa, todos en provecho de Inglaterra y Francia, que diga lo que quiera la letra del "Pacto", convierten al gran organismo de Ginebra, nacido para servir los supremos intereses humanos, en un areópago de intrigas, caciquerías y favoritismos, que va de tumbo en tumbo desde el incidente de Corfou, hasta el problema del Manchukuo, a la cuestión de Abisinia, al "Anchluss", al abandono de España con la comedia trágica del Comité de "no intervención" y a la suprema vergüenza de la entrega forzosa de Checoeslovaquia a la voracidad nazista, después de las tristísimas y denigrantes jornadas de Godesgaben y Munich. ¡Qué cúmulo de abyecciones y de dolores indescriptibles! ¡Cómo se ha rebajado la moral internacional y cómo el mundo descendió a la sima de la cobardía!

DOS CANCILLERES: BISMARCK E HITLER

La cuidadosa lectura, el examen atento y sereno de las doctrinas políticas de Bismarck y de Hitler nos ofrecen pronto el acabado convencimiento de que yerran, con profundo y radical error, cuantos al compararlos llegan a establecer analogías de méritos y vocación entre ambos.

Para conocer las ideas, la conducta o las asombrosas empresas de Otto von Bismarck, nada mejor que leer su libro de memorias "Gedanken und Erinnugen" — "Pensamientos y Recuerdos" —. Quien busque formar cabal concepto de lo que fué el pensamiento y cómo es la acción de Adolfo Hitler, nada puede hacer mejor que examinar cuidadosamente las páginas de "Mein Kampf" — "Mi Lucha".

Tienen los dos cancilleres similitudes, en lo formal y externo, que más las deben al medio en que vivieron y a los hombres que los rodearon, que a sus personales condiciones. Ambos son hombres de acción y de guerra, filósofos en cierto modo, escritores y oradores, políticos admirados y odiados, ambos cancilleres de un gran Estado, que fanatizaron a su pueblo. Pero el uno construye un gran imperio; el otro lo destroza y arruina. Merece la pena hacer un esfuerzo para alcanzar el fondo de sus propósitos respectivos y los medios que para ello pusieron en juego.

Aspiramos hoy a recordar los principios que inspiraron a Bismarck y la manera cómo los llevó a la práctica. Cuidaremos de expresarnos con las propias palabras, con los personales conceptos del Canciller de Hierro.

Era convencimiento arraigadísimo en el espíritu de Bismarck de que, en el futuro, Alemania necesitaba no sólo de una fuerte armadura guerrera, sino un golpe de vista muy sereno para conducir el Estado a través de las corrientes de coaliciones a que estaba expuesto en virtud de su situación geográfica y su pasado histórico.

Afirmó solemne y claramente, con reiterada insistencia, que Alemania era en Europa acaso la única potencia que no buscaba soluciones que no pudiesen conseguirse más que por las armas. Por eso propugnó, una vez que vió constituído el primer Reich, el gran interés de Alemania en mantener la paz. Razón primordial para aconsejar, con todo afán, la realización de los esfuerzos necesarios para atenuar las molestias y dolores que había producido en Europa el crecimiento de Alemania, al constituirse en verdadera gran potencia. Por esto el deseo de Bismarck de servirse sincera y pacíficamente del poder y de la fuerza conquistados para convencer al mundo de que una hegemonía alemana en Europa sería más útil y más parcial, molestando menos la libertad de las otras naciones, que la hegemonía francesa, rusa o inglesa.

La empresa, en opinión de Bismarck, sería fácil para el Reich, tanto por la objetividad del carácter alemán cuanto por no tener necesidad de ensanchar su territorio, que no conseguiría sin aumentar las fuerzas centrífugas en el interior del país.

Explica Bismarck que su objetivo fué siempre, después de lograda en los límites de lo posible la unidad de Alemania, no solamente ganar la confianza de los Estados europeos de segundo orden, sino la de las grandes potencias, a fin de que todos se persuadiesen de que la política alemana, reparada la "injuria temporum", es decir, el desmembramiento de su país, quería ser justa y pacífica.

Para Bismarck la política no es un campo de batalla, sino que consiste en tratar de una manera inteligente la cuestión de saber si una guerra es necesaria, cuándo lo es y cómo se puede prevenir, con honor. Con este motivo recuerda el Canciller de Hierro, que en el ejercicio de sus funciones aconsejó tres guerras: la de Dinamarca, la de Austria y la de Francia, asegurando que todas las veces se preguntó si la guerra victoriosa produciría frutos merecedores de los sacrificios que toda guerra impone, y que cada día serán más ruinosos. Si yo hubiera creído, agrega como resumen de sus afirmaciones fundamentales, que después de una de estas guerras teníamos que sentirnos perplejos para inventar condiciones de paz satisfactorias, difícilmente me habría convencido, a menos de ser directamente atacado, de la necesidad de tales sacrificios.

Jamás consideré, confiesa explícitamente, las diferencias internacionales como no pudiendo ser resueltas más que por la guerra de pueblos, aplicándoles el ingenuo principio de los duelos universitarios de Goettingen. Siempre las evacué según su efecto sobre la reivindicación del pueblo alemán consistente en conseguir, en virtud de la igualdad de deberes, con las otras grandes potencias de Europa, una vida política autónoma, tal cual es posible sobre la base de las virtudes nacionales que nos son privativas.

Hacía Bismarck rotunda confesión de que jamás, había podido justificar para sí, ni justificar en los demás antipatía, respecto de una potencia o hacia personalidades extranjeras en la conducción de la política exterior de su país porque cesaría de ser fiel a la nación que servía. El rey mismo, escribe, no tiene derecho a subordinar, los intereses de la patria a sus propios sentimientos, de afecto o de odio respecto de los extranjeros. "¿Dónde está — exclamaba — el principio que según algunos he sacri-

ficado, que impone al prusiano ser eterno adversario de Francia? No busco concertar una alianza con Francia ni conspirar contra Alemania. ¿No es más razonable — argüía — en cuanto nos dejen en paz, vivir en pie de amistad con los franceses que en perenne frialdad? No aspiro a otra cosa que a arrancar del alma de algunos la creencia de que pueden fraternizar con quienes se les antojen y que nos debemos dejar arrancar la piel antes que defenderla con la ayuda de Francia".

Encontraba útil no dejar creer que una guerra con Francia estaba a la vista, menos, íntimamente ligada a la situación de Prusia. "La tirantez con Francia no es un defecto orgánico, una debilidad ingénita de los alemanes, con la cual puede contar cualquier otro Estado".

La misión de la política, en las doctrinas bismarckianas, consistía en prever, tan exactamente como fuese posible, lo que harían los demás en determinadas circunstancias. Es raro que este don sea innato en grado tal, razonaba Bismarck, que no exija, para dar todos sus frutos, una cierta experiencia de los negocios y un mínimo de conocimiento de los hombres. Sinceramente preocupado, concluía Bismarck: "Me invade un sentimiento de inquietud, cuando sueño hasta qué punto estas cualidades han desaparecido entre nuestros dirigentes".

LA EVOLUCION DE RUSIA (1)

En reiteradas ocasiones, hemos hablado largamente de la política y de los hombres de la U. R. S. S. Después de hacer, la declaración solemne y la aclaración necesaria de que no éramos, no habíamos sido, ni llegaríamos nunca a ser comunistas, cuidamos de poner en relieve lo mucho que se mentía y disparataba, con malicia y por ignorancia de las "cosas rusas". Nos preocupamos siempre de advertir y afirmar que se perpetraba un enorme error al querer mantener distanciada a Rusia de los intereses y negocios europeos. "No hay Europa posible, ni un ordenamiento natural de sus grandes misiones internacionales, sin que Rusia actúe en tal ordenamiento, con toda la autoridad que le asignan su historia, su fuerza, su poder y su posición privilegiada como potencia euroasiática".

FUERZA PODEROSA

No andábamos desacertados al afirmar que Rusia iba a ser una fuerza insustituíble y decisiva en la espantosa

(1) Este capítulo, tal y como aquí aparece, es el acoplo literal, sin tachaduras ni enmiendas, de trabajos nuestros publicados desde enero de 1942 a enero de 1943, en importantes diarios del continente.

contienda contra el totalitarismo nazi-fascista. Si por algo pecamos fué por no haber sabido descubrir que esa fuerza era muy superior a cuanto preveíamos. No existe hoy persona que no comprenda como Rusia tendrá voz decisiva y poder incontrastable en la hora de la paz y al trazar los rumbos del mundo futuro.

Son muchos los investigadores que hoy se afanan en saber lo qué hay en Rusia, lo qué es la Rusia de ahora. Nosotros no podemos hacer otra cosa, para coadyuvar modestamente en el trabajo de satisfacer esa curiosidad, que escribir lo poco que de ello sabemos. Tal es el propósito que nos guía al escribir lo que han de conocer los que quieran leernos.

EL CERCO DE RUSIA

La guerra implacable, militar, diplomática, financiera y comercial, que las grandes potencias y los pueblos satélites hicieron a Rusia, sirvió para someterla a un pleno aislamiento durante muchos años, a partir de la Revolución de 1917.

Lenín, tan pronto como asumió el poder, hubo de pensar, en constituir una férrea intervención en todas las modalidades de la actividad proletaria y en el campo de la distribución. Implantó un régimen comunista de distribuciones de los productos, con un sistema de racionamiento que hacía innecesario el uso del dinero. Todas las medidas iniciales de los revolucionarios moscovitas tendieron a depreciar la moneda, hasta despojarla de todo valor. Así resolvió, desde el primer momento, rechazar todas las deudas exteriores, contraídas a lo largo del régimen zarista.

El primer presupuesto de Lenín — año 1917 — arrojó un déficit de 22.568 millones de rublos. Apelaron los gobernantes bolcheviques, faltos de ingresos tributarios, al burguesísimo expediente de financiarlos mediante la emisión de papel moneda. El monto de la suma así cubierta fué el 73 % del presupuesto; es decir, 16.403 millones de rublos.

NUEVA POLITICA

Lenín y sus colaboradores no dieron a la moneda más valor que el de una unidad contabilizadora, pero negando al dinero la condición de categoría económica. Una vez que lograron liquidar — 1921 — mediante la inflación, todas las deudas del Estado, así exteriores, como internas, (en el verano de aquel año el rublo comunista valía la 80.000 ava parte del rublo de 1913 y la N. E. P. ["Nueva Política Económica"]), creó un tipo novísimo de dinero, el "chernovetz" emitido en 1922 por el Banco del Estado que entonces se fundó. Para garantía del valor estable de la nueva moneda se estableció un fondo de metales preciosos (25 %), y el resto (75 %) con letras a corto plazo o artículos esenciales, de segura y fácil venta.

Se persistió en mantener la emisión de rublos papel que se depreciaron hasta el límite de que los campesinos, agricultores y ganaderos se negaron a aceptarlos en pago de los productos, arrostrando los terribles peligros de resistir los mandatos oficiales. Pero la rebeldía se generalizó de tal modo que en 1924, se dieron órdenes para suspender las emisiones y retirar cuanto rublo papel existiese en el mercado. Para esto se lanzó a la circulación el llamado "rublo oro", que valía una décima de "chernovetz" pudiéndose comprar con él por cada unidad hasta 50.000 millones de "rublos soviéticos".

LA ACTIVIDAD COMERCIAL

Hoy se empieza a explorar, a través de datos muy limitados y deficientes, cuál fué la evolución que siguió la economía rusa. Apenas si hay datos estadísticos estimables para juzgar lo que fué la actividad industrial, agrícola y comercial de la U. R. S. S. en los quince primeros

años de su existencia — 1918 a 1933 — pero todo permite suponer que en el período de la terrible crisis universal de 1929 a 1932, cuando era mundial la reducción de los productos y los precios caían verticalmente, en Rusia ascendían sensible y gradualmente la producción y los precios. Así, John P. Day — "Historia Económica Mundial 1914 a 1939" — afirma que: "Los números índices rusos para la producción de artículos de inversión y artículos de consumo, ascienden desde 100 en 1929 a 234,8 respectivamente en 1933. Según el "Statical Year Book of the League of Nations", la producción de automóviles en Rusia se elevó desde 1.000 en 1920 a 200.000 en 1937.

Los grandes tratadistas que estudiaron con atención los fenómenos económicos de la U. R. S. S. desde 1917 a 1941, después de señalar que, por razón del régimen político instaurado y de la situación de aislamiento en que universalmente se la tenía, siguió un curso diferente del resto del mundo, coinciden en distinguir en su trayectoria tres etapas o grandes períodos.

LAS ETAPAS DE LA EVOLUCION

El primer período que va de 1917 a 1921, es la etapa de liquidación de todo el sistema político social histórico, por ende económico-financiero, que se conoce con el nombre de "Comunismo de Guerra".

El segundo período, nacido el 11 de agosto de 1921 con la famosa proclama de Lenín, estableciendo la "Nueva Política Económica", etapa llamada N. E. P., daba entrada de nuevo al dinero en las operaciones económicas y reinstala el derecho al comercio privado llegando en su duración hasta 1928, en que se publica el primer "Plan Quinquenal", implantado como una medida de necesidad y para fines notoria y definitivamente transitorios.

El tercer período, etapa de la "Economía Planificada", se inicia en 1928 y abarca desde este año a 1937 con sus dos "Planes Quinquenales", el primero de 1928, a fines de 1932, y el segundo desde comienzos de 1933 llega hasta el 1 de abril de 1937.

Ambos se apoyan en una férrea autoridad centralizadora, que se desarrolla mediante una democracia instrumental muy vigilada.

ENORME RENOVACION

Expuestas en sus líneas generales la marcha y duración de estos enormes intentos renovadores, es de hacer notar que lograron sacudir las entrañas vitales de todos los pueblos que integran esa numerosa federación de repúblicas que hoy constituyen la U. R. S. S.

En otros trabajos analizaremos con más detalle estos desconcertantes ensayos que teniendo un mismo impulso y un solo origen (ideas de Lenín) después de rudos forcejeos y tremendas luchas aparecen con diversidad de formas a veces en apariencia contradictorias y modalidades diferentes (gobierno de Stalin), floreciendo en empresas de magnitudes y poder tan inesperados que sobrecogen al mundo.

II

RUSIA SERA ACTOR PRINCIPAL EN LA PAZ VICTORIOSA

La guerra obsesiona al mundo. Se explica. De ella depende un larguísimo mañana, incierto e inquietante. Tenemos la seguridad de una sola cosa, que el curso de la Historia continuará su marcha. Las aguas de los ríos no desandan lo andado, ni los pueblos retroceden en la

que no superan las naciones más cultas y humanamente refinadas.

LA GRAN EMPRESA LIBERTADORA DE RUSIA

Pero es que además si esa Rusia desconocida, con ideas, tendencias, sistemas y métodos propios, consigue que el pueblo, sin vacilaciones ni excepciones, y con un entusiasmo heroico sólo en el pueblo de España registrado, de lleno se da a la gran empresa libertadora de la que depende los destinos de la humanidad (de esa humanidad que le profesaba temor y odio, tal vez más odio que temor, con ser tan grande el temor que inspiraba) pasará a situarse en el mundo internacional con un prestigio enorme y sólo comparable a su fuerza real.

Esa Rusia que a través del Comintern — instrumento de creación auténticamente eslava, inventado para luchar contra un mundo hostil que había levantado en su rededor abismos aisladores — provocaba y mantenía viva y actuante una fermentación social perturbadora en todas las tierras de la Tierra, por boca de Stalin, el órgano más autorizado del mundo ruso, declara solemne, espontáneamente su credo y dice: "Luchamos con las democracias por la paz y para que en la paz cada pueblo se labre libremente sus destinos".

EL GESTO DE ESTADOS UNIDOS

Y Norte América, como Inglaterra, que años y lustros supeditaron todas sus actividades diplomáticas y cancillerescas a combatir a Rusia, haciendo de su vencimiento empeño máximo para la paz y la libertad del mundo, ahora se unen con ella, confunden sus fuerzas, identifican su suerte y hermanan sus destinos en la lucha, por la defensa de las democracias.

PALABRAS A POLONIA

En plena guerra, el gobierno libre de Polonia — esfuerzo por realizar un ideal de redimir un pueblo esclavizado — y en nombre de él Sikorski, el generalísimo polaco, cuando revista sus legiones pobres numéricamente, grandes por el afán humano que las guía, escucha de Rusia estas palabras, generosamente dichas, de consuelo y de esperanza "hemos de hacer de la Polonia futura, una nación más poderosa que nunca, dentro de una verdadera democracia".

Con independencia de estas manifestaciones verbales que nos parecen dictadas por conveniencias fugaces, están los hechos que se avecinan y que influirán en los destinos del mundo, de modo directo y profundo en los de Europa. Después de la guerra, la potencia Euroasiática, tan poderosa en los dos continentes, y una de las más fuertes del mundo, va de nuevo a influir decisivamente en los destinos de la humanidad. La enorme masa de cerca de 200.000.000 de hombres, que han luchado con y por un mismo fin, entran de lleno a ocupar puestos privilegiados en el campo político europeo. ¿Se alcanza lo que esto habrá de significar para el porvenir social y humano de Europa?

Clement R. Atlee, apenas entró en la guerra Inglaterra, escribió: "Una paz permanente exige una Europa más cercana a la forma federal que lo que estimaron los creadores de la Sociedad de las Naciones".

"Por difícil que sea la solución de los múltiples problemas políticos y económicos que la cuestión suscita, menester será lograrla". "Es preciso que surja una Europa nueva".

LO QUE SERA LA NUEVA EUROPA

Parece, si hemos de creer a los que con autoridad de estos asuntos tratan, que hay ya formada una conciencia clara y bien orientada sobre estas condiciones de la Euro-

pa futura: "Tendrá que ser una organización Federal; habrá que elevar la condición social de los pueblos mediante hondas transformaciones económicas y establecer un reparto equitativo de las primeras materias". Apuntamos estos datos para que se piense que esos son en conjunto y en detalle, los grandes problemas de orden social, jurídico y económico que Rusia tiene también que resolver interiormente para llegar a la gran transformación que persigue, y por lo mismo que en la R. R. de los S. S. no hay plutocracia ni capitalismo que influya, con sus excepcionales medios y sus poderosos intereses en el carácter y alcance de las grandes novedades que serán implantadas en el mundo que se espera, el papel de Moscú adquiere una significación y un relieve incontrastables.

Todo lo dicho por quien no es un militante comunista, ni por sus ideas ni por su temperamento puede comulgar en los principios y doctrinas que el Comintern decía defender, es de una fuerza y de una importancia tal, que nos hace ver en Rusia el principal actor de la paz victoriosa. A menos que Inglaterra y Norteamérica se empeñen en que la contienda finalice por un armisticio de mayor o menor duración, pero siempre armisticio al fin.

LA DISOLUCION DE LA INTERNACIONAL COMUNISTA

TRATASE DE CONSEGUIR ASI LA RAPIDA DERROTA DE LOS NAZIS Y SUS VASALLOS

El Presidium del Comité Ejecutivo del Comintern, acaba de presentar, para su aceptación a las Secciones de la III Internacional, una moción de extraordinaria importancia.

Después de acordar disolver el Comintern, como órgano central del movimiento comunista, libera a las secciones de la III Internacional de las obligaciones que se derivan de sus estatutos, reglamentos y acuerdos del Congreso de la Internacional Comunista. Hace un llamamiento a todos los miembros para que concentren sus esfuerzos en el apoyo pleno y la participación en la guerra de liberación que sostienen los pueblos y estados de la alianza antinazi. Trata de conseguir así la rápida derrota del más cruel enemigo de los trabajadores: el nazi-fascismo y sus aliados y vasallos. Después de 24 años de existencia agitadísima se disuelve la III Internacional. El hecho es de tal importancia, de proyecciones tan universales, de consecuencias tan profundas, que razonablemente se comentan en Norteamérica y en Inglaterra, como un acontecimiento magno, acaso el de mayor trascendencia político-social que en el mundo se produjo después del terrible estallido de la guerra.

LOS COMENTARIOS

Los comentarios del sensacional acaecimiento, tantos en números como importantes por la autoridad y presti-

gio de quienes los hacen, parecen coincidir en que "este golpe magistral de Stalin" — así lo califican — es el primero de una serie de movimientos diplomáticos preliminares para la gran entrevista de Roosevelt, Churchill, Stalin y Chang-Kai-Shek. Con perfecta unanimidad, se estima que la decisión de Stalin tiene que provocar singulares e inesperadas reacciones no sólo en los países aliados, sino también en muchos de los pueblos satélites del "eje". Coincidencia de pareceres que también alcanza a estimar la radical medida del Presidium como un acto de fecundas y positivas esperanzas para la unificación de las fuerzas obreras en el mundo, que tendrán que remozar, al reorganizarlos, sus cuadros directivos, para que puedan realizar sus grandes funciones orientadoras, radicalizando el contenido jurídico y los anhelos sociales de todos los partidos obreristas.

Harrison Salisbury, uno de los más conocedores y expertos estudiosos del movimiento comunista, en cuanto a sus repercusiones en las esferas de la política internacional, no vacila en decir que los Estados Unidos han jugado un papel principal en este extraordinario acontecimiento. Recuerda que desde hace mucho tiempo los hombres de Wáshigton venían señalando, con perseverancia firmísima, al gobierno de Moscú, que el Comintern constituía un gran obstáculo para los rusos. Tampoco duda Harrison Salisbury en afirmar que no causaría sorpresa si esta tesis de la "White House" figurara en la carta dirigida por el presidente Roosevelt, a José Stalin, entregada a éste por Joseph E. Davies.

PREVISIONES

Hace cerca de dos años, con el asombro de no pocos, tratando de las orientaciones de la política rusa, elogiando la decidida voluntad de Stalin en el sentido de conducirla por el camino de una completa y sincera coincidencia con la seguida por las dos grandes democracias anglosajonas,

recordamos lo que en tal labor representaban los esfuerzos tenacísimos, previsores y decididos que Máximo Litvinov había llevado a efecto desde que rigió los negocios diplomáticos de Rusia. No dejamos de decir entonces que el canciller moscovita era una de las figuras cumbres, por su habilidad, su clarividencia y su firmeza de convicciones, de la diplomacia universal.

Al dar razón de nuestro dicho llegamos a sostener que Litvinov, aunque ni lo había dicho ni lo había escrito, entrevió la necesidad ineludible para Rusia, si había de cumplir plenamente su altísima misión universal, de emprender una ruta de franca democratización de sus instituciones, que exigía ante todo lo cesación radical y definitiva de las actividades del Comintern. Añadiendo además nosotros que, para todo buen observador, no podía ponerse en tela de juicio que el órgano director y ejecutivo de la Tercera Internacional tenía sus días contados.

POR QUE NACIO EL COMINTERN

Basábamos esta aserción en razonamientos que públicamente hicimos y que un día particularmente explicamos a las más altas representaciones de los elementos del partido comunista español en el exilio. Nuestro parecer era, así nos lo parece, de una lógica elemental e irreprochable. Bastaba recordar cuándo, cómo y para qué había nacido el Comintern, estudiar los momentos y finalidades de su máxima actividad, para darse cuenta de que constituía un órgano sucedáneo, ocasional y transitorio, creado por Moscú a fin de continuar pesando en la política internacional.

Cuando Lenín, en aquella formidable lucha armada contra todas las potencias europeas, ensoberbecidas por la victoria, logró crear y consolidar la obra revolucionaria rusa, se vió acosado diplomáticamente por todos los estados capitalistas del mundo. Las clases conservadoras,

siempre en su imbécil orgullo incomprensivo, no dándose cuenta de lo que significaba el empeño leniniano, se creyeron con poder más que sobrado para alcanzar lo que por medio de las armas no habían conseguido: humillar y vencer a los hombres del Kremlín.

Pensaron las clases conservadoras inglesas, las gentes de la City y todos los grandes industriales europeos, que aislando económica y diplomáticamente a Rusia la someterían a discreción. No se les ocurrió nada mejor que organizar un boicot económico y financiero para eliminar a Rusia de la sociedad internacional. ¡Como si fuese hacedero el insensato empeño de prescindir de uno de los pueblos de mayor gravitación histórica sobre los destinos de Europa y de Asia!

Lenín y sus hombres no pudiendo desenvolverse en el terreno de la legalidad internacional por medio de una labor diplomática se dijeron: No queréis cancillerías, tendréis Comintern. Y el Comintern fué en la práctica el órgano de la diplomacia rusa, que a través de las masas obreras, adeptas al comunismo, iban a dejar sentir el peso de su acción implacable, sobre la vida interna de todos los países del mundo. Eso y no otra cosa fué el Comintern.

LA NECESIDAD Y LA REALIDAD

En la misma medida en que Rusia lograba restablecer relaciones diplomáticas normales, aflojaba su acción a través del Comintern sobre el país en el cual reanudaba la vida de trato cancilleresco. El caso de Turquía fué típico. Cuando el gran Ataturk, el genial Kemal Pachá, firmó el pacto de amistad y ayuda mutua con Moscú, desplegaba en la política interna de Turquía un acción de hostilidad implacable contra la fracción comunista turca. Y el Kremlín no insinuó siquiera una advertencia, ni el Comintern se mostró afectado por el trato durísimo que sus afiliados recibían desde Ankara.

Luego Litvinov, en todos los instantes, de modo solemne y en forma inteligentísima en Ginebra, sin decirlo, venía proclamando los propósitos de Moscú en cuanto a modificar la acción y las intervenciones del Comintern, si diplomáticamente se le reconocían a Rusia, con plenitud de fuero, sus derechos en la vida internacional.

LA UNIVERSALIZACION DE LA DEMOCRACIA

Ahora Rusia, con esfuerzo heroico, de asombro, conquistó poder y derechos en los negocios internacionales que no le pueden ser regateados. Y Stalin, ese personaje singularísimo, en sus modos y en su conducta, respetado como uno de los grandes estadistas del mundo contemporáneo, consciente de la coyuntura histórica que a su pueblo le toca vivir, prepara y ejecuta la política que le valdrá máximos prestigios a su pueblo. Sabe, mejor que nadie, hasta qué punto Rusia va a pesar en la Humanidad de mañana, que en el futuro del mundo el pueblo eslavo tendrá un puesto y una función insustituíble. Sólo necesita dar un paso que la ponga en el camino de la democratización liberal de su enorme país. ¿Responde a estos designios la disolución de la Internacional Comunista?

Inglaterra, a su vez, por la ley ineludible de sus grandes destinos en la misión suprema que le viene asignada, avanzará en la ruta de las profundas transformaciones políticas de base social. Los dos grandes poderes de la Europa, en trance de reconstrucción, se aproximan. Viene uno de las zonas de la izquierda demagógica con rumbo hacia la derecha, va el otro desde la derecha liberal emproado hacia la izquierda social. ¿De este encuentro saldrá la nueva Europa?

EL ARBITRO

El árbitro, Norteamérica, a su vez, curado de los prejuicios a que le encadenaban las ciegas limitaciones de un aislamiento incomprensivo y petrificado, para oficiar con autoridad en su tan elevada como difícil misión, tiene que venir a una colaboración ecuménica. En Asia, donde China ha de sustituir en funciones de rectoría al Japón, se imponen como ineludibles estas tendencias de inteligencia y concordia.

No hacemos más que desflorar los problemas más elementales que están anunciando su aparición en el mundo del mañana. Exigían la desaparición del Comintern, como previa condición para los grandes empeños del futuro. ¿Se está ya en las rutas definitivas de la política internacional?

RECUERDOS QUE SUSCITA LA CONFERENCIA DE MOSCU

Un telegrama de Moscú nos dice que el secretario del Estado, Mr. Hull, y el ministro de Relaciones Exteriores, mayor Eden, al emprender viaje de regreso a sus respectivos países, declararon a la prensa que "estaban sumamente satisfechos por los resultados obtenidos en la conferencia tripartita". Y contra sus hábitos de cautelosa sobriedad verbal, Hull manifestó, entre otras cosas: "Esta conferencia internacional no solamente demuestra las grandes posibilidades sino también las extraordinarias certidumbres y realidades respecto a los vastos planes para el futuro."

Mr. Eden, siempre locuaz y siempre sonriente, a su vez, dando rienda suelta a la legítima satisfacción que le procuraba lo fructífera que fué la delicadísima labor que Molotov, Hull y él llevaron a cabo en Moscú, con visibles muestras de intenso contentamiento, declaró: "Mientras

estemos los tres juntos, nada hay que no podamos hacer. Si no estamos unidos, nada hay que podamos lograr."

¡Tremendo sino el que preside las actividades del Foreign Office! ¡El mundo tuvo que llegar al espantoso trance de peligro de un total hundimiento para que las gentes de la Downing Street se enterasen de verdades tan evidentes!

DESMANES DEL IMPERIALISMO NIPON

Los gobernantes japoneses en 1931-1932, consiguieron, sin grandes esfuerzos ni grandes quebrantos, una señalada victoria "contra todas las grandes potencias". Crearon el Manchukuo, agrediendo a China, irritando a los Estados Unidos, burlándose de Inglaterra y haciendo escarnio y befa del Pacto de la Sociedad de las Naciones, retirándose desdeñosamente de Ginebra. En julio de 1937, por sí y ante sí, sin respeto a nadie ni a nada, llevaron a China sus ejércitos en "guerra punitiva", para castigar la política antijaponesa que esta nación venía siguiendo.

"La guerra punitiva no sólo lo era de expansión, que afectaba a la libertad y a la soberanía de China provocada intencional y cuidadosamente por los imperialistas de Tokio, sino que tenía inconfundibles y deliberados caracteres antieuropeos y antiamericanos. Los ataques a los barcos ingleses y yanquis, el atentado contra el embajador de Gran Bretaña, las ofensas a la bandera norteamericana, la invasión de las tropas japonesas en las concesiones internacionales de Shanghai y la toma de posesión de las aduanas que garantizaban el pago de los servicios de intereses de empréstitos interiores de China, eran sucesos de monta e índole tales que demostraban con toda claridad el objeto y alcance de la famosa "guerra punitiva".

Y si algo faltaba para completar este cuadro de trazos y tonos tan siniestros, cuidaron los gobernantes del Mikado de extender el conflicto a China del Sur, a Can-

tón, tan próximo a Hong-Kong — inglés — y a la Indochina francesa.

Fueron tan intensas las repercusiones que tuvieron en el mundo los sucesos perpetrados por el Japón, que Roosevelt, al comentarlos en el famoso discurso de Chicago, se produjo en términos de muy acusada energía y no sintió la más liviana vacilación en declarar la necesidad de someter al agresor (para que la paz internacional no fuese turbada) a un *régimen de cuarentena.*

EL REGIMEN DE CUARENTENA

Según vamos a explicar, las palabras de Roosevelt, tenían una significación clara, una intención diáfana, una finalidad bien definida. El Japón arrastraba un pesadísimo fardo de graves dificultades financieras por el desequilibrio de su balanza comercial. Solamente en el primer semestre de 1937 el saldo pasivo había ascendido a 600 millones de yens. Situación delicadísima que se agudizaba más y más porque la balanza de pagos era también deficitaria, ya que en ese mismo tiempo se cifró en un saldo pasivo de 450 millones de yens. Para hacer frente a estas necesidades, apremiantes y conminadoras, el Japón disponía tan sólo de una reserva oro de 553 millones de yens.

Además, el comercio exterior del Japón dependía principalmente de los Estados Unidos y de Inglaterra. Norte América importaba en los dominios del Mikado el 32 % de la suma total de lo que el Japón compraba en el exterior. Gran Bretaña, el 31 %. De las exportaciones japonesas, los ingleses recibían el 28 % y los yanquis el 22 %. Es decir, las dos terceras partes del comercio de importación japonés estaban en manos o pendían de la voluntad de los hombres de Londres y Wáshington: la mitad del comercio de exportación de los súbditos de Hirohito, iban a los dominios de las grandes potencias anglosajonas.

No paraban ahí las cosas. El Japón es un pueblo pobrísimo en primeras materias, teniendo que importar el 90 % del plomo que consume, el 87 % del petróleo, el 76 % del mineral de hierro, el 60 % del caucho, el 52 % del estaño, el 40 % de las piritas de cobre. Y así en lo que afecta al algodón, las lanas, el níquel, el aluminio, etc.

Y estas primeras materias, sin las cuales no podrían subsistir las industrias japonesas, procedían de los campos y subsuelos de los territorios que pertenecían al Imperio Británico, a los Estados Unidos, a Francia y a Holanda. ¿Se comprende, bien, ahora lo que Roosevelt quería significar, cuando hablaba de imponer el *régimen de cuarentena* al agresor?

Claro es que para imponerle sanciones al Japón, declarado "agresor", era indispensable llegar entre las grandes potencias interesadas a inteligencias y acuerdos previos. Y estaban demasiado frescas las infaustas experiencias del intento de las sanciones contra Italia, en el año 1936, cuando había llevado sus agresiones contra Abisinia. Lo que entonces sucedió en Ginebra no era ciertamente alentador.

SARCASMOS Y PARADOJAS

Ahora la situación era muy otra. Para establecer *el régimen de cuarentena,* que Roosevelt preconizaba, se podía sencillamente llegar a un acuerdo entre los cuatro países de que dependía el Japón. Bastaba que acordasen suspender los envíos de primeras materias y congelar los créditos bancarios nipones. ¿Por qué no se adoptaban estas medidas?

La situación tenía tanto de paradójica como de sarcástica. Los grandes países afectados por la política del Japón contra China eran Estados Unidos, Inglaterra y Francia, signatarios del tratado de Wáshington, que también obligaba al Japón. No se necesitaba para nada utilizar los enmohecidos o destrozados resortes de la Sociedad

de Naciones. ¿Cuál era la causa de la pasividad o del encogimiento que se descubría en los hombres de Londres, Wáshington y París?

En Inglaterra manejaban los negocios públicos, como máximos manipuladores, Chamberlain, Halifax, Simon y Hoare, entre otros, y su política era clara y patente: congraciarse con Italia, complacer al Führer y... ¡evitar la guerra!

LOS CRUZADOS

Además se estaba en trance de solemnizar con clamoroso aparato, en términos magníficos, *la cruzada antibolchevique*, mediante el histórico y famosísimo *protocolo anticomunista*, que en Roma firmarían Alemania, el Japón e Italia. Eran los salvadores de los intereses materiales y morales del mundo y contaban con el apoyo universal de todas *las gentes de orden*. La propiedad privada y la religión tomaban a los dictadores como ardientes e invencibles paladines de la defensa de *los grandes intereses históricos*. Por esto se había entregado a Abisinia a la voracidad italiana, se sacrificaba impía e implacablemente a España y se estaba preparando la criminal ejecución de Austria.

En los asuntos de China se imponía el mismo criterio y predominaba el mismo espíritu. Aquella política de pusilanimidades suicidas, de deserciones inexplicables, no se puede comprender si no se tienen presentes cuáles eran los rumbos que a la política internacional trazaba entonces al Foreing Office.

EL CAIRO, PUNTO DE REUNION DE LA ESPERANZA DEL MUNDO

La Conferencia de El Cairo constituye una de las escenas de mayor interés en el gran drama universal. De

este drama terrorífico en el cual somos actores, público y víctimas, todos los hombres de todos los parajes del mundo habitado.

Más que actores y público nos sentimos víctimas, con el convencimiento de que tan universal dolor no va a ceder aún, que se prolongará y que puede ser más intenso.

La histórica reunión del Cairo, entre Roosevelt, Churchill y Chang-Kai-Shek, hízonos sabedores de que en la trimilenaria urbe de los Faraones, para poner fin al sufrimiento presente y para prevenir de penas futuras a la humanidad, se dictó sentencia de muerte contra el imperialismo japonés.

En la abundantísima literatura, filosófica, jurídica, económica e histórica, que brotó en torno de los grandes y graves problemas internacionales, uno de los temas analizado con más detalle es el que dió en llamarse "imperialismo". Ideas múltiples, conceptos diversos, doctrinas numerosas se han formulado a propósito de estos complejos asuntos, tanto que se produce esta singular paradoja: escríbese y háblase del "imperialismo", como si fuera un fenómeno perfectamente conocido, que hubiese alcanzado unánimes coincidencias, adhesiones críticas generales, en cuanto a su significado, alcance y valor.

Nada hay a pesar de este curioso fenómeno de opinión, que permita hablar del "imperialismo" como de un fenómeno uniforme y constante en su naturaleza y en sus formas de producirse, que se genera con idénticos caracteres y análogas modalidades en todos los ámbitos humanos, apenas esta corriente de afanes expansivos y dominadores surge o brota en cualquier país, siempre que tengan ímpetus suficientes para provocar el desarrollo de un poderío militar, político, intelectual y económico.

El caso del imperialismo nipón nos brinda una probanza plenísima de lo erróneo de esa tan arraigada creencia de que el "imperialismo" es siempre igual en sus manifestaciones, notas, rangos y propósitos.

LA POLITICA DEL KREMLIN

Más de una vez defendimos con entusiasmo la política desarrollada por Rusia en el orden internacional durante ese lustro crítico — de 1934 a 1939 — que parece ya olvidado de todos.

Porque estimábamos de estricta justicia hacer el elogio del tacto político y del acierto diplomático que se descubría en todos los actos que Stalin dictaba, teniendo ejecutores de la singular alcurnia de Litvinov, se llegó a decir que éramos de "los comunistas embozados, de los comunistas vergonzantes al servicio de Moscú". Y quienes esto escribieron no llegaron a decir que estábamos a sueldo del Kremlín, bien remunerados nuestros trabajos por el oro ruso, sencillamente porque sabían que nadie iba a tragarse ese enorme sapo.

INFORMACION

Pero insistieron lo bastante para que, en previsión de que la mucha gente que no tenía por qué conocernos en estas tierras no sufriese extravíos de información, más de una y más de dos veces hubiésemos de decir: "No somos, no hemos sido y hasta donde podamos afirmarlo no seremos comunistas. Pero somos amantes de la verdad, y como nuestra verdad consiste en el convencimiento de que los hombres de Moscú son los que han visto con toda claridad, adelantándose a los acontecimientos, el verdadero fondo de la política nazi-fascista, no podemos por menos de decirlo, proclamarlo y dar de ello plena probanza tantas veces como estimemos que es obligado a decirlo, proclamarlo y probarlo."

Consecuentes con esta persuasión, que en nuestro espíritu llegó a ganar formas definidas de certidumbre, en varias coyunturas hemos aducido pruebas — que nos

parecían entonces, hoy muchísimo más, irreprochables — de que Rusia era la única que estaba decidida a luchar sin tregua contra las fuerzas de Hitler y de Mussolini.

EL PACTO DE NO AGRESION ENTRE ALEMANIA Y RUSIA

Se nos ha recordado un día y otro día aquel famoso suceso diplomático que adquirió forma solemne y oficial el 23 de agosto de 1939. A los que argumentaban esgrimiendo este hecho, nosotros les preguntábamos, sin haber tenido jamás respuesta: ¿Pudo hacer otra cosa el gobierno de Moscú? ¿Tenía derecho de opción? ¿Fueron los hombres del Kremlín o los apaciguadores, tanto los ingleses como los franceses, los que llevaron las cosas y situaciones a puntos tales que no le quedaba a Rusia otra solución que la adoptada? Y por mucho que inquirimos sobre esto, reiterando con frecuencia nuestros interrogantes, es aún hoy el día que están incontestados.

Hombre tan perspicaz y tan conocedor de la política europea como Winston Churchill, el 1º de octubre de 1939, hacía esta declaración: "La política soviética es un jeroglífico envuelto en el misterio que encierra un enigma", elegante manera, literariamente al menos, de pintar las tenebrosas maniobras diplomáticas de las gentes de Moscú. Y la frase de Churchill anduvo saltando desde las planas de los diarios ingleses, a las de los americanos, después de llenar casi a diario muchas de los franceses.

No tuvo tanta resonancia la rectificación que Churchill hizo apenas conoció la realidad de todo lo ocurrido, que lo llevó, una vez jefe del gobierno, a iniciar una política de inteligencia con Rusia, estableciendo las bases para una posible alianza militar, que tendría que ser pactada en el instante mismo en que Hitler creyéndose invencible y omnipotente, consumase el propósito que tenía de invadir fulminantemente a Rusia. Será bueno recordar que en Moscú se supo de la gran traición que preparaban

en la Wilhelmstrasse, Hitler y Ribentrop, para declarar la guerra a su aliada, gracias a las informaciones que Churchill les facilitó.

El libro de Joseph Davies, el ex embajador de los Estados Unidos en Rusia — "Mi misión en Moscú", — comenzó a poner en claro muchos puntos hasta entonces oscuros de la política internacional europea, haciendo ver la conducta perspicaz y sincera de Stalin y sus colaboradores.

Fué Davies, el mejor informante con que contó Roosevelt y el que le hizo saber que la guerra de España, como la de China, como la incorporación de Austria al Reich, eran pasos seguros que los alemanes daban resueltamente en el camino de la guerra universal.

Nadie como Davies puso de manifiesto los monstruosos yerros en que incurrieron los apaciguadores, que en su afán de asegurar la paz queriendo satisfacer la voracidad de Alemania, no veían que lo único que hacían era alimentar y fortalecer al ogro.

PORQUE LA VERDAD ERA QUE...

Sin negar la evidencia, ya no se pueden discutir hoy hechos que tienen la categoría de verdades históricas inatacables en materia de política internacional contemporánea.

Así como Inglaterra — los gobiernos conservadores ingleses, desde que pusieron a su servicio a Ramsay Mac. Donald hasta Chamberlain, — arrastrando tras sí a Francia — a los gobiernos que se suceden desde el de Laval hasta el de Blum — fueron destruyendo lentamente, por graduales debilitamientos, la política de seguridad colectiva. Rusia en todo momento la defendió con firmeza y decisión.

Así en el caso de España, como en el de China como en el Austria, como en fin, en el de Checoeslovaquia, se

brindó en todas formas a ponerse al lado o al frente de todos los que quisieran ser amparadores de los principios de la seguridad colectiva.

El reciente libro de David J. Dallin (Política exterior de Rusia Soviética) y el profundísimo análisis que del pacto germano-soviético hizo tres años ha, en 1942, Krenneth S. Davis demuestran en términos irreprochables, con una claridad meridiana, las grandes responsabilidades de los apaciguadores y la esterilidad de los esfuerzos sobrehumanos que desde el Kremlín hicieron Stalin y Litvinov para demostrar lo monstruosamente absurda que era la política, que los Baldwin y los Chamberlain, y los Blum y los Daladier, venían suicidamente desenvolviendo.

Ahora se dan cuenta las gentes de que la guerra era la única solución o salida posible que Hitler tenía. Nadie pone en tela de juicio lo cierto que era la afirmación de Fritz Thyssen — uno de los nazis más entusiastas desde la primera hora que puso a la disposición de Hitler algunos de los muchísimos millones de que disponía, hasta que al ver declarada la guerra a Polonia, aterrado de su propia obra, quiso tardía inútilmente reaccionar — al escribir: "En verdad, Hitler recurrió a la guerra porque se dió cuenta, a pesar de su ignorancia, de que los métodos de gobierno que empleaba no tardarían en conducir al país nuevamente a la inflación y a la ruina".

Es decir, la guerra era la salvación de la Alemania nazi. Tenía necesariamente que provocarla en tiempo oportuno, porque de no hacerlo la catástrofe era irremediable e irreparable, aplastando universalmente al totalitarismo. Así Krenneth S. Davis escribe con perfecta razón: "Decidido Hitler a desencadenar la guerra porque se veía obligado a ello, el problema era no de si el conflicto debía iniciarse aquel año o no, sino el de si le convenía a Alemania atacar primero a Rusia o a las potencias occidentales, una vez que fuese aplastada Polonia como indudablemente lo sería en pocas semanas. Porque si Hitler había de conquistar el mundo, y era entonces evidente que

abrigaba tal propósito, debería aplastar a Rusia, como a las potencias occidentales."

Esto lo decían y repetían ya en el año 1936 los grandes escritores políticos de Inglaterra y Francia, los socialistas y radicales, los demócratas y liberales, claro es. E. Buré, Pertinax, G. Tabouis, un día y otro día lo predicaban a grandes voces, en ocasiones, con gritos estridentes. Todo inútil. La fuerza del apaciguamiento ahogaba esas y todas las manifestaciones de buen sentido en defensa de la seguridad colectiva.

PERO LO MAS GRAVE...

Lo desesperante de aquella situación era que había hombres en Francia, en Inglaterra, en Checoeslovaquia, en Rumania, en España, no digamos en Rusia, que no sólo se daban cuenta de que los peligros de la guerra eran ciertos, sino que llegaban a ver con toda diafanidad que, de hora en hora, se transformaban en inminentes y fatales amenazas para la paz.

Cuando de Londres y de París salieron aquellas comisiones de militares y de expertos para negociar en Moscú, que perdían días, semanas y meses, enfaenados en brillantes trabajos de los que hicieron simbólicas las tareas de Penélope, de todos los centros internacionales, sinceramente afanosos de evitar la guerra y de salvar los regímenes democráticos, se clamaba contra la pérdida de tiempo. Se llegó a comprender que era una farsa sangrienta a la que se estaba asistiendo.

Ahí está el Libro Amarillo francés que contiene una información extraordinariamente interesante si juzgamos por lo que de él conocemos, demasiado fragmentado para poder emitir un juicio definitivo, que dice esto que no tiene desperdicio:

"En aquella época — se refiere a mayo de 1939 —, él, Hitler, preguntó al general Keitel, jefe del estado mayor alemán, y al general von Brauchitsch, comandante en jefe del ejército, si creían que un conflicto armado podría resolverse en la victoria alemana: ambos contestaron que ello dependía en gran parte de que Rusia permaneciese neutral o no. En el primer caso, el general Keitel, contestó "sí" y el general Brauchitsch, cuya opinión tenía un valor mucho mayor contestó "probablemente". Sin embargo, ambos aclararon que si Alemania había de combatir contra Rusia, tendría pocas probabilidades de ganar. Moscú, al firmar el pacto de no agresión, "desplazó la guerra hacia occidente, obligando a Francia y a Inglaterra a una movilización política e industrial que la guerra exigía y que los gobiernos que subscribieron el pacto de Munich no estaban dispuestos a llevar a cabo".

Lo que no se dice y sistemáticamente se silencia, es que Rusia, antes de decidirse el 23 de agosto a entenderse con Alemania, había agotado todos los recursos para asegurar su política de colaboración con Francia, defendiendo sobre todo los principios de la seguridad colectiva.

Por eso lo más grave fué que un día Rusia adquirió el convencimiento pleno, la persuación que llegaría a transformarse en evidencia, de que Inglaterra y Francia arrastrada por ella, querían preparar las cosas de tal modo que Alemania descargase toda su máquina bélica sobre Rusia, para que en el tremendo choque pudiesen, permaneciendo neutrales, guardarse incólumes las fuerzas de sus respectivos pueblos debilitando radicalmente a Alemania y destruyendo los peligros del comunismo.

Más aún; cuando en el verano de 1939, ya era efectiva la amenaza de las fuerzas del Reich contra las democracias occidentales y centro-europeas, las conferencias militares de los estados mayores de los ejércitos de Inglaterra y Francia con el de la U. R. S. S., hicieron patente el notorio e invencible prejuicio que inspiraba la política de los gobiernos de París y Londres, dominados por preocupaciones terribles contra el pueblo soviético. Tanto que no vacilaron en conferir la comisión o representación a emisarios sin autoridad ni prestigio, con poderes limitadísi-

mos y sin facultades para subscribir conclusión ninguna, preparando conscientemente el fracaso de las conferencias.

Independientemente de todo esto, que por si solo justificaría una actitud de Rusia contraria a toda inteligencia con las democracias occidentales, se producían otros hechos y deliberadamente se creaban situaciones que comprometían gravemente al gobierno de Moscú, obligándolo a tomar sendas que no quería elegir. Y esto era lo más grave.

ERA EN AQUELLOS DIAS...

Difíciles y graves las situaciones que se produjeron después de Munich. Eran aquellos, días tan confusos como absurdos. Evidente que los gobiernos apaciguadores, Londres y París, mostraban la más complaciente tolerancia para la política cínicamente desenfrenada de Hitler y de Mussolini. En el fondo, de una manera acentuada e incontenida en Londres, había una orientación agresiva contra la U. R. S. S.

La guerra ruso-finlandesa dió ocasión para que aquellos sentimientos y propósitos trascendiesen. Ahí están las famosas notas del gobierno inglés, y del gobierno francés — de 2 de marzo de 1940 —, remitidas a Noruega y Suecia, haciéndolas saber que si Finlandia lo solicitaba, estaban decididos a enviarle cuanto material de guerra necesitase. Las notas no pudieron ni ser consideradas, porque llegaban con inoportunidad y retraso notorios: Finlandia desde fines de febrero, por medio de Suecia gestionaba la paz con Rusia y... el 12 de marzo, se suspendían las hostilidades.

No sólo esto, Dallin, en su notable libro que ya algunas veces hemos citado, — "Soviets Russia's Foreign Policy" — nos da noticias de cómo Daladier, mediante nota oficial de enero de 1940, se dirigió a Gamelín y a Darlan, como supremos jefes de las fuerzas de tierra y mar, rogándoles que con urgencia preparasen un memorandum "sobre una posible intervención para destruir los yacimientos petrolíferos de Bakú".

La curiosa información de Dallin se completa con este hecho: el 5 de febrero el Supremo Consejo Aliado se reunió, para tratar en primer término de "la posibilidad de un ataque a Rusia a través de Escandinavia". Y las notas de Gamelín, hoy conocidas, abordan también el de si es realizable un ataque al Cáucaso. De producirse estas operaciones "las fuerzas principales para el ataque serían las del general Weygand, con base en Siria".

SERA BUENO RECORDAR

Para muchos, especialmente para algunos de los diputados que participaron en la discusión surgida en la Cámara de los Comunes en julio de 1941, el hecho era incomprensible. Y no faltó quien lo calificó "como un acto de locura por repugnarle calificarlo de traición".

Será bien recordar a los que así discurren y a los que con sus apasionamientos sacan de quicio las cosas más graves, que, cuando las ahora históricas se producían, Rusia estaba en alianza con Alemania, y Gran Bretaña y Francia en guerra con élla, siendo más que explicable que previendo como posible la declaración de guerra a Rusia, estudiasen aquellas operaciones, de la mayor importancia estratégica y de los más acusados efectos políticos.

Todos estos hechos están tomados del "Libro Blanco Alemán Nº 1" que reproduce una clave del Estado Mayor francés, hallada entre otros documentos en La Charité, sobre el Loira, por agentes del espionaje nazi. Claro es que esta publicación se hizo con el objeto exclusivo de influir en el ánimo de las gentes del Kremlín para inclinarlas decididamente contra Inglaterra y Francia.

Por mucho que se esforzaran los hombres de Berlín a fin de convencer a los del Kremlín para que declarasen la guerra a las potencias occidentales, nada consiguieron. Los gobernantes de Moscú demostraron tener una visión

clarísima del futuro, y por encima de todo preparáronse a prevenir el peligro que estimaban peligro máximo, cierto y seguro: el peligro alemán.

En este sagacísimo modo de pensar y de proceder radica el gran acierto de Stalin y de sus colaboradores. Supieron ellos ver lo que ni en Londres ni en París descubrían: y aun más, cuyas dificultades se advierten con sólo enunciar el hecho, supieron valerse del tratado con Alemania para prevenirse contra ella.

No es lo que escribimos una construcción literaria hecha "a posteriori" y levantada sobre los hechos que se fueron desarrollando: no. Si algo hay que produzca asombro y obligue a proclamar, como lo hemos venido haciendo mucho antes de ahora, los grandes aciertos de Rusia en los campos de la política internacional, ese algo es la tarea cuidada y urgente que emprendió el Kremlín para lograr una rectificación de sus fronteras occidentales, desde Finlandia a Turquía.

LA REVISION DE FRONTERAS

Si se contemplan en conjunto los empeños a que pudo dar realidad el gobierno soviético, se ve claramente que las operaciones para rectificar las fronteras abarcan: a), Modificación de las fronteras con Finlandia, Estonia, Letonia y Lituania; b), Las de sus territorios de Ucrania y Rusia Blanca incorporados a Polonia después de 1918 y 1920; c), Las tierras de Besarabia y Bukovina del Norte.

Es digno de ser recordado cómo Finlandia logró su independencia, votada por el Senado de este país el 4 de diciembre de 1917. Al que era jefe del gobierno de facto, Swinhurfwud, le encargaron que tramitase en Leningrado el reconocimiento de Finlandia como pueblo independiente.

Los frutos de aquella negociación están en el acuerdo del Consejo de Comisarios del Pueblo de 31 de diciembre de 1917 — publicado por el gobierno soviético el 4 de enero

de 1918 — declarando la independencia de Finlandia. Entonces fué cuando Lenín, pronunció aquellas palabras, por algunos tan oportunamente recordadas en las actuales coyunturas: "Finlandia es la llave de Leningrado. Leningrado la de Moscú y para derrotar a la Unión Soviética es necesario contar con Finlandia."

Viene después el triunfo de los trabajadores con la derrota del reaccionario gobierno de Swinhurfwud, la intervención militar de Alemania "para, según el decir del general Mannerheim, expulsar el monstruo bolchevique", luego el terror blanco, con la ejecución de más de 40.000 trabajadores, y el ofrecimiento hecho por Mannerheim al príncipe alemán Frederick Karl von Hesse, de la corona de Finlandia, donde el príncipe fué rey hasta noviembre de 1918, que con el armisticio cayó del trono.

Finlandia independizada, hizo bajo la mano de hierro de Mannerheim, una política de rigor contra el obrero socialista organizado y de constante hostilidad hacia Rusia. Ello explica perfectamente el ataque de Rusia en 1939.

Tienen los hechos un interés muy grande y las consecuencias de ellos cobran ahora toda su influencia. Es obligado exponerlos con esmerada pulcritud para que todos puedan juzgarlos con pleno conocimiento de causa.

En la misma medida que avanza la hora de la victoria reaparecen y se acentúan en el mundo las corrientes antisoviéticas, en los Estados Unidos y en Inglaterra singularmente crece el movimiento de recelo y toman cuerpo los síntomas de desconfianza hacia Moscú. Y no son pocos los que públicamente defienden la necesidad de ir a una paz blanda, a una paz generosa, una paz humana. El argumento principal que utilizan es de que una Alemania débil o dividida deja de ser la muralla de sostén, el muro de la gran represa para contener y canalizar las fuerzas comunistas.

No se trata de opiniones o pareceres vertidos en la impunidad del anonimato. Son juicios emitidos por hombres de solvencia social, por escritores de prestigio, por políticos de autoridad. ¡Con decir que en la propia Cámara de los Comunes acaba de tener repercusiones tal modo de pensar!

Sobre que no es leal esta conducta, tiene el practicarla graves riesgos y peligros. Los que no conozcan o hayan olvidado las consecuencias de una política análoga — menos grave porque lo era la situación de Europa y el problema no hería directamente a las naciones de América y Asia — desarrollada hace algo más de un siglo, no perderían el tiempo instruyéndose en lo que fué la vida europea y la vida universal después de la derrota de Napoleón y el tratado de Viena.

Habrá que escribir largamente dentro de pocos meses, sobre todos los episodios e incidentes de entonces para aprovechar las lecciones que la historia nos brinda y evitar la reiteración de los errores entonces cometidos. Vamos a dar hoy, en forma de índice algunos antecedentes que permitan conocer con exactitud lo que tienen de verdaderos esos cargos que se formulan contra Rusia de que quiere dominar, con hambre de ambiciones monstruosas e insatisfechas lo que jamás le perteneció.

LOS ESTADOS BALTICOS

Estonia, Letonia y Lituania vivían en plena libertad e independencia y Rusia ahora quiere absorberlos.

Yerran grave y lamentablemente los que tales cosas escriben o dicen, Letonia y Estonia habían sido incorporadas al imperio de los zares en 1721, y Lituania lo fué en el tiempo de las guerras napoleónicas.

Cierto que por el tratado de Brest-Litowsky en 1918, Guillermo II de Hohenzollern impuso al nuevo estado soviético el respeto a la independencia de estos tres países,

que de hecho pasaron a la férula de Berlín, porque los barones bélicos, — de la casta de los Junkers, — los grandes y poderosos terratenientes de los tres pequeños Estados se apresuraron a ofrecérselos a tres príncipes alemanes.

Y estos miembros de la vieja rancia aristocracia teutona allí estuvieron en calidad de amos y señores, hasta que el artículo 12 del Armisticio estableció que: "Las tropas alemanas evacuarán todos los territorios que antiguamente formaban parte del imperio ruso, tan pronto como los países aliados lo considerasen conveniente".

Los ejércitos soviéticos mantuvieron desde 1918 a 1920, aquella tremenda y nerviosa lucha, contra la intervención de los aliados, que si no lograron derrocar a Lenín y a su régimen, les impusieron a los rusos aquellos famosos tres tratados que servían para organizar lo que Clemenceau, designaba con el nombre de "cordón sanitario", intentando crear una barrera que separase a Europa de Rusia a fin de inmunizarla del comunismo (1920).

Así marcharon las cosas hasta que Hitler invadió a Polonia, después de haber firmado (1939) el pacto de ayuda mutua con Moscú. Stalin se apresuró a declarar cancelados e inoperantes los tratados de 1920 y en su lugar hizo que fuesen firmados los de ayuda mutua con los tres Estados bálticos: Estonia (28 de sept.), Letonia (5 de octubre) y Lituania (10 de octubre), todos de 1939, obteniendo el derecho a establecer bases navales y las fuerzas que estimaron oportunas.

Apenas habían transcurrido nueve meses y el gobierno ruso acusó a los tres Estados bálticos "de haber violado los convenios de ayuda mutua y pactado una alianza militar, que consideraba profundamente peligrosa y amenazadora para la seguridad soviética". En dos días — 15 al 17 de junio de 1940 — Lituania, Estonia y Letonia fueron invadidas.

Por cierto que Rusia quiso negociar con los gobiernos bálticos una ocupación militar para el caso de tener

sos de Finlandia, los Estados Bálticos, Besarabia, Bucovina, Ucrania y Rusia Blanca, viendo sólo la utilidad y el acierto de las medidas que adoptó como baluartes defensivos para el caso de una agresión, es hoy incuestionable que gracias a ellos pudo evitar el furioso y enorme ataque de Hitler, que iba a herir al corazón de su aliada, la caída en manos de los ejércitos nazis de Stalingrado, Moscú y Leningrado.

De igual modo, todas las medidas que viene desplegando Rusia — con una habilidad y un acierto que servirán de lección a las gentes de Wáshington y a las de Londres — en el orden estrictamente político, tiene un alcance y una significación tan excepcionales, que nos parece que han ganado los hombres del Kremlín algunas serias batallas casi sin reñirlas y que toman actitudes que dan que pensar.

En fin: querámoslo o no, las posiciones espirituales, reflejo de las maneras esenciales de tres grandes países, mantenidas y comprobadas en sus respectivas historias, no coinciden, y no se pueden armonizar en el momento de buscar, mediante fórmula de concordia y en acuerdos unánimemente pactados, soluciones a los grandes problemas de la paz.

Mientras se trate de la guerra, que es destruir, no habrá grandes dificultades; pero al entrar en las horas creadoras en el período constructivo, el desacuerdo será irremediable. No vale cerrar los ojos ante la vida real, que será poco grata ciertamente, pero que no se puede transformar por procedimientos taumatúrgicos y artes de milagrería.

Tal vez en América, si la unidad continental se establece sobre fundamentos de una sólida sinceridad, puede surgir la fórmula ansiada, delicada y dificilísima; pero si no sale de aquí, no la habrá. Es decir la paz nacerá sin vida.

EL IMPERIALISMO NIPON

Los japoneses no concretan sus aspiraciones culturales y políticas para producir en su tierra y por su pueblo una reedición de las que caracterizan el mundo europeo. Exigen ser tratados en pie de igualdad por los más fuertes y más cultos, pero convencidos de su acusada superioridad racial, considerándose un pueblo de aptitudes excepcionales, firmes y de mayor rango que las de los países occidentales mejor dotados.

La tradición "shintoísta" nos afirma solemnemente, de manera categórica y sin posibles dubitaciones, que las islas japonesas son de origen divino, nacidas como sazonado y deleitoso fruto de los amores de Izagani e Izamani, dioses creadores de una raza privilegiada.

Durante la guerra ruso-japonesa — va de ello cuarenta años — Europa fué de sorpresa en sorpresa, hasta sentirse asombrada, ante aquellas posturas heroicas, ante aquellas conductas valerosas, ante aquellas denodadas maneras, cuya abnegación, serenidad y sacrificio, descubrían en los ejércitos del Mikado un temple de espíritu insospechado.

"Son todos héroes y muchos verdaderos mártires" se decía y comentaba a toda hora. Entonces se llegó a saber

que el militar nipón, como el civil, vive en la inconmovible y definitiva creencia de que al morir en defensa de su pueblo se entra de lleno en las sendas de la inmortalidad. Morir así no es un sacrificio: es bien supremo y honor eterno que los dioses conceden.

Llégase pronto, apenas se conoce la psicología nipona, a comprender cómo todo el enorme esfuerzo de asimilación que del progreso y de la técnica occidentales hicieron los japoneses fué para lograr vivir un futuro que sea la continuidad de su pasado glorioso. "El mejor mañana, es el gran ayer, que es lo eterno".

LOS IMPERIALISTAS NIPONES

Dos prominentes personalidades japonesas: Tachi, Profesor de la Universidad de Tokio, y el Barón Hayashi, el gran político, erigieron en dogma las dos máximas sentencias: "Asia para los asiáticos", "El peligro blanco es la suprema amenaza para el mundo asiático".

Este es el credo. Pero su exégesis no es única. Varían las interpretaciones y aun las doctrinas, según el temperamento de los grandes propulsores. Unos, como el Barón Takahashi, propugnan la conveniencia de buscar la cooperación de China, proyectando un régimen de verdadera asistencia mutua. Otros, al modo del Barón de Tokutomi, sostienen que el Japón por sí como dominador, es el llamado a regir, gobernar y defender el mundo oriental. Y no falta el matiz de los que, a la manera del Marqués de Okuma, basan la misión política en la situación de China "que se halla en estado de incapacidad necesitando un curador, debiendo serlo el pariente más próximo, el Japón".

Pero en medio de estos matices, a través de todas estas modalidades, el fondo del cuadro asiático permanece invariable: Peligro blanco, hegemonía nipona...

"AL SUR, AL SUR"

Tal es el título de una famosa obra que hace más de cuatro lustros tuvo intensa resonancia en los ámbitos políticos y militares del mundo entero. La escribió el diputado Takekoski Yusaburo. Sus principales aserciones van aquí resumidas.

El porvenir de Japón está en el Mediodía. Las grandes empresas a realizar se hallan perfectamente definidas. Anexadas ya las islas de Formosa, las Marianas, las Carolinas y las de Marshall, hay que ir a la conquista de Filipinas, Hawaii, Indochina y las Indias holandesas.

La prolífica fecundidad japonesa es fuente inagotable para la impetuosa corriente migratoria que se desparrama por Oceanía y puede inundar América. El incremento anual de la población excedía en aquellas fechas, de 700.000 almas. Las islas, el solar nipón es mezquino en tierras, pobre en primeras materias. Por eso emigra el 40 % de la población.

El japonés trabaja en condiciones más económicas, es más sobrio y menos indisciplinado que el obrero blanco. Su mano de obra es preferida. Por eso logra acumular más ahorros y más pronto que el europeo. Pronto consigue pasar de la categoría de obrero a la de pequeño industrial, y así acapara los establecimientos de sastrería, lavado y limpieza, comida, barbería, etc. Amplía sus esferas de actividad y llama a sus connacionales. En el establecimiento de un japonés sólo hay japoneses.

Y después el nipón no rompe nunca sus vínculos con la patria. Fiel a su origen, leal a su sangre, dondequiera que se encuentre será siempre un súbdito del Mikado. Cuanto más se aleja de su tierra, más la venera y mejor quiere servirla.

¿Es mucho que Yusabuto y cuantos como él piensen, y son muchos, pidan que el Japón se erija en dominador del Oriente y haga suyo el mundo oceánico?

EL FIN DEL FIN

Vencida Rusia en el Continente y en los mares, dominada después China, sólo quedará luchar con los grandes detentadores del mar Pacífico: Estados Unidos e Inglaterra. Los que parecen febriles delirios de espíritus fantaseadores y desquiciados llegaron a convertirse en realidades, que se insinúan con la tremenda arremetida a Pearl Harbour.

Después, cayeron todos los baluartes, desde Manila y Hong Kong hasta las playas australianas. Y en Filipinas, en las Indias Holandesas, en Indochina francesa y en Birmania, las fuerzas del Mikado en arrollador impulso todo lo conquistan y dominan. El asombroso sueño se transforma con esplendorosas galas, en realidad conminadora, apenas en cuarenta años. El Tratado de Portsmouth, donde Rusia derrotada se confiesa vencida, fué firmado en septiembre de 1905.

Tocaba a su fin el fabuloso empeño y el imperio nipón iba a colocarse en la cumbre del poderío universal.

Mientras Alemania sujetaba a Inglaterra, destrozadas Holanda y Francia, había que apresurar la sumisión de China. Encuadrar a trescientos millones de chinos en una organización poderosa, apoyar la acción de los hindúes y musulmanes, era la preparción para llegar un día a rendir por la fuerza a Norte América.

Este ambicioso e inmenso plan, de universal hegemonía, fué condenado a la destrucción en la Conferencia de El Cairo. El Japón, así es el fallo, ha de quedar reducido a una modesta nación, inerme y vigilada, sujeta a vivir dentro de los límites de su propio suelo.

Y la condena se cumplirá. La sentencia es inapelable y definitiva, nada ni nadie puede impedir ni retrasar la ejecución del fallo. En ello va el porvenir inmediato de Norte América y de Inglaterra; el porvenir, más o menos lejano, pero cierto del mundo. El Japón será vencido y quedará reducido por muchos años, lustros, tal vez siglos, a un pueblo sin poder ni fuerza.

SUICIDIO INTERNACIONAL

Se escribió mucho y aún de vez en cuando se hacen comentarios en términos elogiosos y en forma admirativa sobre la estudiada, sistemática y perfecta labor económica que el Japón llevó a cabo para desarrollar plenamente sus enormes fuerzas bélicas, de manera singular al desenvolver, y poner en práctica las medidas de intervención en el consumo, el comercio exterior y los cambios.

Sin negar, ni siquiera discutir, el valor de estas actividades de los dirigentes políticos nipones, parece de cierta oportunidad recordar que aquel país venía en pie de guerra desde junio de 1937, cuando invadió a China, implantando aún antes de esa fecha un sistema muy estricto de intervenciones en todas las modalidades de la actividad productora del imperio.

Hállanse los japoneses desde el punto de vista alimenticio en condiciones privilegiadas respecto de Inglaterra, Alemania e Italia, tanto por la sobriedad natural de la gente nipona, cuanto porque en su suelo obtiene lo indispensable para el avituallamiento de boca de sus habitantes, y posee, además, el dominio de los mares para importar de Formosa, Corea y el Manchukuo el complemento de lo que le es indispensable para esos fines.

Cierto que en materias primas, es fuera del caso de Italia, la más pobre de las primeras potencias, situación condicionadora de toda la ordenación económica del pueblo japonés, competidor temido y temible en todos los mercados del mundo.

El gran secreto de que sea posible esta competencia universalmente victoriosa, radica de modo esencial en el

envilecimiento de la mano de obra — jornales misérrimos — y en las muchas horas de trabajo de la jornada corriente en aquel país.

El Japón durante años y años vino preparándose para financiar la guerra. En Tokio se estimaba que el conflicto bélico, más que posible necesario, al producirse, abriría las rutas de los grandes empeños, de los supremos designios de la nación.

Antes de invadir China, acto definitivamente resuelto y que sólo esperaba una coyuntura internacional propicia, los hombres de gobierno del Mikado cuidaron mucho de mantener la cotización del yen al cambio de un chelín dos peniques. Para ello apelaron a la manipulación de las reservas oro, movilizándolas con suma cautela, mesura y destreza, que le permitieron mantener sin fluctuaciones aquella cotización del yen.

Desde el punto de vista interno la financiación de la guerra no presentó grandes dificultades, porque la expansión de los recursos financieros provocados por los gastos bélicos permitió al gobierno pedir y obtener de los bancos apoyos y ayudas para la reposición de las cantidades gastadas.

En ciertos momentos se vió con alarma el aumento de la emisión de billetes, que se llegó a tener como el primer acto de una peligrosa política inflacionista. Mas supuse pronto que este papel se destinaba exclusivamente a constituir el fondo de garantía de la nueva moneda puesta en circulación en las tierras ocupadas y conquistadas de China. Por este arbitrio se desligó, como un brazo económico desarticulado del cuerpo nipón, el financiamiento de esta empresa de los gastos que imponían los preparativos para la guerra general.

Inicialmente se cuidaron mucho los gobernantes japoneses de mantenerse apartados de la guerra para poder consolidar sus conquistas en China y para beneficiarse comercialmente de su condición de neutrales. Las grandes industrias europeas destruídas unas, y las otras dedicadas a la fabricación de material de guerra, dejaron de suministrar mercancías y productos a su tradicional clientela. El Japón conquistó gran parte de esos mercados con cierta rápida facilidad.

Se vieron enormemente aumentadas las exportaciones; en marina, surcando todos los mares, creció en actividad, sirviendo las líneas y los puertos que antes eran atendidos por las compañías navieras inglesas, alemanas, francesas, noruegas y griegas. Y hasta llegó a reconquistar mercados en la propia Gran Bretaña, donde se había desatado un boicot contra las industrias de conservas, especialmente las de salmón.

Fueron tales los provechos alcanzados por el Japón durante el tiempo que se mantuvo neutral que una corriente sensible de riqueza inundó las islas durante dos años. Así el Japón vió reforzados y con aumentos notorios los fondos de sus reservas oro.

Ya en 1939, las gentes perspicaces y con experiencia suficiente para penetrar las conductas y procederes de las grandes potencias en los negocios internacionales, después de estudiar atentamente los actos de la diplomacia japonesa respecto de Europa, en y a partir de la Conferencia de Bruselas, comenzaron a preguntarse: ¿Por qué el Japón acentúa sus afanes de inteligencia con Alemania? ¿Va a renunciar sin más ni más y porque sí a los enormes provechos que obtiene manteniéndose libre? Su comercio — decían los críticos — se paralizará; al menguar las exportaciones se irán agotando gradualmente sus reservas oro; no podrá adquirir material bélico; le serán negadas las primeras materias indispensables a su industria; la inflación surgirá y con ella la inevitable bancarrota.

Pero el Japón viene siempre dirigido y gobernado por la casta militar que le procuró su grandeza y lo elevó, en menos de cincuenta años, desde la categoría de un pueblo extremo oriental atrasado y casi desconocido, a una de las más poderosas potencias del mundo. Y los ele-

mentos militares nipones vieron cómo Alemania en una gran carrera triunfal dominaba a Europa y llegaba hasta las puertas de Moscú, creyendo que Inglaterra, pese a sus magníficos esfuerzos de resistencia, estaba fatalmente condenada a rendirse. Era el momento propicio, la coyuntura decisiva, había que apresurar el golpe fulminante contra los Estados Unidos, inutilizando su poder en el Pacífico.

Alemania y el Japón iban a dictar la ley al mundo. Al menos momentáneamente porque en Tokio se sabía, y no de ahora, que llegaría la hora suprema de medir sus fuerzas con la propia Alemania, llamada a sucumbir ante el genio y la fuerza nipona.

Como Italia, como Rumania, como Hungría, como Bulgaria, el Japón creyó, en el triunfo rápido, en la victoria fulminante del Führer, en el hundimiento de Inglaterra. Este error le impulsó a la espantosa felonía de Pearl Harbour, que fué un golpe feroz contra Norteamérica, pero no tan eficiente que llegara a debilitarla radicalmente. Al rehacerse rápidamente el coloso norteño el Japón estaba condenado. Pasará a la categoría de tercera potencia y durante varias generaciones se verá condenada a vivir añorando las horas de pretérita grandeza.

En Pearl Harbour el Japón se suicidó internacionalmente. Su yerro tiene las mismas magnitudes, como torpeza psicológica, que el cometido por Hitler al alzarse contra Rusia.

Estamos frente a casos de suicidio internacional perfectamente caracterizados.

LA TRADICION HISPANICA

Porque España, en su empresa, descubridora y colonizadora trae al mundo colombiano ideas, sangre, temperamento, intereses, hombres e instituciones que se desparraman y arraigan en el inmenso y prolífico campo de América, ¡tierras de asombro!, realizando una empresa jamás igualada y que no podrá ser repetida, es obligado, hoy más que nunca, examinar con serenidad de ánimo y templanza crítica el exacto valor y la verdadera significación de esa epopeya sobrehumana.

Se ha sostenido que en el período que va desde la caída de Constantinopla hasta el descubrimiento de América — lo que con toda impropiedad se llama período prerrenacentista —, España estuvo por completo alejada de este magno esfuerzo de Europa, sin que a las tierras de Iberia llegasen siquiera las repercusiones de aquel movimiento.

Ahora empieza a saberse, y en marcha está con caracteres de certidumbre, la magnitud de ese grave error. España no sólo recogió los frutos de aquella conmoción espiritual, sino que fué su iniciadora. Menéndez Pidal demostró, con abundantes y singulares pruebas, que en el año 776 el Beato de Liebana, del monasterio de Valcabado, puso término a su prodigioso trabajo de comentar

en doce tomos las revelaciones de San Juan, componiendo el famoso "Tractatus de Apocalipsis".

Este primer esfuerzo para restaurar la cultura hispánica, que rompe el marasmo espiritual del mundo antiguo, en las altas cimas de la cordillera astur tuvo su alumbramiento. "Un gran discípulo del Beato de Liebana", el maestro Alcuino, de la escuela episcopal de York, fué llamado por Carlomagno para fundar la Academia de Aquisgrán. Allí lució una de las más poderosas luminarias de la época romanogermánica.

Por otro gran cauce corrió hacia Europa y se vertió sobre sus tierras espirituales la cultura hispánica. El fundador del monasterio de Richenau, en una isla del lago Constanza, que pasó al martirologio con el nombre de San Pimenio, era un emigrado español, que difunde la obra y las doctrinas de San Isidoro, da a conocer las doctrinas religiosodogmáticas de los concilios visigóticos irradiándolas por la Alsacia y Baviera.

Huyendo de la invasión sarracena el abad Atala, en 782, traspone el Pirineo, llevando consigo al niño Agobardo, el que había de ser santo y sabio arzobispo de Lyon (816-840). Compelido por el mismo terror salen de la España tarraconense, Claudio, luego obispo de Turín (818-830), y del condado perinaico de Jaca, Prudencio Galindos, un día obispo de Troyes (845-861), que llegan a señalar los más altos niveles del saber teológico y del saber histórico de su tiempo. Y con ellos laboran, también con las mismas enseñanzas de los exilados españoles, los Adelmo Beda, Rábano Manso y Teodolfo de Orleans, doctísimos y sapientes isidorianos, que por medio de las iglesias y de los conventos, más por éstos que por aquéllas, infiltran en Europa "la cultura hispánica".

Siempre había tendido la iglesia española a mantenerse autónoma que si conservaba sólidos con Roma los vínculos dogmáticos, débiles y quebradizos estaban los disciplinarios y jerárquicos, al punto de que durante siglos la iglesia española mantuvo un carácter acusada y genuinamente nacional. Contra esta tendencia, sirviendo a Roma, luchaban los hermanos de la gran abadía de Cluny en Francia, que en el siglo X, en compañía de las princesas que venían a contraer matrimonio y de los grandes señores que formaban el séquito de ellas, lograron adquirir prestigio y fuerza en la corte de Castilla. Pero también ellos, los monjes, sufrieron la influencia de la cultura hispánica, y acaso sin saberlo, en cualquier forma sin proponérselo, fueron agentes y propagadores en Europa de la cultura hispánica. Dígalo sino la figura ingente de Pedro el Venerable.

Incurriendo en errores de gran bulto, suponen los historiadores que en España, durante los siglos XI, XII y XIII, hasta el gran monarca Alfonso X, el Sabio, tuvo esa incultura y brutalidad que fueron disipándose gracias a las influencias francesas, que venían del Rosellón y de la Provenza. ¡Radical érror! ¡Yerro cabal!

Si en Europa el siglo XIII es el período clásico, por lo grandioso de su culminación, ello se debe principalmente a España. Es más; el ímpetu asombroso del Renacimiento en España tiene su origen y allí brotan las fuentes más puras, cuyas aguas espirituales fecundan el alma de la España de aquellos tiempos.

Desde que España en Covadonga inició la defensa de la cultura hispanolatina, empleando más de dos centurias de lucha para hacer frente al enorme poderío islámico, período en el cual vivió aislada del mundo occidental, dominado ya por los pueblos anglosajones y germánicos, habían pasado cuatro siglos. La prolongada duración de aquella épica aventura en defensa de la vida y de la libertad de los pueblos hispánicos "había impreso — según Menéndez Pidal — muy hondamente a la cultura de España cristiana un carácter practicista, atenta, sobre todo, a los apremiantes intereses nacionales, y bastante indiferente a todo lo demás que preocupaba a los pueblos hermanos".

La guerra le imponía el contacto permanente con el árabe, manteniendo con él, en la guerra como en la paz constantes relaciones. Esto le planteaba fundamentales problemas de existencia y coexistencia. Ni las fortalezas, ni los castillos, ni los campos arrasados eran obstáculos bastantes para evitar el contacto entre ambos pueblos. Las corrientes espirituales de ósmosis y endósmosis que entre ellos se establecía material y espiritualmente, era ley ineludible de convivencia entre unos y otros núcleos.

Este contacto impuesto como necesidad vital, hizo que España recibiese directas influencias del mundo oriental, de cuya cultura se impregnó, asimilándola y transmitiéndola al mundo occidental. Así se inició el Renacimiento, al llegar a través de España, al espíritu de Europa, la olvidada en parte y en parte ignorada civilización oriental.

EN TORNO AL HISPANISMO

LO AUTENTICAMENTE HISPANICO

Del mundo anglosajón, de Inglaterra y de los Estados Unidos viene la observación, cada día más estudiada, de que en toda América, en el continente entero, hay un verdadero renacimiento del fervor hispánico. "Todas las naciones del nuevo continente, incluso las del Norte, parecen sentir el prurito de ser descendientes de los descubridores o colonizadores españoles". Esto, que está tomado de "Life", es la tesis que desarrolla en sus magníficos y profundos estudios Cecil Jane, así como lo que, a su manera, comentaba en términos encomiásticos, hace pocos días, Jhon Gunther.

¿Qué es lo hispánico? ¿Qué vale y significa el hispanismo? Andan por ahí rapsodas y trovadores de una España que llaman tradicional, que no se cansan de agitar el botafumeiro y de consumir el incienso en honor de esa nación dominadora, de fabuloso poder, que un día llegó a ser la más formidable organización conocida en la historia.

Costa llamaba *"al genio nacional"* de nuestra patria, lo hispánico. Y con una inspiración crítica, pareja de su enorme cultura y fiel instrumento de aquella formidable

fuerza dialéctica que desplegaba en sus investigaciones, nos decía más o menos: En todo o en parte pueden ser y son extrañas al genio nacional las doctrinas del filósofo. Así Séneca, Osorio, Berceo, Lulio, Suárez, Fox, Morcillo, Campomanes, Donoso Cortés, Sanz del Río tienen su entronque con autores o civilizaciones anteriores. No es por tanto, según el sabio de Graus, a través del pensamiento filosófico ni de las doctrinas y sistemas de este orden, como se puede encontrar el verdadero genio nacional.

Cuando se siguen de cerca y con escrupulosa atención los trabajos de Joaquín Costa, pronto se llega al convencimiento de que la justicia y la verdad histórica están exigiendo una gran revisión en las opiniones y decires de cuantos, pasando por supremas autoridades en su tiempo, condenaron la obra de España, pronunciando, en trámite la sentencia definitiva y sin recurso de apelación ni revisión, una radical repulsa de todo lo que significó en el mundo y de lo que fueron sus empeños esenciales.

Hoy se piensa de muy distinta manera y hay ya una creciente corriente que rectifica los prejuicios y falsedades que presentaban a España como un país, no sólo inútil, sí que también esencialmente nefasto en la gran tarea civilizadora. Tendencia crítica que va en camino de imponer una gran revisión de la filosofía de la historia, asignándole y reconociéndole a España un privilegiado y noble cometido en los empeños universales de mayor relieve y trascendencia.

Desde zonas tan opuestas del pensamiento español, como las que cultivaron Giner de los Ríos, Alfredo Calderón, Gumersindo Azcárate, Rafael María de Labra, Pi Margall, Joaquín Costa, Salés y Ferre, Luis Simarro, Adolfo Alas, Rafael Uereña, Marcelo Picavea, Rafael Altamira, Adolfo Posada, y aquellas en las cuales florecieron los ingenios privilegiados de Hinojosa, Menéndez Pelayo, Codera, Asin Palacios, Moreno, Menéndez Pidal y sus discípulos, se ha ido construyendo, con nuevos y depuradísimos materiales, una interpretación histórica de la

influencia de España en los empeños más universales y de mayor valor para el mundo moderno, que cambia de raíz todo el falso credo y la vieja leyenda, tejidos en torno de nuestra tierra y de sus hombres.

Lo paradójico del caso, en este proceso de revisión crítico-histórica es que los que a sí mismos se llaman auténticos y directos sucesores de la *"hispanidad"*, queriendo loar las grandezas de España, son los que resucitan o intentan dar vida a los ideales, principios y doctrinas que caracterizaban los empeños políticos de nuestros antepasados tan unánimes y universalmente condenados.

Precisamente porque estamos asistiendo a ese nacer o renacer de las estimaciones y de los respetos a *"lo hispánico"*, y, en efecto, todos los pueblos de Centro y Sudamérica, acentúan ese sentimiento de ufanía u orgullo por el origen de su progenie, será más que conveniente, indispensable, evitar que surja un tumulto sentimental o un barullo retórico que lleguen a desnaturalizar lo que tiene de estimable y valedero lo auténticamente hispánico.

EL MIO CID COMO SIMBOLO HISPANICO

Fué Joaquín Costa, más que Martínez Marina, Masedeu y el P. Mariana, quien, con Jovellanos, penetró en lo íntimo del alma hispánica, en lo que él siempre llamaba *"el genio nacional"*. Decía el gran polígrafo que no conocía epopeya nacional que hubiese levantado tan alto el principio de Justicia y le hubiese rendido tan fervoroso culto. Así, según Costa, nuestro pueblo vió en el Derecho "una categoría eterna, inmanente en el entendimiento divino, ingénita en la humana naturaleza, anterior a toda ley, superior a toda soberanía".

Y aseguraba don Joaquín, con aquella su voz de profeta y ademanes de magnífico titán, que según la conciencia hispánica ante la santidad y majestad augusta del

Derecho — escrito siempre con D grande — debían inclinar su frente todas las potestades de la tierra. La ley, como voluntad general, absorbe y anula las voluntades particulares, exigiendo de ellas absoluta, incondicional sumisión. Cuando la ley es la expresión auténtica del Derecho, está por encima de todo y más allá de lo humano.

Por el año de 1885 publicó Costa "El programa político del Cid Campeador". Habrá quien discrepe de las ideas de Costa y quien discuta sus teorías: pero no puede existir espíritu, sean cuales fueren sus opiniones políticas o filosóficas, que niegue grandeza a sus concepciones, magnificiencia a su estilo.

Considera al Cid como programa político, presentándolo — son palabras suyas — como una categoría no metafísica, sino nacional, como expresión sintética de la nación en la unidad de todos los elementos sociales que la componían. Así el Cid es el símbolo de una resultante de todas las energías que han actuado en la dinámica de la historia española, pudiendo servirnos de él como de un criterio positivo, como de una regla práctica y aprender de sus labios la ley de nuestro pasado y la norma de conducta que se debe observar en el presente.

Incurriendo en una confesada licencia literaria y valiéndose de un verdadero anacronismo, al hablar de cosas antiguas con nombres nuevos, dice que el Cid, su figura, representa todo un programa político, y su vida un afán incansable y una lucha incesable por llevar ese programa a la realidad: lucha religiosa contra el Papado; lucha nacional, contra el Imperio; lucha territorial, contra los sarracenos; lucha política, contra los reyes.

Y resumía así la acción del Cid — el símbolo más perfecto y ennoblecido del pueblo español — defensor de los supremos anhelos de su tierra: Respecto de Europa y del Imperio, la autarquía de la acción más absoluta; respecto del Pontificado, la condenación del ultramontanismo y la defensa de la independencia civil del Estado; respecto de Africa, el rescate del territorio; respecto del

Islam, la tolerancia, considerando a sus creyentes como elementos integrantes de la nacionalidad; respecto de la Península, la unión federativa de sus reinos; respecto del organismo social, la concordia de todas sus clases; respecto del municipio, la autonomía civil y administrativa; respecto a las relaciones entre la autoridad y los ciudadanos, el imperio absoluto de la ley y de la Constitución, en tanto no se reformen por las vías legales.

Habla (con esa elocuencia solemne y majestuosa que nos hace pensar en grandes figuras bíblicas o en alguno de los dioses del Olimpo) de que en España se ha torcido la ruta del genio nacional, echándose de menos mucho de lo antiguo y doliéndose de haberlo destruído. Concluye que el programa de Mío Cid no ha pasado todavía al panteón de las historias muertas y que España debe estudiarlo seriamente, si alguna vez ha de vivir con propia vida, reanudando el hilo roto de sus tradiciones.

Otra de las mentes más preclaras de la España de nuestro tiempo, Ortega y Gasset, hablándonos de los hombres de la España medioeval, de los señores que gozaban de privilegios o los ganaban con su puño, asegura que "sentían hasta la hiperestesia las cuestiones jurídicas" y que el perfecto "hombre de pro", el ideal de la época, había de ser quisquilloso en todo lo que afectase a los derechos.

La torpeza conque se han tratado en España los temas medioevales — hasta llegar a Menéndez Pidal y los jóvenes historiadores del Derecho — en opinión de Ortega y Gaset, está patente en el hecho de que en "la figura del Cid, prototipo del noble, no aparezca subrayado su carácter de jurisperito. Y, sin embargo, eso es lo que significa "Campeador". No, pues, batallador, sí entendido en derecho, y por eso se le ve andar siempre en pleitos, desde la Jura de Santa Gadea.

Esta profunda emoción jurídica, este sentimiento idolátrico del Derecho, este alto principio de Justicia, como expresión de la voluntad general, como categoría pe-

renne e inmanente, brotando de lo íntimo de la conciencia humana, como supernorma inviolable, superior a toda soberanía, es uno de los rasgos esenciales de "lo hispánico" del "genio nacional", que echa profundas e inextirpables raíces en los pueblos de América, que por la misma reacción contra los obstáculos que se oponen al reinado del Derecho, se ofrece con las paradójicas contradicciones de las dictaduras y de las oligarquías.

Con estas livianas y simples insinuaciones se puede ir advirtiendo todo el supremo interés que tiene hoy, aumentado si es posible, en el mañana inmediato, definir con claridad, concisión y verdad el exacto valor de la "hispanidad", con la típica fuerza tradicional que brotó en España, cuando se preparaba para la gran epopeya del descubrimiento, legándola al mundo nuevo como máximo patrimonio: Culto del Derecho, que en otros términos es culto de la Libertad. Porque, de la magna experiencia de España, la mejor enseñanza que trasciende a la historia es que "libertad equivale a respeto a la ley" y que frente a la arbitrariedad y la fuerza hay algo que oponer como categoría eterna, inmanente e indestructible, que no fué ni puede ser vencido: el Derecho.

EL CID EN SANTA GADEA

Dedicó Costa páginas magistrales al estudio del Cid. Todas ellas son modelo de buen decir y hondo pesar. Fondo y forma rivalizan en perfección y sabiduría. Pero ninguna de ellas supera la emoción de las que dedicó a escribir el histórico suceso de Santa Gadea. Para introducir con ánimo reverente y despierto espíritu en la contemplación del acontecimiento magno, Costa escribe:

"Y ahora, señores aviven la atención, que voy a introducirles en la estancia más esplendorosa de cuantas componen nuestra incomparable epopeya. Entramos en

plenos Juegos Florales. Siempre, entiéndase bien, con vistas a Consejos, Parlamentos y Tribunales. Estrofa sublime ésta, embeleso de diez generaciones, encierra al propio tiempo la más alta lección política que el ciudadano español podría recibir en la crisis suprema que está atravesando nuestra patria".

Nos conduce el inmortal aragonés a la iglesia de Santa Agueda, en la ciudad de Burgos. ¿Para qué? Para hacernos vivir momentos magníficos de la epopeya nacional, recordando un acontecimiento histórico muy comentado y discutido por los críticos y analistas de nuestra vida política, cien veces materia de estudio y momentos para inspiración de poetas y documentación de escritores.

Bellido Dolfos, el gran traidor, al pie de los muros de Zamora asesina arteramente al rey don Sancho. El público rumor, que luego fué noticia divulgada, para convertirse en creencia indiscutida, decía que Bellido Dolfos había sido instrumento de un fraticidio, movido por don Alfonso, hermano del rey asesinado, llamado a ocupar la vacante producida, por ser legal sucesor en el trono.

Era ordenanza, siempre cumplida, de los fueros castellanos, que el sucesor, por nacimiento o por elección, antes de ser aclamado por los brazos del reino, jurare no haber tenido parte en la muerte de su antecesor. Como se afirmara que la muerte alevosa que Bellido había dado a don Sancho fuéralo por instancia y consejo de don Alfonso, esperaba el pueblo que en esta coyuntura, con más razón y necesidad que en ninguna otra, se observasen cuidadosamente los mandatos de los fueros castellanos.

Y nos dice el Romancero — el de Durán, en los números 811 al 817 — que los nobles leoneses, como los caballeros navarros y hasta los primates astures fueron aclamando al nuevo monarca, besándole la mano, como señal de acatamiento y de sumisión obediente al soberano.

Fué el Cid quien se negó a tener por monarca legítimo a don Alfonso, reconociéndolo y aclamándolo como

rey, en tanto no se purgara de la sospecha de complicidad fraticida en la muerte violenta de su hermano. Quien no traicionase sus deberes, con olvido del derecho, no podrá reconocer como legítimo al que tuviese las manos manchadas con la sangre del soberano. Por ello había de jurar éste que era inocente.

Disponíalo así la ley, en todo caso, y no era de razón que la eludiera, en sus inflexibles mandatos, quien iba a representarla en su persona, siendo remate y cima del Estado. Que es de lo más alto de donde tiene que venir el mejor ejemplo, para que los de abajo tengan a donde mirar si quieren saberse conducir. Como voz de su pueblo y por su alma castellana, el Cid, según reza la crónica general, hubo de decirle al rey con voz potente y ademán solemne: "Si vos non salvardes dello, assi como es derecho, que yo nunca vos besse la mano". Sostenía el Cid, inexorable en su exigencia como el Derecho mismo, la necesidad de la legal purificación al rey.

Sobre la cruz y los Santos Evangelios tomóle juramento al rey el Cid, obligando a repetirlo hasta tres veces, con esta fórmula: "Rey don Alfonso, venides me vos a jurar por la muerte del rey don Sancho vuestro hermano que si lo matasteis o fuisteis en consejo de su muerte, decid que sí e si vos mentira jurades, pregue a Dios que vos mate un traidor, habiendo tal muerte cual murió don Sancho, mío Señor". Contestó don Alfonso la palabra sacramental: "Amén".

Dice el romance que al tercer "amén" ya no pudo el nuevo rey reprimir por más tiempo la cólera que en el pecho le hervía y que amenazó al Cid por el rigor con que le ha apretado la jura. Y el Cid, con gran sosiego, replícale: "Lo mandaba la ley; yo no he hecho más que cumplir mi deber, sin mirar el daño que pudiese seguírseme".

Rencoroso don Alfonso destierra al Cid, que acata sin resistir la injusta orden del monarca, porque, como la crónica declara, sabía don Rodrigo que por leyes antiguas, que pasaron al Fuero Viejo y después a las Partidas

que quedaron recopiladas, el rey puede desaforar a su vasallo, no sólo por "malfería" sino también "sin merescimiento".

No podía ser de otro modo, que si el Cid fué custodio fiel de la ley para que la cumpliese el soberano, cuanto en su propio daño redundaba tenía que someterse a ella sumisamente. Y marcha el Cid de Castilla, vierte lágrimas al separarse de sus hijas, aún niñas, y de su adorada doña Jimena, ¡tan fiel y tan honesta!

Se va a tierra de moros: conquista honores, justa fama, gran fortuna y un buen reino. Y crece de tal modo su prestigio, que el propio rey Alfonso se ve obligado a instarle que retorne a Castilla. Sólo accede el Cid imponiendo condiciones, que dejan a cubierto de toda arbitrariedad — a que era tan dado el monarca — las leyes que han de regir a los buenos súbditos en Castilla.

Tiene razón Costa al sostener que en la epopeya española está rendido el culto más fervoroso a la ley, ante cuya dignidad cede toda otra, y que frente a su soberanía no hay soberano posible. Así fué el Cid en Santa Gadea, que cubriendo los arreos guerreros con la toga del magistrado, encarnación austera de la ley, guardador del sentido moral de toda gobernación, eleva la Justicia a la suprema categoría social.

UN PUESTO VACANTE

En los años 1105 a 1106 apareció en Aragón una colección de cuentos indios y árabes, que databan del siglo VII. Nadie los conocía en Occidente. ¡Y se trataba del famoso "Panchatantra"! Estaban vertidos del árabe al castellano por un notable judío converso de Huesca, llamado Pedro Alfonso, ahijado, en la ceremonia bautismal de su conversión, de Alfonso el Batallador.

El libro recibió del traductor el título de *"Disciplina clericalis"* y tenía por objeto "instruir y educar a los hombres de Iglesia, brindándoles máximas, apólogos, cuentos y enseñanzas" para su función proselitista y predicadora. Composición curiosa y atrevida, donde se mezcla lo humano con lo divino, lo religioso con lo profano, está impregnada de una moral laica sutil y cauta.

El libro invadió Europa, siendo traducido a los ocho principales idiomas. Así comenzaba a infiltrarse desde España y por España, en Occidente las novedades del espíritu de Oriente. Desde el Arcipreste a don Juan Manuel, desde Boccaccio a Chaucer, todos fueron a libar en las esencias de *"Disciplina clericalis"* para componer sus grandes producciones.

También ahora se sabe, como verdad comprobada y no discutible, que el gran movimiento de los trovadores

que desde la Provenza conmovían a toda Francia, eran simples discípulos de Aben-Namura, de Carmona y de Aben Guzmán, de Córdoba, los cultivadores de las canciones populares andaluzas. El duque de Aquitania, Guillermo IX, "el primer y más grande de los trovadores", el señor de Orange, Rimbaut III, Macabú, Cercamón y Bernart de Vemtadorn, que hicieron famosas las cortes de amor, que llegan a celebrarse en la Romanía, después de invadir toda Francia y el norte de Italia, echan hondas raíces en Florencia — díganlo Lorenzo de Médecis y Maquiavelo — traen su origen de los cantares del Andalus.

El zejel — que así se llamaba el canto originario — se aplica en el campo religioso, para cantar los salmos y las epifanías, utilizándola el Rey Sabio para las "Cantigas" y Juan de la Encina con los músicos cortesanos hasta fin del siglo XVI. Y perdura centurias, en toda Europa, como fuerza estética, elemento de arte, corriente espiritual de armonía y belleza ritmada en el sonido.

Además es en España de entonces donde comienza a fabricarse el "paper" para la confección de los libros. Son los judíos valencianos — con las fábricas en Játiva — los que van a provocar una revolución en las artes editoriales. Les secundan en Gerona y Toledo y las tres ciudades suministran el papel al mundo occidental.

Pedro el Venerable, el gran Abad de Cluny, que vino a la corte de Alfonso VII, dejó referido en sus memorias, hablando del viaje que hizo a Santiago de Compostela, "la gran sorpresa y novedad que le produjeron aquellos libros, formados "exrasuris pannorum" — raeduras de trapos —, escritos por los judíos". Pocos lustros después, fundadas por "los hombres de ultramar" — hispanos — aparecían las fábricas de papel de Perpignán, Narbona y Montpellier.

Cobra entonces suprema autoridad la inmortal escuela de traductores de Toledo, donde lució con prestigios de "nombradía no igualada", Gundisalvo (el arcediano de Segovia), Domingo González, que en libros hechos con

"paper", dió al mundo conocimiento de las obras de Alfarabi — el mejor neoplatónico — y del persa Avicena — "el sabio único" — que habían de conmover todos los centros de la omnipotente escolástica. Además tradujo y editó la *"Fons Vitae"*, del judío malagueño Avicebrón, el gran renovador del aristotelismo, y los trabajos de Alazagel, místico oriental creador del sufismo, que proclamó el reinado de la emoción intuitiva, flagelando despiadada e implacablemente las tareas estériles de los reformadores y filósofos.

Brotaron también en aquellos días las enormes luminarias de la inteligencia hispana: Juan Alben David — "el Hispalense" — maestre Pedro, — el judío toledano traductor del Corán —, Roberto de Rétines, Hermán El Dálmata y Gerardo de Cremona, cauces por los cuales vuelven a fluir a los campos de Europa las prolíficas corrientes intelectuales del espíritu griego, perdido en las tinieblas de un aislamiento de cuatro siglos. Herman y Gerardo, propagadores de los trabajos de Ptolomeo, renuevan y orientan los estudios astronómicos en Francia e Inglaterra.

Menéndez Pelayo, con su profundísima vocación crítica, advirtió cómo la obra de la Escuela de Traductores de Toledo, ¡tan protegida del arzobispo don Raimundo! fué "la gran perturbadora de la escolástica, por la acción de las ideas y de los pensamientos de Gundisalvo y el Hispalense, "heterodoxos inconscientes". Pero lo que ni el gran don Marcelino ni el menos sabio Menéndez Pidal, intentaron realizar fué la determinación del alcance que estos trabajos de la escuela de Toledo tuvieron respecto a despertar un sentido de tolerancia, de libertad para el pensamiento, la revisión de los valores dogmáticos y filosóficos, provocando un movimiento de inquietudes que crearon el renacimiento, generador y padre directo del Renacimiento.

Cuanto escribamos en este sentido tiene el valor de una "contra leyenda negra", inspirada en un afán revi-

sionista de justicia para la obra de la España tradicional, que no ha sido igualada por ningún otro pueblo.

Pensamos, además, cada día como una obligación que pesa como ineludible en nuestra conciencia de hispánicos, que hoy existen dieciocho naciones engendradas por el pueblo español, que tienen perfecto derecho — porque son las continuadoras de su obra — a conocer los títulos de nobleza espiritual, de dignidad humana, que ostenta su progenitora. Si la grandeza de origen las halaga y envanece, también crea para ellas deberes impostergables. Hispanoamérica, en este trance de suprema crisis histórica, tiene un lugar que ocupar: el que dejó vacante la Madre Patria y nadie pudo aún conquistar.

ESPAÑA Y LA CULTURA UNIVERSAL

Se afirma, como axioma histórico y como postulado filosófico, que el Renacimiento fué una sublevación de todo el mundo europeo contra el predominante concepto asiático de la vida en toda la Edad Media. Y se dice que el descubrimiento de América es una de las caras de esa gran insubordinación, más aún, bien analizado, es el elemento fundamental para crear una nueva conciencia universal, más amplia y más generosa de la vida humana. Se descubre un mundo libre de todas las trabas del pasado, capaz de servir de campo para construir en él una sociedad inédita políticamente.

Colón no habría podido emprender su gran aventura sin una ciencia cosmográfica, base de la náutica, que los árabes y musulmanes trajeron a la península ibérica. De allí se irradia sobre la Europa occidental y mediterránea, pero todo ello pudo conseguirse gracias a los progresos matemáticos que hicieron posible el cálculo e imprimieron a la aritmética la flexibilidad instrumental necesaria.

El gran invento de la India, el magnífico hallazgo de los orientales, fué el número árabe o decimal. Aunque en el famoso códice Virgiliano (976) de El Escorial, se usan ya los "algoritmos", como ciencia aplicada, con resultados y frutos maravillosos, no nace hasta que en Bagdad, el famosísimo matemático, genio de la aritmética Al-Khuwazisnor (1047) escribe y explica su famoso tratado de "El cálculo indio".

Alfonso Bath, que anduvo largo tiempo por tierras hispánicas en el primer tercio del siglo XII y permaneció en Toledo durante seis años, hace la versión latina de "El cálculo indio", dándole como título: *"Algotirmi de numero Indorum"*, convirtiéndose en un defensor y divulgador entusiasta del gran matemático de Bagdad, cuyas doctrinas y teorías, aplicadas, producirían una esencial y radical revolución en todas las ciencias del cálculo.

Al ser aplicados los números árabes al cálculo, en sustitución de los romanos, por su fácil manejo, por su ductilidad aritmética, abren nuevas y definitivas rutas para las ciencias exactas. Gracias a estas formas instrumentales originalísimas y esencialmente renovadoras, se replantean los caminos amplios e indefinidos de la investigación físico-química, desde los trabajos astronómicos a los dominios de la trigonometría, desde el álgebra a la mecánica.

Sólo con este aporte, independiente de otros muchos, que España hace al acervo patrimonial del mundo de Occidente, merece, en estricta justicia, que se la considere como la primera y máxima impulsora del Renacimiento europeo. Se intentó vanamente, por los que han regateado con sistemática porfía y absurda tenacidad los méritos de las aportaciones hispánicas al gran caudal del progreso renacentista, reducir sus timbres gloriosos a ser simple mensajera o trasmisora del saber y de la cultura orientales. Había de ser así, que no lo es, y no por ello se podría desvirtuar el hecho primario y principal: que el Renacimiento nace como el florecer de todo ese mundo de ideas

y conocimientos que el pensamiento oriental siembra en el espíritu de Europa.

El papel y los guarismos, que España entrega al mundo occidental lo dotan de medios para acometer la revisión crítica e intentar la recreación de todo un patrimonio espiritual, preparando un despertar y crecer de su cultura, renovada y fortalecida con el genio de Oriente, en tal grado y medida, que una sociedad nueva, un período de magníficas y promisorias originalidades, se inicia con un poder y un impulso, tan vigorosos como los hombres no habían conocido.

Pero yerran o mienten quienes limitan a estos auxilios los que España trajo a Europa. Porque se da el caso — fenómeno sorprendente y muy significativo — que en España, en el Andalus, a las horas mismas que en Oriente declinaba el poder creador de sus grandes ingenios en las esferas de la filosofía, de la matemática, la astronomía y la medicina, la espiral de esas ciencias se elevaba en la Península con impulsos ascensionales vigorosísimos, tanto que la cultura hispano-mogrebi llega a las cumbres más altas que llegó a escalar en la historia.

Sólo en una centuria, la que va desde los años finales del siglo XI a los últimos del siglo XII, en tierras ibéricas se yerguen figuras de méritos y sapiencias universales: Avempace, Aben Tofail, Avenzoar, Averroes, Ishac El Petruyí, Maimónides, Abenarabí, Avicebrón y Juda Levi, mentes tan preclaras, que por su saber y su valor, por lo que representaron e hicieron en el campo de sus actividades intelectuales no han tenido hasta hoy quienes las superase. ¡Cómo que la cultura de Oriente no sólo se salva, sino que se agranda e inmortaliza en España!

SI AMERICA NO HABLA...

Con honda tristeza y mayor angustia tenemos que recordar en estos días solemnes y decisivos aquellas palabras, ¡plegaria patriótica!, del histórico creador de Castilla: "Señor porque nos tratas a todos con tanta saña. Por los nuestros pecados no destruyas España".

Digámoslo sin tardanza ni eufemismos: Ni el histórico recuerdo, ni la imprecación patriótica nacen de un sentimiento nacional limitado a la defensa de los intereses particulares o privativos de nuestro pueblo: No; y muy de otro modo.

Si tememos ver destruída España es porque con su desaparecer se iría lo mejor de la vida universal. España, no como expresión política actual, ni aún como expresión geográfica con las fronteras de ahora, ni como encarnación y símbolo de un gran anhelo humano, puede ver comprometida su existencia. Y de que exista y subsista esa España depende el porvenir del mundo.

Cuando, hace ahora siglo y cuarto, Jeremías Bentham escribía, en los comienzos de 1820: "Hoy no hay en Europa más que una esperanza, España", las gentes, entre ironías y asombros, chacotas y desprecios, no acertaban a comprender todo el fondo de verdad que había en la sentencia del genial pensador inglés. Es fácil suponer o imaginar la sorpresa y acaso los sarcasmos que arrancarán en los días que corren completar esta aseveración diciendo: Hoy, no hay en el mundo más que una esperanza, España. Claro que para establecer bien el exacto valor de tal afirmación había que escribir: "España es hoy América: por lo menos, España está hoy en América". Una de las rectificaciones esenciales que la crítica histórica y la filosofía política impusieron, con caracteres de verdad universalmente establecida, es aquella que condena todas las iniquidades e injusticias que encerraba "la leyenda negra" y afirma que España se caracteriza por una gran virtud y un gran sentimiento.

España resplandece por poseer un ideal de piedad, de humanidad, de justicia, de viva y efectiva solidaridad cristiana. En América, en Africa, en la Malasia y en la Micronesia, allí por donde desde primera hora tanto bregó

España, es donde se crearon esos nuevos tipos étnicos, el mestizo y el mulato. Digan lo que quieran antropólogos y psicólogos, lo innegable es que esta fusión de pueblos, como fenómeno social, de biología política, sólo se produjo en tierras y pagos que rigió el espíritu español.

"Es aquel espíritu romántico, y aún místico, que en la culminación de su edad de oro la llevó a eregirse temerariamente en brazo armado de una idea espiritual", como lo escribió uno de los mejores entre nosotros. Pensamiento que se completó así: "Sacrificando a ese ideal, sublime Quijote de las naciones, su presente y su porvenir".

Ahora bien: España, la España geográfica y peninsular, si había fracasado como categoría internacional, dejando vacante su gran misión, hoy oficialmente es la negación de todo lo que histórica, esencial y tradicionalmente fué. Así que, no es un sentimiento egoísta, que al fin sería noble y hermoso, de español preocupado, lo que nos lleva a escribir tal como lo hacemos.

Y el órgano físico en el mundo que España fué, aún no ha sido, porque no podía serlo, substituído. Esos sentimientos de idealidad, de espiritualidad, de nobleza, que no quieren ver nunca en la fuerza títulos de justicia y sólo admiten el uso de la violencia para la defensa de los altos deberes internacionales, para el amparo de los derechos universales, es en América donde han hecho camino y hogar. América, que manteniendo y desarrollando las energías de su espíritu y sus fuerzas materiales, es la heredera de España, la continuadora de España, es España misma.

Ahora bien; si América no habla en la mesa de la paz hay que prever catástrofes ilimitadas para un futuro inmediato. Y hablar América, no es hablar este o el otro pueblo del Continente, poderoso o débil, grande o pequeño, rico o pobre; no. Para que se oiga la voz de América tiene que producirse "la unidad continental", expresión única valedera de esa gran síntesis de ideas, emociones, intereses y afanes que en el Continente existe. ¡Y en estos momentos se dice que en la mesa de la paz no se sentarán

más que una parte de las representaciones de los pueblos de América! ¿Van a estar ausentes algunos? La catástrofe sería irremediable e irreparable.

¿Será esto posible? No. Con fe viva, que nada entibia ni nada vencerá, esperamos que la inspiración ilumine la conciencia de los que se sienten poderosos y que sabrán ver que sin la voz de España, que de hoy más será siempre llevada por América, no puede dictarse sentencia en esta terrible contienda internacional, de la que penden el porvenir del mundo y los rumbos de la Historia.

ANIVERSARIO DEL GENERAL SAN MARTIN

Estamos en el año que se cumplió el 167º aniversario del nacimiento de don José de San Martín y Matorras. La Academia Nacional de la Historia, siguiendo a Mitre, fijó oficialmente como fecha del natalicio de San Martín, en Yapeyú, la del 25 de febrero de 1778.

No se crea que hay unanimidad ni siquiera general coincidencia de pareceres respecto de cuál fué el año del nacimiento de San Martín.

Si respecto al día y lugar del nacimiento del Capitán de los Andes no hay la menor discrepancia, en cuanto al año en que tuvo lugar el magno suceso son diversas y muy encontradas las opiniones.

Pacífico Otero, que estudió ahincadamente y con no menor esmero esta debatida cuestión de la fecha real del nacimiento de San Martín, la fijaba en el 25 de febrero de 1777. Un tribunal de conspicuos miembros del Instituto Sanmartiniano, todos ellos muy peritos en la materia, se pronunciaron de acuerdo con el criterio y opinión de Otero.

Pero los elementos que el gran biógrafo de San Martín utilizó para demostrar su tesis — basada en documentos que parecían de incuestionable valor — ahora carecen

de toda estimación históricamente. Si Pacífico Otero hubiera tenido a su alcance las pruebas de que hoy disponemos, seguramente que se habría apresurado a ser el primero en repudiar los elementos polémicos de que se valió para formular su hipótesis histórica.

No falta quien haya dicho y razonado que San Martín nació el 25 de febrero de 1781. Y quien tal sostuvo fué nada menos que Pradere, cuya opinión compartieron otros escritores. Entre ellos. el historiador, académico y profesor de la Universidad de Madrid, don Eduardo García del Real. ¡Y eso que los juicios y aseveraciones de Pradere no resisten la más liviana crítica!

Sea cual fuere el año en que vino a la vida San Martín, ya lo dijimos, no hay dudas posibles en cuanto a que nació en Yapeyú, y que ello fué el día 25 del mes de febrero. Con lo que está dicho que ahora celebramos un nuevo aniversario de la llegada al mundo del Santo de la Espada.

Es de recordar y nunca como ahora, para que el mundo haga justicia al héroe, que ningún hombre de la talla de San Martín, entre los que la Historia recuerda, fué tan inícuamente juzgado ni recibió trato más calumnioso. Pero tampoco se ha dado el caso de haberse producido una reparación más espontánea ni un desagravio más completo.

En marcha está, cada día más acentuado, ese gran proceso de revisión de los méritos singulares y tan extraordinarios de San Martín, cuya figura, de valor universal, adquiere caracteres de grandeza excepcionalísima y en constante crecimiento y ascenso espiritual.

San Martín no es ya solamente uno de los generales de máximos prestigios entre los de mayor fama, ni exclusivamente el estadista que llega a penetrar con su mirada hasta los límites de lo profético, cuando descubre y define el porvenir de todo un continente. Ahora con acrecida fuerza se está viendo en él nada menos que al precursor de un mundo, que en trance de aparición es la esperanza suprema para todos los hombres y todos los pueblos libres de la Tierra.

Porque San Martín fué el defensor, promulgador y realizador del dogma: libertad a los hombres, independencia a los pueblos para construir una sociedad internacional mejor. Y este nuevo existir, esta gran conquista para la humanidad futura es lo que él llama *"la causa de América"*. Lo que hoy se titula: *"unidad continental"*.

Recoge San Martín la tea encendida del hispanismo, en un momento trágico. La España oficial, sin rumbo ni derroteros, en el océano de la historia sin timón ni ruta, está a punto de zozobrar en sus empeños universalizadores.

Aparece entonces San Martín, en plena epopeya, con el alma iluminada por su emoción americana. Por sí, personalmente, en una empresa tan suya que en su mente nace y por su voluntad se impone con su genio individual, recoge la herencia hispánica que estaba en trance de convertirse en un bien mostrenco.

Salva ese patriotismo hispánico, lo defiende, lo organiza, desplegando la fortaleza de un héroe y la abnegación de un mártir. Escala los más altos ventanales de la historia de este mundo incipiente, los Andes, y el gran americano desde allí descubre, ve y toca todo el enorme poder espiritual que hay en aquellos pueblos que él ha de emancipar.

El Capitán de los Andes, primero que nadie, o mejor que todos, advirtió la existencia de ese valor esencial, el grande e ignorado fenómeno político, decisivo para los destinos de América. La unidad continental.

¡Que sus continuadores sepan guardar, defender y sacar victorioso este supremo patrimonio espiritual del mundo moderno!

SAN MARTIN, PRECURSOR DE LA UNIDAD CONTINENTAL

En estos días solemnes e históricos — presente trágico de un futuro renovador — cada nuevo amanecer nos presenta más esplendorosa y radiante la figura de San Martín. La razón profunda de este intenso actualizarse la personalidad del Capitán de los Andes está en una realidad conminadora para América. El mundo siente la necesidad de que en este hemisferio actúen con fuerza invencible los inagotables ímpetus que en sí lleva el sentimiento de la unidad continental americana.

Nunca se repetirá bastante, y hoy es obligado recordarlo todos los días, como el creyente recuerda el credo que su Dios le ha revelado, que fué San Martín el primero y acaso el único de los grandes héroes colombinos, que desde los instantes mismos de iniciar aquí su obra, el que tuvo una emoción pura, un sentimiento firme, una idea perfecta de que América era y debía ser, espiritual y políticamente, una perfecta y necesaria unidad. Intuyó, antes que nadie, que de esta realización estaban pendientes los destinos de la Humanidad.

Desde que San Martín llegó a su tierra de origen, apenas iniciadas sus tareas castrenses en las Provincias Unidas del Plata, fué paulatina y cautelosamente descubriendo "su secreto". Este "secreto", este "gran secreto",

este "genial secreto", lo insinúa, con parquedad y comedimiento, en la histórica carta que escribe el 22 de abril de 1814 a Rodríguez Peña, diciéndole: "La patria no hará camino por el lado Norte", "Pasar de Mendoza a Chile con un pequeño y bien disciplinado ejército", "Establecer en Chile un gobierno de amigos sólidos", "Aliar las fuerzas de Chile con las argentinas". "Dominar el Pacífico en las costas chilenoperuanas". "Pasar por mar a tomar a Lima". "Ese es el camino". "Hasta que estemos en Lima la guerra no se acabará".

¡Qué enormes vuelos toma, qué vertiginosas alturas alcanza, esta concepción estratégica de San Martín, en la cual el paso de los Andes — por sí sólo inmortalizador del titán que lo concibió y lo ejecuta — es un simple detalle!

En su informe "reservadísimo", de 15 de febrero de 1816, al supremo director Don Ignacio Alvarez Thomas, deja entrever más diáfanamente el magno valor de su "secreto": "Chile es el pueblo capaz de fixar (rexido con mano diestra) la suerte de la revolución". "Nada interesa más que ocuparlo". "Lograda esta gran empresa el Perú será libre". "Lima sucumbirá". "Despleguemos todos nuestros recursos". "Todo esfuerzo parcial es perdido decididamente".

El adivino o profeta, San Martín, va enumerando los pueblos, su conexión orgánica, su unidad espiritual, su íntima e indestructible interdependencia. Hasta ahora sólo habló el estratega, que ilumina la historia de América con la concepción de una campaña continental. Llegadas las conyunturas solemnes, nos ilustrará con su pensamiento y su acción el hombre político sin par, el estadista, único en sus modos.

En el oficio "reservado", de 31 de mayo de 1816, pide el gobierno a San Martín un plan de operaciones ofensivo-defensivo para la campaña de Chile. Dos semanas después, el 15 de julio, San Martín, atendiendo la instancia oficial, evacúa la consulta. A pesar de la importancia y mérito

incomparables de este documento sanmartiniano, sólo trasladaremos aquí, para servir los fines que perseguimos, la advertencia final: "V. E. a presencia de lo expuesto determinará, con mejores luces, lo más conveniente y acertado, partiendo siempre del principio que del éxito de la expedición a Chile, puede decirse, depende la libertad de Sud-América".

Las afirmaciones de San Martín son hitos definitivos, clavados en la historia para señalar la ruta de los destinos de América.

Afirmó reiteradamente San Martín que el Perú "era el corazón del poder colonial". ¿Cabe expresar, en forma más gráfica y plástica, la imagen de esa ciudad que según él formaban los pueblos del continente americano?

San Martín explica este su decir, con insuperable maestría y acierto, en aquella histórica misiva escrita el 12 de mayo de 1816 desde Mendoza a su amigo fidelísimo Don Tomás Godoy Cruz. De tan histórica epístola reproducimos estas declaraciones: "Puede demostrarse geométricamente que si Chile existe en poder de los enemigos dos años más, no sólo hace la ruina de estas provincias sino que jamás se tomará. Por otra parte, los esfuerzos que se hagan en el Perú, serán nulos, pues será auxiliado con víveres y soldados ya formados, de los que cada invierno pueden desprenderse de 2.500 hombres, reemplazando las bajas con exceso, y poniéndolos en estado de batirse para el verano siguiente, por la tranquilidad que disfrutan en el invierno. Lima, con este apoyo, será siempre el azote de la Libertad y se sostendrá, o por lo menos formará de Chile la Ciudadela de América".

Los razonamientos de San Martín, sus reflexiones, sus juicios y sus dictámenes, están siempre influídos y condicionados — en el campo de la táctica, de la estrategia y de la política — por el supuesto de esa correlación, de esa dependencia, de esa recíproca influencia que hay en la situación real de los pueblos de Sudamérica, en perfecta e ineludible armonía, en sistemática unidad.

La Revolución argentina adquiere caracteres continentales al ser inspirada y movida por ideas y pensamientos de San Martín. Hasta que él logra imprimirle e imponerle rumbos definidos y definitivos, las tendencias de emancipación, donde apuntaron, tenían caracteres de un verdadero proceso de descomposición de las organizaciones coloniales, movidas por fuerzas ciegas y espontáneas: La Capitanía General de Chile, las Provincias Unidas, La Banda Oriental, el Paraguay.

En este movimiento predominaban ímpetus escisionistas, algunos resistiendo el movimiento del 25 de mayo. Un espíritu de independencia localista hacía política y militarmente ingobernable la Revolución.

Por influencia personalísima de San Martín, las líneas generatrices del movimiento emancipador se van uniformando, con proyecciones sud-americanas primero, para adoptar más tarde aspectos continentales.

Empieza San Martín por formar soldados, clases, oficiales, jefes, cuadros y unidades disciplinadas, que puedan llegar a ser instrumentos aptos y fieles para la realización del magno empeño. Reconcentra después al ejército en Tucumán, lo reorganiza y lo instruye para impulsarlo por el camino de los grandes proyectos estratégicos que bullían en el espíritu genial del héroe.

Creyente en el pueblo, en sus grandes, inagotables e insustituíbles energías, lo utiliza en el plan de la guerra defensiva-ofensiva, que tendrá por símbolo magnífico la figura y la obra admirable de Güemes.

Con "su secreto" marcha a Mendoza el Capitán de los Andes, y allí, sostenido, fortalecido, fervorosamente apoyado por el sentimiento o la intuición asombrosa de los hombres cuyanos, iniciará la máxima y mágica tarea: forjar los rayos que han de fulminar la opresión colonial. Así podrá llevar a cabo el épico paso de los Andes, que es el primer paso de la histórica ruta de la emancipación de América del Sur.

No sería para nosotros labor de insuperables dificultades ir detallando, punto por punto, la línea que marca su trayectoria ascensional, las ideas y los actos de San Martín para llegar, mediante un método de análisis, a la conclusión de que constantemente se movió impulsado por la emoción y conducido por la idea de la independencia de América. Pero como ello no encuadra en la índole de estos trabajos, preferimos ir, de ápice en ápice, recogiendo los testimonios auténticos e irrecusables que San Martín nos legó de que fué el primero y más inspirado precursor del sentimiento de la unidad continental.

Al pisar en Pisco, por primera vez tierras peruanas, el 8 de septiembre de 1820, en histórica proclama dice a sus tropas: "Acordaos que toda América os contempla y que sus grandes esperanzas penden de que acreditéis la humanidad, el coraje y el honor que os han distinguido siempre donde quiera que los oprimidos han implorado vuestro auxilio". ¿Cabe expresar con palabras nobles y en términos de mayor generosidad que América "toda la América", está pendiente de aquel esfuerzo asombroso, cuyo fin es libertar a los oprimidos?

Y oficiando de divino vaticinador — ¡como que va a crear un mundo nuevo! — les instruye de que: "No venís a hacer conquistas, sino a libertar pueblos". ¡A libertar pueblos! Es decir, a crear naciones soberanas que después han de incorporarse a la comunidad internacional. ¿Y con qué caracteres? Erigiéndose en repúblicas, moldes únicos para la democracia. Hoy aún están los pueblos libertados por San Martín en tanteos y experiencias, en ensayos de constitución formal definitiva, pero demostrando que en estas tierras son las únicas modalidades posibles para la existencia de sus Estados. Todos los intentos contrarios a estos designios republicanos y democráticos, en América se frustraron.

De la fe absoluta que San Martín tenía en el poder que atesoraban los pueblos de América, para lograr su libertad y defender su independencia, tenemos textos do-

cumentales inequívocos. Llevaba ya varios años en el exilio, en plena vida europea, en contacto con los hombres y las cosas del Viejo Mundo, observando de cerca el desarrollo y las orientaciones de los grandes y poderosos Estados en sus actividades políticas, internas y exteriores. Tocaba de cerca el enorme poder del absolutismo representado por el omnipotente Metternich, que tenía por colaboradores a los principales hombres de gobierno y favoritos de los reyes. Descubría con claridad los peligros que surgían para América si los soberanos triunfaban en sus afanes de rehacer las preeminencias y restaurar sus tradicionales y omnímodos derechos. Entre estos soberanos estaban los Borbones que se afanaban por restablecer el poderío colonial de la rama que gobernara en España.

San Martín, pensando siempre en su tierra y en su continente, le decía a O'Higgins, en carta de 1º de marzo de 1831: "Yo nada temo de todo el poder de este continente siempre que estemos unidos: de lo contrario nuestra cara patria sufrirá males incalculables". ¿No está escrito esto para los días que vivimos?

Toca San Martín los años finales de su vida gloriosa y ejemplar. Van pasados lustros y lustros desde que emprendió el camino del exilio — temible y doloroso en grado que sólo conocen los que lo han recorrido — y el 11 de septiembre de 1848 escribe a don Ramón Castillo entonces presidente del Perú, y, entre otras cosas, le hace esta declaración. "La política que me propuse seguir fué mirar todos los Estados americanos, en que fuerzas de mi mando penetraron, como Estados hermanos interesados en un mismo y santo fin".

No sabemos, acaso por ignorancia, que se haya definido nunca con palabras más sencillas ni en términos más claros "la unidad continental": *"Estados hermanos interesados en un mismo y santo fin"*.

¿Sabrá América, en estos instantes, de universal angustia, de histórico desconcierto, recordar lo que significan estas palabras de uno de sus mejores hijos?

RESPONSABILIDADES DE AMERICA

El descubrimiento de América, según el dicho de un gran escritor, "fué un fruto sazonado de la época". La hazaña de Colón era una necesidad de aquellos momentos históricos, nacida de la corriente europea contra los principios y sentimientos medioevales, impregnación del asiatismo en los pueblos de Europa desde el siglo XII.

El descubrimiento de las Indias Occidentales es el más poderoso e iluminador destello renacentista. "Sin el gran hallazgo del mundo nuevo — escribe otro pensador calificado — el viejo se habría sumido en un derrumbamiento de todos los valores de la civilización y del progreso, creados por Grecia y consolidados por Roma".

El mundo antiguo, como expresión dialéctica de realidad política, fué una máxima paradoja: creó al individuo pero lo negó en el Estado. La filosofía griega — Sócrates, Platón — engendraron el valor personal del ser social del hombre. Pero el Estado venía siendo un organismo de poderes absolutos e ilimitados. Surgieron el sentimiento, primero, la idea, después, de que el hombre era un valor en sí y que la sociedad se constituía como medio para formarlo, instruirlo y dignificarlo, respetando en él derechos fundamentales.

Esta idea renovadora y revolucionaria la sublima con sus predicaciones y su sacrificio el dulce Jesús de Galilea,

creador eterno de las doctrinas de amor, fraternidad y respeto al ser humano, cuyo espíritu es patrimonio de Dios y no de las potestades civiles creadas por los hombres.

Si el espíritu, en sus más bellas expresiones intelectuales, construía un mundo moral más perfecto, abriendo derroteros amplísimos a la conciencia y al pensamiento, preparando la libertad del hombre, la realidad iba en opuesta y contraria dirección.

Alejandro, con sus fabulosos empeños bélicos, aboceta el afán del dominio universal; Roma después — César y Augusto — trasplanta a Europa ideas asiáticas: poder e imperio, negadoras del individuo.

La Iglesia, contradiciendo la idea en el acto, el credo en la política, la teoría en la práctica, después de articular la diferencia entre los dominios de Dios y del César se asocia a los intentos restauradores del dominio universal. Asia influye en el Oriente, el Oriente en Grecia, Grecia en Roma, y allí se piensa en erigir el Sacro-romano-imperio. El poder viene de Dios; la soberanía tiene que ser compartida entre el Papa (poder espiritual) y el Emperador (poder material). En defensa del hombre, cuyo valor de hecho se desconoce en los nuevos sistemas políticos, surge el Renacimiento.

Cae Roma por la imposición de los bárbaros triunfantes. Las autoridades tradicionales, las fuerzas de ordenación clásica — las de la Iglesia y del Imperio — tienen que reunirse contra el nuevo espíritu en defensa de intereses comunes. El Papa y el Emperador luchan para destruir las formaciones feudales — poderes discriminados en las manos de los señores. — Pero combaten su organización material y formal; mas no la idea que les había dado vida.

¿Cuál era esa idea? La exaltación del señor y el desconocimiento del pueblo. Aquél lo puede todo, porque todo lo domina y en todo manda: patrimonio económico y caudal espiritual, bienes y almas. Eso significa la servidumbre.

La lucha contra las autoridades constituídas y dominantes, Imperio e Iglesia, se entabla con las armas que el hombre libre se arbitra: la renovación moral, contra el Papa; la cultura, contra el Emperador. Se prepara la soberanía de la razón, inventora de las nuevas instituciones. Todo lo que es contra la razón es ilícito; no hay autoridad superior y externa a ella.

Así brota el nuevo y supremo afán: romper las ataduras que oprimen al hombre, su pensamiento y su voluntad. Se funda la soberanía autónoma del ser humano. Anhelo de inmensa estela ascensional que se inicia en España, después de la invasión árabe, se acentúa con las Cruzadas, se nutre espiritualmente del Renacimiento, crece en la Reforma y alcanza su máximo florecimiento con la Revolución.

Pasa hoy como verdad histórica innegable, entre los modernos historiadores, que ese impulso emancipador del hombre se habría malogrado sin el descubrimiento de América. Más aún; que sin la homérica aventura del genovés hubiera sido imposible, porque necesitaba "una humanidad virgen, sin las trabas espirituales y materiales, éticas y económicas que ahogaban al mundo viejo". Sin América no se concibe la sociedad moderna; que la Revolución francesa permanecería inédita de no haberse producido la emancipación de las colonias inglesas en Norteamérica.

Aquí comienza el ensayo de organización de una nueva sociedad, que se levanta sobre los principios no ensayados en todas las experiencias políticas anteriores. El modelo institucional de Norteamérica, apenas trasplantado a Europa, por el esfuerzo cruel y doloroso de la Revolución, da origen al mundo moderno.

Ahora, con nuevas modalidades y por otros caminos, pero todos coincidentes en la meta de los destinos, América vuelve a recoger su propia obra para continuarla y mejorarla. Ha de acometer el intento histórico de realizar una vida mejor, más justa y más digna. Tiene, como im-

pulso supremo, dos grandes fuerzas, nacidas de su más honda emoción: la fe republicana: el sentimiento democrático. No hay república ni hay democracia sin libertad para el hombre; y los pueblos no pueden desarrollarse plena y adecuadamente sin gozar de una independencia cabal y efectiva.

En esta hora solemnísima, la hora de América, se jugarán los destinos más altos y de mayor nobleza. Por ello es la hora de las supremas responsabilidades para el mundo occidental.

LOS MANEJOS OCULTOS DE LAS CANCILLERIAS EUROPEAS HAN DADO ORIGEN AL CONFLICTO

Estaba reunida la asamblea de la Sociedad de Naciones, convocada para celebrar la Conferencia del Desarme. Era allá por el mes de marzo del año 1933. Hicieron acto de presencia en la gran reunión de Ginebra, el "premier" inglés, que a la sazón lo era Ramsay Mac Donald y el entonces ministro de Relaciones Exteriores, sir John Simon.

UN PLAN

Venían a someter a la Conferencia "el plan británico de limitación de armamentos de las naciones europeas". Fácil será comprender el interés y la expectación que despertó la iniciativa del gobierno inglés. Apenas trascendieron al público las propuestas que traían en cartera los dos grandes personajes, surgió un movimiento, inicialmente de asombro, que se tornó en una unánime corriente de repulsas.

Ramsay Mac Donald y John Simon brindaban un plan de "seguridad" tan descabellado e inaceptable que fué inmediatamente rechazado. Y era de tal naturaleza la iniciativa de los hombres de Londres, que no fueron pocos los que sostuvieron que Ramsay Mac Donald y John Simon habían realizado una maniobra de escamoteo, para hacer fracasar el desarme y lograr una completa desorientación

del público y de los gobiernos. Se dijo entonces que detrás de sus proposiciones — que eran la columna de humo diplomático — había un plan secreto.

Los más perspicaces, entre los expertos de la política internacional y de los manejos ocultos de las grandes cancillerías de Europa dieron en decir que el tal plan había sido concebido en Berlín y Roma.

UN VIAJE SENSACIONAL

Lo indudable fué que Ramsay Mac Donald y John Simon, inesperadamente sin que nadie lo sospechase siquiera, en un avión preparado "ad hoc" remontaron el vuelo en Ginebra ante la estupefacción general tomando rumbo hacia Roma.

Apenas llegados los ilustres viajeros a la inmortal ciudad que el Tíber baña, recibieron un pliego de Mussolini. ¿Qué había en aquel documento? Era un proyecto de pacto, para que sirviese de piedra angular al trabajo de "revisión de los tratados". Aspiraba el Duce a que Inglaterra, Francia, Alemania e Italia, de común acuerdo y en coincidente esfuerzo, acometieran inmediatamente la tarea de revisar las fronteras de Polonia, Checoeslovaquia, Yugoslavia y Rumania.

Antes de que Hitler ocupase el poder — que fué el 30 de enero de 1933 — mucho antes, en Alemania se había desatado una campaña de voces iracundas y destemplados tonos en demanda de la supresión del "corredor polaco", calificado de iniquidad flagrante, de intolerable agravio, de ofensa perenne, contra Alemania. El sentimiento teutón se erguía, altivamente dolorido, al ver que Prusia Oriental quedaba separada del resto del Reich.

Las propias gentes de Weimar no se ocultaban para decir, hora tras hora y en todos los momentos, que si no se hacía una revisión del Tratado de Versalles y pacíficamente se suprimía "el corredor", desde Berlín se impartirían las órdenes para que un buen día fuesen expulsados

de aquellas tierras todos los polacos que las habitaban o en ellas residían.

Polonia quiso poner límite y coto a tal campaña demostrando que la zona del "corredor" era parte de la que de muy antiguo formaba la provincia marítima de Pomerania.

Alegaba no en nombre de una necesidad vital de Polonia, sino con los títulos históricos incuestionables que poseía. Además recordaba, con toda razón que "el corredor" era la realización de uno de los catorce puntos de Wilson haciendo el muy oportuno recuerdo de que Alemania los había aceptado al pedir la paz.

LAS TAREAS SECRETAS DE ROMA

Releyendo el discurso pronunciado por Ramsay MacDonald en los Comunes, al dar cuenta de sus tareas en Ginebra y de sus trabajos en Roma, se advierte que el famoso problema del "corredor" allí se trató a fondo y que el "premier" inglés, ante la reacción universalmente surgida contra la iniciativa que lo llevó a tratar con Mussolini, estaba vacilante, perplejo y preocupado. Declaró que era menester contemplar y revisar con gran cuidado los términos de aquella propuesta, "que tenía por objetivo general la paz y como detalle importante y casi único la revisión de los tratados". Hizo grandes esfuerzos en demostrar que en "todo caso el pacto constituía una contribución a la paz del mundo".

Ni Ramsay Mac Donald, ni su funesto ministro Simon, pudieron convencer a los Comunes y menos a la opinión inglesa de que habían procedido con acierto. Era innegable que el famoso pacto de "los cuatro grandes" implicaba un golpe serio para el prestigio de la Sociedad de Naciones, hiriendo gravemente el principio de la seguridad colectiva corazón y médula del Tratado de Versalles.

Mussolini, con aquellas despachaderas que lo caracterizaban, haciendo arma diplomática del embuste e instrumento diplomático del engaño con cínica desenvoltura, se dedicó a tejer las más grandes y peligrosas falsedades.

El pacto de revisión de fronteras afectaba no sólo a Polonia, sino también a Checoeslovaquia, a Yugoslavia y a Rumania que iban a tener que ser sometidas a dolorosas amputaciones territoriales. Y ante esta perspectiva el Duce, Maquiavelo de similor, se entregó a esta tarea: llamó individualmente y por separado a cada uno de los representantes en Roma de Varsovia, de Praga, de Belgrado y de Bucarest y a cada uno le fué asegurando que la proyectada revisión no afectaba en lo más mínimo al país que representaba y que podía asegurar con toda certeza a su gobierno que las alteraciones sólo alcanzarían a los otros pueblos.

No contó el "genial" intrigante con lo que fatalmente había de suceder. Los representantes de Polonia, Checoeslovaquia, Yugoslavia y Rumania se pusieron al habla, hiciéronse confidencias y se encontraron con que habían sido objeto de una burda y grosera falacia. Se apresuraron a poner los hechos en conocimiento de sus respectivos gobiernos y se produjo en Europa, pese al secreto diplomático, una enorme inquietud.

A partir de este momento, tendremos ocasión de verlo en trabajos posteriores, Hitler comienza a ganar fuerza y a ser temido. Si en algunos instantes se ve obligado a simular rectificaciones — ya veremos como el Führer fué un discípulo aprovechado del Duce en esto de mentir y engañar que pronto se convirtió en maestro —, lo hace solamente para afianzar sus posiciones y seguir con mayor seguridad la ruta que se trazó desde que logró dominar a Hindenburg.

Pero lo esencial es dejar consignado que en Londres, los hombres del "Foreign Office" pasándose de listos, cie-

gos los unos, pusilánimes los otros, fueron los inconscientes pero eficaces colaboradores de los caudillos totalitarios y de tumbo en tumbo llegaron fatalmente a verse envueltos en las redes que el militarismo prusiano les tendía.

SIEMBRA DE TEMPESTADES

Continuemos relatando sucesos que aún están sin comentar. Algunos se ignoran y otros, existe interés en ocultarlos. Pero pronto tendrán que ser hechos públicos y muy discutidos.

Mussolini que había pensado en cercenar y recortar los límites geográficos de varios Estados del Centro de Europa, contando para ello con el asentimiento de Mac Donal y de Simon, dispuestos a secundar al Duce en su proyecto de "pacto entre las cuatro grandes potencias para la revisión de los tratados", aunque cuidó mucho de ocultar sus propósitos a los que habían de ir a la mesa de operaciones, para que los cirujanos diplomáticos procedieran a rajar y coser por donde mejor les pareciere, se vió de pronto sujeto en las redes de sus embustes, patrañas y enredos.

Un día, Polonia llama a su embajador en Roma y se niega a designarle substituto. Se trata de ocultar por todos los medios la significación y gravedad de esta conducta del gobierno de Varsovia, y Mussolini, secundado y fielmente obedecido por Ciano, no regatea sacrificio, ni omite zalamería que pueda hacer borrar el pésimo efecto y las consecuencias lamentables de su proceder.

Pero todo es ineficaz cuando no completamente inútil. Pilsudski adopta una línea de conducta, clara y definida,

y no vacila en desafiar las iras de los dictadores. Como ahora lo veremos, Polonia decide enfrentarse con la realidad, sea como fuere, y muy pronto Hitler tiene que desistir de sus planes y no puede aprovecharse de los que Mussolini se había propuesto desarrollar.

DECISIONES

Si Pilsudski, en nombre de Polonia procede por su cuenta, los gobiernos de Yugoslavia, Rumania y Checoeslovaquia — conscientes de la amenaza grave y directa que para ellos tienen los famosos proyectos de Mussolini, secundados por Simon y Mac Donald — se apresuran a ponerse en relación y deliberan sobre el caso. Resuelven que Benes marche a París y allí plantee con toda claridad el caso. Y que Titulesco, como embajador extraordinario, vaya a Londres para presentar con diafanidad y sin artificios de ninguna clase el grave problema creado por los manejos que llevan los gobiernos de Roma y Londres.

Benes, con esa aparente ingenuidad que le caracteriza, tanto física como espiritualmente, apenas llegó a París hubo de verse con Paul Boncour, en aquellos días presidente del Consejo. Benes no anduvo remiso ni apeló al circunloquio: se fué directamente al asunto y lo presentó con toda desnudez. Era muy dueña Francia, si lo estimaba conveniente para su política o si entendía que estaba obligada a seguir ajenas sugestiones de firmar el "pacto de los cuatro" e ir a la revisión de los tratados. Esto nadie quería discutirlo: pero como Francia, de proceder así anulaba firmas que tenía estampadas al pie de los tratados de alianza con la "Petit Entente", las naciones que venía representando Benes necesitaban saber a qué atenerse.

Paul Boncour desde el primer momento reaccionó contra el posible supuesto de que Francia intentase modificar su postura internacional y mucho menos, apelando a procedimientos indirectos o disimulados. Como Paul

Boncour es hombre de gran rectitud moral, de convicciones muy firmes y espíritu decidido, interpeló a Benes diciéndole: "Quiero saber exactamente lo que deseáis". Entonces Benes contestó: "Que el gobierno francés nos facilite un documento escrito donde se haga constar que "el pacto de los cuatro" no es incompatible con las alianzas que Francia tiene concertadas".

Paul Boncour, que ciertamente no compartía la política de Mac Donald y Simon, como luego jamás transigió con los apaciguadores, no vaciló en acceder de plano a lo que Benes le pedía. Cuando éste contó con la promesa del jefe del gobierno francés, le insinuó: "Me atrevería a pedirle que pensase, si no sería conveniente, en cualquier caso, que esta carta fuese inmediatamente puesta en conocimiento de los gobiernos de Inglaterra, Italia y Alemania".

No sólo accedió Paul Boncour a lo pedido por Benes, sino que, sin pérdida de tiempo, hizo cursar la nota referida a los tres gobiernos de la "Petite Entente" y además envió otra igual al gobierno de Varsovia. Quiso Paul Boncour con ello, sin duda, evitando que el "Foreign Office" le obligara a tomar posiciones demasiado violentas y en desprestigio de la propia Francia, que no pudiese ofrecer dudas a nadie, que él y su pueblo permanecían fieles a los principios de la seguridad colectiva y eran fervorosos, decididos y conscientes partidarios, de la política que representaba la Sociedad de las Naciones, manteniendo vivo el espíritu del Tratado de Versalles. Es de advertir que el texto del pacto y la carta de Paul Boncour fueron publicados en el Libro Azul del Quai D'Orsay, mandado después recoger y desaparecido por completo de la circulación, aún entre los expertos.

EN LONDRES

Antes escribimos que Titulesco fué enviado a Londres, en nombre de los tres gobiernos, de Bucarest, Pra-

ga y Belgrado, para plantear también con el más estricto rigor, el problema que se creaba para la Europa Central, con la firma del "pacto de los cuatro". Todo el que haya conocido de cerca a Titulesco, aquel hombre tan original y contradictorio como sagaz, inteligente y culto, no podrá dudar de la exactitud de lo que escribimos.

El ministro de Relaciones Exteriores rumano, respetado y admirado en los medios diplomáticos, una de las personalidades de más fuste intelectual en Ginebra, pero acaso un poco desestimado por su temperamento en exceso original y confuso, apenas llegó a Londres se puso al habla con Mac Donald, Simon y Neville Chamberlain, y les planteó de lleno el objeto de su visita: "Vengo a saber si ustedes quieren destruir el tratado de Versalles, destrozar la Sociedad de las Naciones y acabar con todo". Así era el lenguaje de Titulesco, que no solía retroceder ante ninguna dificultad polémica.

Y lo que referimos, no una, varias veces, lo relató ante nosotros en Ginebra. No sólo esto: con aquella su manía de repetir una y hasta veinte veces las frases que expresaban un pensamiento que él estimaba feliz o un modo de decir afortunado, en diferentes ocasiones, se produjo así: "Yo dije a Mac Donald, a Simon y a Chamberlain: tengan la bondad de anotar que el 6 de abril de 1933, el señor Titulesco, embajador extraordinario de la "pequeña entente", les previene que cualquiera revisión de los tratados significará la guerra".

Como si tuviera especial empeño en que se supiese, no sólo la forma en que él había llevado las gestiones de embajador extraordinario en Londres, sino hasta qué límite había acentuado las advertencias en cuanto al peligro de la política que Simon y Chamberlain, de acuerdo con el Foreign Office le estaban imponiendo al "premier" inglés con frecuencia, reproducía este diálogo: Yo le dije a Mac Donald: "Mi querido primer ministro, usted es tan idealista que resulta belicista", y Mac Donald me respondió: "Qué concepción tan perversa".

¡Cuántas veces, durante la etapa del "apaciguamiento", tuvimos ocasión de recordar y comentar en París, con algunos de los ministros franceses, estas advertencias tan sabias y previsoras de Titulesco!

EN BERLIN

El mariscal Pilsudski, después de enterarse con exactitud de los manejos de Hitler y Mussolini, con una franqueza aterradora, que entonces fué objeto de críticas y censuras por sus íntimos colaboradores, se dirigió al Führer preguntándole para cuándo quería la guerra, "si para días inmediatos, si para dentro de cinco años o después de pasados un par de lustros, que señalase fecha y que sería complacido". Es de rigor histórico el suceso y las palabras entre comillas son exactamente las que Pilsudski empleó para plantearle a Hitler la cuestión.

Tan bien penetró el Führer los propósitos del mariscal, que se apresuró a contestarle: "No sólo no quiero la guerra, sino que estoy dispuesto a firmar con Vd. un pacto de no agresión por un plazo de diez años". Los dos dictadores — Pilsudski lo fué de hecho — se entendieron con facilidad y tan a la maravilla que en los mismos días en que muchos esperaban un rompimiento entre Berlín y Varsovia, en los primeros del mes de enero de 1934, firmaban el tratado de amistad y no agresión, que iba, de momento al menos, a poner fin a la tenaz y agresiva campaña contra Danzig.

Si mucho de esto es público, y si hay algo que en parte es bastante conocido, lo que en general se ignora y tardará en saberse con la debida extensión, es que Hitler, simulando servir las aspiraciones de Pilsudski, aprovechó el momento para preparar uno de los golpes más audaces y más crueles de cuantos había de llevar a cabo, desde 1936 a 1939. En efecto, a ese pacto de no agresión se le añadían unas cláusulas secretas, que defendían condiciones y compromisos de un significado siniestro y temible.

Si por un lado se advierte la ausencia de todo escrúpulo, a la ley moral, a los deberes internacionales se les escarnece y al derecho de gentes se le pisotea, por otro se prepara la impunidad para maniobrar sin peligros ni dificultades, llegada la hora o la ocasión propicias.

TRES CLAUSULAS SECRETAS

En ese tratado de no agresión entre Alemania y Polonia — enero de 1934 — como acabamos de consignarlo, se establecieron tres cláusulas secretas, que imponían al gobierno de Varsovia, deberes internacionales ineludibles. Por la cláusula 1ª, en el caso de anexión de Austria por Alemania, se comprometía Polonia a guardar una perfecta y cabal neutralidad. En la 2ª cláusula aceptaba Polonia el deber de no llegar a formar parte de la "pequeña entente", en ningún caso. Y según la 3ª venía el gobierno de Varsovia obligado a no concluir acuerdo alguno con Checoeslovaquia. Tal fué la famosa política de neutralidad desarrollada por el no menos famoso ministro de Relaciones Exteriores de Polonia, coronel Beck, que constituyó, hasta fines de 1939, uno de los instrumentos más dúctiles y peligrosos para las disparatadas ambiciones que estaban fermentando en Wilhelmstrasse.

Si a esto se añade que luego el presidente del Consejo de Ministros de Francia, Pierre Laval, hizo entrega de la Sociedad de Naciones y de Abisinia a Mussolini, trocando estas prendas decisivas y de inestimable valor, por un pacto militar sin posible eficacia, y que en diciembre Laval y Hoare, se concertaron para "suicidar" sus fuerzas y su historia, dándole al totalitarismo para sus fines, medios jamás soñados, se comprenderá cómo Hitler podía acometer impunemente en abril de 1936, aquel empeño que parecía, más que temerario, disparatado, de entrar en Renania, poniendo así al descubierto todo cuanto tenían ya de débiles, falaces y superficiales las relaciones entre Londres y París.

LAS TRIBULACIONES DEL DUCE

El almirante Franco Mangeri, jefe del servicio secreto de la armada italiana, que acompañó a Mussolini después de su separación del gobierno en el dramático viaje a la isla de Ponza, y después a Cerdeña, hizo unas declaraciones escritas, cablegrafiadas desde Roma a la revista "Life" que han despertado indescriptible interés.

Mussolini, en esas declaraciones del almirante Franco Mangeri, formula graves cargos contra la política del Führer, calificándolo, no con palabras, pero sí con juicios rotundos, de político superficial, terco y vanidoso "que no ha comprendido nunca la importancia del Mediterráneo" y que "no quiso ocupar Egipto para unir el Medio Oriente con el Lejano Oriente". También llega a la confesión de que en las entrevistas personales de los dos dictadores, el de Alemania hacía lo que quería o imponía siempre su voluntad. Así, hablando de la reunión que ambos celebraron en Salzburgo en abril de 1942, hace esta explícita declaración: "Según costumbre, las cuestiones que yo quería discutir no fueron discutidas, y, en cambio, se discutieron las que interesaban a Hitler".

No puede sorprender a nadie que esto fuese lo que ocurría. Pese a cuanto se escribió sobre el caso, para negarlo o rectificarlo, muy pocos eran los que dudaban que

entre los dos dictadores el que siempre imponía su voluntad y dictaba las normas de conducta era el Führer, limitándose el Duce a ser un simple cumplidor de su gran amigo y camarada en afanes imperialistas y totalitarios.

La lectura atenta de las manifestaciones del almirante Franco Mangeri lleva al convencimiento pleno de que Mussolini tenía que hacer el tristísimo papel de un muñeco cuyos movimientos obedecían a la voluntad de Hitler. Este manejaba los hilos y el otro hablaba o procedía según de la cuerda que le tiraban.

Lo que jamás se podía creer, ¡oh tiempos de soberbia y orgullo del poderoso magnate de Italia!, es que el Duce llegase a confesar públicamente, sin recato ni escrúpulos, que así había tenido que vivir. Sin voluntad y sin fuerzas para determinarse y siempre acatando sumisamente las imposiciones de Hitler.

LO QUE SUCEDIO, SEGUN MUSSOLINI

Pero lo más desconcertante es que estas extrañas confidencias de Mussolini hechas con el bien claro designio de descargar sobre el Führer la responsabilidad de los grandes errores estratégicos y políticos que contrajo en el modo de conducir la guerra, falsean la verdad de los hechos, deformándolos fundamentalmente. Mussolini falta a la verdad por el pueril sentimiento de vanidad personal de hacer creer al mundo que era él más inteligente, más avisado y más previsor que su hermano de glorias y fracasos, de grandezas y de miserias. Jura y perjura don Benito que él fué siempre un defensor de la inteligencia y entendimiento con Rusia, en tanto que don Adolfo siempre tendió a oponerse a ella. Y dice el ex dictador italiano: "Alemania sostiene que Rusia es un peligro muy serio para la civilización occidental. Traté de convencer a Hitler de que es una obsesión, una vana palabrería como todas las suyas sobre el *orden nuevo*".

Y en verdad que el afligido "condottiero", en su incontenible afán de clavar bien las uñas en la piel del amigo, se olvida que con él colaboró años y años, cordialmente, fraternalísimamente, colmándolo entonces de elogios admirativos, de halagos enormes. Nadie podrá explicarse cómo el contristado tirano de Italia, que califica todas las afirmaciones de Hitler de "vana palabrería", secundó al glorioso compinche alemán con tanto entusiasmo y fidelidad.

DEL DICHO AL HECHO

Mas, como frente al decir está el hacer, en oposición a las palabras los actos, con recordar éstos y compararlos con aquéllas, la situación moral que personalmente le cuadra al constructor de imperios, es tristísima.

El Duce afirma que siempre quiso entenderse con Rusia, que jamás temió al comunismo, que fué el primero en reconocer a la Rusia soviética y que llegó a pedirle a Litvinof que viniese a Roma para firmar un pacto de amistad. Pero esto ni lo creía ni lo entendía Hitler, que "no comprende que Stalin mató al bolchevismo al ejecutar a sus primeras figuras, a hombres de garra como Kamenev".

Y es tal el empecinamiento del Führer en sus viejas ideas — continúa hablando el ex Duce —, que baldío e infructuoso era todo intento para persuadirlo de que "Stalin había abandonado totalmente la idea de la revolución mundial".

¿Será verdad todo cuanto confiesa y hace saber el ayer árbitro de la paz del mundo, el que hablaba de los ocho millones de bayonetas? Merece la pena hacer algún pequeño esfuerzo de memoria para ver si logramos que los hechos confirmen lo que Mussolini le contó a Franco Mangesi y éste se apresuró a cablegrafiar a la gran revista "Life".

LOS HECHOS CANTAN

¿Cómo olvida el significado, valor, alcance y trascendencia del "pacto anticomunista" que era el credo internacional, la norma dogmática de la política universal para Alemania, el Japón, Italia y España? ¿Acaso no recuerda el ex Duce lo que al mundo comunicaba en el "Giornale d'Italia" por la pluma oficial de Virgilio Gayda, cuando hablando del "pacto anticomunista" nos hacía saber que: "Sean cuales fueren las apreciaciones de los diferentes *frentes populares* constituídos o en potencia bajo la inspiración comunista, el hecho es que el pacto solidariza más de doscientos millones de hombres a los cuales hay que añadir los amigos asociados de Europa y de otras partes. Estos hombres están muy bien armados en la tierra, en el mar y en el aire... y será bien que se sepa que las potencias signatarias del protocolo poseen un total de dos millones de toneladas de navíos de guerra."

"Cierto — declaraba el mismo día el "Corriere della Sera" — que el estrechamiento de los lazos entre las tres grandes potencias que son Italia, Alemania y Japón tiene por la fuerza de las cosas, un valor internacional que va más allá del simple programa bolchevique."

Como alguien viese en esto amenazas claras para determinadas naciones, fué el propio Mussolini el que dictó esta afirmación: "Este elemento nuevo no debe preocupar a los terceros que no se atraviesen en el camino de la acción preservativa y purificadora prevista en los protocolos."

Una fecha después, como ampliación de estos conceptos, el órgano oficial fascista solemnemente notificaba: "La acción bienhechora del acuerdo y su carácter expresamente pacífico dependen de la actitud de las otras potencias y de la acogida que dispensen a la nueva y grandiosa entidad internacional que acaba de nacer."

Pasaban de aquí las cosas para alcanzar proporciones y magnitudes inesperadas. Así el ex Duce no vacilaba en

decir, a propósito del "pacto anticomunista": "Italia es ya una gran potencia colonial e intercontinental. Su toma de posición al lado de Tokio despierta una nueva esperanza, porque le abre, para un día o para otro, un vasto campo de acción.

"¡El imperio italiano tendrá hoy en más una función oceánica!"

FALTA DE MEMORIA

Todo esto, si no obedece a un terrible fenómeno de amnesia, es debido a una peligrosa falta de decoro o sino al más acusado y cínico desenfado. ¿Para qué recordar aquello de la "Nueva Santa Alianza" y de que "Roma tenía que ponerse a la cabeza de la gran cruzada de la civilizción para salvar la cristiandad"?

Fueron tantos los embustes y los infundios con que durante años y años estos señores del mundo, por el miedo de unos, el sometimiento de otros y la corrupción de muchos, urdieron su política patrañosa y sin verecundia, que ahora con facilidad tienen que caer en estas grandes contradicciones y en estos tremendos absurdos.

¡Así Mussolini se nos presentaba como admirador idolátrico de Rusia, que jamás creyó en los peligros del comunismo, y, sin embargo, se unió con los hombres de Berlín y Tokio para montar el tinglado universal del pacto anticomunista!

LA ENTREVISTA HITLER-CHAMBERLAIN

La tercera semana de septiembre de 1938, fué, aunque brevísimo, un período durante el cual se incubaron los sucesos más tristes y funestos de aquel año, el más funesto y triste de cuantos vivió Europa entre 1919 y 1939. ¡Y, en general, las gentes han olvidado por completo aquellos episodios desdichadísimos, proemio de la catástrofe universal.

En Nuremberg, durante la celebración del Congreso del partido nacionalsocialista, a las 19 horas del día 12 de septiembre de 1938, Adolfo Hitler pronunció un discurso que era, en todas sus partes, la más cínica y solemne advertencia de las insaciables apetencias de imperialismo del Führer.

ASCENSION AL PODER

Comenzó éste por decir: "En 1933, cuando tomamos el poder, no se trataba de salvar a una clase social, sino de salvar al pueblo alemán entero. Para hacer frente a este empeño, el movimiento nacionalsocialista tuvo que vigorizar una verdadera comunidad nacional. El cometido exigía la consagración resuelta a él de todos nuestros compatriotas. Se necesitaban crear la unidad entre los

obreros intelectuales y manuales, entre los jefes políticos y los jefes económicos, y entre éstos y la masa del pueblo. Para esto se necesitaba separar de la nación un cuerpo extraño: el elemento judío. Si hoy se pregunta por qué el nacionalsocialismo combate tan fanáticamente a los judíos, no se puede más que responder que una raza extraña, que no tiene nada de común con nosotros, no puede ser llamada a dirigir."

"Las empresas enormes que nos están impuestas, no pueden ser realizadas más que por la puesta en acción de todas nuestras fuerzas y por la disciplina."

Después arremete con la democracia y la emprende con Checoeslovaquia, "conspiración fabricada en Versalles" que en calidad de tal democracia "se consagra a oprimir a la mayoría de los habitantes, a maltratarlos y a privarlos de derechos".

Luego añade: "Se ensayó en seguida construir y demostrar la tesis de que este Estado tenía una misión política y militar que cumplir. El ex ministro francés del Aire, Pierre Cot, nos lo ha explicado recientemente. Checoeslovaquia, según él, está destinada, en caso de guerra, a atacar a la industria alemana por medio de la aviación (gritos de indignación en la multitud). Son sin duda, explosivos bien conocidos de efecto civilizador...

"Quien hace, en Checoeslovaquia, la oposición a estos designios, es un enemigo del Estado y, por consecuencia, según las concepciones democráticas, se le pone fuera de la ley."

"Si, en la mayoría deprimida de las nacionalidades de este Estado, alguno protesta, entonces se tiene el derecho de maltratarlo brutalmente y, si es necesario matarlo" (gritos de indignación en el público).

LOS SUDETES

Después, con mordacidades y sarcasmos, comentaba Hitler que si no se tratase más que de un asunto extranjero que no interesase a los alemanes, "éstos podrían, como en tantos otros casos, no ver en ellos más que una interesante ilustración del concepto democrático del derecho de los pueblos a disponer de sí mismos, y tomar nota".

"Pero, agregaba, entre la mayoría de las nacionalidades, oprimidas por el Estado checo, se encuentran tres millones y medio de alemanes, criaturas del Buen Dios como las demás, que no han sido formadas para que por una construcción política de Versalles, se las entregue a una potencia extranjera que las odia. Dios no creó seis millones de checos para vigilar a tres millones y medio de alemanes, tenerlos en tutela, y menos violentarlos y martirizarlos."

Siguió el Führer su terrible peroración, desarrollándola en estos términos: "La situación del Estado checo es intolerable, como todo el mundo sabe. Políticamente, siete millones y medio de hombres privados de sus derechos de libre disposición en nombre del derecho de libre disposición proclamado por un cierto señor Wilson. Económicamente, a estos hombres se les arruina sistemáticamente y se les condena a una lenta exterminación, se les quiere agotar, extirpar. Se les oprime de una manera intolerable e indigna. Tres millones y medio de miembros de un pueblo de ochenta millones no tienen derecho a cantar canciones que no agradan a los checos. Se les golpea hasta herirlos porque llevan puestas medias blancas, que no placen a los checos. Se les atemoriza o maltrata porque saludan de una manera desagradable para los checos. Se les caza como a conejos, cada vez que se entregan a una manifestación de su vida nacional." (El auditorio lanza prolongados gritos de repulsión).

Comenta luego que esto deja indiferentes a gran número de representantes de las democracias "sin duda porque — muchos de ellos lo ven con simpatía — se trata solamente de tres millones y medio de alemanes".

En tren de reto exclama: "Diré solamente a los representantes de esas democracias que eso no nos es indi-

ferente y que, si esas criaturas martirizadas nos piden que vayamos en su auxilio y para ayudarles a asegurar sus derechos, así será hecho. Es necesario que esa situación de parias de esos hombres tenga fin."

"Lo dije en mi discurso del 22 de febrero: la construcción levantada en Versalles por los hombres de Estado que han creado el Estado anormal checoeslovaco, es una pobre construcción. Le dieron el mandato de violentar y maltratar millones de hombres de otras nacionalidades. Fué esto posible mientras las naciones hermanas tenían ellas mismas que sufrir este trato, pero creer que un tal régimen ha de continuar siendo aplicado eternamente y sin límites, es abandonarse a una ceguera apenas concebible. Si esas criaturas no pueden alcanzar sus derechos, seremos nosotros quienes se los demos."

Por si el propósito no estaba claro y la declaración no era suficiente, añadió: "En mi discurso del 23, declaré ante el Reichstag que el Reich no admitiría más que se pudiese oprimir a tres millones y medio de alemanes, y yo ruego a los hombres de Estado que se convenzan de que esto no es una simple farsa." (Gritos clamorosos e ininterrumpidos de "¡Sieg Hitler!").

Después de colmar de acusaciones a Benes, de quien los sudetes no podían recibir sus derechos como un regalo, Hitler, solemne y retador, lanzó este desafío a las democracias: "Nos producirá dolor que nuestras relaciones con otros Estados europeos pudieran sufrir sacudidas o daños, pero nosotros no somos los culpables."

CHAMBERLAIN EN ACCION

Londres, y con él todos los pueblos del mundo, el 14 de septiembre de 1938, tuvieron oficial noticia de que Chamberlain, por medio de su embajador en Berlín, acababa de enviarle al Führer el mensaje siguiente: "A causa de la situación cada día más crítica, me propongo ir inmediatamente cerca de Vd. a fin de ensayar el modo

de que encontremos una solución pacífica. Me dispongo a viajar en avión y saldré mañana. Os ruego me indiquéis lo más pronto posible dónde podríais verme y proponer el lugar del encuentro. Quedaría reconocido de recibir una rápida respuesta."

El gesto de Chamberlain fué unánimemente aprobado, al punto que Alexis Leger a la sazón secretario general de Negocios Extranjeros, decía con asentimiento de todos sus colaboradores diplomáticos del Quai d'Orsay: "¡Chamberlain! ¡Un grand honnete homme!".

Daladier, por su parte, en la presidencia del Consejo de Ministros, declaraba el día 15 ante los representantes de la prensa: "Ayer al mediodía, en vista del desarrollo rápido de los acontecimientos de Checoeslovaquia, que hacían muy difíciles las negociaciones locales, tomé la iniciativa de establecer un contacto directo con el primer ministro inglés, a fin de concretar con él la posibilidad de adoptar un procedimiento excepcional, que consienta examinar con Alemania, los medios más eficaces de asegurar una solución amistosa en la diferencia que separa a los alemanes sudetes y al gobierno de Praga, y, por consecuencia, mantener la paz en Europa.

"Estoy particularmente satisfecho del acuerdo de pareceres de los dos gobiernos amigos."

Los amigos y allegados de Bonnet, cumpliendo mandatos oficiosos, cuidaron de informar al mundo entero de que el presidente del gobierno francés y su ministro de Relaciones Exteriores habían estado enterados del contenido y alcance del mensaje que Chamberlain, por medio de su embajador, había hecho llegar a manos de Hitler.

El Führer, apenas conoció los propósitos de Chamberlain, se apresuró a contestarle: "Estoy dispuesto a verme con Vd. mañana, 15 de septiembre".

En general, la prensa de modo particular la inglesa de tendencias conservadoras, elogiaba y aplaudía que Neville Chamberlain, evadiéndose de la rutina de las con-

versaciones protocolarias, notas y mensajes tradicionales, se hubiese decidido a ir en persona a enfrentarse con el Führer y tratar con él directamente.

A BERCHTESGADEN

Por primera vez Chamberlain, a los 69 años de edad, el 15 de septiembre de 1938, toma un avión en el aerodromo de Hestón, a las ocho y quince de la mañana, llegando a Munich a las doce y treinta, donde estaba formado un tren especial que lo esperaba para conducirlo a Berchtesgaden, donde lo recibiría el Führer en su residencia de montaña.

Europa y el mundo entero vivieron aquellas horas, solemnes y decisivas, más decisivas y solemnes de lo que entonces se supusiese, por mucho que fuere la importancia que se le asignase a la iniciativa de Chamberlain.

Llegó Chamberlain a las cuatro de la tarde a Berchtesgaden. Allí se reunieron en amistosa tertulia para tomar el té, Chamberlain y el Führer, acompañados de un gran séquito. Luego, a solas, sin más testigo que el intérprete Schmidt, mantuvieron una conversación que se prolongó más de tres horas. Apenas terminada, Chamberlain pidió comunicación telefónica con Londres. Anunciaba su salida al siguiente día en las primeras horas de la mañana.

En efecto, a las nueve y treinta y cinco del 16 de septiembre, el jefe del gabinete inglés abandonaba la residencia, llegando a Munich a las doce, saltando del tren al avión, que lo puso en Londres a las diecisiete y treinta.

En Londres, especialmente en la City, no se escuchaban más que elogios para "the good old Chamberlain".

¿Qué había pasado en la histórica primera entrevista de Chamberlain a Hitler? Nadie lo sabía. Eran todos cálculos, conjeturas, supuestos, hipótesis. Creció la ansiedad que provocaba el misterio, porque Chamberlain había hecho por radio la declaración de que volvería a ver al

Führer la próxima semana. Desde Berlín llegó el dato, ya más concreto, de que la nueva entrevista se llevaría a cabo en Godesberg.

LOS CAMINOS PARA LLEGAR A MUNICH

Apenas Chamberlain dió cuenta al gobierno de su labor en Berchtesgaden, todos vieron que el asunto de sudetes tomaba amplias, inusitadas y tenebrosas dimensiones. No se trataba de un problema de política interna de Checoeslovaquia, de una concesión o negativa de autonomía a los sudetes. El Führer exigía que le fueran cedidos los distritos habitados por elementos germánicos y la absorción de ellos por Alemania. Si no se le daban plenas satisfacciones, "él arreglaría por sí mismo los problemas". Era la amenaza de invasión de Checoeslovaquia por el ejército del Reich, y como consecuencia, la guerra europea, si las potencias acudían en socorro de Praga.

INVITACION

El sábado 17 de septiembre Daladier y Bonnet recibían una invitación del gobierno inglés para ir inmediatamente a Londres. El 18 por la mañana los dos gobernantes franceses tomaban el avión, en el aerodromo de Le Bourget, aterrizando en el de Croydon a las 9.50. Inmediatamente se dirigieron al Foreign Office, donde se iniciaron en el acto las conversaciones. Comenzaron a las 11 y duró la primera hasta las 13, la segunda desde las 15 a las 19 y la última se prolongó desde las 22.30 hasta las 24. A primera hora del 19 Daladier y Bonnet estaban de regreso en París.

Antes de salir los ministros franceses se dió, en Londres, el siguiente comunicado oficial: "Después de una discusión completa de la situación internacional, los re-

presentantes de los gobiernos francés e inglés han llegado a un pleno acuerdo sobre la política a seguir con el fin de facilitar la solución pacífica de la cuestión checoeslovaca. Los dos gobiernos esperan que les será posible considerar en seguida una reglamentación más general de la paz europea."

¿Cuál fué la información que utilizó Chamberlain para provocar este acuerdo? Pese a todas las cautelas diplomáticas y al afán de mantener dentro de la mayor y más impenetrable oscuridad lo sucedido en la histórica reunión del Foreign Office el día 18 de septiembre de 1938, estamos seguros de poder hacer un relato fiel de los misteriosos diálogos entonces habidos: "El Führer — dijo Chamberlain — no aspira a conseguir la autonomía de los alemanes sudetes: formula la exigencia de incorporarlos al Reich." El informe Runciman propone como solución única esta incorporación, visto el odio de los sudetes a los checos y el estúpido trato de los sudetes a los checos. El gobierno inglés, después de amplias deliberaciones, está decidido a sostener la propuesta de Runciman. Para nadie, medianamente enterado, puede ofrecer duda que la memoria dictamen de lord Runciman fué la que decidió a Chamberlain y a su gobierno a entrar de lleno por el camino de la política de "apaciguamiento". La buena fe, probidad y alta autoridad de lord Runciman constituían para Chamberlain, Halifax, Hoare y Simon supremas garantías.

¿Qué medidas propugnaba Runciman? ¿Cómo y por qué las proponía? ¿En qué forma las concretó?

EL INFORME RUNCIMAN

En el "Times" del día 29 de septiembre de 1938 apareció publicado el famoso "rapport" redactado por lord Runciman, del cual reproducimos lo más esencial, no haciéndolo íntegramente por la gran extensión del trabajo:

"Siento mucha simpatía, declaraba el lord informante, por el caso de los sudetes. Cosa muy penosa es estar gobernado por una raza extranjera y yo vivo con la impresión de que el régimen checoeslovaco, en la región de los sudetes, durante estos 25 últimos años, aunque no haya sido de presión activa y menos "terrorista", se caracterizó por una falta de tacto, una incomprensión, una intolerancia y una discriminación mezquina."

Señala después Runciman otros aspectos: el mantenimiento de funcionarios civiles y de policía checos, que no hablan alemán, para distritos habitados puramente por alemanes; el afán de llevar colonos checos a tierras transferidas por la reforma agraria en medio de población alemana; favorecer firmas checas, a expensas de las firmas alemanas, en la concesión de contratos del Estado.

Todo esto, siempre habla Runciman, ha llevado la desesperanza al ánimo de los sudetes. Y sólo la aparición de la Alemania nazi, les devolvió la ilusión. De aquí su deseo creciente de entrar a formar parte del Reich.

"Ha llegado a ser para mí — dice Runciman — plenamente evidente que los distritos fronterizos entre Checoeslovaquia y Alemania, donde la población sudete constituye una importante mayoría, deben recibir inmediatamente el derecho de disponer plenamente de sí mismos y sin aplazamiento. Hay un peligro real y hasta un peligro de guerra civil en la continuación de un estado de incertidumbre."

Esto demanda, según el lord dictaminante, "una política de acción inmediata y enérgica". Toda idea de plebiscito, innecesaria en las zonas de mayoría alemana, donde se desea una amalgama con el Reich, sería una dilación que no haría más que "excitar los sentimientos populares, puede ser que con consecuencias muy dañosas".

Por esto sostiene "que estos distritos fronterizos deben ser inmediatamente transferidos por Checoeslovaquia a Alemania, sin que esto resuelva de un modo definitivo el problema de hacer vivir en común a los checos

y a los alemanes. Examina esta situación y aborda el problema político de la integridad y seguridad de Checoeslovaquia, cuya situación compara a la de Suiza, pidiendo que sea neutralizada, "no solamente por su existencia futura, sino por la paz de Europa".

Las conclusiones que establece, son éstas: 1ª Que el gobierno checoeslovaco adopte medidas legales para poner fin a las agitaciones hostiles contra sus vecinos. 2ª Que el gobierno checoeslovaco reforme sus relaciones exteriores de tal modo que dé a sus vecinos la seguridad de que no los atacará en ninguna circunstancia, y no participará, por razón de sus obligaciones con otros Estados, en ninguna agresión. 3ª Que las principales potencias, en interés de la paz de Europa, den a Checoeslovaquia garantías de existencia para el caso de una agresión no provocada, y 4ª Que se negocie, sobre una base preferencial, un tratado de comercio entre Alemania y Checoeslovaquia.

RUMBO A GODESBERG

El lunes 19 de septiembre de 1938, los gobiernos de Londres y París, por medio de sus respectivos representantes diplomáticos en Praga, hicieron llegar a manos de Benes estas tremendas sugestiones: a) Cesión al Reich de los territorios sudetes con mayoría alemana; b) Plebiscito en las zonas que parezcan tener mayoría de habitantes alemanes; c) Cambios de población para evitar persecuciones y hacer más homogéneos los nuevos territorios; d) Garantía de las nuevas fronteras checoeslovacas por las grandes potencias, incluída Inglaterra entre éstas.

Las "sugestiones" eran más que una conminación una exigencia. Significaban humillar a Checoeslovaquia, cuya soberanía quedaba mediatizada, dar un pleno triunfo a Hitler y destruían uno de los pilares del Tratado de Versalles, modificando esencialmente, en beneficio de Alemania y en definitiva contra Rusia, la organización política de Europa Central.

Bajo la presidencia de Benes, en el castillo de Praga, la noche del 19 de septiembre, se reunía el gobierno checoeslovaco. La sesión comenzó a las 18 del lunes y duró hasta la 1 del día 20. Se prolonga al martes, que vuelven a reunirse presidente y ministros a las 11 de la mañana, deliberando todo el día y durante la noche, hasta las primeras horas del día 20.

El gobierno de Praga acepta las "sugestiones anglo-francesas" y así lo comunica a los plenipotenciarios de estos países Camilio Krofta, ministro de Negocios Extranjeros de Checoeslovaquia.

No transcurren muchas horas y ya está en viaje Chamberlain. Al mediodía del 22 llega en avión a Colonia y de allí emprende el camino de Godesberg, pequeña ciudad próxima a Bona, entre Coblenza y Colonia. En estricta verdad, no fué en Godesberg donde Chamberlain se instaló para ponerse al habla con Hitler. Su estancia la fijó en Petersberg, pequeño y bellísimo lugar, sito frente a Godesberg, y al otro lado del Rin.

La primera entrevista de Chamberlain con el Führer, que fué privada y personal, se prolongó dos horas, desde las 16 a las 18. Momentáneamente se interrumpe el diálogo, que se reanudó a las 19,15. Ahora, en la conferencia participan los colaboradores de ambos jefes. Suponíase que iba a quedar definitivamente liquidado el asunto de los sudetes y que se entraba en el examen de los grandes problemas internacionales, para lo cual se hizo el anuncio de que los diálogos se proseguirían a las 11 del día siguiente.

Con enorme sorpresa de todos se hizo saber que la entrevista estaba suspendida. Chamberlain permaneció en Petersberg. El asombro producido es indescriptible. En el mundo entero crecieron las ansias y los temores.

Pronto se averiguó que Chamberlain en la tarde anterior había escrito a Hitler y que éste, dispuesto a dar en igual forma contestación al "premier" inglés, estimó que debía suspenderse la conferencia. En efecto; a

las 15,35 la respuesta del Führer llegaba a manos del jefe del gobierno británico y éste, en el acto, dispuso que Neville Henderson y Horacio Wilson fuesen a ver a von Ribbentrop que estaba en el hotel Dresden, en Godesberg.

ANSIEDAD UNIVERSAL

Se difundieron entonces en Berlín, en París, en Londres, en Praga, y de allí corrieron por el mundo entero, las más alarmantes noticias, siniestros rumores e infundios terribles. Que Benes acababa de ser notificado del fracaso de las negociaciones. Que las fuerzas del Reich se disponían a invadir al siguiente día Bohemia. Que Daladier, acababa de hacer una declaración sensacional. Que Benes tenía decretada la movilización general. Que Moscú apoyaba y se disponía a secundar las iniciativas de Praga.

Súpose después que Chamberlain a las 22 se dirigió de nuevo a Godesberg y conferenciaba por espacio de tres horas con Hitler, retirándose en las primeras horas del día 24. La intensa emoción universal se transformó en universal afán de saber lo acontecido. Nunca se pudo aclarar por completo. La explicación aceptada fué la de que todo naciera de un mal entendido. En Godesberg quedó concertada la cesión de las zonas sudetes al Reich, aceptada según se dijo, por el gobierno de Praga. Hitler, al escuchar a Chamberlain exclamó: "Está bien; voy a ocupar mañana esas tierras".

Un asombro pavoroso se adueñó del espíritu del jefe del gobierno británico. Esta invasión fulminante, sin preparativos ni explicaciones, sería desencadenar una tempestad internacional. Chamberlain reprocha a Hitler "no hacer esfuerzo alguno para asegurar la paz". El Führer replica: "Concedí a Checoeslovaquia unas fronteras muy diferentes de las que obtendría después del conflicto militar".

No hay modo de llegar a un entendimiento y Chamberlain entonces buscando nuevos caminos, amplía los temas del diálogo. Quiere saber con perfecta claridad lo que Alemania desea de Francia y de Inglaterra. Al menos tal se deduce — no se ha publicado hasta hoy nada que sirva de prueba concluyente, — de las declaraciones que Chamberlain hizo ante la Cámara de los Comunes el 28 de septiembre de 1938: "En primer lugar, el canciller me repitió solemnemente lo que me había dicho en Berchtesgaden, a saber, que ésta era la última de sus ambiciones territoriales en Europa y que él no deseaba incluir en el Reich pueblos de otras razas que no fuesen alemanas."

"En segundo lugar, me dijo, siempre con la misma seriedad, que quería vivir en términos amistosos con Inglaterra y que si esta cuestión sudete podía ser liquidada pacíficamente, que reanudaría con verdadero gozo las conversaciones. Es verdad que añadió que existía un asunto desdichado, el de las colonias."

Después, refiriéndose a la movilización del ejército checoeslovaco, que había sido anunciada en medio de nuestra conversación añadió: "No habrá movilización por lo de las colonias".

LO QUE FUE EL ACTO

Es fácil advertir, a poco que sobre ello se piense, que en Godesberg nada se resolvió. Cuando más allí se definieron, más que actitudes claras y concluyentes, estados de espíritu, expresiones de voluntad, simples propósitos. En fin de cuentas, analizando cuidadosamente los hechos, el conflicto nacido de la incorporación de las tierras sudetes al Reich, en apariencia al menos se agudizaba de hora en hora, porque Hitler, de grado o por fuerza estaba dispuesto a que fuesen absorvidas por el Reich.

Decimos "en apariencia al menos", porque Chamberlain no entonces, sino antes de ir a Berchtesgaden, era un entregado. No discutía el fondo ni la justicia del propósito de Hitler — incorporar esos territorios al de Alemania — ni siquiera la forma de hacerlo. Todo lo reducía

a evitar los efectos depresivos, por lo bochornoso del caso, que iba a causar el consentir de lleno y por entero las imposiciones del Führer.

Todo lo cual autoriza a decir que en Godesberg se abrió amplio y fácil el camino para las grandes claudicaciones que tienen su culminación en Munich.

Los actos diplomáticos y políticos que precedieron al cataclismo internacional iniciado en Munich son poco conocidos. Al producirse apenas si fueron criticados. Lo que entonces dijo la prensa inglesa, como la francesa, en general sintonizada en aquellas horas con la alemana e italiana, fué laudatorio para los facedores del desaguisado. Después... silencio, silencio y silencio.

La Historia un día ha de hablar condenando sin atenuaciones aquel vergonzoso sometimiento al capricho o a las amenazas de los totalitarios.

GEORGES BONNET, EL HOMBRE DE MUNICH

Según una información recibida en Zurich, M. Georges Bonnet, que fué ministro de Relaciones Exteriores de Francia cuando la conferencia de Munich, huyó de su tierra, refugiándose en un país extranjero que no se determina.

M. Bonnet era ministro de Relaciones en el gabinete de M. Daladier, gran partidario de la política de apaciguamiento, que con él culminó en el Quai d'Orsay en septiembre de 1938.

Eran horas de universal inquietud. "El peregrino de la paz", Mr. Chamberlain fatigado de tanto esfuerzo por apaciguar los apetitos internacionales de Hitler y Mussolini, aunque no quería confesarlo, estaba desilusionado y casi vencido.

El pueblo inglés comenzaba a manifestarse grave y preocupado con esas muestras de serenidad fanática con que hace frente a las situaciones más difíciles y más graves. ¿Qué era lo que ocurría?

La "Home Fleet", reunida en Invergordon para las maniobras de otoño, se había hecho a la mar el 24 de septiembre — era el año de 1938 — con rumbo desconocido. La incertidumbre sólo podía compararse con la inquietud que en aquellos momentos reinaba en el mundo. ¿Navega-

ba la gran escuadra hacia el sudoeste, hacia el Mediterráneo, para fondear en Gibraltar, Malta, Creta y Suez? ¿Iba para el Báltico? ¿Se situaría en aguas del Heligoland? ¿Trataría de bloquear las salidas del Skajer-Rack?

Hacíanse mil conjeturas: circulaban hipótesis contradictorias; se divulgaban las versiones más fantásticas. Y otras se aceptaban como posibles, sobre todo si traducían planes bélicos, resoluciones firmes de lucha armada.

LA "HOME FLEET"

Pasan los días 25 y 26 y continúa impenetrable el misterioso destino de la "Home Fleet". El silencio que rodeaba esta demostración desconocida de la armada inglesa, había llevado a los espíritus a niveles de altísima tensión.

Para acentuar más el tétrico panorama internacional, la prensa londinense recargaba las tintas del pesimismo. ¿Cuál era la causa de esta colectiva e intensa preocupación? Sabíase que Mr. Chamberlain, en el círculo de sus relaciones más íntimas, había confesado que estaban interrumpidas las relaciones entre las grandes cancillerías.

En París, en Londres, en Berlín, en Roma, en Praga, en Varsovia y en Moscú, con acento de fatídico y coincidente tono, se hablaba de una inminente declaración de guerra. La causa esencial de este profundo sobresalto estaba en la actitud de Hitler. Había formulado exigencias respecto de Checoeslovaquia, dándolas por definitivas e irreformables. Mussolini secundaba fielmente los gestos del Führer.

Para los gobiernos de Londres y París no había otra salida posible que esta tremenda elección: transigir en todo o luchar con las armas. Se repetía, agravadísima, la situación provocada hacía tres años, al ocupar los ejércitos alemanes la zona desmilitarizada y, poco más de uno, al anexarse el Reich, a Austria.

Así pasa el día y así llega la noche del 27 de septiembre de 1938.

GEORGES BONNET EN ACCION

Sobre las diez horas de la noche, el ministro de Relaciones Exteriores de Francia acababa de llamar con urgencia a su despacho al embajador inglés en París. Son las diez y media y en el Quai d'Orsay entra presuroso el diplomático británico.

La nefasta noticia había llegado en una información de la agencia Reuter. En Berlín se decía, con visos de certeza, que Alemania movilizaría a las 14 del siguiente día. No se hizo esperar la reacción de la Wilhelmstrasse; Ribbentrop se apresuró a desmentir el comunicado.

Este fulminante desmentido acentuó aún más la alarma. Se interpretó como una burda maniobra de la Cancillería del Reich, para lograr un mayor efecto. En el "Foreign Office" se tenía muy presente que el Führer le había dicho a Henderson, embajador británico en Berlín, que tenía el firme propósito de anunciar el decreto de movilización. Cierto que no había fijado fecha para poner en práctica tal determinación. Pero notificado estaba y con toda solemnidad.

La conferencia de Bonnet con el embajador de Londres fué de larga duración. Mientras tanto las noticias del exterior convergían en dar por firme y decidido el propósito del Führer. En los primeros minutos del día 28 llegaba de Moscú una concluyente y rotunda aseveración, Alemania movilizaba y preparaba la invasión de Checoeslovaquia.

Mientras tanto en el Quai d'Orsay, donde se desplegaba una actividad febril, acababa de ponerse al descubierto, en el despacho de cifra, una comunicación "reservadísima" del embajador francés ante la Corte de Saint-James. Confirmaba este aviso oficial diplomático las informaciones de la Reuter.

En el despacho privado del ministro Bonnet, al que acompañaba el ex ministro Pietri, estaba también el jefe de gabinete Jules Henri, que atendía el teléfono. Llamaba con urgencia a Frossard. ¿Para qué? Pronto lo diremos. En aquel instante en el reloj de Notre-Dame sonaban solemnes las tres campanadas. Pronto apuntaría el alba del día 28.

UNA INICIATIVA DE ROOSEVELT

En aquella hora histórica, todas las estaciones radiales de los Estados Unidos transmitían al mundo, en inglés, español, francés e italiano, un mensaje del presidente al Führer. Decía así:

"La cuestión que hoy se plantea, señor canciller, no es la de saber si se han cometido errores o injusticias en el pasado. Lo que ahora está en juego es la suerte del mundo: del mundo de hoy y del mundo de mañana".

"Y el mundo nos pide a nosotros, que somos en este momento jefes de nación, llenar nuestro cometido supremo, que es conducir bien sus destinos, sin imponerles como precio la muerte o la mutilización de millones de personas."

"El recurso de la fuerza, después de la gran guerra, no ha logrado restaurar la paz. La victoria y la derrota han sido estériles: tanto la una como la otra. Esta lección debía haberla aprendido el mundo."

"Las negociaciones actuales no se han interrumpido. Se pueden proseguir si estáis conforme. Si la necesidad de completarlas llega a ser evidente, nada se opondría a ampliar su objeto en una conferencia de todas las naciones directamente interesadas en la controversia actual."

"Este encuentro puede tener lugar inmediatamente en una región cualquiera de Europa. Brindaría la coyuntura de resolver esta cuestión y las que le son conexas, con un espíritu de justicia, de equidad y, según toda probabilidad humana, de una manera más permanente."

"Si consentís en una solución pacífica de este género, cientos de millones de hombres, a través del mundo, de ello tengo la convicción, reconocerán que el gesto de vuestra parte sobrepasa los servicios rendidos en la historia de la humanidad entera".

EN LONDRES, EN BERLIN, EN ROMA Y EN PARIS

Las conversaciones entre Chamberlain, Halifax, Hoare y Simon eran permanentes y el Almirantazgo, en tanto, daba órdenes urgentes para movilizar la clase "B", mandando que *aquella misma mañana* se incorporase a sus servicios. Inglaterra se preparaba para ponerse en pie de guerra.

También en Berlín el despliegue de actividades tenía caracteres vertiginosos. A las 11,15 de la mañana del día 28, Hitler recibía a François Poncet, embajador de Francia. El diálogo, prolongado, se interrumpió para atender el Führer una llamada telefónica de Mussolini.

Sincronizado con este ardor diplomático, en Roma se trabajaba ardorosamente. Ciano dialogaba con lord Perth, embajador inglés allí, que acababa de pedir, por requerimientos de Chamberlain, que Mussolini mediase con sus insustituíbles buenos oficios para solucionar el tremendo conflicto.

En París, Bonnet, después de una rápida conferencia con Frossard — que la tarde anterior había insinuado al ministro la conveniencia de concertar una entrevista de los jefes de gobierno de Londres, de París, de Berlín y de Roma — daba a Daladier cuenta de sus proyectos. Convenidos, ambos se distribuyeron su labor. Daladier requirió la presencia del general Gamelin para darle el encargo que visitase inmediatamente a Osusky, a fin de que pidiese al Estado Mayor checo la evacuación de la zona alemana de los sudetes. (No se olvide que todo el conflicto lo había provocado la exigencia de Hitler de que

Checoeslovaquia renunciase a la zona en que predominaba la población teutona).

Bonnet se comunicaba telefónicamente con su embajador en Berlín y le ordenaba que inmediatamente se pusiese al habla con el Führer, haciéndole saber que se intentaba una solución única y definitiva, para alcanzar un arreglo satisfactorio en el conflicto checo.

Dependía todo de lo que Hitler resolviese, porque Bonnet, antes de telefonear el urgentísimo mandato a François Poncet, por medio de Corbin, su embajador en Londres, había conquistado de manera plena la colaboración de lord Halifax, entonces jefe del Foreign Office, que se comprometió a intentar que Mussolini se prestase a mediar en el conflicto.

La visita de François Poncet a la Wilhelmstrasse tenía por finalidad hacerle saber al Führer que "se le había trasmitido al Estado Mayor checo el consejo de evacuar la zona sudete", consiguiendo de Hitler que viese si sería posible evitar cualquier choque entre las fuerzas armadas de los dos países.

BONNET, EL CREADOR DE LA ENTREVISTA DE MUNICH

El ministro de Relaciones Exteriores de Francia fué aún más allá: Ofrecióle a Hitler "la ocupación gradual de las tierras de los sudetes por los ejércitos del Reich, según se había considerado en principio en Berchtesgaden".

Hitler, accedió en parte a lo que Bonnet le explicaba. Difirió por veinticuatro horas el "ultimatum" que había dirigido a Praga. Esperaba que se "diese plena satisfacción a las justas demandas del Reich".

Así lo hizo público Chamberlain en la Cámara de los Comunes, al propio tiempo que anunció: "Mañana, en Munich, nos reuniremos el Führer, Mussolini, Daladier y yo". No incurrió el premier inglés en el olvido, que

sería horrible ingratitud, de felicitar calurosamente a Mussolini por "su admirable iniciativa".

Pocas horas después, a las 17, en París, Daladier decía a Francia y al mundo por medio de la radio: "Salgo para Munich, donde mañana conferenciaré con el Führer, Mr. Chamberlain y el Duce".

En las horas primeras de la tarde llegaba al Palacio de Bourbon Mr. Bonnet. Sonriente, radiante, en pleno triunfo, cosechaba aplausos y abrazos. Un respetable ex presidente del Consejo, viendo llegar al minstro, se retiró a un lugar poco visible. Lo advirtió el ministro de Relaciones Exteriores y le dijo: "¿Por qué os vais, señor presidente?" El aludido, con voz firme y acento muy recio, contestó: "La locura se adueñó de todos. Estamos alimentando la fiera, sabiendo que su voracidad es insaciable. Cuando no podamos dar más, sintiéndose fuerte, nos tirará el zarpazo. Vivid muy prevenidos. Si Hitler amenaza con movilizar sobre Checoeslovaquia, póngase cien divisiones sobre los Pirineos, para apoyar, como es nuestro deber, desde el primer día, al gobierno legítimo de España. Veréis entrar entonces al Führer en reflexión. Pero temo que no se haga y que Francia pague un precio terrible por esta paz precaria".

Esta fué la obra de Bonnet, el organizador de la conferencia de Munich, según lo tenemos descripto en "El genio político de Inglaterra".

EL TOTALITARISMO EN ACCION

HACIA EL "NUEVO ORDEN". — LA TRAGEDIA DE AUSTRIA

La situación bélica de Hungría, en las horas que pergeñamos este trabajo, pese a los enormes y desesperados esfuerzos que allí hacen alemanes y magiares para contener el ímpetu dominador del ejército ruso, parece resolverse en una clara derrota de los soldados de Hitler. Se está, por tanto, en vísperas de la invasión de Austria. ¡Cuántos y qué dolorosos recuerdos suscita la evocación de aquel pueblo, otra de las grandes víctimas de la política suicida e imbécil del apaciguamiento!

TERRIBLES RECUERDOS

Una viejísima sentencia de los brahmanes dice que seguramente de todos los animales el más desmemoriado es el hombre. Con el tiempo los hombres del Lacio transformaron el dicho índico en este adagio: "De los seres de la creación el más ingrato es el hombre". Al cabo de los siglos nuestro gran don Francisco de Quevedo escribió un día que "mucho más ingrato y desmemoriado que el hombre son los hombres, es decir: el pueblo".

Acepten o rechacen mis lectores estos decires, refranes o sentencias, y convengan conmigo en que, sin duda por las muchas cosas que en el mundo pasan, por lo vertiginosamente que se producen y por la rapidez con que se conocen, al cabo de muy poco tiempo, aún las más graves y crueles, se olvidan por completo.

Y será bien que todos paremos mientes en la necesidad ineludible en que estamos de refrescar nuestros recuerdos, ordenarlos metódicamente, asegurarlos con toda firmeza, para evitar que los acontecimientos, cada día más próximos, nacidos con la paz, no nos sorprendan tan desprevenidos, que seamos, por candor o por error, víctimas propiciatorias de los que no perdonan ni olvidan.

Ganar la paz — lo hemos escrito cien veces, cuando sólo se hablaba de ganar la guerra — es mucho más complejo y difícil que obtener la victoria en el campo de batalla.

Las fuerzas totalitarias van a ser derrotadas y hasta vencidas. ¿No será una terrible ingenuidad admitir que por eso han de desaparecer? Nuevas formas, otras modalidades, organizaciones distintas, estructuras no conocidas, ordenamientos originales, servirán para preparar a millones de hombres y conducirlos de nuevo a la lucha, que será civil mientras no se crean los más fuertes para provocar de nuevo la guerra.

Como este proceso de vencimientos y renacimientos se ha venido produciendo — expresión del ímpetu vital de estos grandes afanes dominadores a través de la historia — tenemos una gran experiencia que estudiar, si en verdad buscamos enmienda definitiva para los hasta hoy fatales yerros de las democracias.

Como los ejércitos rusos van a entrar en Austria y allí se plantearán tantos problemas políticos de una inmediata organización de gobierno, precursores de las grandes cuestiones raciales, que fatalmente llegarán después, refresquemos un poco la memoria con sucesos que, pese a su patetismo, parecen estar en completo olvido.

TRAGICO FIN DE AUSTRIA

Un diplomático francés escribió: "Le drame d'Autriche c'est le drame de la paix de Versailles". Juicio este de una perfecta exactitud, ya se contemplen los sucesos en el campo diplomático o se los considere en la zona de la política internacional.

El día que Schuschnigg, llamado por Hitler a Berchtesgaden, oyó del Führer la temible advertencia de que Austria no tenía apoyo ninguno ni podía contar con que potencia alguna la sostuviese, el canciller austríaco creyó, y era razonable creerlo, que Hitler sólo trataba de intimidarlo.

Mas las cosas, eso que solemos llamar la terrible realidad, eran como el Führer había dicho. Austria se hundió porque en el momento más crítico de su existencia, cuando el ya dictador de Europa puso mano sobre ella, no contó con un solo apoyo, ni siquiera descubrió en parte alguna del mundo civilizado alguien que hiciese el piadoso gesto, ni aún simplemente verbal, de ir en socorro de ella.

El sistema de garantías políticas en Europa, estatuído después de Versalles, que se había instituído en fiador de la independencia austriaca descansaba en el predominio de Francia en todo el centro oriental del continente, mantenida por Inglaterra. De esta asociación franco-inglesa surgía todo el poder y el prestigio de la Sociedad de Naciones. Eran al cabo y al fin, las dos grandes potencias victoriosas y, mientras permaneciesen unidas y en sincera inteligencia, todas las demás, en Europa al menos, unas por temor, por conveniencia otras, no pocas por rutina, las respetaban y obedecían.

Mas, apenas Inglaterra y Francia aparecían en postura divergente o simplemente se sospechaba que podían discrepar en un problema cualquiera, surgía automáticamente el desorden y la intraquilidad internacional.

Inglaterra desde el siguiente día de firmarse el tratado de Versalles, comenzó a buscar el desequilibrio de las

fuerzas allí creado. Para hablar con justicia y verdad, hay que decir que esta política no fué la del pueblo inglés, ni siquiera la de sus partidos. La idearon e impusieron los hombres del Foreing Office, de acuerdo con los conservadores.

LOS HECHOS HABLAN

El tercer Reich, Hitler y sus colaboradores, no se atrevieron a pronunciar el ataque contra Austria en tanto no fué destartalada la "Petite Entente", dejando a Francia fuera de juego y en todo y por todo incapacitada para la acción a la Sociedad de Naciones.

Existía un gran equívoco diplomático, uno de los muchos "bluffs" desdichadísimos que entonces eran cotizados. Mussolini, en cien coyunturas y con toda solemnidad, había declarado su "protección" al pueblo austriaco. Creyéndose el Duce sobradamente fuerte, para asegurar con sus propias y exclusivas fuerzas la intangibilidad del país vecino, hizo de la independencia de Austria, piedra angular de la política exterior italiana.

De tal modo incrustó Mussolini en los oídos de las cancillerías esta monserga proteccionista, que un asunto eminentemente europeo, de gravedad y trascendencia sin igual, por dejación de los unos, cuquerías de los otros y egoísmo del mayor número, se transformó en un problema dependiente de las relaciones de Alemania e Italia.

Y un día aciago, funesto, el mundo oyó hablar de *traición italiana*, que en el fondo era simple debilidad, si no era impotencia.

Porque si Mussolini cedió en el asunto austriaco fué sencillamente porque no pudo hacer otra cosa. Una vez más el Duce era víctima de la debilidad de sus sistemas mal encubiertos por toda una política de fanfarronadas y bravuconerías. Después de haber empujado a Dollfuss para instaurar la dictadura — debilitándose interiormente para toda defensa exterior —, Mussolini llevó él y

sólo él la política internacional de Austria, cuidando siempre de mantenerla distanciada de sus vecinos de la "Petite Entente" y en radical divorcio con toda combinación danubiana.

UNA CONFESION CINICA

No se trata de supuestos o de calcular hechos sobre la base de observar e interpretar los acontecimientos diplomáticos de aquellos años, en torno del famoso "Anschluss". En la Cámara del Fascio en el acta de la sesión del 16 de marzo de 1938, donde se publica el discurso de Mussolini explicando a su Parlamento las razones históricas que abonaban la unión de Austria a Alemania, se puede leer: "En el curso de la entrevista de Venecia, en abril de 1937, hice comprender claramente al canciller Schuschnigg que la independencia de Austria era una cuestión que importaba, en primer término, a los austriacos, y que el Eje Roma-Berlín era el fundamento de la política exterior italiana".

Llegándose a saber después que el acuerdo austro-alemán del 11 de julio de 1936, donde se dictó sentencia de muerte contra la independencia de Austria, se hizo bajo la presión constante de Roma.

Cuando en los primeros días del mes de marzo de 1938, del 8 al 10, los hombres de París quisieron provocar una acción en favor de Austria, dándole instrucciones concretas a su encargado de negocios en Roma para que brindase a Mussolini todos los recursos de que Francia disponía para paralizar la acción absorbente del Führer, el "protector", el Duce, se negó a toda conversación, cortó en seco el diálogo, y Ciano hubo de repetir la frase de su suegro: "De eso, ni hablar".

¿Qué más quiso saber Londres? Inmediatamente hizo llegar a París la información clara y rotunda de que en esas condiciones Inglaterra se abstendría de toda intervención. Y Austria, abandonada de todos, sucumbió.

¡Aquel día las campanas doblaban a muerto... por la Sociedad de las Naciones!

Producido el Anschluss, el Gran Consejo Fascista declaró: "que en todo caso, por su parte, el gobierno italiano no estaba, por razones evidentes, decidido a intervenir de ninguna manera en la política austriaca y en el desarrollo de movimientos de carácter nacional, del cual fácilmente se podía prever un epílogo trágico".

Mussolini llegó a más. En el ya aludido discurso del 16 de marzo, no vaciló en hacer esta afirmación: "Lo que sucedió, tenía fatalmente que suceder, a pesar de todos los tratados". ¿Por qué? "¡Porque era el epílogo del drama austriaco comenzado en 1848!"

PELIGRO DE MUERTE

Ahora no van a estar en la escena los dictadores, ni el cinismo será el numen que inspire los actos y palabras de los hombres que tienen sobre sí la espantosa responsabilidad de llegar a una paz justa y segura.

Hay indicios de que la confusión y la oscuridad empieza a infiltrarse donde todo debe ser sencillez y claridad. No es pecar de pesimista confesar la convicción de que en torno de estos magnos problemas no se quiere hacer luz. Sin ella peligran tantas y tantas cosas que... puede peligrar la paz.

LOS FRUTOS DEL ANSCHLUSS

El triunfo rotundo y total de la política del Führer en Austria provocó inmediatamente, fenómeno bien explicable, una gran agitación de las minorías alemanas en todos los países. Así en Bélgica, en Eupen, se organizaron violentas manifestaciones pro nazis que obligaron a intervenir enérgicamente a los gendarmes. En Rumania y en Yugoeslavia, que se había apresurado a separarse de la "Petite Entente", desertando con toda precipitación del

"bloque de la paz", creyendo tal vez que, si complacían a los agresores, ellas quedarían libres de los manejos del pangermanismo, inmediatamente fueron víctimas de la agitación irredentista alemana y pudieron advertir que la vecindad teutona era para ellos la amenaza constante de peligros inevitables.

Pero la repercusión más intensa y directa de los sucesos producidos en Austria se verificó en Checoeslovaquia. De pronto todos los partidos alemanes que estaban participando por medio de sus representaciones en el gobierno, se apresuraron a entrar en los rangos de las organizaciones fascistas de Henlein.

EL "NUEVO EQUILIBRIO"

La capitulación de Mussolini en los negocios austriacos que llevaba consigo el renunciamiento a todas las aspiraciones de Italia de mantenerse como potencia de influencia decisiva en la Europa central, exigía una compensación por parte de Alemania, que al anexionarse todo el territorio de Austria, se erigía en la más formidable potencia militar, geográfica y política de toda Europa.

Pronto se advirtió que el matrimonio "morganático" entre Roma y Berlín traía consigo, como consecuencias ineludibles y calculadas, la rectificación esencial y a fondo del mapa de Versalles. Ahora se trataba nada menos, sin ceder un ápice en propósitos y en resoluciones, de repartir Europa entre las dos potencias del Eje.

Cuando algunos escritores notables, franceses y belgas principalmente, aseguraron que la aplicación de las sanciones a Italia, por la agresión a Etiopía, había echado en brazos del Führer al gobierno de Roma, no acertaban a comprender el fondo tremendo de ingenuidad, mayor aún que el de error, con ser ésta tan grande, que había en sus aseveraciones. Mussolini, que había ofrecido su eterno reconocimiento a los franceses, si se oponían a las sanciones, no trataba más que de engañarlos.

Lo que separaba a la Italia fascista de Francia no eran los malentendidos o las equivocaciones, las diferencias de criterio, o los prejuicios en este o el otro negocio diplomático. No. El programa imperialista mussoliniano situaba a Roma necesaria e irreductiblemente contra París. La reconquista "de la vieja primacía", de "los prestigios históricos", equivalía a decretar la sumisión de Francia a Italia.

La resurrección del imperio romano, tal como lo soñaba Mussolini, no podía constituirse sino a expensas de Francia. Por eso se pudo entonces escribir: "Se trata de la revisión de un proceso histórico milenario. Para el Duce nada ha ocurrido en el mundo desde que César invadió y dominó las Galias". Que en definitiva explica toda la verdad que había en la tesis de los franceses que, con Maurice Sarraut al frente, escribían: "Hitler peut encore dire que rien ne le separe pus de la France; que les frontieres entre celli-ci et l'Allemagne son *a jamais* fixées; Mussolini, lui, ne peut pas tenir ce langage".

OTRA EUROPA Y OTRO MUNDO

Todo el que estudiase con atención el drama austriaco, su evolución y su desenlace, llegaba a sacar esta moraleja histórico-política: "La Gran Alemania", de Hitler y "El nuevo imperio romano", de Mussolini, están en marcha.

Ahora ya no se trataba de bolchevismo ni de Comitern, antes tonadilla o estribillo único de las fuerzas del Eje y de sus colaboradores. Están ya tan seguros de su poder y de su triunfo los hombres del totalitarismo, que no vacilan en arrojar la famosa careta de la lucha "ideológica". No. Además en Viena, un régimen fascista derriba y sustituye a otro régimen fascista. Si se quiere ser más fiel en la expresión, un régimen nazista destruye y reemplaza a su régimen fascista. Ambos igualmente totalitarios.

Como ahora, los señores de Berlín, en el caso de Austria, no pueden hablar de la defensa del espíritu de Europa y de los esenciales intereses de la civilización invocan cínicamente la "Gran Alemania".

A partir de este momento, las cosas cambian de apariencia, se abandona el lenguaje figurado y las formas disimuladas del embuste, para dejar que se digan las palabras brutales de la violencia desenfrenada.

Además, está claramente visto y sobre ello no es ya dable volver, que los pangermanistas han ganado en una batalla incruenta la gran línea del Danubio. Todo el sudeste de Europa va a entrar de lleno en la esfera de acción de la Wilhelmstrasse.

LA OTRA GRAN BATALLA

Una nueva lucha se plantea con toda claridad entre las potencias occidentales y Alemania, ya transformada en la fuerza militar de mayor peso en Europa y en el mundo. Ahora el campo de acción es Praga.

Lan gentes discretas y perspicaces, que ven con toda claridad la trayectoria que sigue en su desenvolvimiento impetuoso y desbordante el pangermanismo, se preguntan: ¿Los hombres de Versalles, los políticos de Ginebra, sabrán y querrán defender la segunda línea? Porque la suerte de Checoeslovaquia señalará la que les espera a todas las demás de la Europa occidental; porque no es Polonia, ni Holanda ni Bélgica, las que ahora peligran. La amenaza es directa a Francia; y en definitiva a Inglaterra, la verdadera y más temida enemiga de Alemania.

¿Por qué razón? Es clarísima. Inglaterra tiene la más grande organización imperial registrada en la historia. Sus intereses políticos están de tal modo extendidos por todos los continentes, que cualquier intento de variación de la estructura del mundo va a herir intereses bri-

tánicos. ¡Y Alemania aspira sencillamente al dominio universal!

Empiezan los espíritus más avisados a recordar que el pangermanismo en 1912, y en 1913, con una sinceridad que provocó asombro, cuando habló del ferrocarril de Hamburgo a Bagdad, del dominio del Asia Menor, de sus intereses en Oceanía, de que Africa era un continente llamado a ser colonizado por el genio germano, no ocultó que su enemigo estaba en Londres. En aquella etapa al menos; porque la posterior llevaría el conflicto al Pacífico y entonces sería la hora de la prueba decisiva, al medirse Alemania y Norte América.

LA GRAN CUESTION

Tratábase por tanto de saber si las grandes potencias occidentales estaban resueltas a proceder de tal manera que no se repitiese con Checoeslovaquia el caso de Austria.

La actitud de Francia, la historia le hará justicia, fué inequívoca y rotunda. En el gran debate que sobre política exterior se produjo en el Parlamento francés a raíz de los sucesos de Austria y después de la entrevista en Berchtesgaden, el jefe del gobierno francés y su ministro de Relaciones Exteriores — Chautemps y Delbós — se apresuraron a declarar que "les engagenments de la France vis a vis de la Tchecoslovaquie seraient, strictement remplis."

Esta decisión fué comunicada oficialmente al gobierno inglés por el embajador del gobierno de Francia en Londres, en nombre del gabinete de León Blum, que acababa de suceder a Chautemps en la jefatura del nuevo gobierno. Vale decir que en este vitalísimo problema de la política exterior francesa, no había más que un criterio definido y una sola resolución adoptada.

¿Cómo cumplía sus deberes el gobierno inglés? ¿Qué valor le daba a la actitud de Francia? ¿Cuál fué su conducta en este instante crítico? Aquí se abre uno de los capítulos más tristes y terribles de la política europea.

LA TEMIBLE LECCION DE CHECOESLOVAQUIA

Vistos ahora, con una incipiente perspectiva histórica, los actos de Munich, nos ofrecen una verdadera lección que los pueblos deberían aprovechar en la hora de la paz. Se preparó e inició la guerra universal en España. En Austria se consumó con toda solemnidad, como el primer tanteo decisivo de la política brutal de "asimilación" del Reich, el sacrificio de la libertad de un pueblo. Un año después, día por día, Checoeslovaquia quedaba borrada del mapa de Europa.

El procedimiento seguido para la "asimilación" fué tan semejante que pronto pudo advertirse que obedecía a un sistema. Hacha en 1939, como Schuschnigg, en 1938, fué llamado por el Führer para conocer la voluntad del dictador. Era la sentencia de muerte del país checo, notificada clara y brutalmente. Después... la invasión militar es consumada.

PROFETA

Fué entonces el momento en el cual Pertinax, con retina de profeta, leyó diáfanamente el futuro: "Le décor de Munich a été renversé. El les fautes de M. Bonnet eclatent plus bruyamment que naguére. Ce ministre chargé des responsabilités les plus terribles qui aient jamais pesé sur un homme public, qui, par ses erreurs, a peut-étre joué a la guerre une genération de français (nous voulons croire, de tout coeur, que la catastrofe será evitée, mais la risque n'en est moins terrible), ne peut, pour se disculper, que prendre refuge dans le mensonge".

EN ESLOVAQUIA

La gran masa pacífica de aquel país laborioso permanecía tranquila. Pero Goebbels y sus agentes difundían, con voz espantosa, que "allí estaba un pueblo en marcha", que había estallado "un movimiento popular irresistible". Y todo ello era tumultuosa algarabía de una minoría de intelectuales que, desde Bratislava, iban a poner en dañoso riesgo los destinos de su patria.

Bratislava, la ciudad más internacional de aquel pueblo, nos la presentaban los germanistas como una ciudad netamente alemana. Los alemanes sumaban el 40 %, los húngaros el 25 % y los eslovacos estaban en notoria minoría. Pero los alemanes, formando un solo partido, con disciplina de acero, aterrorizaban la ciudad y se imponían políticamente. Sobre los tejados de todas las casas se desplegaban al viento grandes gallardetes y banderas con la cruz gamada, en las tiendas y almacenes rótulos antijudíos, en las avenidas y calles los uniformes grises y los cascos lucientes de las fuerzas de asalto de Hitler "garantizaban el orden y la libertad de las manifestaciones eslovacas" ¡que vociferaban pidiendo la independencia!

Esa pequeña minoría de intelectuales, los unos inconscientes y los otros malvados, viéndose fortalecidos y con las espaldas guardadas por tropas extranjeras, no vacilaban en sus demandas separatistas, que los alemanes alentaban por todos los medios y en cuantas ocasiones podían hacerlo. Era la gran tarea de von Ribbentrop.

AUTONOMIA Y SEPARATISMO

La gran corriente autonomista eslovaca — "ruidos y gritos de unos cuantos intelectuales suicidas" —, que había de ser impelida a la independencia, se componía de elementos del partido pro magiar, del pro polaco y del pro alemán.

Los primeros eran principalmente los representantes de la vieja generación educada en las escuelas húngaras que predominaban entre las demás; estaban poseídos de un fuerte snobismo y proclamaban que la cultura eslava era muy inferior a la húngara.

La tendencia polonófila tenía diversas raíces. Una estaba en América, los eslovacos emigrados con fuerza y poder en los Estados Unidos. Otra, entre los jóvenes diputados de Hlinka, se nutría de las promesas que se les hacían desde Varsovia, donde el coronel Beck, desde la Cancillería, llevaba un juego tan peligroso que había de provocar la gran catástrofe.

Los partidarios de Alemania, los adoradores del Reich, idólatras de Hitler, eran entre los eslovacos, principalmente, los representantes de la iglesia católica. Los creyentes de Roma, brutal e implacablemente perseguidos en Alemania se informaban con asombro y temor de los entusiasmos desbordados de los sacerdotes eslovacos, por el Führer. Entusiasmo tan frenético que los obispos se vieron obligados a autorizar a los religiosos a llevar uniformes y a ingresar en las formaciones para-militares.

LA FIGURA DE HLINKA

El hombre representativo, a la vez la más prestigiosa personalidad del autonomismo eslovaco, era el fallecido abad Hlinka. Su historia de gran luchador le había conquistado una calurosa popularidad en toda Eslovaquia. Sincero defensor de la autonomía de su región, y de su pueblo, durante el régimen magiar había sufrido pena de encarcelamiento. Jamás vaciló en sus ideas y siempre mantuvo una línea clara y continua: "Autonomía, manteniendo la unión con los checos".

Constantemente guiado por el afán de que los eslovacos pudieran regirse conforme a sus instituciones, costumbres y hábitos. Mgr. Hlinka se debatió gallardamente con los gobernantes de Praga. Pero nunca, en coyuntura

alguna ni en instantes de máxima pasión, salió de sus labios ni siquiera rozó su voluntad un propósito separatista.

Mantuvo siempre relaciones normales con Benes y Hodza, procurando obtener, mediante negociaciones directas con ellos, la satisfacción de los afanes y anhelos autonomistas, sin que por ningún concepto insinuase, ni como amenaza, propósitos secesionistas.

Para llevar a cabo las negociaciones con Hodza — que era también eslovaco —, se valió Hlinka de Mgr. Tiso, figura que apareció en la escena, casi taumatúrgicamente, ocupando el Ministerio de Higiene en el gobierno central de Praga.

EL CASO DE TISO

Muerto Hlinka, se transforma en protagonista de la tragedia política que se estaba incubando, Mgr. Tiso. Parecía ser un espíritu cauto y hábil, sin convicciones profundas ni sentimientos apasionados, poco apto para la acción, pero con dotes indiscutibles para negociar. De secretario del arzobispado de Nyitra, se vió llevado al ministerio central de Praga, según antes indicamos.

Todos cifraban en Tiso grandes esperanzas, porque parecía el hombre hecho de encargo para tramitar por vía amistosa y medios diplomáticos las diferencias entre los checos y los eslovacos existentes. Camino de ello iba, cuando la intransigencia del partido "populista" le obligó a dimitir la cartera que desempeñaba.

Entonces se inicia una nueva e inesperada fase en la vida de Tiso. Quiso su buena o mala estrella que tropezase con Francisco Karmarsin, moravo nacido en Olmütz, que llegó a Bratislava como delegado de una organización alemana. A partir de este momento, Tiso se transforma, gradual y progresivamente, en un ciego instrumento del nazismo. En constante contacto con Karmasin, que había sido nombrado secretario de Estado para

los asuntos alemanes, Tiso mira y atiende más a Berlín que a Bratislava.

Para imponerlo rápidamente en la nueva ruta, surge en el escenario eslovaco la estampa de Durcansky, joven abogado que estaba al frente del departamento económico, a quien por órdenes de la Wilhelmstrasse se le designó ministro de Relaciones Exteriores de Eslovaquia.

KAROL SIDOR EN ESCENA

Uno de los órganos más frenéticos contra los hombres de Praga lo fué el diario "Slovak", al frente del cual, como director estaba Karol Sidor, uno de los empedernidos y furiosos enemigos de Benes y de sus hombres. Desde los primeros momentos se distinguió por su decisión y su rudeza, ocupando el puesto de jefe de la guardia personal de Hlinka. Enfundado siempre en su uniforme negro con bigotes a lo Hitler, peinado a la prusiana "marchaba por las calles de Praga con aires de desafío". Este singular personaje, "todo vanidad y teatralería", era conocido desde la Universidad — en Praga y en Bratislava — por sus ideas polacófilas. Tanto, que de él se decía, por sus frecuentes viajes a la capital de Polonia, que "era más conocido en Varsovia que en Bratislava". Allí se le tenía por la contrafigura de Tiso; y dada su posición privilegiada en los rangos de Hlinka, sabíase que el coronel Beck lo cultivaba y protegía como opositor de Tiso.

Mas ocurrió que la primera vez que Sidor fué a Varsovia con una misión oficial del gobierno eslovaco se vió en un grandísimo aprieto. Su amigo, el coronel Beck, le abordó de lleno, y con toda claridad le hizo la siguiente proposición: "Yo apoyaré sin medida ni tasa la independencia de Eslovaquia si ustedes acceden a crear una frontera común". Sidor se mostró indeciso y al llegar a Praga se encontró con una nota oficial que decía: "Se abrirá

una encuesta para conocer a fondo las relaciones del diputado Sidor con potencias extranjeras".

Entre el bambalinaje, complejo, laberíntico y oscuro del escenario de Praga, se operaron cambios inexplicables. Cuando se esperaba que comenzase el proceso de Sidor, apareció nombrado vicepresidente del gobierno central. "Sidor — se decía — ha sido ganado definitivamente por la causa Checa".

GOBIERNO "INDEPENDIENTE"

Sidor durante dos días vió caer sobre sí injurias y abominaciones que en torrentera venían sobre él desde las columnas de los diarios de Berlín, Colonia, Munich y Francfort, por ser un agente de Benes.

Se constituye el gobierno de Eslovaquia "independiente" presidido por Tiso, figurando como ministro del Interior, Previsión Social y Sanidad Pública, Karol Sidor. Suceso inexplicable, mucho más si se atiende al significado y filiación de los demás ministros.

Todos los nombrados eran dirigentes de la Asociación Germano-Eslovaca. Adalberto Tuka, que ocupó el puesto de vicepresidente, era un conocido "magiarista". Habíase educado en París, en el Instituto Católico y tenía fama de ser hombre culto y muy inteligente. Profesor en la universidad húngara de Bratislava y públicamente se le tenía por el "hombre de Budapest".

En 1922, se inscribió en las filas del abate Hlinka y desde entonces fué uno de los puntales del partido autonomista. Pasó a ser considerado como "la eminencia gris de los eslovacos. Tuvo en aquellos años cierta resonancia una campaña de Tuka defendiendo la Federación Danubiana, que en definitiva, preconizaba como solución estable para los países centroeuropeos formar una república federal con los países de la caída monarquía de los Habsburgos, incluyendo en el nuevo Estado a Baviera pero excluyendo a Bohemia.

En 1928 publicó Zuka en el "Slovak" — el día 1º de enero —, su famoso artículo defendiendo esta tesis: "Ha periclitado el tratado checoeslovaco, que sólo tenía valor de duración por diez años. Hay que abrir nuevas negociaciones". La tempestad con Tuka se desencadenó, sobre todo al conocer sus manejos en Varsovia, en Viena y en Budapest. Fué procesado y su jefe Hlinka, después de una solemne misa de desagravio, lo expulsó del partido. Tuka fué condenado por el delito de alta traición a 15 años de trabajos forzados. Benes lo amnistió y Tuka publicó una declaración de gracias y reconocimiento que se hizo famosa. Se llamó "El modelo de arrepentimiento". Apenas proclamada la autonomía eslovaca, el magnífico Tuka se pone a la cabeza de la izquierda extremista y prepara "la independencia".

Conviene ir anotando estos hechos y no dejar en olvido a los protagonistas de ellos. Más que los tribunales de justicia — militares o civiles — que han de imponer sanciones y castigos, importa a los historiadores y moralistas. Será una lección histórica sin igual organizar el anfiteatro espiritual, la gran exhibición ética de los colaboradores del totalitarismo en toda Europa.

EL MARTIRIO DE POLONIA

El capítulo más emocionante y bochornoso de la historia política europea contemporánea — período de monstruosas felonías y de abominables crueldades — es el que contiene la narración de los sucesos de carácter internacional surgidos en torno de Polonia. Una de las figuras más equívocas de cuantas ocupaban entonces el escenario diplomático fué la del coronel Beck, jefe durante muchos años de la cancillería de Varsovia e inspirador de la política externa de su país.

Fué aquel período una etapa de constantes claudicaciones, encubiertas por el manto siniestro que tejieron en esos días luctuosos los dobleces, el embuste y las falacias, engendradores del caso europeo. Polonia, una vez más, como si la adversidad implacable prendiese sus destinos, fué invadida, arrasada y deshecha por las fuerzas opresoras del Reich, que, victoriosas e insaciables, en sus monstruosos afanes de poderío y dominio, sometieron a un nuevo y horrible martirio al gran pueblo polaco.

LA SEMANA FATAL

Pretendemos rehacer, con datos sacados de documentos oficiales, unos públicos y conocidos, otros no tan solemnes ni vulgarizados, los sucesos de aquellos terribles días que mediaron entre el 27 y el 31 de agosto de 1939. No vacilamos en calificar de terribles los días que mediaron entre el 27 y el 31 de agosto de 1939. No vacilamos en calificarlos de terribles, porque en ellos se engendraron los acontecimientos que provocaron el cataclismo bélico que se había preparado en España.

Una serie de maniobras y contramaniobras de Hitler, queriendo precipitar los acontecimientos. De los gobiernos de Londres y París, encaminadas a remediar la situación creada por el acuerdo germanorruso, montado desde la Wilhelmstrasse para separar a Inglaterra de Francia y conseguir el aislamiento de Polonia.

El mensaje de Chamberlain a Hitler — 23 a 26 de agosto — y las conversaciones que provocan — 28 al 31 del mismo mes; — el cambio de correspondencia entre Daladier, el Führer — 26 y 27 de agosto — y Chamberlain, cuya finalidad era conseguir una tregua, y después forzar una negociación directa entre Berlín y Varsovia, para llegar, en último término, a la negociación general. Todos estos documentos demuestran cómo Hitler estaba decidido a no entrar en tratos de ningún género, ni pactar tampoco treguas sin resolver, mediante la fuerza, el conflicto con Polonia.

De pronto, parece Hitler cambiar de actitud. El 25 de agosto, en menos de una hora, recibe sucesivamente a sir Neville Henderson y a monsieur Coulondre. Al embajador inglés le hace saber que si Inglaterra le consiente saldar libremente las cuentas con Varsovia, está dispuesto a firmar un tratado de alianza y de amistad, valedero contra todo ataque al Imperio británico, en cualquier tiempo y lugar. Minutos después, hablando con Coulondre, hace solemne declaración de que no siente la menor hostilidad contra Francia, que para él es definitiva la frontera franco-alemana y que "el pensamiento que podrá tener que combatir con ella, a causa de Polonia, le era muy doloroso". Le ratifica, como definitivo, el acuerdo con Moscú, rogándole que transmita a Daladier, con carácter de notificación, cuanto acaba de exponerle.

Es tan ostensible y clara la maniobra de Hitler que en Londres al igual que en París nace la certidumbre de que el Führer se mueve para distanciar a Francia de Inglaterra, y una vez lograda la separación de las dos aliadas, atacar impunemente a Polonia.

LA CONDUCTA DE DALADIER

El jefe de gobierno francés, como si aceptase por sinceros y de buena fe los propósitos de Hitler, se apresura a enviarle el mensaje histórico, que, entre otras manifestaciones, contenía ésta: "En una hora tan grave, creo sinceramente que ningún hombre de corazón puede dejar de comprender que una guerra de destrucción se inicie sin que una última tentativa de arreglo pacífico entre Alemania y Polonia tenga lugar. Vuestra voluntad de paz se puede ejercer en firme con la certidumbre de que en nada ha de sufrir el cuidado del honor alemán. Por mi parte, jefe del gobierno de Francia, que desea, como usted, que la buena armonía entre el pueblo francés

y el pueblo alemán no pueda alterarse y que, por otra parte, está unido a Polonia por lazos de amistad y por la palabra dada, estoy presto a llevar a cabo todos los esfuerzos que un hombre honesto pueda cumplir a fin de asegurar el buen éxito de esta tentativa."

Por su parte el gobierno polaco daba al francés, la seguridad de que no se opondría a las negociaciones directas con Alemania, llegando hasta hacer el ofrecimiento de que, mientras las negociaciones estuviesen abiertas, aceptaría observadores neutros en las regiones pobladas por alemanes. Hay unas horas de optimismo, al punto de que los embajadores inglés y francés anuncian la esperanza de que Hitler está en camino de consentir una solución pacífica: el cambio de poblaciones. El gobierno polaco acepta solemnemente el principio.

Vanas ilusiones. Cuando Hitler recibe a Coulondre, que le hace entrega del mensaje de Daladier, le dice con toda claridad que no puede acoger la propuesta del jefe del gobierno francés. Descarga sobre Inglaterra las responsabilidades de cuanto sucede y agrega: "Quiero que Danzig vuelva al Reich".

La larga y ampulosa contestación de Hitler a Daladier, es, en definitiva, una repulsa motivada de la proposición francesa. Pero no cede ni una línea en su posición frente a Polonia.

CHAMBERLAIN EN ACCION

El "Premier" inglés, tomando como punto de partida los deseos expresados por Hitler al embajador británico el 25 de agosto, en cuanto a establecer relaciones entre Alemania y el Imperio sobre bases de amistad, hace suyas las propuestas de Daladier. Propone la inmediata apertura de negociaciones directas entre Berlín y Varsovia, con la conformidad del coronel Beck, que declaró al embajador inglés en Varsovia, *"estar dispuesto a tener las conversaciones indicadas por el gobierno británico"*. Es

decir, con la salvaguardia de los intereses esenciales de Polonia y una garantía internacional.

El 28 de agosto Neville Henderson transmite al Führer esta proposición de Chamberlain. "Necesito tiempo para estudiarla y sobre ella resolver", dice Hitler. "Me lo explico, arguye Henderson, también nosotros hemos deliberado durante varios días. No sentimos prisa". El Führer replica: "Yo sí".

Pero la prensa del Reich arrecia en sus ataques contra Polonia; las agresiones se multiplican; las órdenes de movilización en Alemania no se suspenden.

Hitler el 29 por la noche llama y recibe a Henderson y le hace saber que, en principio, acepta la propuesta de Chamberlain. Y el embajador inglés, más que satisfecho, radiante de gozo, se dispone a esperar, seguro de que París y Londres conseguirán que los hombres de Varsovia se apresuren a negociar.

No opina así el embajador francés — recuérdese que hemos manifestado al principio que el relato de los hechos está basado en textos diplomáticos oficiales, tomados todos del "Libro Amarillo" publicado entonces por el gobierno de París, — que ve en la conducta del Führer una finta engañosa: "La respuesta es un "diktat" que se parece más a una imposición hecha a un país vencido que a una aceptación para negociar."

De igual modo piensa el embajador francés en Varsovia: "El canciller reivindica hoy, además de Danzig, el Corredor, que es tierra estrictamente polaca, lo mismo Gdynia, creación polaca. Además abre la puerta a exigencias indeterminadas. Es imposible suponer que tales condiciones, que serán el punto de partida de la vasallización, pueda aceptarlas Polonia."

LA CATASTROFE

Cuando estaba convenido que las negociaciones se entablarían el 30 de agosto por la noche, Henderson visita

a von Ribbentrop, para hacerle saber que la respuesta de Hitler estaba en manos de Chamberlain; el ministro alemán, rápidamente, le da lectura del proyecto de reglamento para la negociación. Como estaba escrito en alemán y Henderson no había captado exactamente todo su alcance aunque advirtió la gravedad de las resoluciones del Führer, se apresuró a solicitar de Ribbentrop una copia del documento, petición que no le fué atendida. Y como única razón de su negativa, dijo: "Ha expirado el plazo para la llegada del negociador polaco".

El día siguiente, el 31 por la mañana, el embajador polaco en Berlín, durante varias horas pretende en vano ser recibido por Ribbentrop, para hacerle saber que el gobierno de Varsovia acepta, en principio, las bases de la negociación. No consigue ver al ministro de Relaciones Exteriores del Reich hasta las 8 de la noche. Este escucha al embajador polaco y no le dice ni una palabra del famoso documento que en la noche anterior había leído a Henderson.

Después, ocurre lo más inaudito en la historia de la diplomacia: la radio oficial de Berlín difunde la tremenda noticia de que el gobierno de Varsovia había rechazado las proposiciones que se le hicieran por el de Berlín.

El embajador francés en Varsovia se apresura a comunicar al Quai d'Orsay: "Por esta comunicación radiofónica, Hitler intenta escapar de la negociación diplomática, en la cual contrariamente a sus métodos se comprometía con Gran Bretaña a tratar". A su vez, Coulondre, desde Berlín, dice a París: "Nos encontramos frente a una nueva maniobra para hacer aparecer a Polonia como sustrayéndose a toda tentativa de solución pacífica".

Roma interviene: "Invitará a Alemania a una conferencia que se reunirá el 5 de septiembre para examinar las cláusulas del Tratado de Versalles, que son la causa de todas las agitaciones actuales. La invitación a Alemania no la haría — Ciano — sin que previamente Francia y Gran Bretaña diesen su consentimiento".

Pero mientras tanto, Alemania había invadido Polonia. Entonces, día 1 de septiembre, Inglaterra y Francia, por medio de sus embajadores en Berlín remiten una "advertencia" al Reich. Le piden la suspensión de todo acto agresivo y la pronta retirada de sus fuerzas del territorio polaco, porque en otro caso, sin vacilar, cumplirían sus obligaciones respecto de Polonia.

Entonces, Ciano — día 2 de septiembre — hace saber a los embajadores británico y francés que Hitler no rechaza de primera impresión la conferencia, "pero quiere saber previamente si la *advertencia* de Londres y París tiene carácter de ultimátum, ya que en este caso la rechazará. En otro, pediría un plazo de reflexión hasta el nuevo día de mañana" — día 3. — Del "Foreign Office" como del "Quai d'Orsay" se apresuran a contestar que en modo alguno se trata de un ultimátum.

¿Qué sucedía mientras tanto? Muy avanzada la tarde del día 2 de septiembre, Halifax, en la Cámara de los Lores y Daladier en el Congreso de los diputados, decían en términos casi idénticos: "Polonia ha sido objeto de la agresión más injusta y brutal. Las naciones que han garantizado su independencia se disponen a intervenir para defenderla, Gran Bretaña y Francia no son de las potencias que niegan su firma".

Varias ciudades polacas habían sido bombardeadas: Danzig ocupada. Al siguiente día — 3 de septiembre — a las 9 de la mañana el embajador de Gran Bretaña y el de Francia, notificaban a von Ribbentrop, la existencia del estado de guerra entre sus países y Alemania. La guerra universal estaba en marcha.

COMO SE PREPARO LA ENTREGA DE FRANCIA

"A pesar de mis sesenta y siete años, a pesar de todas las dificultades con que yo, que en un tiempo fuí un niño mimado, he tropezado en el destierro, todavía me mantengo firme. Estoy seguro que veré nuevamente Francia, pero no una Francia esclavizada, sino una Francia nuevamente libre. — EMILE BURE.

Acabo de leer un magnífico trabajo de Emile Buré. Como todo lo que escribía este admirable periodista, que siempre me sedujo por su estilo, por su saber y por su espíritu, sentí una hondísima emoción de angustia y pena al descubrir los enormes dolores que hicieron presa en el corazón de este francés insigne, francés desde la epidermis hasta los tuétanos, demócrata eximio, demócrata mil por mil, durante las horas terribles y espantosas del exilio que le impuso la invasión de Francia por las fuerzas entonces arrolladoras de Hitler.

GRAN FIGURA

Emile Buré, formado por Clemenceau, colaborador de Briand e íntimo de Georges Mandel, fué uno de los grandes europeos que vió con toda claridad venir la catástrofe

engendrada por la política del apaciguamiento. ¡Y cómo luchó! ¡Qué enormes bríos desplegados! ¡Con qué valentía supo batallar! ¡Nunca olvidarán los españoles republicanos aquella magnífica campaña que llevó a cabo Emile Buré, desde su diario "L'Ordre", en defensa de los derechos y prestigios del gobierno de nuestra República. Nadie le igualó en fortaleza y entusiasmo para batallar hasta el último instante por la causa republicana española. Ni Genevieve Tabouis, ni André Geraud (Pertinax), con ser dos adalides máximos de la democracia española llegaron a igualar los esfuerzos de Emile Buré.

Y es de advertir que en esta actitud, tan decidida y tan cordial de Emile Buré, más que nada le movía el amor a su Francia. A Buré, en esta como en todas las ocasiones, su entrañable, fanático sentimiento francés le iluminaba. El mismo lo escribió: "Yo he colocado siempre mi patria por encima de mis intereses personales, políticos y de clase, y no he tenido nunca otros amigos o enemigos que los que eran amigos o enemigos de mi país. Y me he sentido inclinado hacia otros países según la fuerza de su amistad con el mío".

COMO FUE ENTREGADA FRANCIA

De lo escrito por Emile Buré, uno de los que más clara y profundamente penetraron y conocieron las intimidades de la gran tragedia de Francia, nos parece de la más perfecta oportunidad rememorar los hechos esenciales, decisivos, que se produjeron en equellas horas de espantosas deserciones y de incalificables cobardías.

Cuenta Emile Buré cómo, deprimido por las noticias espantosas llegadas del frente, entró en el Ministerio del Interior, en la plaza Beauvais, el 9 de julio de 1940. Desempeñaba la cartera otro gran discípulo de Clemenceau (también de memoria gratísima para los republicanos españoles), magnífico francés, alma de un temple heroico, voluntad indomable: Georges Mandel.

Buré le dice a Mandel: "Esto no puede seguir así". Mandel le replica a Buré: "Realmente, no puede seguir. Pero ¿no le dije siempre que iríamos de derrota en derrota hasta la victoria final?" El optimismo de Mandel, que Buré califica de siniestro, era un destello vivo de aquella fe inmensa que Clemanceau tenía en su Francia, en la Francia eterna.

Aquella noche había decidido el gobierno abandonar París y un íntimo de Buré le trasmitió la consigna convenida: "Muy bien, viejo, puede hacer un viaje por el país". Y Buré, en las horas primeras de aquella infausta mañana, partió para Saumur, marchando por aquella hermosa carretera que atraviesa las bellas tierras limitadas por el Sena y el Loire. Todo estaba en paz y apenas se veía uno que otro obrero madrugador, marchando sin apresuramiento hacia el taller, la fábrica o el campo

Los alemanes, sus aviones, no habían aparecido aún en los cielos de aquellos hermosos pagos. El gran puente del Loire, en las cercanías de Saumur, estaba totalmente desguarnecido. No se veían soldados ni siquiera gendarmes en todo aquel camino, que 40 horas después había de presenciar o ser escenario de los sucesos más dolorosos de una peregrinación enloquecida por el terror.

Aquella misma noche comenzaron los bombardeos y ametrallamientos de los pueblos en torno de Orleans y en el camino de Tours. Las emisoras patrióticas daban noticias desalentadoras y el desánimo se generalizaba. Una triste y cruelísima realidad, como una nube tormentosa, que se ensancha y agranda preñada de siniestros augurios, traía el terrible anuncio de un colapso en todo el país. Francia no reaparecía, solemne y heroica, capaz de los mayores sacrificios, como en todos los instantes críticos de su historia.

"CHERCHEZ LA FEMME"

Cuando Buré arribó a la Prefectura de Tours, acababan de llegar en avión, desde Londres, Winston Churchill, lord Halifax y lord Beaverbrook. Eran los minutos del derrumbamiento. Y el gobierno, que estaba en aquellos momentos reunido, buscaba una solución heroica o desesperada para la espantosa catástrofe que se había desencadenado al romper los frentes el ejército nazi, que como devastadora inundación se desparramaba por todo el suelo francés.

Vió Buré en aquellos momentos, agitada y frenética, en el patio de la Prefectura, a una dama conocidísima y de singular historia. Era Elena Retufeft, condesa de Portes, casada con el senador del departamento del Orne. Tratábase de la amante de Paul Reynaud, que sobre él ejercía, más que un gran ascendiente, un decisivo dominio; tanto que acababa de conseguir del jefe del gobierno francés un nombramiento de ministro a favor de Paul Baudouin. Este personaje, amigo de Mussolini, que en su cargo de gobernador del Banco de la Indochina se había mostrado el más fervoroso totalitario, por influencia o imposición de la condesa de Portes, había entrado en los consejos de gobierno.

Baudouin era un caracterizado y conocido mediador entre el "duce" y Georges Bonnet, antes y después de Munich, tan decidido derrotista, que su famoso artículo en la "Revue de París" había producido más que escándalo estupor. Pronto se verá por qué Elena Retufeft lo amparaba.

En Tours el gobierno estaba vacilante en cuanto a mantener o no por más tiempo la resistencia. Entre algunos hombres civiles, Georges Mandel solamente, y entre los ciertos militares, a la cabeza de ellos el general De Gaulle, animaban a Paul Reynaud para que se resolviese a marchar al frente de todo el gobierno y continuar allí la resistencia.

La condesa de Portes se agitaba furiosa, iracunda, amenazadora, contra los que se oponían a la rendición. Se enfrentó con De Gaulle y con ademanes y modos de una verdadera arpía, censuraba a grandes voces a De Gaulle y a Mandel, llegando a insultar al primero.

LO QUE CUENTA EMILE BURE

Después de marcharse Churchill se reunió el gabinete para escuchar el informe de Paul Reynaud sobre el curso de su conversación: "Debía enviarse un mensaje a Mr. Roosevelt pidiendo la ayuda de los Estados Unidos; además, sucediera lo que sucediese, la flota francesa debía unirse a la británica en Inglaterra".

En medio de estas actitudes se debatía la condesa de Portes, queriendo que Paul Reynaud acordase pedir un armisticio y cesar definitivamente en la lucha.

Cuando más crítica y angustiosa era la lucha entre los derrotistas y los heroicos franceses que sólo pensaban en salvar el honor de su patria, aparece en la escena un nuevo personaje: el general Weygand.

De él escribe Buré: "En cuanto el primer ministro hubo terminado, el general Weygand, que tantas esperanzas había despertado cuando reemplazó al general Gamelin, intervino en la discusión. Realmente, Weygand nunca había creído que pudiéramos ganar. A pesar de sus animadoras proclamas al ejército y al país, en realidad no había intentado vencer. Recordé lo que me dijo una vez de él Georges Clemenceau: "Es el cerebro del estado mayor, pero tened cuidado, pues si ha de haber un *coup d'etat*, será él su autor".

Weygand clamaba por un armisticio y afirmaba reiterada y rotundamente que *no se podía resistir más*, agregando: "Caballeros, cuando digo que no podemos esperar más, no lo digo sin razón. El Almirantazgo acaba de enviar un telegrama según el cual han estallado en

París graves tumultos. Dicen que el comunista Thorez ha ocupado el Eliseo".

LA GRAN PATRAÑA

La impresión que produjeron las palabras de Weygand en todos los ministros no son para describir. Pero creció hasta el límite de lo inenarrable cuando Georges Mandel, grave, sereno y circunspecto, pero inexorable, dijo: "Señor general, antes de entrar en Consejo he hablado con el prefecto Langeron, quien me aseguró que en París reinaba el más completo orden". Descompuesto e indignado, Weygand protestó con indignación: "¿Duda usted de mi palabra?", le preguntó a Mandel, ministro del Interior.

Llamado de nuevo al teléfono, Langeron confirmó la información que había dado a su jefe anteriormente. El general Weygand estaba oficialmente desmentido; pero los ministros se separaron sin tomar una decisión.

Buré emite este juicio: "Era evidente que se estaba preparando una conspiración derrotista en el gabinete de Paul Reynaud". Algo más que eso: se daban los primeros pasos en la ruta hacia el abismo: Francia iba a ser entregada.

PARA GANAR TAMBIEN LA PAZ

Los acontecimientos bélicos, por visibles y patentes, porque apasionan más y porque, en definitiva, son los que han de condicionar la actividad internacional, proyectan sombras y a veces eclipsan los sucesos de mayor importancia. En ocasiones se producen en el frente diplomático movimientos de valor máximo, que pasan inadvertidos, pese a la significación y trascendencia grandes que revisten. Tal ahora con los acontecimientos que vamos a comentar.

Para hacer un emplazamiento exacto en la escena internacional, de los personajes que actúan, será conveniente recordar cómo, en estos días de manera casi simultánea, fueron objeto de comentario y debate las declaraciones contenidas en la llamada Carta del Atlántico.

RARA SIMULTANEIDAD

En la Cámara de los Comunes se interrogó sobre el caso a Churchill y a Eden. En el Parlamento de la Unión Sudafricana habló sobre el mismo asunto el mariscal Smuts. El secretario de Estado en Washington, Cordell Hull, dió a conocer una declaración, de diez y siete puntos, delineando la política exterior de los Estados Unidos "con el objeto de eliminar toda confusión y mala inter-

pretación y reafirmando la adhesión del país a la Carta del Atlántico".

¡Fué ello de singular coincidencia! ¿Por qué se produjeron estos actos parlamentarios y diplomáticos con tan acusada simultaneidad? ¿Cuáles pueden ser las causas íntimas de estas manifestaciones y de la coetaneidad con que surgieron? ¿Existen razones para que, de pronto, a la misma hora, resuenen voces, concordantes o dispares que ésto es lo de menos, denunciando la preocupación de establecer claras normas en la respectiva actitud de esos gobiernos para los dificilísimos momentos de la posguerra?

Es también de subrayar que si Churchill y Eden más que cautos y previsores se mostraron reservados y reticentes al definir el alcance de los principios contenidos en la Carta del Atlántico, Smuts, más que optimista, se produjo con plena confianza en cuanto a que esos principios se aplicarían neta y claramente, y Hull no vaciló en sostener que la Carta del Atlántico da a todas las naciones, grandes y pequeñas, una mayor seguridad de que habrá una paz duradera.

¿COMO GANAR LA PAZ?

No es una misma, ni siquiera análoga, la forma de entender la paz que tienen estos diferentes Estados, porque sus cancillerías no están regidas por los mismos hombres, ni los intereses que éstos defienden son idénticos. La complejidad de los que maneja el "Foreign Office", no es tan acusada en los que rige la "White House", y casi no se descubre en los que cuida Smuts.

Por eso, mientras Hull y Smuts se expresan sin rodeo y usando palabras claras y transparentes, propugnan soluciones diáfanas, Churchill y Eden no disimulan su firme propósito de que la cuestión de los principios territoriales bajo los términos de la Carta del Atlántico, debe ser tratada mediante negociaciones entre las potencias signatarias del documento, llegando Churchill a declarar en forma categórica y terminante, sin poner sordina a sus conceptos que "la Carta del Atlántico debe estar sometida a una renovada consulta entre los principales aliados". Lo que en definitiva, para todo buen entendedor, quiere decir que no se ha llegado ni se puede llegar a definir previamente cuál es el valor real exacto de los principios políticos y jurídicos contenidos en el histórico documento, pese a cuanto se pudo debatir y discutir en El Cairo y Teherán.

Repetimos, por nuestra parte, una vez más, lo que en tantas coyunturas hemos dicho, de palabra y por escrito, desde hace más de dos años, cuando reiterada e insistentemente afirmamos: "La guerra la ganarán las democracias, lo que no quiere decir que necesariamente vaya a conseguir una victoria La Democracia, porque para ello se necesitaría que las democracias supiesen ganar la paz, y una cosa es ganar la guerra y otra estatuir una paz justa y duradera".

LA ETERNA CUESTION

Pese a lo terrible, espantoso y cruelísimo de la lucha que hoy destroza al mundo, — dolorosa experiencia que debía vencer todos los perjuicios y prevenciones de los que resisten al gran cambio que lleva en sus entrañas, como exigencia vital, este drama que tiene por actores a los Continentes y por escenario todos los dominios de la Tierra habitada —, los grandes Estados se resisten a modificar sus posiciones históricas, así como las clases privilegiadas no quieren ceder en nada de sus preeminencias. El desquiciamiento internacional va a ser radicalísimo. La Europa de 1936 ha perdido su viabilidad. Las fuerzas y estructuras políticas del Viejo Continente están sometidas a mudanzas esenciales. El orden Europeo, que regulaba al régimen internacional establecido, queda sin su condición hegemónica y deja de ser eficiente.

Ya no serán primeras potencias de hecho aunque lo continuasen siendo moral o espiritualmente, ni Alemania, ni tampoco Italia. Los dos colosos árbitros de Europa después de la guerra serán Inglaterra y Rusia, que vale tanto como decir que se rompió o quebró por la médula la famosa política del equilibrio, reguladora de la vida europea y por ende de la universal durante tres siglos.

Rusia reaparece reintegrada plenamente, con un poder que jamás tuvo, en sus influencias europeas, al puesto que para ella señalaron Pedro el Grande y Catalina. Las aguas del Báltico y las del Mediterráneo tendrán que ser rutas libres y aseguradas en todo evento para la fuerza rusa, en sus actividades políticas, culturales, diplomáticas, comerciales y financieras, desplazando en parte o amenazando tal vez posiciones de Estados que dominaron secularmente estas grandes rutas de la civilización.

¡Cuántas innovaciones tiene que producir la aparición de Rusia en el Mediterráneo con la categoría de máxima potencia continental!

Inglaterra se va a encontrar a todo lo largo de los campos de su influencia en Asia, principalmente en la India, con los crecientes intereses de Moscú, que no pueden ser ni serán ignorados ni desconocidos. ¡Tendrá toda la ruta imperial flanqueada, sin solución de continuidad, por Rusia!

Quiere esto decir que, en el orden del derecho de gentes, se abre una nueva era internacional. Lo que implica una movilización de ideas y doctrinas en germen, llamadas a reemplazar las caducas e impotentes que el totalitarismo creyó poder substituir fácilmente. Máximo error de los diplomáticos del "eje" que ni advirtieron el poder de los sistemas diplomáticos del liberalismo internacional, ni supieron convencerse de que lo que el mundo pedía no era dable realizarlo con "la vuelta al pasado", en movimientos atávicos, que eran los provocados por la ideología totalitaria en cualquiera de sus modalidades.

Tal vez es hoy en el Kremlín — por esos hombres de Moscú que practican un realismo político, desnudo y crudo — donde se empiezan a descubrir resoluciones firmes hacia una actividad internacional renovadora, al amparo de la cual los formidables intereses de la Nueva Rusia se desenvuelvan y se consoliden. Hay en los que parecen planes de Stalin, si nos atenemos estrictamente a las direcciones que Molotov imprime a su gestión diplomática, algo así como un deseo de volver a la política de 1907, en lo que esto puede ser posible. Entonces se liquidarán las cuestiones pendientes entre Inglaterra y Rusia en Persia, en el Afghanistán y en el Tibet, echándose las bases para la "Triple Entente", que puso fin a la preponderancia de Alemania en Europa, en aquellos días en que Berlín acusaba a Eduardo VII de haber preparado, en perfecto acuerdo con Francia, "el cerco del Reich".

Pero Francia, vencida, militarmente, no es la misma potencia de principios del siglo. Y como en la estrategia diplomática lo que en definitiva cuenta y vale es la fuerza, no podrán los hombres de París, una vez restablecida la plena libertad de su Nación, ser tenidos por indispensables. Mas como Francia, es y será siempre, mientras el mundo cristiano no se arruine, un poder moral insustituíble, con ella, de una u otra manera, tendrán que contar los vencedores. ¡Y mal del mundo, si unos y otros no se dan perfecta cuenta de estas situaciones irreformables!

Se habla mucho, acaso demasiado para poder disimular este afán diplomático, de los Balcanes. ¡Como si allí estuviese la clave de la organización de la paz europea!

En el sistema de las fuerzas continentales del Viejo Mundo los Balcanes actuaron, actúan y actuarán como elemento crónico de perturbación, pero en el Mediterráneo, el alma de Europa, está en Francia, Italia, España y Portugal, histórica y espiritualmente. ¡Aparte de que

desde Bulgaria hasta Lituania todo marchará influído por Moscú!

UN GRAN PROBLEMA

De cómo jueguen y queden tales fuerzas en la obra de la paz, depende la solidez de ésta. Los llamados pueblos latinos unidos, condicionarán siempre la situación mediterránea. No hay que ser adivinos para descubrir que, si los principios de la Carta del Atlántico juegan limpia y libremente, franceses, italianos, españoles y portugueses — quiéranlo o no — se pronunciarán por el sistema de la democracia liberal, única capaz de recoger, ordenar y regir los verdaderos y auténticos ideales tanto históricos como culturales, de estos cuatro grandes países.

En Londres y en Moscú esto se sabe y se cotiza como una de las grandes dificultades para la paz, si la futura ha de ser una paz democrática. ¿Podrán, querrán y sabrán marchar de acuerdo Inglaterra y Rusia al buscar soluciones estables en el sistema de paz que proyectan?

De que se aplique con un espíritu liberal y humano o se interprete conforme a los clásicos intereses de la diplomacia al uso la Carta del Atlántico, las soluciones serán muy diferentes.

Esto solamente por lo que respecta a Europa. Se complica más el problema, cuando entran en juego y tiene que ser consideradas en sus enormes magnitudes, las orientaciones que se insinúan en América y en Asia, como únicas valederas para una paz justa y perdurable. Pero son temas éstos que merecen atención especialísima.

LAS GRANDES POTENCIAS EN LA POSTGUERRA

Uno de los sucesos de más relieve internacional, como fruto de la guerra, será el prestigio y el poder, tanto moral como material, que Rusia ostentará por sus grandes

triunfos en la temible lucha. Poder y prestigio tanto más influyentes en los futuros destinos del mundo cuanto que surge sobre las ruinas de las grandes potencias continentales: Francia, Alemania e Italia.

Quiere decir que, unidos o enfrentados, marchando coincidente, paralela o divergentemente, en el inmediato mañana de Europa, sólo quedarán por su condición victoriosa, en el pináculo del prestigio y de la influencia, Rusia e Inglaterra. Esta nueva situación producida, obliga a renovar las bases, de la política externa tradicional de los ingleses, organizada, desarrollada, mantenida y triunfadora con el sistema del equilibrio que ellos, los británicos, desde los tiempos de Bolingbroke, practicaron con el nombre de la "balance of Powers".

El sistema era simple y sencillo, como muchas de las grandes fórmulas políticas: cuidar que en el continente existiesen dos fuertes potencias, por lo menos, que pudieran aspirar a ejercer la hegemonía europea, neutralizándose sus fuerzas en la pugna, o dependiendo en todo caso de las de Inglaterra, que al poner el peso de las suyas en uno de los platillos de la "balanza", la inclinaba en favor de quien Londres elegía.

Así, en la etapa de siglos que se llama la Edad Moderna, vemos funcionando de continuo el sistema: España frente a Francia, Francia contra Austria, Austria en pugna con Rusia, Francia y Rusia en liga contra Alemania y Austria, e Inglaterra como juez de campo o como beligerante decisivo en el momento que los sucesos lo demandaban. Cuando una gran potencia adquiría vigor excepcional que le procuraba un predominio excesivo, promovía Inglaterra las grandes coaliciones: tal en el caso de Luis XIV y de Napoleón I.

Ahora los supuestos, mejor diríamos, el dinamismo orgánico de la política europea, entra en plena transformación: Alemania e Italia vencidas, Francia debilitada militarmente por la derrota.

¿Qué consecuencias puede tener para los destinos del mundo este nuevo ordenamiento de las fuerzas europeas?

GRAVES PROBLEMAS

Dentro de los límites de un trabajo elementalísimo y de divulgaciones como este, escrito para el gran público, imposible abarcar, ni aún en forma sumaria, los múltiples y gravísimos problemas de todo orden que se plantearán en la hora de la paz, tanto en el orden intelectual como en el económico, social, agrícola, industrial, comercial, financiero, de transportes — marítimos y aéreos —, monetario, en fin, moral o religioso. Sólo el examen de este último exigiría un estudio muy sereno y de gran profundidad, porque el triunfo de los dos más grandes países protestantes — Inglaterra y los Estados Unidos — y el ortodoxo — Rusia — plantean a la iglesia católica cuestiones de máxima importancia.

Aparte de la llamada cuestión judía, que en la hora de la paz se renovará agudizada, provoca inmediata y automáticamente en el mundo islámico problemas complejísimos y de una extrema gravedad, que se extienden desde todo el norte de Africa, al Egipto y Etiopía, al Asia Menor y a Persia, y sobre todo a la India. Pero no es este asunto que por ahora pueda ni deba ser abordado.

De manera general a modo de simple exponente, basta insinuar que la confesión católica, debilitada en Europa, cuya grave crisis se acentúa en Austria, España, Francia, Italia y Polonia, se agudizará en las horas de la paz, buscando compensaciones en América, por ser la confesión predominante en los pueblos del mundo íberoamericano, con hondas y arraigadas fuerzas de tradición y cultura, que Roma cuida cada día con más explicable celo y amor.

Claro es que lo eventual y fallecedero que hay en estos problemas en su aspecto esencialmente político, es lo que puede interesar como tema diplomático y cancilleresco. Que lo doctrinal y dogmático, también sacudido

por las grandes inquietudes que la universal convulsión suscita en los espíritus sinceramente creyentes, es otro aspecto, acaso de más importancia pero que por falta de toda preparación, no nos es dable abordarlo.

RUSIA A LA VISTA

Limitamos nuestros propósitos a bosquejar, como anticipo del mundo nuevo, algunos de los problemas que el triunfo de uno de los beligerantes planteará por el hecho mismo de la victoria. Aludimos a Rusia.

Por su extensión, número de habitantes y emplazamiento intercontinental, Rusia es un Estado llamado a desempeñar, ahora más que nunca, irreemplazables funciones en la gobernación futura de la humanidad. Potencia europea formidable y formidable potencia asiática, en uno y otro continente gravitará con peso incontrastable. Acaso con más fuerza y eficacia que nunca, por haber adquirido conciencia de sus enormes energías y de las ilimitadas posibilidades que se abren para ella en la nueva organización del mundo.

El Canadá en la "Conferencia de los Presidentes" de Londres, por labios de su jefe de gobierno, es el primero en advertir la gran novedad internacional que trae consigo el creciente poderío de Rusia.

Aunque las informaciones son de una parquedad irritante y las noticias que hasta nosotros llegan apenas dejan adivinar lo sucedido, es notorio que Mackenzie King llevó a Londres las advertencias oportunas. El Canadá, de cuyo lealismo al Imperio sería injurioso dudar, tiene condicionadas su vida, en muchos aspectos, por la vecindad con los Estados Unidos. Ahora es también Rusia, vecino engrandecido, una fuerza que tiene necesariamente que proyectar influencias sobre el Canadá. Primera advertencia oficial que Inglaterra recibe de que el tinglado diplomático tradicional se derrumba.

ALLA Y ACA

Quiere esto decir que Rusia, tan pronto como organice sus esferas de influencia en los Balcanes, para satisfacer necesidades ineludibles querrá pasar a ser una gran potencia mediterránea. Allí, en ese tramo vital de las rutas imperiales, en el Mediterráneo, Inglaterra y Rusia serán copartícipes perfectamente entendidos, mediante una inteligente y clara coordinación en constante y peligrosa fricción.

En el Mediterráneo, aparte de Turquía, la celosa guardadora del fondo de saco oriental, dominadora en los Dardanelos y en el mar de Mármara, están con voz inextinguible y con presencia vigilante Portugal, España, Francia e Italia, que por su posición geográfica, sus intereses nacionales y la invencible fuerza de su pasado histórico tendrán que pronunciar el voto definitivo.

Rusia, sin los tremendos obstáculos de las oposiciones esenciales que históricamente le crearon Austria y Alemania, va a realizar el gran anhelo de Pedro el Grande y los afanes de Catalina, conquistando plena hegemonía en el Báltico y en el mar Negro, para buscar salidas al Atlántico y al Mediterráneo, erigiéndose en una gran nación marítima con propia flota para la exportación de sus productos agrícolas, de sus riquezas mineras y en mañana muy próximo de las creaciones de su industria, que puede llegar a ser de tanta potencia y vigor como la que más.

EN LA MISMA RUTA

Tanto Rusia como Inglaterra, en coincidente gestión o defendiendo sus respectivas conveniencias, necesitan contar con los pueblos latinos, que son y serán, en definitiva, árbitros de los destinos mediterráneos. Tanto que si estos históricos países mantienen una sincera y firme unidad de propósitos y la voluntad inquebrantable de ser-

virlos, ellos serán los que en suprema instancia dictarán el fallo en toda contienda que allí surja.

Pero, es que Rusia como Inglaterra, en este novísimo período internacional que se iniciará con la paz, se encontrarán en posiciones influyentes a lo largo de la gran ruta mediterránea, paso obligado para el Golfo Pérsico y los mares océanos de la India. Los grandes intereses que tendrán que defender, si se mueven y evolucionan en concierto armónico, en una política de concordancia y cooperación, no provocarán conflictos mayores, pero, si surge el choque, los obstáculos y las dificultades proliferarán con más fuerza que la mala hierba en campos feraces y bien abonados.

¿Se alcanza todo lo que en sólo este aspecto plantea, como novedad y originalidad internacionales el proceso de la paz?

LOS RUMBOS DE AMERICA

Otro de los mayores asuntos que tendrán que acometer los grandes Estados victoriosos, será el respetar las orientaciones de universalidad que América parece querer imprimir a la vida internacional. Nunca este Continente tuvo ante sí posibilidades tan grandes en número, tan ilimitadas en extensión, de poner a la humanidad en marcha por nuevas rutas. Los Estados Unidos, por su enorme poder y su autoridad en el Continente, son pieza esencial en el engranaje de la nueva vida internacional, mucho más porque aspiran, mediante la expresión viva y auténtica de la unidad continental, a mantener su hegemonía.

Inglaterra es, de todos los pueblos no americanos, el que más íntimamente tiene tramada una enorme red de fuerzas, materiales y hasta espirituales en el Continente. Más de una vez se encuentran en pugna Wáshington y Londres respecto a los asuntos de América, contradicción

que subsiste y casi puede decirse que se consolida acentuada con el proceso bélico.

Eran estas dos únicas fuerzas —eliminadas las de Alemania — las que podrían discutir determinadas preeminencias en el orden comercial y financiero, ya que en el espiritual histórico, España, Italia y Francia, con Portugal, la conservan invariable e inconmovida.

Pero es que ahora Rusia, por primera vez en la historia, puede topar con coyunturas únicas para servir, sabiéndolos recoger, los afanes y ansias de grandes núcleos humanos en muchos países de América.

¿Se acierta a penetrar lo que ello puede implicar para el porvenir y los destinos del mundo?

Estamos seguros de que este aspecto del futuro internacional es el de máximas dificultades y complejidades políticas en el devenir de América y en la propia Europa. Y conste bien que cuando así escribimos para nada nos referimos ni siquiera pensamos en el comunismo.

¿Lo verán con la claridad debida en la White House y en el Foreign Office? Oportunamente volveremos sobre el tema, para analizarlo a la vista de hechos concretos e indiscutibles.

DIALOGOS ENTRE GENTES DE GINEBRA

Los diálogos que ofrecemos a los lectores fueron mantenidos por unos interlocutores reales, de carne y hueso, cuyos nombres han sido llevados y traídos en las crónicas de la guerra.

Alguno de ellos está en un campo de concentración alemán, cerca de Stetin; otro ocupa un alto puesto en cierto y muy importante organismo interaliado.

Son los dialogantes: un profesor de historia, universalmente conocido y admirado; un viejo experto político, de gran autoridad en Europa; un notable escritor inglés, estimadísimo en los medios ginebrinos, donde tenía la representación permanente de un diario británico; un doctísimo maestro de finanzas, hoy desempeñando funciones delicadísimas y de gran relieve.

PRIMER DIALOGO

Fué en Ginebra la tarde del 5 de noviembre de 1937.

D. — ¿Conocen ustedes la noticia? Mañana se firmará en Roma un nuevo instrumento diplomático, que seguramente habrá de causar honda emoción en el

mundo entero. Por una de esas casualidades que revisten a veces caracteres de milagro tengo una información confidencial, segurísima, de cuanto va a pasar.

P. B. — No retrase la narración de tan grande acontecimiento y díganos lo que sabe.

D. — Italia se adherirá al acuerdo germano-nipón, de 25 de noviembre de 1936, contra la Internacional Comunista. En el documento, que es un protocolo suplementario del acuerdo original se hará constar que: "El gobierno italiano, el gobierno del Reich alemán y el gobierno imperial del Japón considerando que la Internacional Comunista continúa poniendo constantemente en peligro el mundo civilizado en Oriente y Occidente, turbando y destruyendo la paz del mundo; convencidos de que solamente una estrecha colaboración entre todos los Estados interesados en el mantenimiento de la paz y el orden puede eliminar este peligro, han convenido, conforme al artículo 2 del acuerdo contra la Internacional Comunista, tomado en Berlín el 25 de noviembre de 1936, entre Alemania y el Japón...

L. — Cada día nos reserva Mussolini una nueva y desconcertante sorpresa. ¡El Duce del brazo del Mikado! Olvidó ya cuanto deja escrito y predicado contra "el peligro amarillo".

K. — ¿Mussolini?

L. — Sí; el mismísimo Duce, que en febrero de 1934, en un famoso artículo, hizo un llamamiento apremiante y solemne a Europa entera "para que defendiese su civilización contra el Oriente asiático".

P. B. — Algo, aunque muy vagamente, recuerdo de ese famoso grito de angustia del jefe de los fascistas. ¿Quiere usted refrescarnos la memoria de ese episodio?

L. — No me costará un gran esfuerzo rememorar lo que en esa ocasión predicaba "el gran farsante". El artículo a que aludí fué insertado en el "Popolo d'Italia". Venía cargado de tintas tan negras y era de tonos tan hirientes para el Japón, que allí hubo de provocar públicas manifestaciones de protesta contra Italia, tan numerosas y de tal empuje, que el Mikado hizo que su embajador en Roma formulase solemnes reclamaciones ante la Consulta, manteniendo en peligrosa tensión las relaciones entre los dos gobiernos durante varios meses.

D. — ¿Pero quién se acuerda ya de acontecimientos que se produjeron hace más de tres años? Aparte de que muy pronto Mussolini cambió de cuadrante y adoptó otras posturas menos peligrosas, hasta llegar, gradual y paulatinamente, a mantener cordiales tratos con el gobierno japonés.

Precisamente, el año pasado, cuando se firmó ese acuerdo originario anti-comunista entre Alemania y el Japón, aunque la prensa fascista publicó una nota oficiosa diciendo "que Italia no juzgaba necesario su adhesión al tal acuerdo", pocas semanas después reconocía *de facto* el Manchucuo.

P. B. — Sí, pero no lo hizo ciertamente a título gracioso. Ese reconocimiento tenía su contrapartida diplomática. Fué un "toma y daca" entre las dos cancillerías, porque ustedes no habrán olvidado que Tokio, a su vez, hizo oficial reconocimiento del "imperio" italiano en Etiopía.

Y por cierto que entonces se dijo que Hotta, el nuevo embajador japonés en Roma, era portador de una carta del jefe del gobierno del Japón, el príncipe Konoye, para Mussolini, rogándole que se adhiriese al pacto anti-comunista de Berlín. Noticia que más tarde se confirmó, así como el

hecho de que Mussolini había dado la callada por respuesta a ese requerimiento de Konoye.

D. — Todo lo que refieren ustedes es de una cabal exactitud, tanto como que entonces Mussolini gestionaba del Foreing Office que lograse en Ginebra la liquidación del asunto de Etiopía, mediante el reconocimiento solemne del "imperio" italiano. El fracaso de estos manejos en la Asamblea de la Sociedad de las Naciones, al celebrarse la reunión última de septiembre y la resistencia de las grandes potencias a dar a Víctor Manuel el título de "rey-emperador", fué lo que impulsó al Duce a variar radicalmente de orientación.

En su último viaje a Berlín, para celebrar su tan comentada conferencia con Hitler, hoy se sabe que el Führer pidió al Duce, y éste accedió a la demanda de su gran amigo y aliado, que Italia se adhiriese al acuerdo germano-japonés "anticomunista". Adhesión hoy tanto más explicada si se mira a España, donde parece que se acentúan progresivamente coincidencias entre Chamberlain y Mussolini, que fijan inexorablemente la suerte desdichada de la República Española.

L. — ¿No incurrirán en un error los que tal suponen? Es patente que el gobierno de Valencia está luchando cada día en condiciones más difíciles y angustiosas, que el Comité de "No Intervención" va estrechando las mallas de la red que tendió para inmovilizar las fuerzas del gobierno legal, pero también parece que los hombres de la República, apoyados por el pueblo, con un fervor y un heroísmo que a todos asombra, están muy lejos de darse por vencidos.

R. — En eso no divaguen ustedes ni se hagan ilusiones: la suerte está echada. Antes de finalizar este invierno la República habrá caído en España.

P. B. — Eso es lo diariamente sostenido entre sus amigos y conmilitones de la City, que bien servidos por Chamberlain, preparan la reconciliación con Italia. ¡Hasta hablan ahora de facilitarle medios a Mussolini para que realice un gran empréstito, tan pronto como cese la guerra en España!

L. — Preveo tremendas complicaciones para las cancillerías si no cambian de rutas. Para Francia sería una fecha feliz si en el Foreing Office variasen de conducta. No lo espero. Blum, nuestro gran Blum, con el mejor deseo, está llevándonos por caminos de perdición. ¡Si tuviera un gesto de energía!

P. B. — ¿Es posible tenerlo? Nadie ignora que Blum está supeditado a Chamberlain y se sabe que éste, en su afán de poner fin a la cuestión de España, llegó a rebasar todos los límites de la prudencia y de la cautela más elementales. Hoy es cosa incuestionable que Eden, por mandato de Chamberlain, pasando por encima del Embajador francés en Londres y del Embajador inglés en París, por encima de su compañero y amigo el ministro de Relaciones Exteriores de Francia Yvon Delbos, por encima de Blum y de su gobierno, utilizando el teléfono oficial directo, habló a Mr. Lebrun el Presidente de la República, y le hizo saber que *"si por causa de las cosas de España, dado el apoyo aunque disimulado, cierto, que el gobierno de Francia prestaba al republicano de Valencia, se producía un conflicto con Alemania e Italia, era un deber de lealtad advertirle que Inglaterra se desligaría de todos los compromisos y obligaciones que tenía con su amiga y aliada"*.

L. — ¡Imposible! ¡¡Eso es una monstruosidad!!

P. B. — Todo lo monstruoso que se quiera; pero cierto;

y tan cierto que yo acabo de oirlo de labios de uno de nuestros ministros — socialista por más señas —, que se lo comunicaba a M. Herriot.

L. — Si las cosas son como usted las pinta y han llegado a tales límites, es que en Londres se han decidido, por complacer a Hitler y Mussolini, sacrificar el gobierno legal español y entregarse por completo a una política de contemporizaciones o de sometimientos que nos llevarán a una catástrofe.

D. — Acaba usted de retratar con toda perfección la realidad. Los representantes oficiales de mi país, pese a cuanto piensen, sientan y quieran las clases trabajadoras, los elementos intelectuales, los partidos laboristas y liberal, van derechamente a entenderse con Hitler y con Mussolini.

De haber seguido explicando lo que implica el acto de Italia, su adhesión al "pacto anticomunista de Berlín", tal vez muchos de los asombros que a ustedes les producen esas conductas que, con toda razón califican de monstruosas, no se producirían. Hay mucha más lógica en los hechos (aunque dialéctica o discursivamente parezca todo absurdo y un tejido de incomprensibles contradicciones) de cuanto al primer examen de estos sucesos se descubre.

Son ustedes los franceses demasiado lógicos, al raciocinio y a la razón les otorgan una supremacía que en la historia jamás alcanzan. La fuerza de la vida, las esencias de la realidad, el ímpetu de los hechos no entienden de silogismos, no saben de teoremas, no se fundan en hipótesis. Las cosas son como son, se producen por encima y sin acatamiento de las normas polémicas, y nada ni nadie puede evitar ni enmendar sus consecuencias, una vez producidas.

Entre el pacto "anticomunista" y los sucesos de España existe una relación directa, se da una íntima trabazón que está actuando con un poder incontrastable. Tendría yo que hacer amplias y tal vez poco ordenadas explicaciones para ir exponiendo éstas que son mucho más que verdades, porque son realidades.

L. — Siga, siga usted. Creo que todos los que le escuchan están, como yo, pendientes de sus palabras. Me parece que nadie siente impaciencias (*asentimiento de los interlocutores*) y que por mucho que sea el tiempo que exija la explicación, tiene usted concedido por anticipado un margen amplísimo para hablar con la extensión que le acomode.

D. — Siendo así, voy a explicarme, con el temor de que, aún descontando el interés por oirme, sea en exceso dilatada mi narración. Que lo que voy a decir, pronto lo advertirán, se limitará a la relación, con cierto orden y un poco de método, de hechos que son los que hablan con una lógica de mucha más fuerza que la de nuestros razonamientos.

Saben muy bien que el pacto firmado en Berlín el 25 de noviembre de 1936 fué un instrumento que tenía tanto de ofensivo como defensivo contra la III Internacional, que pretendía servir exclusivamente "para combatir el comunismo", según las reiteradas explicaciones oficiosas que entonces se dieron definiendo el significado, alcance y propósitos de los firmantes.

Se llamó también pacto "anti-Comitern" por los alemanes, queriendo, al utilizar este nombre, demostrar su voluntad de combatir al que el "Voelkischer Beobachter" llamaba "el Mefistófeles peligroso". Establecía el gran diario de Hitler que el Comitern era una organización universalmente establecida para aprovecharse de todas

las debilidades de los gobiernos vacilantes, tímidos e impotentes. "Contra el Comitern va el pacto, pero no contra Moscú ni contra ningún Estado". Su objetivo esencial es "aislar y destruir el comunismo, para rehacer y conservar la paz en el mundo, hondamente perturbada por los dirigentes y secuaces de la Tercera Internacional".

(*Permítasenos, a modo de apostilla, abrir un pequeño paréntesis y recordar que, en "Voce de Italia" — 7 de noviembre de 1937 — Virginio Gayda, el altavoz oficial de Mussolini, comentando el acto de adhesión por parte de Italia al acuerdo germano-nipón de 25 de noviembre de 1936, se producía en términos idénticos, aseverando que el fin perseguido por el Duce era "defender la civilización contra la barbarie comunista"*).

En efecto — continúa hablando D. — el tal pacto no va contra Moscú, tiene alcances mucho más ambiciosos. "La lucha contra el comunismo enmascara la política agresiva de intervención en la política interior de todos los Estados". Basta leer el texto del artículo segundo del Pacto de Berlín que a la letra dice: "Las altas partes contratantes invitarán en común a los terceros Estados, *cuya paz interior está amenazada* por el trabajo de descomposición de la Internacional comunista, para tomar todas las medidas de defensa, *en el espíritu de este acuerdo* o bien adherirse a él".

Parece claro el propósito y bien definidas las intenciones, pero si alguien sintiera aún dudas o vacilaciones ante mis afirmaciones, me bastaría reproducir, del mismo texto del acuerdo, el contenido del apartado "B" del protocolo suplementario donde se establece que: *"Las autoridades competentes de las dos partes contratantes adoptarán en el cuadro de las leyes existentes, MEDIDAS SEVERAS CONTRA LOS QUE EJERCEN, EN EL INTERIOR O EN EL EXTRANJERO, DIRECTA O INDIRECTAMENTE, una actividad en favor de la Internacional comunista o que ayuden al trabajo de descomposición por ella practicado"*. Es categórico el propósito, terminante la decisión: los gobiernos de Berlín y Tokio se erigen en *interventores directos y permanentes en la política de los Estados donde estimen que opera la tercera Internacional,* con la agravante de que para proceder de este modo es suficiente que estimen que en los Estados intervenidos existe una actividad, *directa* o *indirecta,* en favor de la Tercera Internacional.

(*También queremos nosotros, simples expositores de estos diálogos, recordar, por lo que tiene de oportuno, que Pertinax — en "L'Echo de París", el 7 de noviembre de 1937 — mantenía que el pacto germano-nipón-italiano "era un tratado susceptible de ser aplicado universalmente"*).

Pero si hubiese algún obstinado en negar la perfecta exactitud de este modo de entender y explicar el inaudito suceso, podemos brindarle una prueba irrebatible. Un acto auténtico, una interpretación oficial y una declaración concluyente de cuanto sostenemos. Ribbentrop, a la sazón embajador del Reich en Londres, que había ido a Roma para firmar el protocolo, en condiciones que fueron comentadas y censuradísimas, después de estampar su firma al pie del documento diplomático, declaró: "La dislocación de los Estados nacionales por la propaganda bolchevique en el interior, como preparación de la intervención armada desde el exterior, es en todo caso el fin perseguido por el Comitern. El presente acuerdo, que no está dirigido contra ningún Estado y que está abierto a todos los que quieran unirse a él, es una garantía para el libre desenvolvimiento de la vida nacional de los pueblos y al mismo tiempo una garantía para la paz internacional".

En fin; para dar probanza plena, insuperable de la certeza de cuanto he dicho, me parece de toda oportunidad recordarles las palabras del Führer, hace apenas dos meses en el famoso congreso de Nuremberg: "Así como en un colegio no se puede admitir reunidos, en las mismas aulas, niños sanos con niños afectados de males contagiosos, no se podrá admitir en Europa, a la larga, la posibilidad de una coexistencia útil y fructuosa de las naciones, desde el instante que entre ellas las haya que son portadoras de gérmenes infecciosos". Y lo más grave de estas declaraciones radica en el hecho de que Hitler, a continuación da como contaminados de males infecciosos políticos "los gobiernos salidos del Frente Popular, que han producido *perturbaciones en el equilibrio europeo*".

Veamos ahora cómo la lógica fatal de los hechos, la inexorable realidad, con su dialéctica ineludible, va construyendo situaciones, estados de cosas que arrastran las relaciones internacionales. Virgilio Gayda en el "Giornale d'Italia" produce estos comentarios: "Cualquiera que sean las apreciaciones de los diferentes Frentes Populares constituídos o en potencia, el hecho es que el pacto solidariza más de 200 millones de hombres, a los cuales hay que añadir los amigos y asociados de Europa y de otros continentes. Estos hombres están bien armados en tierra, sobre el mar y en el aire; es bueno que se sepa que las potencias signatarias del protocolo poseen un total de 2 millones de toneladas de navíos de guerra". Por si esto no fuese suficientemente claro y explícito el "Corriere della Sera", comentando declaraciones del Duce no se recata en confesar: "Cierto, el estrechamiento de los lazos de las tres grandes potencias, Italia, Alemania y el Japón, tienen, por la fuerza de las cosas, un valor internacional que traspasa el simple programa bolchevique". Después de tranquilizar a los pueblos que "no se atraviesen en la acción preservadora y de purificación prevista en los protocolos", concluye con esta advertencia: "En suma, el ejemplo bienhechor del acuerdo y *su carácter expresamente pacífico depende de la actitud de las otras potencias* y de la acogida que dispense a la *nueva y grandiosa entidad nacional que acaba de nacer*.

> Vean ustedes como el acuerdo bipartito de Berlín, transformado en alianza tripartita por el protocolo de Roma — arguye D — se erige en un instrumento internacional, alardeando de su fuerza, exhibiendo su enorme poder, para intervenir "desde fuera y desde dentro" en la política de aquellos países democráticos cuyos gobiernos hayan salido de sus movimientos que de modo genérico se llaman "Frentes populares". Derecho de intervención y carácter universal en la acción; tales son los caracteres visibles e innegables del acuerdo anti-Comitern.

En el "Intransigeant" del 8 de noviembre de 1937, Gallus, advierte a los franceses, diciéndoles: "Alemania e Italia quieren simplemente erigirse en gendarmes del mundo. Y los gendarmes tienen el derecho de perseguir a los malhechores por todas partes donde los sorprendan. De donde se sigue que en nombre de la civilización Alemania, Italia y el Japón se arrogan el derecho de mezclarse en la política interior de todas las naciones".

Esta nueva política, perturbadora y de entrometimientos tan cínicos como peligrosos, inspira a Dorothy Thomson en "New York Herald Tribune" estas reflexiones: "El acuerdo, en su protocolo anexo, introduce abiertamente en los negocios internacionales el arma de la agitación política en el interior de los países extranjeros".

> Por lo dicho convendrán ustedes conmigo — vuelve a explicar D — la razón que tenía para afirmar que entre el pacto "anti-comunista" y los sucesos de España existe una relación directa, se da una íntima trabazón. Con la simple exposición de los hechos, observando su desdoblamiento, esa

lógica fatal de la realidad, que es inexorable se ve como los sucesos de España son el primer paso, ineludible y obligado de ese derecho de intervención que se atribuyen los concertados en Roma, defensores de la civilización y guardadores de la paz.

Apenas se eligió el Gobierno republicano de España, primer ensayo de la táctica electoral llamada frente popular, en Alemania, en Roma y ¡hasta en el Japón! se comenzó la campaña, luego seguida, ampliada e intensificada hasta límites jamás vistos en la gran prensa europea y sudamericana, contra "las perturbaciones internas del orden público en España, de la acción comunista en aquel país y de las influencias del gobierno de Moscú sobre el de Madrid. ¡Y eso que no estaban ni establecidas relaciones diplomáticas entre ambos países!

Preparada la campaña de descrédito contra el gobierno del Frente Popular Español — donde no había, no ya un ministro comunista, ni uno socialista, y el Parlamento sobre 400 diputados sólo contaba con diez y seis de filiación comunista — se preparó la sublevación de los generales rebeldes. Creyóse que, por la amplitud y la profundidad de la subversión, por la violencia espantosa conque se produjo, por los bárbaros y monstruosos que fueron los actos que los rebeldes perpetraron para amedrentar el pueblo, el gobierno no podría y en todo caso no querría resistir el formidable asalto de la sublevación. Pero gobierno y pueblo se hicieron firmes, se defendieron y lucharon, también con monstruosa barbarie, que aunque fuese una reacción y una respuesta a los asesinatos y depredaciones de los militares traidores, no por eso pierden su carácter feroz, logrando conquistar palmo a palmo el terreno donde la sublevación dominó en los primeros momentos.

Apenas se vió que el gobierno de Madrid, ocupando uno tras otro los cuarteles en que se había urdido y donde estalló la sublevación, iba reconquistando todas las posiciones militares, Cuatro Vientos, Vicálvaro, Jetafe, Alcalá de Henares y Guadalajara; que en Cataluña, Valencia y parte de Andalucía derrotaba a los sediciosos; que en San Sebastián, como en Oviedo y Gijón también salía victorioso de la prueba, los hombres de Berlín y de Roma se apresuran a ir en socorro de "sus instrumentos y agentes" para dar la primera gran batalla en la campaña que acababan de iniciar. Porque la derrota les habría sido fatal, irreparable, no vacilaron en poner a disposición de los militares perjuros toda la fuerza y todos los medios para asegurarles la victoria.

K. — No carece de lógica, en apariencia, cuanto usted dice; pero a poco que se analicen los hechos se adquiere el convencimiento de que la realidad no es la que usted describe, ni tiene el colorido que usted, de espíritu tan artista, le dió. En España, en efecto, hubo una terrible subversión de los altos jefes militares. ¿Pero no comprende usted que sin un ambiente propicio, por lo menos sin ayudas poderosas, no se habrían lanzado por caminos de aventura tan peligrosa? De otro lado las quemas e incendios de las iglesias, los ataques a la propiedad en el campo, los atentados diarios contra las personas en la ciudad, las huelgas continuadas ¿son cosas inventadas por la propaganda? ¡Estas sí que son realidades innegables, como usted dice!

D. — Cuidemos de analizar las cosas y vayamos al fondo de ellas. Es evidente que los generales suble-

vados no se habrían decidido a cometer acto tan peligroso si no contasen con el triunfo. Pero no olvide que yo consigné el error en que habían caído al suponerse con fuerzas superiores a las que manejaban y al contar que con los espantosos procedimientos que pusieron en práctica para aterrar al país les iban a dar el triunfo. Porque es cosa hasta hoy no estudiada, digna de estimar en toda su trascendencia, a qué punto llegó la serenidad del gobierno y el sentimiento de responsabilidad en los hombres que lo formaban, para no sucumbir ante el temor y no rendirse a violencias tan desenfrenadas.

En cuanto a que hubiera un ambiente propicio, los hechos mismos lo niegan. ¿No es el pueblo, el mismo que por su voluntad había elegido limpia y legalmente el gobierno del frente popular, el que está luchando con una valentía, una decisión heroica y una abnegación suprema contra los que le traicionaron? Esto sí que no admite réplica.

En cuanto a todos esos actos tumultuarios, de índole demagógica, de desenfreno satánico, que horrorizan y espantan ¿dónde está probado que hayan sido obra de las masas democráticas? Los hechos son ciertos. ¿Pero sus causas y sus orígenes están acaso determinados? Por de pronto es incuestionable que la forma, el modo, tono y fondo de ellos, no es español. Nos recuerdan lo ocurrido en Alemania, después del advenimiento de los nacional-socialistas al poder y se semejan mucho a las represiones producidas en Italia. Que España estaba plagada de agentes provocadores, que la Falange se organizó al modo nazi-fascista, que grandes personajes de la Gestapo y de la Ovra fueron los orientadores de este movimiento, son cosas que nadie discute.

K. — No. Eso es lo que más se está discutiendo y hasta hoy no se ha pronunciado sobre ello juicio definitivo.

D. — Me basta ese reconocimiento porque con él se demuestra lo turbio y oscuro que es el origen de los sucesos de España. Y yo pienso, y conmigo cuantos hayan tenido que estudiar de cerca y seguir sin tregua estos movimientos, en Alemania, en Italia, los que hoy apuntan en Holanda, Bélgica y en Noruega, los mismos que acechan a Francia, como los acontecimientos españoles, se nos ofrecen llevados por las mismas manos que tejieron las subversiones sociales en los países de régimen totalitario.

K. — Opiniones más o menos acertadas, pero que no compartimos ninguno de los que conocemos como en España, con una impremeditación ingenua o punible, los gobernantes actuales se lanzaron a implantar reformas de un tal radicalismo que provocaron desenfrenos sociales indescriptibles.

P. B. — Eso es más que una exageración; es un perfecto error. Las reformas sociales en España pueden presentarse como modelo de equidad; y cuando se estudie lo que fué la labor de los hombres que la gobernaron los tres primeros años y la de los que actuaron desde febrero de 1936 hasta que se produjo la sublevación de los generales perjuros, todo el que lo haga sin pasión y con juicio documentado, habrá de proclamar que la tarea fué digna de hombres conscientes, buenos patriotas, y más de uno de ellos, singularmente don Manuel Azaña, con aptitudes de verdaderos estadistas.

Pero este apasionante problema de España, que a todos nos domina y tanto nos divide, hizo que nos apartásemos del tema primordial de nuestra conversación. ¿Quiere usted, D, seguir su exposición?

D. — Con gusto sumo. Pero no porque crea que el problema de España, como usted dice, nos aparte del que examinábamos. Antes bien; para mí al menos lo centra y lo define. Cuando usted afirmaba que "el problema de España nos domina y nos divide", en sentir mío definía usted con acierto magnífico la realidad internacional. El problema de España, es el problema del mundo; por eso "nos domina y nos divide". Hay que estar con la República o frente a ella", y todo lo demás es secundario.

K. — Tremendo peligro tiene esa teoría de suponer que el mundo se ha de dividir en dos ideologías, incompatibles, irreductiblemente contrarias. Somos nosotros los ingleses, amigo D., los que estamos dando el ejemplo. Nunca se alabará suficientemente, ni se agradecerá bastante a nuestros gobernantes el haber mantenido alejado a nuestro pueblo de esa concepción peligrosa y suicida. Hay otros intereses y otras conveniencias mucho más nobles y esenciales que las puras ideologías.

D. — Pues vea usted, amigo K, como también entre nosotros se da la misma división; cada uno mantenemos "ideologías" opuestas.

K. — No y cien veces no. A mí no me encuadrarán en ninguna de ellas. Aparte de que me repugnan por igual.

D. — Si no fuese molesto para usted le diría que, sin saberlo, usted está en el corazón de la que Hitler y Mussolini pregonan. Es más, con una buena fe que no discuto, con una rectitud espiritual que reconozco, es usted de los que no dudan que "el orden social", "la civilización" están defendidas por ambos profetas de la paz y que cada hora lo estarán más.

K. — ¡Qué opiniones tan singulares! Yo aseguro que Inglaterra se mantendrá, más y más cada día,

frente a esas endemoniadas posturas de intransigencia, que escinden a la humanidad en dos campos y quieren preparar una monstruosa, inhumana, horripilante guerra civil universal.

D. — Pues a eso vamos, querámoslo o no, con Inglaterra, sin Inglaterra o contra Inglaterra. Si he de ser del todo veraz diré: "con la complicidad de Inglaterra".

K. — ¡Qué manera de afirmar! Verdad es que a nosotros los ingleses nos gusta que nos digan las cosas más crudas y entre nosotros estamos habituados a decírnoslas, siempre exagerándolas.

Inglaterra no negará su gran tradición, timbre de honor en nuestra vida internacional, de respeto a la política interior de los demás países. Así Bolingbroke, así Pitt, así Castlereahg, así Canning, así Palmerston, así Gladstone, así Lloyd George, así Balfour.

D. — Unos sí; otros no. Todos, cuando convenía a nuestros intereses. Algunos, cuando ni nuestros intereses estaban afectados. Ciertos de ellos fueron "intervencionistas" rabiosos. Pero no es cosa de discutirlo.

K. — Yo no lo discuto. Lo afirmo. Me basta recordar nuestra política radicalmente contraria a la de la "Santa Alianza" en Europa, nuestra conducta en las guerras coloniales de España después de la caída de Napoleón, en nuestro afán desinteresado de apoyar a Monroe cuando dijo a Europa: ¡No se pasa de aquí!"

L. — Eso sí que "es pintar como querer". La Santa Alianza no hizo esa ni otra política. El intervencionismo, elevado a la categoría de institución internacional, fué obra de Metternich, el teorizante y realizador del "legitimismo", restaurador del poder absoluto de los monarcas, el que con Alejandro de Rusia y con Luis XVIII preparó y consumó la

intervención en Italia y en España. Entonces también se quería salvar "la santa tradición", "los grandes intereses sociales", "la civilización en peligro". Claro que aún no había aparecido, ni en idea, el comunismo. Entonces eran la "Revolución", "los Derechos del Hombre", "la Soberanía Popular", "el constitucionalismo" la bestia negra, el enemigo de los hombres y de los pueblos, la subversión de todas las leyes del mundo civilizado.

Y los ingleses, al iniciarse la contienda, al menos, después de Waterloo y de la ocupación de París, intervinieron como los otros en la política interna de los demás pueblos, luego dejaron hacer a Rusia, Austria y Prusia, si bien Castlereagh empezó a reaccionar contra estas tendencias y marcó la ruta a Canning.

D. — Ya quisiera yo para mi pueblo, para bien de Europa y conveniencia universal, tener hoy siquiera un Castlereagh. Lo que en nuestro país sucede ahora es sencillamente, contra lo que usted K. sostiene, la negación de esa gran política respetuosa de la libertad y de la autonomía de los otros Estados.

K. — ¿Pero es que habrá quien pueda admitir, si el acto de Roma tiene la significación, propósitos y alcance que D. le atribuye, que Inglaterra se ha de cruzar de brazos y Francia, con todos sus aliados, permanecer indiferente? No. El tratado de Roma, así explicado, tal y como acabamos de oirlo, equivaldría a establecer dos grupos de grandes potencias, división que no se limitaría a Europa, tendría caracteres mundiales.

Recuérdese que el pasado año, apenas firmado el acuerdo de Berlín, entre Alemania y el Japón, en Inglaterra se produjo una impetuosa reacción y toda la prensa coincidió en calificar el acuerdo como "la más grande *gaffe* de Hitler" porque levantaba una cima infranqueable para toda posible inteligencia entre ingleses y alemanes.

Más aún; apenas se tuvo conocimiento, tres días después de firmado el acuerdo entre el Führer y el representante del Mikado, de que Italia había reconocido *de facto* el Manchucuo y que el Japón lo había hecho del "imperio" italiano en Abisinia, se produjo en todo nuestro país tan gran revuelo que "The Times", siempre cortés, cauto y comedido, llegó a escribir: "Si esto no tiene la condición de ser honorable, es al menos *entre ladrones* un homenaje de admiración mutua".

En fin de cuentas, caso de ser el pacto tripartito de Roma lo que usted, D. nos explica, a nosotros nos pondrá en pie, ya que en último análisis ello equivaldría a proclamar la organización del mundo en período constituyente e ir a un nuevo reparto internacional.

D. — Así es y no de otro modo. A lo que yo agrego que Inglaterra no ha de aceptar el cartel de desafío que Mussolini le lanza; que no sólo no recogerá el guante, sino que procurará entenderse con el retador; que olvidará los desenfrenos en Etiopía, la ruptura del equilibrio mediterráneo, provocada con la "intervención" en España, su fantasmagórica y apocalíptica arenga al mundo musulmán, proclamándose protector del "Islam", en las horas mismas que nosotros tenemos que hacer frente a dificultades muy seria en la India; que, por último, hará por ignorar lo que significa que Italia se meta a brindar apoyos al Japón para su nueva política "oceánica", dirigida singular y directamente contra Inglaterra y contra los Estados Unidos.

L. — De no conocer su ponderación espiritual, su rectitud de juicio y su gran cultura en las materias y asuntos de política internacional, creería yo,

perdóneme esta libertad Mr. D., que pretendía usted gastarnos una broma muy pesada, a menos de suponernos ingenuos o radicalmente inexpertos en menesteres diplomáticos y cancellirescos.

Mr. D., reflexione sobre que sus aseveraciones equivalen a extender a Inglaterra la esquela mortuoria, víctima de una insensibilidad patológica. Porque sería el fenecimiento de un gran pueblo, producido por falta de todo impulso moral para sentir los agravios y reaccionar contra ellos.

D. — Mr. L., si en lo que dice usted sustituyera "Inglaterra" por "gobierno inglés" no tendrá nada que oponer — por terribles y dolorosas que fuesen las consecuencias de mi tesis — a todo lo que acaba de decir con gran sentido. Por algo es usted una de las más respetables autoridades en Filosofía de la Historia. El pueblo inglés llegará a comprender lo que hoy no alcanza y dará pruebas de sus grandes energías, de sus virtudes esenciales, de su magnífica e incomparable altivez. Los hombres responsables de esta situación serán los que, en la hora de la justicia, tendrán que purgar sus yerros incalificables. Son las responsabilidades de ellos imprescriptibles, y tarde o temprano, tarde desde luego, llegarán las sanciones.

No es hora, ni el momento lo aconseja, de hablar a fondo y con claridad de esos yerros inexcusables. Tal vez tendré ocasión de reproducir cosas que vengo escribiendo, en verdad un poco veladas para que el gran público pueda entenderme, pero suficientemente comprensibles para aquellos a quienes van dirigidas. He de hacer un día resumen de lo que llevo insinuado, con asiduidad que parece pertinacia o machaconería, en mi diario. Se comprobará entonces, por ustedes mejor que por nadie, lo leal y sincero que soy al expresarme como lo hago. Debiendo de advertir que yo no podría

hacerlo si los grandes hombres que dirigen mi diario, cuya solvencia política y prestigios intelectuales son obvios no compartiesen mis opiniones, tal vez sería más exacto decir si yo no coincidiese con las que ellos propugnan.

P. B. — Debemos suspender nuestra conversación en el momento de más interés. Las afirmaciones que acabamos de escuchar de labios de Mr. D. llegan tan adentro, de tal modo nos atraen que merece la pena de comprometernos a continuar estos diálogos dentro de unos días o unas semanas, cuando Mr. D. regrese de Bruselas para donde creo que va a salir mañana.

D. — Así es. Me encargan que sustituya la semana entrante al "observador" diplomático que mi diario tiene destacado en la "Conferencia del Pacífico". Bien saben que me placerá y complacerá continuar esta charla, gratísima para mí por muchos conceptos, el día que regrese o cuando ustedes estén reunidos.

SEGUNDO DIALOGO

(*Lugar, el mismo, como los personajes, donde se produjo la conversación anterior, primera parte de este diálogo*).

(*Sentados en torno de una mesa están P. B., L. y K. Hay una silla sin ocupar*).

L. — Está en retardo Mr. D., él que es la efigie viva de la puntualidad británica.

K. — Será por desmentir, una vez al menos, la fama bien merecida que los ingleses tenemos de rendir culto a la puntualidad y ser esclavos del reloj.

P. B. — No siempre Mr. K.; es una fama ganada, pero no sé si bien merecida. Ayer mismo yo hube de esperar durante una hora y algunos minutos a uno de estos gentlemen cronometrados.

K. — Mr. P. B. es la segunda vez que usted me lo recuerda. Ya le presenté mis amplias y rendidas escusas, llegando a explicarle que fué contra mi voluntad y con gran contrariedad mía. Asistí a la ceremonia nupcial de la hija de mi gran amigo X., actué como testigo en el acto matrimonial y yo no soy culpable de que el Sr. Obispo que presidió el acto nos hiciese a nosotros estar en espera esa hora que yo me retrasé.

P. B. — Muy bien Mr. K.; achaquemos la responsabilidad de lo sucedido a ese obispo lento o rezagado. Pero si lo consiente nuestra vieja y sincera amistad, usted me guarda el secreto y yo no me equivoco al suponerme autorizado para descubrir el que voy a confiarle, le diré que sin obispos ni novias, aunque sí por causa de alguna viuda elegante y muy espiritual, veo a menudo en peligro la puntualidad británica.

K. — Le guardaré ese y todos los secretos que usted quiera a cambio de la libertad que me tomo al decirle que es usted, entre los franceses zumbones y mordaces, el más mordaz y zumbón de los franceses, con completo olvido de esa "politesse" que tanto admiramos entre la gente bien de su país.

P. B. — No olvide usted, mi simpático y grandísimo hipócrita, que nosotros tenemos en nuestro magnífico idioma aquello de "bruler la politesse" para calificar las faltas de puntualidad. Y, como usted me tiene acostumbrado a sus proverbiales plantones, no es mucho que yo haya reducido a cenizas, con usted al menos, la "politesse" de mi tierra.

L. — Se acabó el discreteo; aquí tenemos a Mr. D., que ciertamente no se hizo esperar tanto que no llegue en el momento de sonar, en el salón de la Asamblea, la primera campanada de las cinco en el gran reloj. Lo que quiere decir que nosotros estábamos impacientes en exceso, pero no que Mr. D. no haya llegado puntualmente, a la hora convenida.

(*Después de los saludos de rigor y algunos comentarios acerca de "la agarrada" entre P. B. y K., se inicia el diálogo, que procuraremos reproducir con la mayor fidelidad, al menos en todo lo que nosotros tenemos por esencial del mismo*).

K. — Mr. D. aquí estamos impacientes por escuchar sus noticias y recoger las impresiones que usted trae. Supongo que en Bruselas no habrá encontrado usted muchas ocasiones para confirmar aquellos decires de usted, que a mí me desconcertaron y que en el espíritu de estos señores provocaron un interés profundo.

Me parece que en Bruselas, nuestro Ministro Eden, ejecutor de una tarea que consolida su bien ganada fama de diplomático sagaz y expertísimo, no le habrá brindado con sus actos material para fortalecer aquellas paradógicas y desconcertantes reflexiones que usted nos endilgó a propósito de la política exterior de Inglaterra.

D. — Muy querido y respetado Mr. K. — parece que voy a redactar una carta — abandone las reticencias y no me incite a usar de las mismas armas. Deje que serenamente les diga, como lo tengo ofrecido, lo que en nuestra última conversación quedó sin decir.

No creo que usted me haya de reprochar el cuidado que puse en ir reuniendo, precisamente durante mi estancia en Bruselas, pruebas y testimonios en apoyo de mis opiniones, debiendo hacer

constar que estas alegaciones en demostración de la tesis que sostengo, como ustedes apreciarán, no sólo me las encontré hechas sino que son abundantes y de un valor excepcional.

P. B. — Antes una sola y pequeña pregunta. ¿Qué vió usted en Bruselas? ¿Es cierto que aquello, aunque otra cosa nos cuenten fué un reñidero de gallos... tapados?

D. — Ya está el incurable político en acción. Siempre ansioso y siempre impaciente, cuando inquiere. Que de ser él quien informa, como expresan con frecuencia en España, "sólo dice lo que quiere y de esto lo menos", para poder "nadar a su antojo y sin mojar la ropa".

P. B. — No es así el refrán, que usted trastrueca con maligna intención; ahora no se trata de mí. Es a usted a quien preguntamos.

D. — Hable en singular; sólo usted fué quien me interrogó. Pero ya cobrado el precio de su curiosidad, con esta licencia que me tomé y que me perdonará, voy a calmar esa sed de noticias que siempre le atormenta. Lo de Bruselas, un *pandemonium*. Allí nadie se entendía y todo fué pura falacia. El único que triunfó fué "el ausente", como se le llamó al Japón, que no apareció un solo instante en la Conferencia y que por añadidura hizo cuanto pudo por desairar a los reunidos, desdeñando sistemáticamente las llamadas, tan respetuosas como vivas fueron las instancias, que por dos veces se le hicieron. Con desdén olímpico, con desprecio soberano, mientras los de Bruselas discutían la conducta nipona y pretendían frenarla, los japoneses lindamente se dedicaron a ocupar Shangai, a cañonear bases americanas y a herir con tiros de ametralladora ¡a nuestro ministro en aquellos pagos!

K. — Todo eso ¿convendrá en ello? no va a quedar impune. Las explicaciones suficientes y terminantes habrán de venir...

D. — No hablemos de lo que será, tenemos más que suficiente con estudiar lo que es.

L. — Sí, sí; eso es lo que por encima de todo estamos obligados a conocer y saber con exactitud y en sus reales fundamentos.

D. — Recordarán ustedes que nuestro diálogo quedó suspendido cuando hablábamos de como en Inglaterra se recibiría la adhesión de Italia al acuerdo de Berlín, de 25 de noviembre de 1936, adhesión suscripta el 6 de este mes por Ciano, con la presencia de Ribbentrop, que abandonó la embajada de Roma, para ir a estampar su firma como delegado especial del Führer, en nombre del Reich.

L. — Me hago una gran violencia interrumpiéndole, pero tengo una gran curiosidad, no ciertamente por el afán de conocer con exactitud una noticia, sino por la importancia que histórica y políticamente le concedo. Siento un vivísimo deseo en saber si es cierto esto que voy a leer, advirtiendo que por proceder de fuentes autorizadas la recogí literalmente y reza de este modo: "Corre como cierto que Eden viene a Bruselas, enviado por Chamberlain, con el estricto designio de evitar al Japón dificultades. Los directores del Foreign Office contra lo que siempre se creyó, (por ser un arraigado y general afán en Inglaterra el de unirse a los Estados Unidos en los grandes negocios de la política internacional), están decididos a estorbar la acción de Mr. Davis, delegado personal de Roosevelt en la Conferencia, frustrando así la acción que el gran Presidente inició con toda valentía en su discurso de Chicago, donde al denunciar la agresión japonesa contra China ofreció sin re-

servas el apoyo de Norte América para imponer las debidas sanciones al agresor".

¿Será esto una de tantas informaciones extravagantes, carentes de todo sentido, verdaderamente disparatadas, que ahora sistemáticamente se inscriben en las columnas, llenando planas y planas, de la gran prensa?

D. — No hable usted en futuro. Eso no es un acontecimiento que se esté gestando. Es una verdad evidente. Una realidad patentísima, en plena acción.

L. — A pesar del enorme desquiciamiento que se observa en todas las cancillerías, desde 1933, apenas llegado Hitler al poder, que de día en día se acentúa hasta el absurdo, yo me resistía a creer esa información.

D. — Cuanto en ese respecto se diga, si explica el afán del Foreign Office de convertirse en cirineo del gobierno japonés, admítalo usted como exacto. Yo, aunque el recuerdo sea irreverente, apenas observé lo que pasaba en Bruselas, no pude por menos de rememorar aquel magnífico sarcasmo de Baudelaire: "Hemos llegado a las playas en que soplan los vientos de la imbecilidad". En la capital de Bélgica se está orquestando un magnífico concierto de desatinos. ¡Y Dios, Mahoma, Buda o Brahma quieran que la humanidad no tenga que pagar, con ríos de lágrimas y océanos de sangre, tantos absurdo y tantos desatinos!

K. — Ya está, reventando en explosiones de pesimismo y de mordacidad única, mi querido y admirado compatriota, al que allá en lo íntimo, tengo comparado, en muchos de sus rasgos, con lord Byron, por sus sarcasmos, espíritu también atormentado, impetuoso y violento como el gran constructor de "Childe Harold" y como él dispuesto a morir en los campos de Missolonghi.

D. — ¡Que lord Byron le perdone a usted, como yo se lo agradezco, por ocurrírsele esa disparatada comparación! Pero no dude usted de que, con sus sátiras y papirotazos, no ha de evitar que yo diga lo que creo y lo exprese sin el menor eufemismo.

P. B. — No disputen entre sí los ingleses; que hay extranjeros a la vista.

K. — Tiene usted razón.

D. — De acuerdo, Mr. P. B.

P. B. — Ya sabía yo que la advertencia no iba a caer en saco roto. ¡Estos magníficos británicos, son siempre los mismos! Y creo que con lo que digo les hago el más grande elogio que se me ocurre.

D. — Pues aprovechando el grato momento que me procura tan halagadora opinión de nosotros los ingleses, abordaré mi tema.

En Londres se sabe que el acuerdo de Roma es una tupida cortina de humo para ocultar las verdaderas intenciones de los tres signatarios del pacto. Aquí traigo el número del "Daily Telegraph" correspondiente al 8 de noviembre, que tratando del asunto dice lo que voy a leer: "Es difícil aceptar sin reservas la declaración de von Ribbentrop según la cual el presente instrumento "es una garantía para la paz mundial". Se podría creer si el bolchevismo apareciese hoy como el solo gran peligro para la paz. Pero recientes acontecimientos han dejado adivinar que la paz está actualmente amenazada por los enemigos aliados del comunismo".

Séame lícito recordar a ustedes que este diario, marcadamente conservador, se distinguió siempre por sus confesadas prevenciones contra Moscú y su odio al comunismo.

Continúo mi lectura: "Esta hostilidad proclamada contra el bolchevismo ruso podría afectar a

cosas distintas del comunismo. El primer efecto del pacto es ligar tres grandes potencias contra las otras grandes potencias. Francia, Inglaterra y hasta los Estados Unidos tienen derecho a no sentirse tranquilos con esta barrera levantada desde el Báltico al Mar del Norte y desde el Mar del Norte hasta el Mediterráneo... llegando al Pacífico".

En este ejemplar del "News Chronicle" del mismo día 8 se dice: "El comunismo es un pretexto de que se valen las potencias fascistas para servirse del territorio de un Estado, como lo han hecho en España".

El "Yorkshire Post", de la misma fecha, órgano personal de Eden, aunque le parece que es excesivo el honor que se le hace al comunismo, al que llama "enemigo quimérico", suponiendo que contra él no hay que acumular tan grandes fuerzas, intenta tergiversar el estado de la opinión pública y afirma: "El acuerdo que ha suscitado en Londres más interés que alarma, puede ser una confesión de fé, como lo fué el pacto Kellog, o un primer paso hacia una política que tiende a cercar a Rusia; pero, a menos que los sucesos no prueben que esta última interpretación es la buena, nosotros nos atenemos a la primera como motivación de la actitud de los gobiernos de Berlín, de Tokio y de Roma".

K. — Esta opinión del diario de Eden demuestra lo contrario de lo que usted quiere demostrar y...

D. — En seguida vamos a comentar los textos, pero, hasta que termine la lectura, suspendamos todo juicio y no formulemos opiniones precipitadas.

En "The Times" — fecha 9 de noviembre — que con un candor infantil ¡él, tan precavido y desconfiado!, en su editorial, partiendo de que las afirmaciones de Roma responden a los sentimientos pacifistas de los signatarios del pacto, se aconseja: "Por el momento lo más prudente en el acto, si se nos permite decirlo así, es su valor nominal". "Así no podrán las potencias signatarias utilizar el argumento de que todos sus actos provocan las sospechas generales y además encadenamos estas potencias a sus declaraciones oficiales".

K. — Veo que terminó usted de leer los textos que nos traía preparados y me parece que ya puedo opinar con conocimiento de ellos. Insisto que sus probanzas carecen de toda fuerza demostrativa de la tesis que viene defendiendo. Yo no veo por parte alguna la ratificación de sus juicios y creencias.

D. — Que usted, Mr. K., no conoce; al menos en este caso.

Mi tesis fué, todos lo han de recordar, que en Londres no se recogería el cartel de reto que le lanzaban los totalitarios y que se haría una política de transacciones, más aún, de acomodos e inteligencia con ellos.

K. — Lo que nadie deduce, al menos a mí así me lo parece, de cuanto usted acaba de leer.

D. — Vamos a verlo. Cité dos diarios, de tendencia moderada, que claramente decían que el fin que se asignaba al Pacto de Roma era una simple máscara. Si ahora utilizase todos los materiales que aquí traigo — muestra su abultada cartera — de los diarios laboristas y liberales, se vería que la interpretación es unánime, que no hay una sola discrepancia al calificar el acto de Roma como una gran farsa, al decir que se levanta una fuerza internacional contra el comunismo en defensa de la civilización, cuando en verdad lo que se construyó fué un instrumento de formidable poder contra todo el mundo internacional.

K. — Eso es lo que predican los adeptos o simpatizantes de Moscú, las gentes y organizaciones que en todo el mundo obedecen las consignas del Comitern.

L. — ¡A ver si ahora descubrimos que usted D., es un agente secreto de Moscú!

K. — Ni dije eso, ni lo pienso. Conozco como ustedes, tal vez mejor que ustedes, cómo siente y cómo procede en todos los actos de su vida Mr. D., y porque lo sé, pese a nuestras radicales discrepancias, mi estimación y mi afecto por él cada día son mayores.

L. — Pero no desconocerá usted, Mr. K., por mucho que usted salve las sinceras intenciones y la rectitud moral de Mr. D., que le atraviesa en el camino de sus explicaciones, un cargo *ad hominem* cuando le replica: "Eso es lo que dicen los comunistas y comunizantes al servicio del Comitern".

D. — Agradezco su defensa Mr. L., pero déjenos discutir a los ingleses. Mr. K., es un diestrísimo polemista y tiene una imaginación que no poseemos la mayoría de los británicos. Buen esgrimidor adivinó el golpe y quiso pararlo antes de que yo lo descargase.

P. B. — Están ustedes excitando más y más, con estos forcejeos desorientadores, nuestra curiosidad por llegar al asunto, a la médula del problema. Merecería la pena de no interrumpir a Mr. D.

D. — La prensa fascista (lean todo lo publicado en los grandes diarios de Roma, de Milán y Nápoles el día 8) se felicita de la mesura y comprensión que inspira el editorial de "The Times". Esto ya sería sospechoso.

Pero da la coincidencia peregrina de que el mismo día que "The Times" escribe: "el 9 de noviembre, en el Guildhall de Londres, Mr. Neville Chamberlain asiste al tradicional banquete que

ofrece el lord-alcalde, y habla así: "En lo que concierne a nuestras relaciones con estas dos grandes potencias — acababa de aludir a Italia y Alemania — tan estrechamente asociadas hoy en eso que se llama "el eje" Roma-Berlín, me limitaré a decir que es deseo sincero del gobierno de S. M. ver esas relaciones firmemente establecidas sobre la base de la amistad y de la cooperación mutua."

Ahora, Mr. K, llego a mis conclusiones que concreto en estos dos hechos: "Eden, por medio de su diario, nos dice que el acto de Roma es *una simple confesión de fe, como el pacto Kellog;* Mr. Chamberlain, al siguiente día, *declara el deseo sincero de que las relaciones entre Alemania e Italia se establezcan firmemente.*"

P. B. — Esas no son conclusiones; son los hechos mismos, una realidad evidente.

D. — Y ahí radica el enorme peligro.

L. — El enorme peligro, tanto como en los hechos está en las torcidas intenciones de los que así hablan. Eden no puede, sin cometer una enorme injusticia, comparar el Pacto de Roma con el Pacto Kellog. El primero, es para ir a la guerra, para preparar, declarándolo, una lucha entre los pueblos. El Pacto Kellog fué la declaración más valiente, en el terreno diplomático, el gesto más humano, en la política internacional, la actitud más noble, ante el derecho de gentes y en defensa de la paz.

P. B. — Así es. Pero, con ser insólito lo escrito en el "Yorkshire Post", es más desconcertante la declaración de Chamberlain. Toda su política exterior está, si hemos de creerlo, condicionada a la obra de la Sociedad de Naciones, al cumplimiento de las obligaciones que impone el "Covenant" a sus miembros, en la seguridad colectiva. ¡Y Alemania como Italia tratan por todo los medios de barrenar las bases de la Sociedad de Naciones,

haciendo una política de tratados bilaterales, acabando con los de seguridad colectiva!

Aparte de que el Japón y Alemania no sólo han abandonado la Sociedad de Naciones sino que por todos los medios la combaten y denigran.

D. — Ahí finca la gravedad de los hechos. Todo proclama el propósito del Foreign Office de preparar un cambio de ruta, de hacer un cuarto de conversión en sus orientaciones internacionales. Se va a pactar con Alemania e Italia, desarticulando por completo la política que arrancó de Versalles. Quien no descubra estos designos en la conducta de Chamberlain es que está ciego.

Como lo está él, al no advertir que va camino de poner al mundo en manos de Hitler, con peligro de que la humanidad entera pague dolorosamente estas debilidades, que me atrevo a decir que son congénitas en ciertas poderosas zonas de los conservadores de mi país.

L. — Sin que yo entre a discutir estas gravísimas aseveraciones de Mr. D., lo que he de confesar es que, después de escucharlo, comienza a tener para mi sentido algo que, por más que sobre ello discurría y reflexionaba, no llegaba a comprender. Quiero referirme a ese extraño, inesperado y estrambótico viaje de lord Halifax a Berlín; para asistir a una exposición internacional cinegética!

D. — Deberíamos todos los hombres que nos estimamos, ingleses o chinos o haitianos, desde Noruega a Australia y desde Canadá al Sur de Africa, elevar una moción de protesta universal. ¡En estos momentos el lord-presidente del consejo privado dedicado a visitar una exposición cinegética!

K. — ¿También eso es pecaminoso? ¿Constituye algún crimen diplomático?

D. — No. Algo peor que eso... Suponer que el mundo es una jaula de idiotas. La falta de sinceridad, que acusa temor de confesr las propias convicciones, reviste caracteres de insólita inocencia... ¡Como si pudiese existir una sola persona que haya de dar por buenos tales absurdos!

L. — Por cierto que en la "Informazione Diplomatica" del día 10, en nota que por el tono y el lenguaje denuncia su procedencia del propio Mussolini, señalando la importancia de la "Triplice anticomunista", se jactaba de que Italia disponía ahora de "cartas nuevas y amigos poderosos".

P. B. — Lo que no era obstáculo para que el embajador de Italia en Londres, Grandi, fuese recibido en el "Foreign Office" por el Subsecretario Vansittart y que al siguiente día Ciano, en el palacio de Chigi, celebrase una larga conferencia con lord Perth, significándole el deseo de abrir "amplias conversaciones angloitalianas", respondiendo así a los requerimientos que Chamberlain "había insinuado en su notable y conciliador discurso del día 9 en el Guildhall".

D. — Por lo que el órgano conservador de nuestro país, el "Daily Mail", el día 12 de noviembre, calificaba todos esos actos como magníficas expresiones de "la nueva diplomacia vigorosa de Mr. Chamberlain".

K. — Me parece que interpretan ustedes desacertadamente las razones verdaderas de todos esos hechos. No olviden ustedes que el día 11 había llegado a Londres el llamado "embajador financiero" de Mussolini, el conde de Volpi, siendo muy comentado y bien recibido el acontecimiento en la City.

D. — Yo no descarto la posibilidad de que Volpi vaya a negociar ese famoso empréstito de que tanto se habla. Me atengo, para seguir las trazas segu-

ras de estos acontecimientos, a otros actos más significativos y menos discutibles. Aludo a lo dicho, en una reunión de los conservadores en Edimburgo, por Mr. Chamberlain. Fué también el día 11 cuando el "Premier" habló solemnemente de que uno de los objetos de la política británica era el de "animar relaciones amistosas con otras naciones, sin las cuales no se podría conseguir seguridad ni estabilidad", haciendo un esfuerzo "para ver si es posible eliminar los temores y los recelos existentes, gracias a un examen profundo de su origen y de su razón de ser".

L. — A medida que se van atando los cabos sueltos, esas mil noticias aisladas y en apariencia inconexas que estos días salpican las columnas de los grandes diarios, se llega a formar la trama de toda una red de propósitos y designios.

Hoy mismo he leído anunciando que lord Halifax va a Berlín invitado por Hitler. Nos lo dice nada menos que el Canciller del Echiquier, John Simon, que oficialmente lo declaró en los Comunes.

K. — Pero es que ustedes se olvidan de cosas tan notorias como las reiteradas y claras manifestaciones de Mr. Chamberlain en cuanto a sus propósitos, ratificados en el reciente mensaje a Mussolini, de estrechar las relaciones con Alemania e Italia. Además, ¿no fué acto sintomático el que traduce el *gentlemen's agreement*, al igual que el viaje de Eden y John Simon a Berlín?

D. — No hay olvido. Muy al contrario. Convendrá, Mr. K., que usted haga memoria de que todos esos intentos diplomáticos abortaron porque se llegó al convencimiento de que, según una nota semioficial que se decía salida del Quai d'Orsay,

"n'on pu être engagées parce qu'on s'était randu compte qu'aucun reglement n'était possible ni avec l'Allemagne ni avec l'Italie tant que la crise espagnole ne serait pas liquidée".

L. — ¿Pero es que se liquidó la crisis española? Así lo piensan, sobre todo Mr. Chamberlain y Mussolini. Yo insisto en lo que les decía en conversación anterior: España ha de dar muchas sorpresas a los que creen que por haberla maniatado con la política de la "no intervención", la tienen ya vencida. Cierto que el gobierno de Valencia está pasando por momentos de crecientes dificultades, notoriamente críticos, pero desconocen al pueblo español y sus arrestos cuantos admitan que está en vías de ser sometido y vencido.

D. — Si Vds. quieren seguir rastreando las huellas de todo este manejo diplomático, que Mr. Chamberlain con Eden llevan tan burdamente, verán cómo nos ponemos en camino de conocerlas en su propia intimidad y sustancia.

Vean la prensa alemana y advertirán que — ¡sintomática coincidencia! — toda ella habla sin eufemismos y con incontenida ufanía de lo que llaman "feliz evolución de la política de la Gran Bretaña". En el "Voelkischer Beobachter" de 7 de noviembre, señalando la trascendencia del acuerdo contra la Internacional roja, en todos los órdenes de la política internacional, se afirma que su importancia crece porque coincide con el momento en el cual "el Premier británico anuncia la orientación nueva de la política inglesa en España".

L. — ¿A qué llaman "orientación nueva" de la política inglesa en España?

D. — Al hecho, que realmente es insólito, del cambio de agentes comerciales entre el gobierno de Lon-

dres y la Junta de Burgos, que es una forma de establecer verdaderas relaciones diplomáticas. Un estricto cambio de embajadores. ¡Y de qué rango y categoría! Burgos envía como agente comercial ante el Foreign Office nada menos que al señor Duque de Alba.

K. — ¿También eso es incorrecto? ¿No es cosa perfectamente explicable que Inglaterra cuide, por todos los medios, de matener defendidos y amparados sus grandes intereses en España?

D. — Mucho más que al cuidado de esos intereses, — de cuya cuantía e importancia, usted que es tan entendido en estas cosas, Mr. K., sería conveniente que nos detallase cuáles son y a cuánto puede ascender su monto — debiera preocupar a nuestros gobernantes no cometer el atentado, que se agrava con la hipocresía que lo encubre, debilitando a un gobierno legal y constitucional para fortalecer a unos militares rebeldes, que además están al servicio de naciones extranjeras. Pero claro es, cuando nada menos que Garvin, que con Scrutator, los dos hombres que más conocen y mejor traducen el pensamiento de Mr. Neville Chamberlain, se atreve a escribir lo que ha escrito en el "Observer" a propósito del nombramiento de los "agentes comerciales" ¿cómo puede nadie decir que desconoce los verdaderos propósitos y designios de nuestro gobierno?

K. — ¿Qué fué lo escrito por Mr. Garvin en "The Observer" que tanto le llama a usted la atención?

D. — Pues lo que usted va a escuchar (D. rebusca entre sus papeles el número del "Observer" y lee lo que reproduciremos) y no tiene desperdicio: "Sea por su intervención o por su instigación, Moscou es la causa del conflicto. Sólo por su intromisión ha tenido lugar la intervención italiana y alemana en España. ¿Cómo era posible que Italia y Alemania permitiesen la creación de una política de los Soviets en la península Ibérica?"

Y como remate de estas monstruosas falacias exclama: "Debemos dar gracias a Dios de haber disipado el gran sueño del bolchevismo de conquistar a España y Portugal".

¿Qué especial mandato, qué singular misión tienen Alemania e Italia que les permita inmiscuirse en los asuntos de la política interna de España y Portugal?

¿De quién recibieron esos mandatos y misiones? ¿Qué poderes les fueron delegados para cumplir estos singulares encargos? ¿Por qué son Alemania e Italia los Estados llamados a poner en acción esta política salvadora? ¿Dónde hay un acuerdo internacional, una norma jurídica, un principio del derecho de gentes que autorice este tremendo atentado a la soberanía de un pueblo libre?

L. — Pero es que el error de M. Garvin, que deja de ser error para convertirse en embuste, porque a sabiendas falta a la verdad, es la base de un terrible golpe de Estado internacional.

Cuando Rusia no tenía relaciones oficiales con España ya estaban en Tetuán los aviones de transporte alemanes, llevando soldados marroquíes desde la zona del Protectorado español a la península; volaban los Junkers de batalla sobre el cielo de la República; luchaban sus "técnicos" contra las fuerzas del gobierno; eran apresados aviones de la armada del Führer en territorio español; los italianos enviaban escuadrillas de combate para ayudar a los generales rebeldes; un grupo de estos aviones, en viaje para Tetuán, tenían que aterrizar en Argelia por falta de nafta; en Talavera (Toledo) en un entrevero eran derri-

bados aparatos y hechos prisioneros sus tripulantes, que pertenecían — un capitán, un oficial y un sargento — al ejército italiano; en Hamburgo embarcaban "patrullas de turismo" perfectamente equipadas que salían para Pasajes y para Lisboa incorporándose a las filas de los rebeldes. ¡Todo esto cuando Rusia estaba tratando, durante largas negociaciones, de entablar relaciones oficiales con la República española!...

P. B. — ¿Si no fuese más que eso?

K. — ¡Más que eso!

P. B. — Sí. Con documentos oficiales el Ministerio de Estado español acaba de dar plena probanza, ante el Consejo de la Sociedad de Naciones, que en junio (el 26) de 1934 personalmente Mussolini celebró un pacto con unos conspiradores españoles, ofreciéndoles apoyos ilimitados para pronunciarse contra la República.

K. — ¿Es posible?

P. B. — Lo es tanto que existen copias, autenticadas por calígrafos expertos, en las cuales consta que Mussolini ofrece a un teniente general español, al jefe de los monárquicos y al caudillo de los jaimistas, armas, hombres y dinero en grandes cantidades, comprometiéndose a suministrarles ilimitadamente "cuanto necesiten para vencer".

L. — Como es también hecho indiscutible e indiscutido que en marzo de 1936 el general Sanjurjo, jefe del "complot", negoció en Alemania, en la propia Wilhelmstrasse, aprobaciones y apoyos que ahora se conocen detalladamente.

D. — Todo eso y mucho más está hoy considerado como "cosa juzgada". Para no retrotraernos a fechas anteriores a la de la sublevación yo quiero recordar a usted algo, ya olvidado, pero que es definitivo para formar juicio de lo ocurrido y que será

piedra de toque en la historia de estos sucesos.

En Londres se formó una comisión investigadora, de suprema autoridad, para conocer los efectos y consecuencias de la política de "no intervención" en España. Fué iniciativa de lord Faringdon y se formó con las siguientes personalidades: Rathbone — diputado moderado independiente, ex subsecretario de Estado en el gobierno liberal; — MacKinnon, ex director técnico del Ministerio del Aire; el profesor Philip Noel Baker, uno de los expertos más competentes del Labour Party en cuestiones internacionales; John Jagger, dirigente sindical y diputado laborista; D. N. Pritt, miembro de la Cámara de los Comunes; el profesor J. B. Zrend, especialista de asuntos españoles en la Universidad de Cambridge; E. L. Mallalieu; Geoffroy Bing y el periodista John Langdon-Davies.

Estos hombres, todos de reconocidos méritos y pública reputación, de ideas y tendencias políticas opuestas, como fruto de sus amplias y profundas investigaciones, depuradas por largos estudios y debates, llegaron a establecer como definitivos estos hechos: "El golpe de 18 de julio ha sido preparado con mucha anticipación, en inteligencia perfecta entre emisarios de los rebeldes y militantes hitlerianos en España. Los organizadores de las formaciones nacionales-socialistas en Madrid y Barcelona no han vacilado en abusar de las facilidades concedidas al personal diplomático para preparar la insurrección fascista en España."

¿Después de esto, puede nadie alegar ignorancia de los hechos y menos tratar de negarlos o deformarlos?

Sin contar con la copiosa documentación que hizo pública un gran diario británico — se alude al "Manchester Guardian", — en la cual aparecía

con caracteres de certidumbre que los generales rebeldes, que venían en sus manejos de 1934, estaban dirigidos por Hitler y Mussolini. Por algo Lloyd George, impresionado con la lectura de estas pruebas, exclamó: "Por grande que sea nuestra insensibilidad y cínica la conducta de los gobernantes, nuestro pueblo, con su alto espíritu de justicia, ha de reaccionar y dar en tierra con tanta ruindad y con tanta miseria."

Tan fuerte y tan intenso fué el movimiento de indignación entonces producido, que el Foreign Office se creyó obligado a intentar una disculpa, que encubriese sus vergüenzas, publicando la famosa nota: "El encargado de Negocios del gobierno alemán en Londres, Dr. Bielfeld, dió en el mismo Foreign Office la seguridad de que Alemania no acordaría ninguna ayuda a los generales rebeldes, que no les había entregado ni les entregaría ningún material de guerra."

Pueden continuar Garvin y Scrutator tejiendo su tela de sofismas para servir la política de Chamberlain, pero lo que jamás podrán hacer es trastocar la realidad, pretendiendo que sus estudiados embustes sustituyan a lo que es cierto y evidente.

L. — A pesar de todo, no ya en Inglaterra, en Francia, en Bélgica, en Holanda, en Irlanda, en los Estados Unidos, en la mejor prensa de los países de Sud América se difundían las terribles patrañas: Goebels, con su terrible y prostituída inventiva gritaba: "Las tropas rusas están reemplazando a los milicianos republicanos en el frente de Madrid". Y universalmente ¡la gran prensa! afirmaba con toda solemnidad que "al frente de la capital llegó un cuerpo de ejército ruso". Al mismo tiempo el "Voelkischer Beobachter" — 20 de agosto — publicaba que en Madrid habían sido ejecutados en un solo día 6900 rehenes, y la noticia se reproducía por todos los continentes. Al siguiente día daba la información de que habían sido envenenados los heridos de un hospital, y por todas las partes de la tierra se difundía la espantosa calumnia. Dos días después, el mismo órgano oficioso, el "Voelkischer Beobachter" hacía saber: "La armada roja está presta para marchar contra los últimos Estados que representan el orden europeo y la civilización", viéndose secundado en esta campaña por grandes rotativos de París. Una fecha después el "Angriff" "invitaba al mundo civilizado para unirse en una cruzada contra la revolución universal que Moscou quería desencadenar" y, como grandes resonadores, repetían la invitación los órganos de mayor publicidad — singularmente los de tipo conservador — en Gran Bretaña, Francia y Bélgica.

Es más; el propio diario del Führer no tardó en sugerir la necesidad de "organizar una expedición internacional para imponer en España el orden y defender los intereses esenciales de la civilización".

Pero todo esto tenía que ser solemnizado en forma teatral. De ello se encargaría el propio Hitler en el Congreso de Nuremberg (9 de septiembre), anunciando que era inaplazable ir a una verdadera cruzada internacional contra "el jefe judío de Moscú que ha declarado la guerra al mundo". La consigna del Führer la recogía su lugarteniente Rodolfo Hess, que daba la señal de ataque en estos términos: "Los terribles sucesos que ensangrientan a España nos han descubierto los fines del bolchevismo. Lo vemos en muchos países formando frentes populares; pretende luchar en defensa de la democracia. Ante el comu-

nismo bolchevique el mundo debe unirse en una comunidad de destinos."

De nuevo el Führer — 13 de septiembre — proclamó solemnemente la solidaridad de los países fascistas con los insurrectos españoles: "Naturalmente, nosotros no tememos al bolchevismo en Alemania. Pero tengo un temor, y digo esto libremente, y es que los países que nos rodean y donde el bolchevismo hace estragos, sucumban unos tras otros. Podríamos permanecer indiferentes ante una tal situación y decir: "Dejadles matar sus oficiales, sus sacerdotes y sus intelectuales, porque eso no nos afecta". Pero sería yo un niño si adoptase ese punto de vista. Nosotros no vivimos en la luna. Lo que sucede en Europa nos alcanza. Somos un país europeo unido a nuestros vecinos por lazos de cultura y comerciales. Existe una comunidad europea, y creo sinceramente, que nosotros nacionalistas impenitentes, estamos al lado de los mejores europeos. Nosotros e Italia simpatizamos con los nacionalistas de los otros países, por la razón de que *no podemos sostener relaciones más que con los países organizados sobre una base nacional.*" ¿Cómo somos tan débiles de memoria o tan faltos de instinto de vida que no comprendamos todo lo que hay de siniestramente peligroso en estos hechos?

D. — El mundo siempre fué así y así será. Todo eso son ideas y sentimientos que agitan y conmueven, que inquietan y a veces exaltan a los pueblos. Pero eso es momentáneo, efímero y circunstancial. Lo perenne, lo constante, lo invencible son los intereses de los poderosos, que están en permanente acción, que todo lo sacrifican a la tranquilidad de los *beati posidendi*, que ahora, como ayer y como siempre, son los que nos gobiernan y dominan.

P. B. — Pero lo catastrófico es que nos arrastran a todos al abismo y que hoy están llevando al mundo a una sima de dolor y miseria que puede poner en peligro no ya nuestros patrimonios personales, los de orden moral y los de carácter económico, sino el patrimonio espiritual del mundo.

D. — Tan cierto es, que mi máximo temor es que Chamberlain, limitado y obseso con la defensa de los intereses que se ve obligado a sostener, realice su terrible proyecto, un plan que será funestísimo para Inglaterra, para Europa, para el mundo entero.

K. — Diga de una vez qué plan es ese; constantemente lo insinúa pero nunca lo aclara ni concreta.

D. — Mr. K., el plan es tan estúpido como sencillo: entenderse con Alemania e Italia, someter a Francia a sus designios, inutilizar la Sociedad de Naciones y dar la batalla a Rusia.

K. — ¿Está usted en sus cabales? Eso jamás lo escuché de labios de los mayores adversarios de nuestro "Premier". Todo ello es una verdadera locura.

D. — Locura trágica; pero no por eso menos cierta. Yo sostengo, dispuesto a demostrarlo, que el pacto de Roma se firmó con el consentimiento expreso de Chamberlain.

K. — Hoy se dedica usted a cultivar la "boutade" terrorífica.

D. — Ni caprichos bruscos, ni salidas de tono. Son afirmaciones hijas de un estudio muy sereno, de una información muy cuidada, de una crítica depuradísima.

Ya que usted califica de este modo mis aseveraciones yo le invito a que se imponga la molestia de releer las colecciones del mes de octubre y noviembre de estos diarios italianos: "Popolo d'Italia", "Corriere della Sera", "Giornale d'Italia" y repase lo que han escrito Gayda y Ansaldo, Fari-

nacci y el propio "duce" y después me dirá si piso o no terreno firme. Si quiere buscar fuente estrictamente cancilleresca, de puro tipo oficial, lea la "Informazione Diplomatica", completando cuanto de estas lecturas deduzca con lo que encuentre escrito en la "Deutsche Allgemeine Zeitung", el órgano de la Wilhelmstrasse, que el 7 de noviembre no vaciló en afirmar que "podía predecirse la adhesión de Inglaterra al pacto "anticomunista", porque el imperio británico ofrece muchos campos de propaganda, y no está lejos el día en que "el gobierno de Londres agradecerá a Alemania y a Italia su iniciativa al formar un frente de defensa, al que Inglaterra se unirá".

K. — Que los alemanes e italianos lo escriban, que hasta lo piensen y lo esperen, tiene explicación, aunque no fuese más que la del propósito de crear recelos y desconfianzas entre Inglaterra y Francia. Lo que no es admisible en ningún caso es que usted lo crea y lo pregone.

D. — Como esto nos centra de nuevo en el tema que discutíamos y nos lleva de lleno al gran problema, veamos de puntualizar sus términos. Para mí es claro, de una diafanidad de medio día, de transparencia perfecta que Chamberlain, secundado por Eden y Vansitartt, desenvolviendo un plan del Foreign Office, se prepara a modificar fundamentalmente las bases de la política internacional que sigue desde los días del rey Eduardo y de Delcassé. Tratará de marchar de acuerdo con Francia, pero si París vacila en seguir las nuevas rutas, prescindirá de sus pactos y alianzas para entenderse con Alemania e Italia, cuidando previamente de restarle a los franceses todas las bases de su política en el oriente europeo. Destrozar la "Petite Entente" y la "Entente Cordiale" y aislar a Rusia es el gran pensamiento de Chamberlain.

K. — Con toda seriedad y franqueza debo confesarle que estoy anonadado, más que por lo que usted nos dice, por la forma cómo lo enuncia y sostiene. Tratándose de persona menos culta o de no tanta solvencia moral, diría yo que era un afanoso de "epater les petits bourgeois", pero usted, que es tan grande "vir bonus dicendi peritus", con bien ganada fama de internacionalista experto, cuidadoso de merecerla, capaz de sacrificar todo a sus convicciones, es inexplicable que mantenga con tal tenacidad juicios y opiniones que en mi sentir — perdone la crudeza con que me expreso — son totalmente absurdos, insostenibles.

D. — Pues aun cuando mi creencia fuese, como dirían los griegos, un "hapax legomenon", solo, único, singularísimo, individualizado modo de opinar, lo mantendría. Y lo sostendré seguro de que estoy en lo cierto y de que, por desventura nuestra, los hechos vendrán a decirle a usted que no tiene nada de absurdo.

Demasiado advierto que sostener esta opinión tiene sus dificultades; que en general tomarase por excéntrica y no faltarán muchos que, como usted, la calificarán de disparatada. Es ir contra la corriente, contra la impetuosa corriente de los intereses, contra las conveniencias de los potentados, contra los prejuicios de una sociedad afectada de parálisis en sus órganos sensorios, que no reacciona, por tozudez o por impotencia radical, contra un estado de cosas injusto, inhumano y en plena ruina, tan acusada y cierta que sucumbirá irremediablemente.

Constriñéndonos a lo que tanto le escandaliza yo podría invocar, en apoyo de mi convicción, que

gentes calificadísimas han dicho, y su decir tuvo eco en la Cámara de los Lores, que al firmarse el año pasado en Berlín el pacto anticomunista germanonipón, "el gobierno británico estaba plenamente informado de las negociaciones de Alemania con el Japón, que las había consentido y hasta hubo de favorecerlas".

K. — Sí; el hecho de haberse producido esa afirmación, es cierto. Pero sabe usted que entonces se hicieron categóricas y terminantes rectificaciones oficiales, publicadas en Londres y en Tokio, desmintiendo tales infundios.

D. — Los desmentidos no faltaron, pero frente a las palabras están los hechos y los actos. ¿Acaso se habría llegado el pasado año en Berlín, ahora en Roma, a firmar esos acuerdos contra la opinión y frente a la voluntad del gobierno de Londes? Sostengo que no; y en esto soy más optimista que usted, en cuanto al prestigio y fuerza británicos, ya que no vacilo en sostener que ante una reclamación firme de Inglaterra ni el Japón ni Alemania, primero, ni Roma, hoy, se habrían decidido a signar esos extraños compromisos, que son una amenaza para el mundo.

L. — Por el problema en sí y por lo que puede importar para el futuro merece la pena de hacer un esfuerzo a fin de examinarlo despacio y a fondo. Sin que entre en mis propósitos, porque no está en mis convicciones, al menos del modo firme y definido que lo siente Mr. D., en apoyar sus creencias en cuanto a los empeños internacionales de Mr. Chamberlain, me atrevo a propugnar parte de su tesis.

Los resabios profesionales o los hábitos de trabajo, que tanto nos influyen, me inducen a proponerles que recuerden episodios de orden

internacional, muy significativos, que parecen antecedentes en apoyo de las opiniones de nuestro gran informador. Ciertamente que en los que yo voy a traer a cuento no anda para nada ni la persona ni el nombre de Mr. Chamberlain, pero sí el nombre, la persona y los actos de alguno de los grandes hombres magnates de la actual política británica, y lo que más interesa, anda lo permanente e invariable de sus órganos e instrumentos, el "Foreign Office".

K. — ¿A dónde quiere usted ir a dar, Mr. L.? Me domina no se qué prurito de impaciencia temerosa, que me causa siempre su saber histórico, en ocasiones peligrosamente al servicio de sus febriles pasiones políticas.

La verdad por delante: Y que me perdonen los sabios suecos que le han otorgado el premio Nobel y discúlpeme usted si mi modo de producirme me hace aparecer áspero y hasta irrespetuoso.

L. — No vacile un momento en decir lo que piensa y dígalo sin aderezamientos ni aliños, tal y como salga. Sé como son ustedes al decir lo que tienen por verdad y además no olvido ni dejo de agradecer las muchas pruebas de afecto que usted me tiene prodigadas Mr. K.

K. — No voy a continuar. Sólo expresé, acaso con cierta incontinencia mi miedo a su intervención. Porque lo repito, Mr. L., es usted un historiador de fama consagrada universalmente, esto lo saben todos, pero lo que sabemos pocos es que su pasión política, sus sentimientos sociales, le llevan a conclusiones a veces revolucionarias, que yo, por temperamento, más que por raciocinio, no puedo compartir.

L. — No hay agravio ni molestia en lo que me atribuye. Muy al contrario. Es para mí satisfacción

grande saber que me caracteriza una pasión humana, que eso que usted supone que debía ser en mí, como me dijo en más de una ocasión "majestuosa serenidad de gran investigador" esté movido por altos sentimientos, de amor a la vida. Todo el saber, todo el valer de la inteligencia más cultivada y con dotes de mayor sabiduría, téngolos por despreciables si al buscar la verdad no lo hacen con el fin de corregir los errores del ayer, con afanes de un mañana mejor, con ansias de justicia y de bien.

A nuestro tema. Mr. D. nos pintó con acierto, con trazos severos, pero de una realidad aplastante la angustia que está sufriendo el mundo ante el modo cómo reaccionan las llamadas "Grandes Democracias" — claro que aludo lo mismo a la inglesa que a la francesa — frente a los desmanes de los gobiernos totalitarios. Ayer en el caso de España, ahora en el de China. ¿No es esto, Mr. D.?

D. — Tal y como usted lo dice, es.

L. — Entonces lo que voy a recordar tiene un valor de precedente, es una lección de hechos que no podría negar Mr. K.

En septiembre de 1931, el Japón invadió la Manchuria. Sus intenciones agresivas eran evidentes. Las violaciones del derecho de gente flagrantes. Hizo escarnio y befa de los deberes que tenía como miembro de la Sociedad de Naciones, pisoteó el Pacto, burlándose de las protestas que universalmente surgieron contra su conducta.

Entonces era general la esperanza, puedo decir la seguridad, de que una acción colectiva de las grandes potencias pondría inmediatamente coto a tantos desmanes.

Pero la mayoría de las grandes potencias, singularmente nuestros dos gobiernos, el francés y el inglés, dejaron hacer. Ni París ni Londres se decidieron a tomar iniciativa alguna.

La campaña de propaganda entonces tuvo como "slogan": *China está en plena anarquía, Japón es el orden, la garantía de la tranquilidad, el resguardo de los grandes intereses de Europa en el Extremo Oriente.* Y los agresores de Tokio obtuvieron como premio el ¡el Estado libre de Manchucuo!

La moral internacional sufrió un golpe mortal y la Sociedad de Naciones cayó en un notorio desprestigio. ¿No hay una similitud entre lo sucedido entonces y lo que ahora acontece?

Porque después de China fué Etiopía, después de Etiopía fué España, después de España es de nuevo China... y habrá que pensar con razonable temor en toda la verdad del título que E. N. Deplezy antepone al de su libro "Le Complot Espagnol", cuando con acierto e inspiración estampa a la cabeza de su obra "Les Etapes de La Prochaine..."

D. — Porque el recuerdo es oportunísimo y porque la historia no admite soluciones de continuidad y el presente es hijo directo del pasado, como el hoy está engendrando al mañana, analicemos el punto de arranque de la decadencia del prestigio de las grandes potencias democráticas...

K. — Vuelve usted a su obsesionante teoría. ¡Cómo si esa decadencia fuese un hecho cierto! Todo lo contrario. Sin estar preocupado o sin que la pasión deforme la realidad no se puede hablar de la decadencia del poder de las grandes democracias.

L. — Yo no he hablado de "la decadencia del poder" de las grandes democracias. Sin concretarlo, pero como supuesto de mis razonamientos, hablé de la

deserción en sus deberes de las grandes democracias. Con lo que digo no creo en la decadencia de ese poder, porque si estimara que su conducta estaba impuesta por su debilidad, que era un acto de impotencia, yo no podría formular contra ellas cargo alguno. Pediría que se indagasen y descubriesen las causas de ese debilitamiento, para buscarle remedios, para proponer el oportuno plan curativo.

D. — De no ser así, estaríamos formulando pretensiones irrealizables. Porque las democracias tienen medios suficientes, no diré que sobrados, para evitar esa merma de sus prestigios es por lo que podemos formular estas críticas y demostrar que contraen ante su pueblo, ante el mundo y ante la historia, los gobernantes de las Grandes Democracias enormes, espantosas responsabilidades.

P. B. — En un justo pronunciamiento, para la determinación de las culpas que alcanzan a las Grandes Democracias, sería bien hacer un esmerado cernido. No todas han pecado y desde luego las pecadoras no lo son en igual medida y grado.

D. — Iba a eso. Todas las grandes potencias están en pecado. No hay ninguna exenta de culpa. Pero no es igual la de todas. Al menos por lo que respecta al caso del Manchucuo.

Afirmo, aunque como inglés me duela y me cause sonrojo el hecho, que es la Gran Bretaña la mayor responsable, sin que olvide que las demás han incurrido en graves delitos por omisión.

En nuestros medios oficiales ¡cuántas veces me lo dijeron los conspicuos del Foreign Office! siempre se apelaba a la misma disculpa: Sin los Estados Unidos la política de seguridad colectiva y de la paz no puede ser eficaz.

K. — Cosa que nadie puede poner en tela de juicio. Sin que los gobernantes de Washington pechen con sus

obligaciones y se dispongan a colaborar en una acción colectiva, la paz no estará asegurada.

D. — Cierto; y yo de perfecto acuerdo con usted en este respecto. Pero es que en 1931 los hombres de Norteamérica se mostraron del todo dispuestos, perfectamente decididos a colaborar con Europa.

K. — ¡Como que la crisis chinojaponesa les hería en sus intereses afectándoles directamente!

D. — También lo creo. La motivación de la actitud sería egoísta, pero la actitud era esa: La White House se declaró dispuesta y resuelta a colocarse al lado de la Sociedad de Naciones, contra el agresor. Lo dijo sin reservas y lo declaró reiteradamente.

P. B. — Tanto que todos esperábamos que Londres aprovechase inmediatamente la ocasión para establecer las tan anheladas relaciones con Washington. Europa entera, consciente de lo que el hecho podía significar para la paz del mundo, estaba ahita de esperanzas y un optimismo general se adueñaba del mundo. ¡Por fin iba a rectificarse el gran error del Senado Norteamericano al destruir la magna empresa wilsoniana!

Mas, era entonces Ministro de Relaciones Exteriores en Inglaterra ese espíritu sutil, fertilísimo en recursos, jurista de gran valía que se llama Sir John Simon. Entonces vimos como con los ardides de una cuestión de procedimiento se extrangulaba un gran problema internacional. Fué inútil que Mr. Stimson, gran inteligencia y magnífica conciencia se esforzase en convencer al Canciller británico. Simon se sacudió todas las ligaduras y hasta llegó — fué ello el 7 de enero de 1932 — a negar su adhesión a la nota americana, porque mirando más al porvenir que al presente, declaraba que "las situaciones creadas por la fuerza no serían reconocidas".

K. — ¿Tan claro y tan sencillo le parece a usted pronunciarse sobre lo entonces sucedido?

D. — No fuí yo quien sentenció. Fué la opinión universal que condenó a Sir John Simon. ¿No entró entre esos votos de condenación el de Inglaterra? Stimson trasladó a un libro — "La Crisis de Extremo Oriente, recuerdos y observaciones" — los incidentes de aquel magno negocio internacional. Es la implacable lapidación del "Foreign Office".

Sucesos tan infaustos que, según puede leerse en el "Times" de 1º de marzo de 1937, "estos lamentables episodios que tanto han desacreditado el prestigio de la Sociedad de Naciones y principalmente el de Gran Bretaña, han dejado en los Estados Unidos amargos recuerdos, poderosa nación que se ha sentido abandonada por los países a los cuales incumbía la responsabilidad de tomar la iniciativa de refrenar al agresor".

Estos recuerdos, que recoge con escrupulosidad un gran corresponsal de "The Times", se avivarán ahora con mayor dolor, tal vez con despreció, después de contemplar y sufrir lo que ha ocurrido en Bruselas en la "Conferencia del Pacífico".

P. B. — Llevamos cerca de dos horas de diálogo. Las dependencias de la casa están cerrándose. El tema entraba en su fase más cautivadora. No puede ser tratado en unos minutos. Dejémoslo donde está y podremos continuar examinándolo atentamente en la conversación próxima.

Aquí suspendimos nosotros la redacción de estos diálogos, porque en ellos se estudiaban hechos en los cuales actuaban personajes ingleses y franceses que estaban en poder de los alemanes. Eran los meses finales de 1941. Si publicábamos nuestro trabajo podíamos, sin quererlo y contra nuestros profundísimos propósitos, convertirnos en

delatores. Muchos de los sucesos comentados, donde aparecían individualizadas las personas, presentaban caracteres de delitos según los totalitarios, que dominaban en Holanda, en Bélgica y en Francia. He aquí la causa de que estos diálogos no fuesen terminados y lo de ellos escrito permaneciese inédito hasta hoy.

DECLARACION

Desde que hemos escrito lo que precede han transcurrido meses y años. La victoria de las Naciones Unidas está a la vista. Hay que pensar en la paz y en las horas difíciles que vienen ahora para la humanidad, horas más difíciles y angustiosas que las de la guerra. Habrá que dedicar toda la atención al estudio de los esenciales problemas que al mundo futuro se le planteará. Será indispensable hacer una gran revisión de este período funestísimo y degradante que el mundo acaba de atravesar. Para ello es indispensable tener siempre ante los ojos, del alma y de la conciencia universal, estas situaciones que lo pusieron en trance de quiebra. Y como ha de haber interés en hacer el silencio más profundo en torno de tanta maldad abominable y de tanto crimen monstruoso, nosotros hemos querido decir nuestra palabra de simple información, en este conjunto de noticias, muy cernidas y muy aquilatadas, que componen este "Mosaico Internacional."

Augusto Barcia Trelles.

Buenos Aires, 30 de abril de 1945.

INDICE

A MODO DE PROLOGO 5

INTRODUCCION; En aquel recóndito lugar 9

ORIGEN DEL PANGERMANISMO 13

Prusia, cuna de la "gran Alemania", 16. — Germanización de Polonia, 19. — Las doctrinas políticas de Treitschke, 22. — Estado y moral según Treitschke, 26. — El Estado por encima de todo, 29. — La paz es inmoral, según Treitschke, 32.

LA POLITICA EUROPEA EN EL SIGLO XIX 35

DOS CANCILLERES: BISMARCK E HITLER 57

LA EVOLUCION DE RUSIA 61

Fuerza poderosa, 61. — El cerco de Rusia, 62. — Nueva política, 63. — La actividad comercial, 63. — Las etapas de la evolución, 64. — Enorme renovación, 65. — Rusia será actor principal en la paz victoriosa, 65. — La sorpresa de Rusia, 67. — La gran empresa libertadora de Rusia, 68. — El gesto de Estados Unidos, 68. — Palabras a Polonia, 69. —Lo que será la nueva Europa, 69. — La disolución de la Internacional Comunista, 71. — Los comentarios, 71. — Previsiones, 72. — Por qué

nació el Comintern, 73. — La necesidad y la realidad, 74. — La universalización de la democracia, 75. — El árbitro, 76. — Recuerdos que suscita la conferencia de Moscú, 76. — Desmanes del imperialismo Nipón, 77. — El régimen de cuarentena, 78. — Sarcasmos y paradojas, 79. — Los cruzados, 80. — El Cairo, punto de reunión de la esperanza del mundo, 80. — La política del Kremlin, 82. — Información, 82. — El pacto de no agresión entre Alemania y Rusia, 83. — Porque la verdad era que..., 84. — Pero lo más grave..., 86. — Era en aquellos días..., 88. — Será bueno recordar, 89. — La revisión de fronteras, 90. — Los Estados Bálticos, 92. — Rusia blanca y Ucrania, 95. — Advertencias, 95.

EL IMPERIALISMO NIPON 97

Los imperialistas nipones, 98. — Al sur, al sur, 99. — El fin del fin, 100. — Suicidio internacional, 101.

LA TRADICION HISPANICA 105

EN TORNO AL HISPANISMO. Lo auténticamente hispánico 109

El mío Cid como símbolo hispánico, 111. — El Cid de Santa Gadea, 114.

UN PUESTO VACANTE 119

España y la cultura universal, 122. — Si América no habla..., 124. — Aniversario del General San Martín, 127.

SAN MARTIN, PRECURSOR DE LA UNIDAD CONTINENTAL 131

RESPONSABILIDADES DE AMERICA 137

LOS MANEJOS OCULTOS DE LAS CANCILLERIAS HAN DADO ORIGEN AL CONFLICTO 141

Un plan, 141. — Un viaje sensacional, 142. — Las tareas secretas de Roma, 143. — La cojera del embuste, 144.

SIEMBRA DE TEMPESTADES 147

Decisiones, 148. — En Londres, 149. — En Berlín, 151. — Tres cláusulas secretas, 152.

LAS TRIBULACIONES DEL DUCE 153

Lo que sucedió según Mussolini, 154. — Del dicho al hecho, 155. — Los hechos cantan, 156. — Falta de memoria, 157.

LA ENTREVISTA HITLER-CHAMBERLAIN 159

Ascensión al poder, 159. — Los sudetes, 160. — Chamberlain en acción, 162. — A Berchtesgaden, 164. — Los caminos para llegar a Munich, 165. — Invitación, 165. — El informe Runciman, 166. — Rumbo a Godesberg, 168. — Ansiedad universal, 170. — Lo que fué el acto, 171.

GEORGES BONNET, EL HOMBRE DE MUNICH 173

La "Home Flett", 174. — Georges Bonnet en acción, 175. — Una iniciativa de Roosevelt, 176. — En Londres, en Berlín, en Roma y en Paris, 177. — Bonnet, el creador de la entrevista de Munich, 178.

EL TOTALITARISMO EN ACCION 181

Hacia el "nuevo orden". La tragedia de Austria, 181. — Terribles recuerdos, 181. — Trágico fin de Austria, 183. — Los hechos hablan, 184. — Una confesión cínica, 185. — Peligro de muerte, 186. — Los frutos del Anschluss, 186. — El nuevo equilibrio, 187. — Otra europa y otro mundo, 188. — La otra gran batalla, 189. — La gran cuestión, 190. — La temible lección de Checoeslovaquia, 191. — Profeta, 191. — En Eslovaquia, 192. — Autonomía y Separatismo, 192. — La figura de Hlinka, 193. — El caso de Tiso, 194. — Karol Sidor en escena, 195. — Gobierno independiente, 196. — El martirio de Polonia, 197. — La semana fatal, 198. — La conducta de Daladier, 199. — Chamberlain en acción, 200. — La catástrofe, 201.

COMO SE PREPARO LA ENTREGA DE FRANCIA 205

Gran figura, 205. — Cómo fué entregada Francia, 206. — Cherchez la femme, 208. — Lo que cuenta Emile Bure, 209. — La gran patraña, 210.

PARA GANAR TAMBIEN LA PAZ 211

Rara simultaneidad, 211. — ¿Cómo ganar la paz?, 212. — La eterna cuestión, 213. — Problema mediterraneo, 215. — Un gran problema, 216. — Las grandes potencias en la postguerra, 216. — Gra-

ves problemas, 218. — Rusia a la vista, 219. — Allá y acá, 220. — En la misma ruta, 220. — Los rumbos de América, 221.

DIALOGOS ENTRE GENTES DE GINEBRA 223
Primer diálogo, 223. — Segundo diálogo, 243.

DECLARACION 277

OBRAS PUBLICADAS

OSSORIO, Angel. — Perfiles jurídicos. (De Felipe IV a Lisandro de la Torre) ..... $ 5.—

RIVAROLA, Rodolfo. — La Constitución Argentina y sus principios de Etica Política ..... " 7.—

BENTHAM, J. — Tratado de los sofismas políticos " 6.—

FEDER, Ernesto. — Encuentros (Diálogos entre prohombres de la Historia Universal) ..... " 3.50

GONZALEZ, Joaquín V. — El Juicio del Siglo (Cien años de Historia Argentina) ..... " 5.50

GURVITCH, Georges. — Sociología del Derecho.. " 8.—

VERISSIMO, Erico. — Lo demás es silencio. Novela ..... " 7.—

DÖBLIN, Alfred. — No habrá perdón. Novela ..... " 6.50

ARAYA, José L. — Asistencia Social al menor.. " 10.—.

CERNUSCHI, Félix. — La Ciencia en la educación intelectual ..... " 8.—

ALLEN, Frederick. — Psicoterapia Infantil ..... " 8.—

NEUSCHLOSZ, S. M. — Fundamentos de la Biología moderna ..... " 6.—